



LA TORRE DE WAYRETH

Las Crónicas Perdidas III



MARGARET TRACY
WEIS HICKMAN
timunmas

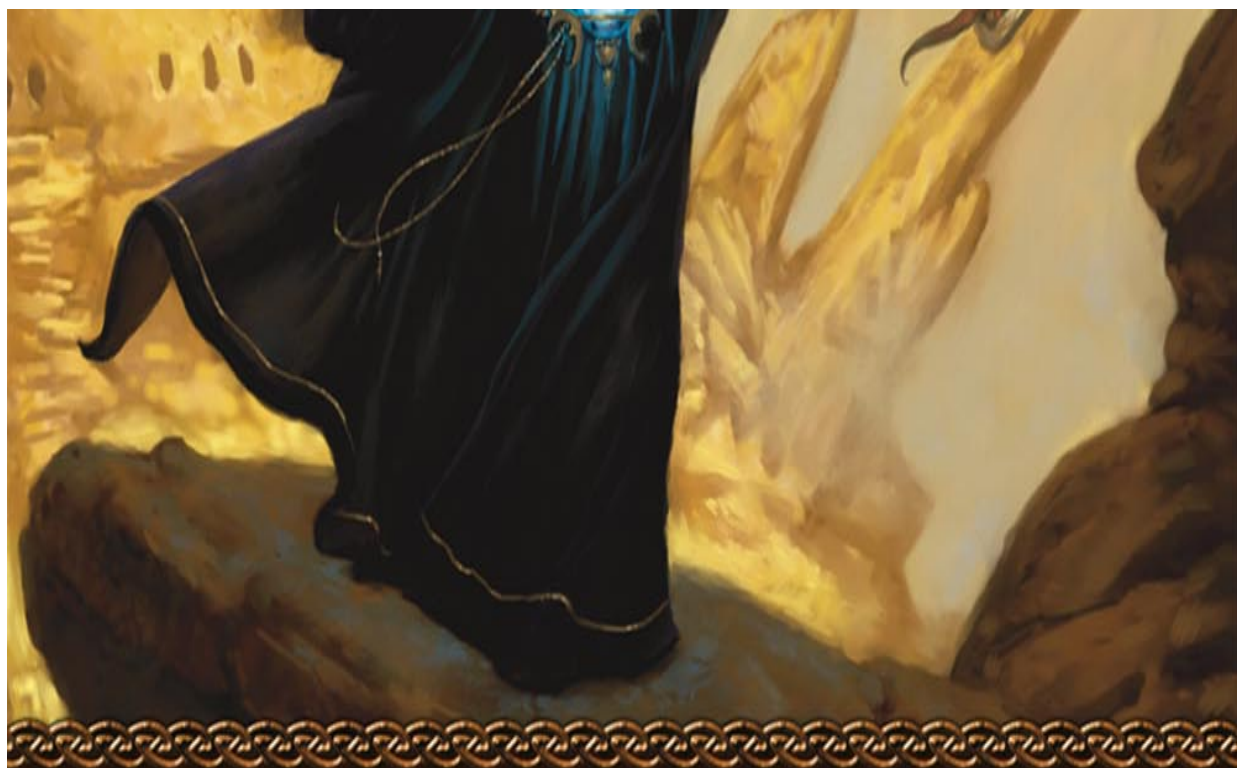




LA TORRE DE WAYRETH

Las Crónicas Perdidas III





MARGARET TRACY
WEIS HICKMAN
timunmas



Con este volumen la trilogía Las Crónicas Perdidas, la serie donde se narran los hechos que no se explicaron en las Crónicas de la Dragonlance.

La Guerra de la Lanza casi ha llegado a su fin. El hechicero Raistlin Majere se ha convertido en un Túnica Negra y utiliza el Orbe de los Dragones para viajar a Neraka, la ciudad de la Reina Oscura. Parece que Raistlin quiere ponerse al servicio de la diosa, pero en realidad persigue sus propias ambiciones.

Mientras tanto, Takhisis planea acabar con los dioses de la magia en la Noche del Ojo. El futuro de Krynn está escrito. Todos creen saber cómo termina la historia. Pero una noche y una fatídica decisión de Raistlin Majere pueden cambiarlo todo.



eBooks con estilo

Margaret Weis & Tracy Hickman

La Torre de Wayreth

Dragonlance: Las Crónicas Perdidas - 3

ePUB v1.1

OZN 13.07.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Dragons of the Hourglass Mag*
Margaret Weis & Tracy Hickman, enero de 2008.
Traducción: Rocío Monasterio Briansó
Ilustraciones: Matt Stawicki
Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

PREÁMBULO

EL CÁNTICO DEL DRAGÓN

[Michael Williams]

*Escucha al sabio cuyo canto cae
como lluvia o lágrimas del cielo,
y limpia los años del polvo de tantas historias
del gran relato de la Dragonlance.
Porque en tiempos lejanos, olvidados por la memoria y la palabra,
en los primeros amaneceres del mundo,
cuando las tres lunas se levantaban del regazo del bosque,
los dragones, terribles y grandiosos,
llevaron la guerra al mundo de Krynn.*

*Pero en la oscuridad de los dragones,
en nuestros gritos ansiosos de luz,
en el rostro virgen de la luna negra que se alzaba,
brilló una luz en Solamnia,
un caballero de poder y de verdad,
que invocó a los mismos dioses
y forjó la legendaria Dragonlance, que atravesó el alma
de los dragones, y alejó la sombra de sus alas
de las relucientes costas de Krynn.*

*Así Huma, Caballero de Solamnia, el Iluminador, Primer Lancero,
siguió su luz hasta los pies de las montañas Khalkist,
hasta los pies pétreos de los dioses,
hasta el silencio sigiloso de su templo.
Invocó a los forjadores de lanzas, tomó
su poder indescriptible para aplastar la maldad indescriptible,
para rechazar la serpentina oscuridad
de vuelta a la profundidad de la garganta del dragón.*

*Paladine, el Gran Dios del Bien, brilló junto a Huma,
impulsó la lanza que sostenía su brazo derecho,
y Huma, iluminado por un millar de lunas,
desterró a la Reina de la Oscuridad,
desterró su ejército ensordecedor
al reino silencioso de la muerte, donde sus maldiciones
se abatieron sobre nada, y sobre la nada
en las profundidades de las tierras de luz.*

*Así acabó entre tormentas la Era de los Sueños
y nació la Era del Poder,
cuando Istar, reino de la luz y la verdad, se alzó al este,
donde los alminares de blanco y oro
apuntaban hacia el sol y su gloria,
anunciando la desaparición del mal,
e Istar, que mimó y acunó los largos veranos del bien,
brilló como una estrella
en el cielo blanco de los justos.*

*Pero en la intensidad de la luz del sol
el Príncipe de los Sacerdotes de Istar vio sombras.
Con la noche, los árboles se convertían en puñales, los arroyos
oscurecían y enturbiaban sus aguas bajo la callada luna.
Buscó en libros el camino de Huma,*

*en pergaminos, manuscritos y hechizos,
para también poder invocar a los dioses, poder encontrar
consuelo en sus fines sagrados,
poder borrar del mundo el pecado.*

*Entonces llegó un tiempo de oscuridad y muerte
porque los dioses abandonaron el mundo.
Una montaña de fuego cayó sobre Istar como un cometa,
la ciudad se resquebrajó bajo las llamas,
se alzaron montañas donde había fértiles valles,
los mares cubrieron las simas de las montañas,
los desiertos susurrantes ocuparon las tierras dejadas por el mar,
las calzadas de Krynn saltaron por los aires
y se convirtieron en los caminos de los muertos.*

*Así empezó la Era de la Desesperación.
Los senderos eran laberintos.
Los vientos y las tormentas de arena habitaban las cáscaras vacías de las
ciudades,
las llanuras y las montañas se convirtieron en nuestro hogar.
Como los dioses antiguos perdieron su poder,
invocamos al cielo desnudo,
a su gris frío y disgregador para llegar a nuevos dioses.
El cielo está en calma, mudo, inmóvil.
Todavía tenemos que oír su respuesta.*

*Entonces al este, a la Ciudad Hundida
marcada por su pérdida de triste luz,
llegaron los Héroes, los Innfellows, herederos de su pesar.
Abandonaron sus túneles y sus oscuros bosques,
la bajeza de sus llanuras, la humildad
de sus chozas en los valles,*

*las silenciosas granjas acosadas por los señores de la guerra y la
oscuridad.*

*Llegaron al servicio de la luz,
de las llamas protectoras de la curación y la gracia.*

*Desde allí, perseguidos por los ejércitos,
por las legiones frías y centelleantes, llegaron
portando la lanza a los brazos de la ciudad destrozada.*

*Bajo la maleza y el canto de los pájaros,
bajo el vallenwood, bajo la eternidad,
bajo la misma oscuridad galopante,
un agujero en la negrura llamaba a la luz,
atraía toda la luz hacia el corazón de la luz,
hacia la plenitud de su brillo divino.*

Astinus, cronista de la Historia de Krynn, escribe:

*[[En el vigesimosexto día del mes de Mishamont, del año 352 DC, en la
ciudad de Neraka, cae el Templo de Takhisis. La Reina Dragón desaparece
del mundo. Sus ejércitos sufren la derrota.*

*Gran parte del mérito de tal victoria se les concede a los Héroes de la
Lanza, quienes combatieron con valentía en nombre de las fuerzas de la luz.
No obstante, la Historia no debe olvidar que la luz habría estado
condenada al fracaso si un hombre no hubiese elegido caminar en la
oscuridad.]]*

PRÓLOGO

Hay dos leyendas de Krynn esenciales para entender esta historia. Existen tantas variaciones de estas leyendas como bardos que las cuentan. Hemos elegido las versiones que aquí incluimos por ser las que más se ciñen a lo ocurrido, a pesar de que, como sucede con la mayoría de las leyendas, la verdad exacta será siempre un misterio.

LA HISTORIA DE BEREM Y JASLA

UN CUENTO DE AMOR Y SACRIFICIO

(Pasajes de *Colección infantil de cuentos de Krynn*, traducido del elfo por Quivalen Soth)

Hace mucho, mucho tiempo, cuando acababa la Segunda Guerra de los Dragones, el valiente caballero Huma Dragonsbane arrastró a la reina Takhisis al Abismo. Allí le obligó a jurar ante el Dios Supremo que no regresaría al mundo para romper el delicado equilibrio entre el Bien y el Mal. Los dioses creían que un juramento prestado ante el Dios Supremo era tan solemne que ni siquiera la Reina Oscura se atrevería a romperlo. Por desgracia, se equivocaban.

Pasó el tiempo. Los Príncipes de los Sacerdotes de Istar se alzaron con el poder en nombre de los dioses de la luz y con la bendición de éstos. La paz reinaba en el mundo. Pero la triste realidad es que un hombre puede quedar cegado por la luz tanto como por la oscuridad. El último Príncipe de los Sacerdotes miró al sol, lo único que vio fue su propia gloria y osó proclamarse a sí mismo un dios.

Con gran dolor, los dioses de la luz se dieron cuenta entonces de que eran ellos mismos quienes ponían en peligro el equilibrio que hace que el mundo siga girando. Buscaron la ayuda de los demás dioses, también de la reina Takhisis. Los dioses tomaron la decisión de que, con el fin de

restablecer el equilibrio y dar a los hombres una lección de humildad, provocarían un gran cataclismo. Antes de llevar a la práctica tal determinación, enviaron numerosas advertencias al Príncipe de los Sacerdotes, apremiándolo para que cambiara. El Príncipe de los Sacerdotes y sus seguidores hicieron oídos sordos, y los dioses, desgarrados por el dolor, lanzaron una montaña de fuego sobre Krynn.

La explosión arrasó la ciudad de Istar y la arrojó al mar y destruyó el Templo de los dioses de la luz. O al menos eso creían los dioses. Pues, aunque las ruinas del Templo de Istar descansaban en el fondo del mar, la Piedra Angular sobre la que estaba construido permanecía intacta, ya que esa piedra es el fundamento de la fe.

Los dioses tenían la esperanza de que, después del Cataclismo, los hombres reconocieran sus faltas y volvieran a ellos. Pero, para su gran pesar, los hombres los culparon de su sufrimiento. Se corrió el rumor de que los dioses habían abandonado su creación. El caos se apoderó del mundo. La muerte acechaba desde todos los rincones.

Takhisis, la Reina Oscura, seguía prisionera en el Abismo. Todas las salidas estaban vigiladas. Si intentaba liberarse, los dioses se darían cuenta y la detendrían. Pero nunca dejó de buscar un camino por el que regresar al mundo, y un día, en su incansable vagar, dio con un gran tesoro. Takhisis descubrió la Piedra Angular. Los demás dioses no sabían que todavía existía, y se dio cuenta de que podría utilizarla para volver al mundo.

Sí, estaría rompiendo su juramento ante el Dios Supremo. Pero Takhisis era astuta y contaba con el hecho de que el mundo ya estaba en peligro. Los hombres habían perdido la esperanza. Millones de personas habían sucumbido a las plagas, la pestilencia, las hambrunas y las guerras. Takhisis podría regresar al mundo, despertar a sus Dragones del Mal y lanzar su ataque. Cuando hubiera conquistado Krynn, sería tal su poder que los demás dioses no se atreverían a castigarla.

Takhisis, envuelta en oscuridad, entró sigilosamente en el mundo a través de la puerta abierta que dejaba la Piedra Fundamental. Despertó a sus dragones malignos y les ordenó que robaran los huevos de los Dragones del Bien, que dormían en sus cubiles. Se preparaba para lanzar un ataque con

toda su fuerza y su poder. Y entonces, un día descubrió que su paso al mundo a través de la Piedra Fundamental estaba bloqueado.

Un hombre llamado Berem y su hermana, Jasla, iban caminando cuando encontraron la Piedra Fundamental. Apenas podían creer su buena suerte. Incrustadas en la piedra refulgían unas gemas de belleza excepcional, brillantes bajo la luz de la creación. Berem era un hombre pobre. Una piedra preciosa sacaría de la miseria a toda su familia. Una sola gema, una esmeralda perfecta, no se echaría en falta entre tantas piedras preciosas. Berem empezó a tirar de la esmeralda.

Su hermana, Jasla, se sintió horrorizada ante aquel robo. Intentó detener a su hermano sujetándolo. Berem, furioso, la empujó. Ella cayó, se golpeó la cabeza con la piedra y murió. Su sangre cubrió la Piedra Fundamental.

Berem quería a su hermana y se quedó consternado ante su propio crimen. Y asustado. Nadie lo creería cuando dijera que había matado a su hermana sin querer. Lo ejecutarían por asesinato. En vez de confesar su culpa y buscar el perdón, decidió huir. Cuando se disponía a hacerlo, la esmeralda que había intentado robar se desprendió de la Piedra Fundamental, voló a su pecho y allí quedó incrustada.

Berem estaba aterrorizado. El espíritu de su hermana sufría por él. Le aseguró que ella seguía queriéndolo, pero él se negó a escucharla. Intentó arrancarse la piedra preciosa. Era tal su desesperación que incluso intentó cortarse el pecho con un cuchillo. Pero la esmeralda seguía formando parte de su cuerpo, el recuerdo imperecedero de su culpa. Berem la tapó con su camisa y huyó, sin hacer caso a los ruegos de su hermana, que le pedía que buscara el perdón pues ella lo había perdonado ya.

Takhisis había presenciado esta tragedia y había disfrutado con la desgracia de Berem..., hasta que intentó cruzar por la Piedra Angular. Encontró la entrada cerrada por una barrera de amor. El espíritu de Jasla le cerraba el paso. Únicamente la sombra de la Reina Oscura podía extenderse sobre Krynn. Su poder sobre la humanidad estaba mermado y tendría que confiar en los mortales para que llevaran a cabo su guerra.

Takhisis debía encontrar a Berem. Si lograba destruirlo, el espíritu de su hermana partiría y la Reina Oscura sería libre de nuevo. Pero debía tener

mucho cuidado en su búsqueda, pues si Berem volvía junto a su hermana y se redimía, su entrada en el mundo quedaría cerrada por siempre jamás.

Berem nunca se detenía. No sólo huía de las fuerzas de la oscuridad, sino también de su propia culpa. Una y otra vez, Takhisis vio como se frustraban sus esfuerzos por capturarlo. Lanzó su guerra, que sería conocida como la Guerra de la Lanza, pero seguía sin encontrar a Berem. No obstante, cada vez más gente conocía la historia de los dos hermanos, y era inevitable que, con el tiempo, Berem captara la atención de aquellos que se enfrentaban a la reina Takhisis.

Berem, el Hombre Eterno, se convertiría en la mayor esperanza de la humanidad. Y en su amenaza más temida.

LA HISTORIA DE FISTANDANTILUS

(Fábula)

Hace mucho tiempo vivía un hechicero muy poderoso llamado Fistandantilus. Era tan poderoso que llegó a creer que estaba por encima de las normas y las leyes por las que se regían los demás. Eso incluía las leyes de su propia orden de magos, los Túnica Negras. Fistandantilus abandonó la orden y se convirtió en un renegado y, como tal, corría el riesgo de encontrar la muerte a manos de sus antiguos compañeros.

Fistandantilus no temía a los otros hechiceros. Había acumulado tanta sabiduría y destreza en la magia que podía acabar con cualquiera que quisiera ajusticiarlo. Tal era el temor y el respeto que inspiraba en los demás hechiceros que muy pocos fueron los que intentaron darle de caza.

Fistandantilus alardeó de su poder ante el Cónclave e incluso tomó aprendices a su cargo. Lo que nadie sabía era que se alimentaba de sus seguidores, absorbiendo su fuerza vital para que creciera la suya. Con ese fin, había creado una piedra preciosa mágica, un heliotropo. Apretaba la piedra contra el corazón de su víctima y le absorbía la vida.

A medida que el poder de Fistandantilus crecía, lo mismo hacía su arrogancia. Decidió adentrarse en el Abismo, derrocar a la Reina Oscura y ocupar su lugar. Para conseguirlo, elaboró el hechizo mágico más potente y complejo que jamás se hubiera creado. Su arrogancia fue su perdición. No

se sabe con seguridad lo que sucedió. Hay quien dice que Takhisis lo descubrió y que la ira de la diosa hizo derrumbar su alcázar sobre el hechicero. Otros cuentan que el hechizo escapó de su control y la fortaleza saltó por los aires. Fuera cual fuese la causa, lo cierto es que el cuerpo mortal de Fistandantilus falleció.

Sin embargo, no le sucedió lo mismo a su alma.

Su espíritu se negó a partir de Kryn timer, y el malvado hechicero permaneció en un plano etéreo. Su existencia era delicada, pues Takhisis seguía intentando destruirle y no dejaba de acosarlo. Se mantenía con vida extrayendo la energía vital de sus víctimas, aunque esperaba poder encontrar un cuerpo vivo algún día, un cuerpo vivo que pudiera habitar para regresar por completo a la vida.

Fistandantilus había logrado conservar el heliotropo y, armado con él, aguardaba a sus víctimas. Buscaba jóvenes practicantes de la magia, en especial aquéllos con cierta inclinación hacia la oscuridad, pues eran los que tenían más posibilidades de sucumbir a la tentación.

El Cónclave de Hechiceros sabía que Fistandantilus andaba a la caza de presas, pero no podían detenerle. Siempre que un joven practicante de la magia se presentaba al temido examen de la Torre de la Alta Hechicería, el Cónclave sabía que cabía la posibilidad de que Fistandantilus se apoderara de él. Se pensaba que muchos de los que morían durante la Prueba se contaban entre sus víctimas.

Cinco años antes del estallido de la Guerra de la Lanza, un joven mago y su hermano gemelo fueron a la Torre de Wayreth para someterse al examen. El joven prometía mucho. Par-Salian, el jefe del Cónclave, ya preveía que tiempos de guerra y males acechaban Kryn timer y albergaba la esperanza de que aquel joven mago ayudara a derrotar a la oscuridad.

El mago era un joven arrogante y ambicioso. A pesar de que vestía la túnica roja, su corazón y su alma se inclinaban hacia la oscuridad y sus propias decisiones le condujeron a hacer una oferta a Fistandantilus. El malvado hechicero no pensaba respetar su parte del trato. Su verdadera intención era absorber la vida del joven.

Raistlin Majere no era como otros que lo habían precedido. A su manera, era tan diestro en la magia como Fistandantilus. Cuando el maligno mago quiso agarrar el corazón del joven y arrancárselo del cuerpo, Raistlin se aferró al corazón de Fistandantilus.

—Puedes tomar mi vida —dijo Raistlin a Fistandantilus—, pero a cambio estarás a mi servicio.

El joven salió con vida de la Prueba, pero su salud quedó maltrecha, pues Fistandantilus no dejaba de chuparle la vida para sobrevivir él mismo en el plano mágico. Sin embargo, a cambio, Fistandantilus tenía que mantener a Raistlin con vida y acudir en su ayuda, concediéndole unos conocimientos de magia muy avanzados para un hechicero tan joven.

Raistlin no recordaba nada de su examen, ni tampoco del trato que había hecho. Creía que la Prueba le había arruinado la salud y Par-Salian no se lo desmintió.

—Sabrá la verdad sólo cuando descubra la verdad sobre sí mismo, se enfrente a ella y admita la oscuridad que comprende.

Par-Salian pronunció esas palabras, pero ni siquiera él, con toda su sabiduría, podía predecir cómo se resolvería aquella oscura y extraña alianza.

PRIMERA PARTE

1

Tinte negro *Un encuentro inesperado*

DÍA SEGUNDO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La ciudad de Palanthas había pasado en vela la mayor parte de la noche, preparándose para la guerra. La ciudad no había sucumbido al pánico; las grandes damas de la antigua aristocracia como era Palanthas jamás se dejan arrastrar por el pánico. Se sientan muy erguidas en sus sillas ricamente talladas, sujetando sus pañuelos de encaje mientras esperan con semblante serio y la espalda muy recta que alguien les diga si va a haber una guerra y, si de ser así, va a ser tan poco educada como para trastocar sus planes para la cena.

Corrían rumores de que las fuerzas de la temida Dama Azul, la Señora del Dragón Kitiara, marchaban hacia la ciudad. Los ejércitos del señor habían sufrido la derrota en la Torre del Sumo Sacerdote, que guardaba el paso que bajaba de las montañas hacia Palanthas. La pequeña partida de caballeros y soldados de infantería que había protegido la torre del primer asalto no era lo suficientemente fuerte para resistir otro ataque. Habían abandonado la fortaleza y las tumbas de sus muertos, y se habían retirado a Palanthas.

La ciudad no se había alegrado. Si los caballeros, militares y guerreros no hubieran cruzado sus murallas, la paz de Palanthas habría sido respetada. Los ejércitos de los dragones no habrían osado atacar una ciudad tan venerada y respetada. Pero los más sabios no se engañaban. Casi todas las ciudades principales de Krynn habían caído bajo los ejércitos de los dragones. La mirada torva del emperador Ariakas se había vuelto hacia Palanthas, hacia su puerto, sus navíos y su riqueza. Esa ciudad resplandeciente, la joya de Solamnia, sería la piedra preciosa perfecta para la Corona del Poder de Ariakas.

El Señor de Palanthas envió sus tropas a las almenas. Los ciudadanos se recogieron en sus casas y cerraron todos los postigos. Las tiendas cerraron sus puertas. La ciudad pensaba que estaba preparada para lo peor y que, si realmente llegaba lo peor, como había sucedido en otras ciudades como Solace y Tarsis, Palanthas combatiría valientemente pues el corazón de la gran dama albergaba un gran arrojo. De acero estaba hecha su erguida espalda.

Finalmente no llegó el temido momento. Lo peor no sucedió. Las fuerzas de la Dama Azul habían sido enviadas a la Torre del Sumo Sacerdote y estaban retirándose. Los dragones que habían avistado aquella mañana, volando hacia las murallas de la ciudad, no eran las fieras rojas de aliento abrasador ni los Dragones Azules que lanzaban rayos y que tanto temían las gentes. Las luces de la mañana se reflejaban en relucientes escamas plateadas. Los Dragones Plateados habían abandonado sus cubiles de las islas de los Dragones para defender Palanthas.

O eso afirmaban los dragones.

Como la guerra no llegó, los ciudadanos de Palanthas salieron de sus casas, abrieron las tiendas y se echaron a las calles, donde hablaban y discutían. El Señor de Palanthas aseguró a sus súbditos que los dragones recién llegados estaban del lado de la luz, que adoraban a Paladine, Mishakal y el resto de los dioses de la luz, que habían prometido ayudar a los Caballeros de Solamnia, defensores de la ciudad.

Había quienes creían a su señor. Había quienes no. Algunos argumentaban que no podía confiarse en los dragones de ningún color, que

sólo habían acudido para que todos se quedaran muy tranquilos y después, en mitad de la noche, los dragones los atacarían, y todos morirían devorados en sus camas.

—¡Idiotas! —masculló Raistlin más de una vez mientras se abría camino entre la multitud, entre rebotes y empellones. A punto estuvo de morir aplastado bajo las ruedas de un carro de caballos.

Si hubiera vestido la túnica roja que lo distinguía como hechicero, las gentes de Palanthas lo hubiesen mirado con recelo y lo habrían dejado completamente solo, apartándose de su camino con tal de evitarlo. Pero como iba ataviado con la túnica gris lisa de los Estetas de la Gran Biblioteca, Raistlin tenía que soportar esos empujones, además de pisotones y codazos.

Los palanthinos no sentían demasiado aprecio por los hechiceros; ni siquiera por los Túnicas Rojas, que se mantenían neutrales en la guerra; ni por los Túnicas Blancas, que estaban consagrados a la luz. Las dos Ordenes de la Alta Hechicería habían trabajado y se habían esforzado por lograr el regreso de los dragones de colores metálicos a Ansalon. El jefe de su orden, Par-Salian, sabía que la visión de aquel amanecer de primavera reflejándose en las alas doradas y plateadas sería como un puñetazo en el estómago para el emperador Ariakas, el primer golpe que lograba atravesar su armadura de escamas de dragón. A lo largo de toda la guerra, las alas de los dragones de Takhisis habían ensombrecido el cielo. Ahora los cielos de Krynn brillaban con una luz intensa y el emperador y su reina empezaban a inquietarse.

Los habitantes de Palanthas no sabían que los hechiceros habían estado esforzándose por protegerlos y tampoco lo habrían creído si se lo hubiesen dicho. Para ellos, el único hechicero bueno era aquel que no vivía en Palanthas.

Raistlin Majere no vestía su túnica roja porque la llevaba hecha un fardo bajo el brazo. Lo que vestía era la túnica gris que había tomado «prestada» de uno de los monjes de la Gran Biblioteca.

Prestada. Al pensar en esa palabra se acordó de Tasslehoff Burrfoot. Aquel kender de espíritu alegre y mano larga jamás «robaba» nada. Cuando lo pillaban con algo robado encima, el kender siempre se defendía diciendo

que había tomado «prestado» el azucarero, se había «encontrado» los candelabros de plata y estaba «a punto de devolver» la gargantilla de esmeraldas. Aquella mañana Raistlin se había «encontrado» la túnica del Esteta cuidadosamente doblada sobre una cama. Tenía la más sincera intención de devolverla en un día o dos.

La mayoría de la gente, absorta en sus conversaciones, no le prestaba atención mientras se esforzaba por abrirse camino entre las calles abarrotadas. Pero de vez en cuando, algún ciudadano lo detenía para preguntarle qué pensaba Astinus sobre la llegada de los dragones de colores metálicos, los dragones de la luz.

Raistlin no sabía la opinión de Astinus y no le importaba lo más mínimo. Con la capucha bien echada hacia delante para ocultar el brillo dorado de su piel bajo la luz del sol y sus pupilas en forma de reloj de arena, murmuraba una excusa y se alejaba apresurado. Contrariado, pensó que ojalá los trabajadores del lugar al que se dirigía estuvieran haciendo algo más que dedicarse a cotillear.

Se arrepentía de haberse acordado de Tasslehoff. El recuerdo del kender le había traído las imágenes de sus amigos y de su hermano. Más bien tendría que decir de sus «difuntos» amigos y su «difunto» hermano: Tanis, Tika, Riverwind y Goldmoon y Caramon. Todos estaban muertos. Sólo él había sobrevivido, y la única razón era que él sí había sido lo suficientemente listo para anticiparse al desastre y preparar una vía de escape. Tenía que enfrentarse al hecho de que Caramon y los demás habían muerto y dejar de obsesionarse. Pero aunque se decía a sí mismo que tenía que dejar de pensar en ellos, seguía haciéndolo.

Cuando huían de los ejércitos de los Dragones en Flotsam, él, su hermano y sus amigos habían intentado escapar comprando un pasaje a bordo de un barco pirata, el *Perechon*. Los perseguía un Señor del Dragón que resultó ser Kitiara, su medio hermana. El timonel, presa de la locura, gobernó el barco directamente al corazón del temido Remolino del Mar Sangriento. El navío se quebraba, los palos se caían y de las velas quedaban meros jirones. Las aguas enloquecidas saltaban por encima de la cubierta. Raistlin tenía que tomar una decisión. Podía morir junto a los demás o

podía escapar. La elección estaba clara para cualquiera con dos dedos de frente, lo que excluía a su hermano. Raistlin tenía en su poder el Orbe de los Dragones, que había pertenecido al desgraciado rey Lorac, y utilizó su magia para escapar. Era cierto que podía haber llevado consigo a sus amigos. Podría haberlos salvado a todos. Al menos, podría haber salvado a su hermano.

Pero Raistlin apenas conocía los poderes del Orbe de los Dragones. No estaba seguro de que el orbe pudiera salvar a los demás, así que se salvó a sí mismo. Y al otro. Ese otro que siempre estaba con él, que seguía con él mientras se abría camino por las calles de Palanthas. Antes, aquel «otro» era un susurro en la cabeza de Raistlin, una voz desconocida, misteriosa y capaz de volver loco a cualquiera. Pero el misterio ya estaba resuelto. Raistlin ya podía poner una cara horrenda a aquella voz carente de cuerpo, dar un nombre a aquel que le hablaba.

—*Tu decisión fue la más lógica, joven mago* —dijo Fistandantilus, y añadió con desprecio—: *Tu gemelo está muerto. ¡Ya era hora! Caramon te hacía más débil, te hacía de menos. Ahora que te has librado de él, llegarás lejos. Yo me encargaré de eso.*

—¡Tú no te encargarás de nada! —le contradijo Raistlin.

—¿Perdón? —preguntó un hombre que pasaba por allí, deteniéndose—. ¿Decíais algo, señor?

Raistlin respondió algo entre dientes y, sin hacer caso a la mirada ofendida del desconocido, siguió caminando. Se había visto obligado a escuchar aquella voz fastidiosa durante toda la mañana. Incluso le pareció ver que aquel espectro chupa almas, con la túnica negra del archimago, le seguía los pasos. Raistlin se preguntó con amargura si el trato que había hecho con el maligno hechicero realmente había valido la pena.

—*Sin mí, habrías muerto durante la Prueba en la Torre de Wayreth* —dijo Fistandantilus—. *Saliste muy bien parado con nuestro trato. Un poco de tu vida a cambio de mi sabiduría y mi poder.*

A Raistlin no le asustaba la idea de morir. Pero sí lo atormentaba la idea de fracasar. Ésa era la verdadera razón por la que había hecho el trato con el viejo. Raistlin no habría podido soportar el fracaso. No habría podido

aguantar la compasión de su hermano o la certeza de que dependería de su gemelo más fuerte durante el resto de su vida.

Sólo pensar que un hechicero muerto le chupaba la vida como puede chuparse el jugo de un melocotón le provocó un ataque de tos. Raistlin siempre había sido enfermizo y delicado, pero el acuerdo al que había llegado con Fistantilus —por el cual el espíritu del archimago seguía con vida en el plano oscuro de su atormentada existencia a cambio de la huida de Raistlin— se había cobrado su parte. Parecía que siempre tuviera los pulmones rellenos de lana. Se asfixiaba. Le sobrevenían unos ataques de tos que le doblaban por la mitad, justo como le estaba pasando en ese momento.

Tuvo que detenerse y apoyarse en un edificio. Luego, se limpió la sangre de los labios con la manga gris de la túnica robada. Se sentía más débil que de costumbre. La magia del Orbe de los Dragones que había utilizado para viajar de un continente a otro le había cansado más de lo que había previsto. Cuando había llegado a Palanthas cuatro días antes, estaba más muerto que vivo. Era tal su debilidad que se había desplomado en la escalera de la Gran Biblioteca. Los monjes se habían apiadado de él y lo habían llevado adentro. Más o menos se había recuperado, pero todavía no estaba bien. Nunca estaría bien..., hasta que rompiera aquel acuerdo.

Por lo visto Fistantilus pensaba que el alma de Raistlin sería su recompensa. El archimago iba a sufrir una decepción. El alma de Raistlin era suya, no se la iba a entregar sin más a Fistantilus.

Raistlin opinaba que el archimago había salido bien parado del trato que habían hecho en la torre. Al fin y al cabo, Fistantilus estaba alimentándose de parte de la vitalidad de Raistlin para seguir aferrado a su miserable existencia. Raistlin consideraba que ambos estaban en paz. Había llegado el momento de poner fin a aquel acuerdo. El único inconveniente era que Raistlin no daba con la forma de hacerlo sin que Fistantilus se enterara y lo detuviera. El viejo siempre andaba merodeando, escuchando a escondidas los pensamientos de Raistlin. Tenía que existir una manera de atrancar la puerta y cerrar las ventanas de su mente.

Al fin, Raistlin se recuperó y pudo reanudar su camino. Siguió recorriendo las calles, siguiendo las indicaciones que le daba la gente que se encontraba, y no tardó en dejar atrás el centro de la Ciudad Vieja y, con ella, la muchedumbre. Se adentró en los barrios obreros de la ciudad, donde las calles recibían el nombre de sus comercios. Pasó por la Avenida de los Ferreteros y la Ringlera de los Carniceros, por el mercado de Caballos y la callejuela de los Orfebres, de camino a la calle donde los mercaderes de lana ejercían su oficio. Estaba buscando un local en concreto, cuando miró callejón abajo y vio un letrero con los símbolos de las tres lunas: una luna roja, una plateada y una negra. Era una tienda de hechicería.

El comercio era pequeño, apenas un hueco en la pared. Raistlin se sorprendió de que hubiera una tienda así, ya fuera grande o pequeña. Le parecía inconcebible que alguien se hubiese molestado en abrir una tienda de objetos relacionados con la magia en una ciudad donde se despreciaba a aquellos que la practicaban. Sólo sabía de un hechicero que residiera en la ciudad y se trataba de Justarius, jefe de la misma orden a la que pertenecía Raistlin, los Túnica Rojas. Raistlin suponía que habría alguno más. Nunca se había parado a pensarlo.

Sus pasos se fueron haciendo más lentos. Quizá la tienda de hechicería tuviera lo que estaba buscando. Sería caro. No podría permitírselo. No tenía más que una pequeña suma de piezas de acero, que durante meses había tenido que reunir y guardar celosamente. Necesitaba reservar ese dinero para pagar el alojamiento y la comida en Neraka, que era su destino, cuando ya se hubiera recuperado y hubiese terminado sus asuntos en Palanthas.

Por otra parte, el dueño de la tienda tendría que informar al Cónclave, el organismo que velaba por el cumplimiento de las leyes de la magia, de la compra de Raistlin. El Cónclave no lo detendría, pero lo convocarían en Wayreth y le instarían a que se explicase. Raistlin no tenía tiempo para todo eso. En esos momentos estaban pasando cosas cruciales que cambiarían el mundo. El final estaba a punto de llegar. No faltaba mucho para que la Reina Oscura celebrara su victoria. Y en los planes de Raistlin no estaba quedarse en la esquina de una calle vitoreándola, mientras ella desfilaba con paso triunfal. En sus planes, él mismo lideraba la comitiva.

Raistlin pasó de largo por delante de la tienda de hechicería y por fin llegó al lugar que estaba buscando. Pensó que habría podido encontrarlo guiándose únicamente por el hedor, mientras se tapaba la nariz y la boca con la manga. El negocio estaba en un patio grande, lleno de pilas de troncos para alimentar las hogueras. El humo se mezclaba con el vapor que salía de las calderas y de las enormes cubas, de las que emanaba una pestilencia provocada por los distintos ingredientes que allí se utilizaban, algunos de los cuales no eran precisamente muy agradables.

Agarrando su hatillo, Raistlin entró en un edificio pequeño que había cerca de donde hombres y mujeres cargaban aquellos troncos y removían el interior de aquellas cubas con unas palas grandes de madera. Un empleado escribía números en un libro voluminoso, sentado en una banqueta. Otro hombre, sentado en otra banqueta, repasaba unas listas interminables. Ninguno de los dos prestó atención a Raistlin.

Raistlin esperó un momento y después carraspeó, lo que hizo que el hombre que estudiaba las listas levantara la mirada. Al ver a Raistlin esperando en la entrada, el hombre se levantó y se acercó a averiguar en qué podía servir a uno de los respetados Estetas.

—Tengo que teñir una tela —dijo Raistlin, alargando la túnica roja.

La capucha le tapaba el rostro, pero no podía esconder las manos. Por suerte, el edificio estaba en penumbras y Raistlin tenía la esperanza de que el hombre no se percatara del color dorado de su piel.

El tintorero estudió el color, acariciando el tejido con la mano.

—Una buena lana —declaró—. Nada excepcional, es verdad, pero no está mal y puede aprovecharse. No tiene por qué coger mal el tinte. ¿Qué color queríais, reverenciado señor?

Raistlin estaba a punto de responder, pero lo interrumpió un ataque de tos tan fuerte que se tambaleó y tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Echó de menos el brazo fuerte de su hermano, que siempre había estado a su lado para sostenerlo.

El tintorero miró a Raistlin y retrocedió un poco, alarmado.

—No será contagioso, ¿verdad, señor?

—Negro —dijo Raistlin sin aliento, ignorando la última pregunta.

—Perdón, ¿cómo habéis dicho? —preguntó el tintorero—. Es difícil oír con todo este jaleo.

Hizo un gesto hacia el patio que estaba detrás de él, donde las mujeres que removían las telas de las cubas intercambiaban mordaces comentarios con los hombres que alimentaban el fuego, todo ello a gritos.

—Negro —repitió Raistlin, alzando la voz. Normalmente hablaba bajo. Gritar le irritaba la garganta.

El tintorero enarcó una ceja. Los Estetas que servían a Astinus en la Gran Biblioteca vestían túnicas grises.

—No es para mí —añadió Raistlin—. Vengo de parte de un amigo.

—Entiendo —repuso el tintorero. Lanzó una mirada inquisitiva a Raistlin, quien no se dio cuenta, presa de un nuevo ataque de tos.

—Tenemos tres tipos de tinte negro —explicó el tintorero—. El más barato se hace con cromo, alumbre, arcilla roja, palo de Campeche y *baphia nítida*. Se obtiene un buen negro, pero no muy duradero. El color se va perdiendo con los lavados. El siguiente tinte contiene sándalo, sulfato de hierro y palo de Campeche. Es de mejor calidad que el primero que he mencionado, aunque después de un período largo de tiempo, el negro adquiere una tonalidad verdosa. El mejor tinte es el de índigo y sándalo. Se consigue un negro intenso que nunca se destiñe, da igual las veces que se lave el tejido. Evidentemente, este último es el más caro.

—¿Cuánto? —preguntó Raistlin.

Al oír el precio que dijo el tintorero, Raistlin hizo una mueca. Aquello mermaría considerablemente el número de monedas que guardaba en una bolsa de piel, escondida en un armario protegido por un hechizo en la celda que le habían asignado en la Gran Librería. Debería encargarse el tinte más barato. Pero entonces se imaginó a sí mismo presentándose ante los poderosos y ricos Túnica Negra de Neraka y se avergonzó al verse entre ellos con una túnica negra que no era exactamente negra, sino que tenía cierta «tonalidad verdosa».

—El índigo —decidió, y entregó su túnica roja.

—Muy bien, reverenciado señor —repuso el tintorero—. ¿Podrías decirme vuestro nombre?

—Bertrem —respondió Raistlin con una sonrisa que quedó oculta bajo la sombra de su capucha. Bertrem era el nombre del sufrido, y siempre hostil, ayudante principal de Astinus.

El tintorero tomó nota.

—¿Cuándo puedo volver a recogerlo? —quiso saber Raistlin—. Tengo..., es decir, mi amigo tiene prisa.

—Pasado mañana.

—¿Antes no puede ser? —preguntó Raistlin, decepcionado.

El tintorero negó con la cabeza.

—No, a no ser que vuestro amigo quiera ir dejando un reguero negro por las calles.

Raistlin asintió con un gesto brusco y se dispuso a marcharse. En el mismo momento en que Raistlin se daba la vuelta, el tintorero dijo algo a su ayudante y éste salió apresuradamente del edificio. Raistlin lo vio bajar la calle con prisas, pero estaba agotado por la caminata y medio ahogado por los humos asfixiantes, así que no le prestó atención.

* * *

La Gran Librería se alzaba en la Ciudad Vieja. Ya había llegado la Vigilia Alta, cuando las tiendas solían cerrar para comer y las multitudes tomaban las calles. El ruido era tan ensordecedor que Raistlin creía que iba a perforarle los oídos. El largo paseo le había exigido un esfuerzo tal que cada poco tenía que detenerse para descansar. Cuando por fin vio ante sí las columnas de mármol y el grandioso pórtico de la biblioteca, estaba tan débil que no creía que pudiera cruzar la calle sin desplomarse.

Raistlin se dejó caer sobre un banco de piedra que no estaba muy lejos de la Gran Biblioteca. La larga noche del invierno tocaba a su fin. El amanecer de la primavera se acercaba sigiloso. El sol intenso lo envolvía en su calidez. Raistlin cerró los ojos. La cabeza se le cayó sobre el pecho y se quedó dormitando bajo el sol.

Volvía a estar a bordo del barco, con el Orbe de los Dragones en la mano y mirando a su hermano, a Tanis y al resto de sus amigos...

... utilizando mi magia. Y la magia del Orbe de los Dragones. Es de lo más sencillo, aunque seguramente esté fuera del alcance de vuestras pusilánimes mentes. Ahora tengo el poder de unir la energía de mi cuerpo físico y la energía de mi espíritu en una sola fuerza. Me convertiré en pura energía... en luz, si preferís pensarlo de esa manera. Y al convertirme en luz, puedo viajar a través de los cielos como los rayos del sol y regresar al mundo físico donde y cuando yo decida.

—¿El orbe puede hacer eso con todos nosotros? —preguntó Tanis.

—No lo voy a comprobar. Sé que yo puedo escapar. Los demás no son asunto mío. Tú los metiste en esta trampa mortal, semielfo. Tú tendrás que sacarlos.

—No harás daño a tu hermano. Caramon, ¡detenlo!

—Díselo, Caramon. La última Prueba de la Alta Hechicería fue contra mí mismo. Y fracasé. Lo maté. Yo maté a mi hermano...

—¡Aja! ¡Sabía que te encontraría aquí, retaco de kender!

Raistlin se estremeció entre sueños.

«Esa es la voz de Flint y eso no está nada bien —pensó Raistlin—. Flint no está aquí. No he visto a Flint desde hace mucho tiempo, desde hace meses, desde la caída de Tarsis.» Raistlin volvió a hundirse en su sueño.

—No intentes detenerme, Tanis. Maté a Caramon una vez, ya sabes. Mejor dicho, era una ilusión para enseñarme a luchar contra la oscuridad de mi interior. Pero llegaron demasiado tarde. Yo ya me había entregado a la oscuridad.

—¡Te digo que lo he visto!

Raistlin se despertó sobresaltado. También conocía aquella voz.

Tasslehoff Burrfoot estaba bastante cerca de él. Raistlin sólo tenía que levantarse del banco, dar unos pasos y, alargando la mano, ya podría tocarlo. Flint Fireforge estaba junto al kender y, aunque los dos daban la espalda a Raistlin, éste podía imaginarse perfectamente la expresión de desesperación del viejo enano intentando discutir con un kender. Raistlin ya había visto más de una vez esa barba temblorosa y esas mejillas encendidas.

«¡No puede ser! —se dijo Raistlin, conmocionado—. Tasslehoff estaba en mi cabeza y ahora lo he hecho aparecer.»

Pero sólo por si acaso, Raistlin se puso la capucha de la túnica gris, asegurándose de que le tapara bien la cara, y metió sus manos de piel dorada en las mangas.

De espaldas, el kender parecía Tas; pero todos los kenders parecen iguales por delante y por detrás: bajos de estatura, vestidos con la ropa más vistosa que hayan podido encontrar, el pelo largo sujeto en un moño extravagante y el menudo cuerpo adornado con un sinfín de bolsas. El enano era igual que todos los enanos, pequeño y recio, vestido con una armadura, cuyo yelmo estaba decorado con una crin de caballo... o de un grifo.

—¡Que te digo que vi a Raistlin! —repetía el kender. Señalaba hacia la Gran Biblioteca—. Estaba tumbado en esa misma escalera. Todos los monjes estaban rodeándolo. Ese bastón suyo... el Bastón de Miga...

—De Mago —murmuró el enano.

—... estaba en la escalera, a su lado.

—¿Y qué si era Raistlin? —replicó el enano.

—Creo que estaba muriéndose, Flint —contestó el kender con mucha solemnidad.

Raistlin cerró los ojos. Ya no había ninguna duda. Tasslehoff Burrfoot y Flint Fireforge. Sus viejos amigos. Ambos le habían visto crecer, a él y a Caramon. Más de una vez, Raistlin se había preguntado si Flint, Tas y Sturm seguirían vivos. Se habían separado en el ataque a Tarsis. Ahora se preguntaba, atónito, cómo habrían ido a parar a Palanthas. ¿Qué peripecias los habrían llevado hasta aquel lugar? Sentía curiosidad y, para su sorpresa, se alegraba de verlos.

Se echó la capucha hacia atrás y se levantó del banco con la intención de dirigirse a ellos. Les preguntaría sobre Sturm y sobre Laurana. Laurana la de los cabellos de oro...

—Si ese ladino está muerto, adiós y muy buenas —dijo Flint con crudeza—. Me ponía la piel de gallina.

Raistlin volvió a sentarse y se echó la capucha sobre la cara.

—En realidad no piensas eso... —empezó a contradecirle Tas.

—¡Claro que lo pienso! —bramó Flint—. ¿Cómo vas a saber tú lo que yo pienso o dejo de pensar? Lo dije ayer y lo repito hoy. Raistlin siempre nos miraba por encima del hombro. Y había convertido a Caramon en su esclavo. «Caramon, ¡hazme un té!» «Caramon, ¡lleva mi petate!» «Caramon, ¡límpiame las botas!» Menos mal que Raistlin nunca le dijo a su hermano que se tirara por un precipicio. Ahora mismo Caramon estaría en el fondo de un barranco.

—Vaya, pues a mí medio me gustaba Raistlin —intervino Tas—. Una vez me convirtió en un estanque de patos. Ya sé que a veces no era demasiado agradable, Flint, pero es que no se sentía bien con esos ataques de tos que tenía y además te ayudó cuando tuviste reuma...

—¡Yo no he tenido reuma ni un solo día en toda mi vida! El reuma es de viejos —se enfadó Flint—. ¿Y ahora dónde crees que vas? —añadió, sujetando a Tasslehoff, que ya estaba a punto de cruzar la calle.

—Pues pensaba subir a la biblioteca, llamar a la puerta y preguntar muy educadamente a los monjes si Raistlin está allí.

—Donde quiera que esté Raistlin, ten por seguro que no anda metido en nada bueno. Ya puedes estar sacándote de esa cabezota tuya la idea de llamar a la puerta de la biblioteca. Ya oíste lo que dijeron ayer: no se admiten kenders.

—Supongo que también podría preguntarles sobre eso —dijo Tas—. ¿Por qué no admiten kenders en la biblioteca?

—Porque si los admitieran, no iba a quedar ni un solo libro en los estantes, por eso. Robaríais hasta la última hoja.

—¡Nosotros no robamos a la gente! —se defendió Tasslehoff, muy ofendido—. Los kenders son muy honrados. Y me parece una auténtica vergüenza que ahí no admitan kenders. Voy a ir a cantarles las cuarenta...

Se zafó de Flint y echó a correr hacia el otro lado de la calle. Flint lo fulminó con la mirada.

—Vete si quieres, pero quizá te gustaría oír lo que he venido a decirte. Me envía Laurana. Mencionó algo sobre ti a lomos de un dragón... —le gritó un segundo después, con un brillo nuevo en los ojos.

Tasslehoff dio media vuelta tan rápido que se enredó con sus propios pies, tropezó y cayó al suelo cual largo era, con lo que se desparramó por la calle el contenido de la mitad de sus bolsas.

—¿Yo? ¿Tasslehoff Burrfoot? ¿A lomos de un dragón? ¡Oh, Flint! —Tasslehoff se levantó y recogió sus sacos—. ¿No es maravilloso?

—No —contestó Flint con frialdad.

—¡De prisa! —lo instó Tasslehoff, tirando de la camisa de Flint—. No querrás perderte la batalla.

—No está pasando en este mismo momento —repuso Flint, dando manotazos a las manos del kender—. Vete tú. Yo voy ahora.

Tas no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Salió disparado calle abajo, parándose para decirle a todo el mundo que se encontraba que él, Tasslehoff Burrfoot, iba a montar un dragón con el Áureo General.

Flint se quedó quieto un buen rato después de que el kender se hubiera marchado, mirando fijamente la Gran Biblioteca. La expresión del viejo enano se puso muy grave y severa. Se dispuso a cruzar la calle, pero después se detuvo. Sus tupidas cejas grises se unieron en una sola línea. Hundió las manos en los bolsillos y sacudió la cabeza.

—Adiós y muy buenas —murmuró, y se dio la vuelta para seguir a Tas.

Raistlin permaneció sentado en el banco bastante tiempo después de que se hubieran ido. Estuvo allí sentado hasta que el sol desapareció por detrás de los edificios de Palanthas y sopló el aire frío de aquella noche de los albores de la primavera.

Por fin se levantó. No se dirigió a la biblioteca, sino que recorrió las calles de Palanthas. A pesar de que era de noche, las calles estaban atestadas de gente. El Señor de Palanthas había hecho una aparición pública para dar confianza a su pueblo. Los Dragones Plateados estaban de su parte. El señor había asegurado que los dragones habían prometido protegerles y por ello anunció grandes celebraciones. La gente encendía hogueras y bailaba por las calles. A Raistlin todo aquel ruido y alegría lo enervaban. Se abrió camino entre los borrachos, en dirección a una parte de la ciudad donde las calles estaban desiertas y los edificios, oscuros y abandonados.

Ni un alma habitaba aquella zona de la grandiosa ciudad. Nadie la visitaba. Raistlin nunca había estado allí, pero conocía bien el camino. Giró en una esquina. Al final de la calle desierta, rodeada por un bosque espectral de muerte, se levantaba una torre de negra silueta sobre el cielo en llamas.

La Torre de la Ata Hechicería de Palanthas. La torre maldita. Tizado de negro y en ruinas, el edificio llevaba siglos vacío.

Nadie podrá entrar excepto el Señor del Pasado y el Presente. Raistlin dio un paso hacia la torre y se detuvo.

—Todavía no —murmuró—. Todavía no.

Sintió que una mano fría y cadavérica le acariciaba la mejilla y se estremeció.

—*Sólo uno de nosotros, joven mago* —dijo Fistantilus—. *Sólo uno puede ser el Señor.*

2

La última botella de vino

DÍA SEGUNDO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Los dioses de la magia, Solinari, Lunitari y Nuitari, eran primos. Sus padres conformaban el triunvirato de dioses que gobernaba Krynn. Solinari era hijo de Paladine y Mishakal, dioses de la luz. Lunitari era la hija de Gilean, dios del Libro. Nuitari descendía de Takhisis, Reina Oscura. Desde el mismo día de su nacimiento, los tres primos habían forjado una alianza, unidos por su dedicación a la magia.

Hacía varios eones, los Tres Primos habían concedido a los mortales la capacidad de controlar y manipular la energía arcana. Fieles a su naturaleza, los mortales habían abusado de ese don que se les concedió. La magia actuaba fuera de control por el mundo y fue la causante de males inenarrables y de la pérdida de muchas vidas. Los primos se dieron cuenta de que debían establecer unas leyes que regulasen la práctica de ese poder y así se crearon las Órdenes de la Alta Hechicería. Dirigida por el Cónclave de hechiceros, la orden determinaba unas leyes sobre el uso de la magia, mediante las cuales se ejercía un estricto control sobre aquellos que practicaban tan poderoso arte.

La Torre de la Alta Hechicería de Wayreth era el último de los cinco centros de magia originales que había habido en Ansalon. Tres de esas

torres, que se encontraban en las ciudades de Daltigoth, Losarcum e Istar, habían sido destruidas. La Torre de Palanthas seguía en pie, pero estaba maldita. Únicamente la Torre de Wayreth, que se alzaba en el misterioso y enigmático bosque de Wayreth, albergaba gran actividad.

Debido a que se tiende a temer todo lo desconocido, los hechiceros que trataban de vivir entre los demás mortales solían enfrentarse a una vida plagada de dificultades. Sin importar si servían a Solinari, Dios de la Luna Plateada; a Nuitari, Dios de la Luna Oscura; o a Lunitari, Diosa de la Luna Roja, normalmente los hechiceros eran recibidos con vilipendios y recelo. No resultaba muy sorprendente entonces que los magos gustasen de pasar todo el tiempo posible en la Torre de Wayreth. Allí, entre iguales, podían mostrarse tal como eran, estudiar su arte, practicar nuevos hechizos, comprar o intercambiar objetos mágicos y disfrutar de la compañía de aquellos que también hablaban el lenguaje de la magia.

Antes del regreso de Takhisis, los hechiceros de las tres órdenes vivían y trabajaban juntos en la Torre de Wayreth. Los Túnica Negras se codeaban con los Túnica Blancas y se enzarzaban en intensos debates relacionados con la magia. Si para un hechizo se necesitaba una telaraña, ¿era mejor utilizar una telaraña tejida por arañas silvestres o por las que se criaban en cautividad? Dado que los gatos eran por naturaleza tan independientes, ¿podían considerarse unas mascotas de confianza?

Cuando la reina Takhisis declaró la guerra al mundo, su hijo Nuitari rompió con sus primos por primera vez desde la creación de la magia. Nuitari se entregó con reticencia a su madre. Sospechaba que todos sus halagos y promesas eran falsos, pero quería creer. Se unió a las filas del ejército de la Reina Oscura y llevó consigo a muchos de sus Túnica Negras. Los hechiceros de Ansalon seguían presentándose ante el mundo como un frente unido, pero en realidad las órdenes empezaban a dividirse.

Existía un organismo conocido como el Cónclave, encargado de dirigir a los hechiceros y que estaba formado por el mismo número de magos de cada orden. El jefe del Cónclave en aquellos tiempos tan tumultuosos era un hechicero Túnica Blanca llamado Par-Salian. Era un hombre de sesenta y pocos años que la mayoría de los magos apreciaba por ser un líder firme,

justo y sensato. Pero el revuelo entre los hechiceros era cada vez mayor y algunas voces ya empezaban a decir que Par-Salian había perdido el control y que no era la persona adecuada para ocupar el puesto.

Par-Salian estaba sentado, solo, en su estudio de la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. La noche era fría y en la chimenea ardían las llamas. Era un fuego real, no mágico. Par-Salian era contrario a utilizar la magia por pura comodidad. Leía alumbrado por una vela, no por una luz mágica. Barría el suelo con una escoba normal y corriente. Hacía que todos aquellos que habitaban y trabajaban en la torre siguieran su ejemplo.

La vela se consumió y el fuego se fue apagando. Par-Salian quedó envuelto en la oscuridad, apenas mitigada por el resplandor de las débiles brasas. Desistió de intentar estudiar sus hechizos. Para eso se necesitaba concentración y no lograba que su mente se concentrara en memorizar las arcanas palabras.

Ansalon se hallaba inmerso en el caos. Las fuerzas de la Reina Oscura estaban peligrosamente cerca de ganar la guerra. Quedaba alguna chispa de esperanza. La celebración del Consejo de la Piedra Blanca había reunido a elfos, enanos y humanos. Las tres razas se habían mostrado de acuerdo en dejar a un lado sus diferencias y unirse contra el enemigo común. La Dama Azul, la Señora del Dragón Kitiara y sus fuerzas habían conocido la derrota en la Torre del Sumo Sacerdote. Los clérigos de Paladine y de Mishakal habían llevado la esperanza y la curación al mundo.

A pesar de todas las buenas nuevas, la aterradora amenaza de los Dragones del Mal y la poderosa fuerza de sus ejércitos seguían alzándose contra las fuerzas de la luz. En ese mismo momento, Par-Salian esperaba con desasosiego que de un momento a otro le llevaran la noticia de la caída de Palanthas...

Llamaron a la puerta. Par-Salian suspiró. Estaba seguro de que se trataba de las noticias que tanto temía recibir. Su ayudante se había acostado hacía un buen rato, por lo que Par-Salian se levantó para abrir él mismo. Se quedó atónito al ver que su visitante era Justarius, de la Orden de las Túnica Rojas.

—¡Amigo mío! ¡Eres la última persona a la que esperaba ver esta noche! Entra, por favor. Toma asiento.

Justarius entró en la habitación renqueando. Era un hombre alto, recio y fuerte como un roble, a no ser por la pierna de la que cojeaba. De joven siempre había disfrutado participando en competiciones de destrezas físicas. Todo aquello se había acabado con la Prueba de la Torre, que lo había dejado lisiado para siempre. Justarius nunca hablaba de la Prueba ni se quejaba de su cojera, a no ser para decir, encogiéndose de hombros y con media sonrisa, que había sido muy afortunado. Bien podría haber muerto.

—Me alegra ver que estás bien —seguía diciendo Par-Salian mientras encendía las velas y echaba leña al hogar—. Creí que estarías con los que luchan contra los ejércitos de los Dragones en Palanthas.

Se detuvo para mirar a su amigo con consternación.

—¿Ya ha caído la ciudad?

—Todo lo contrario —contestó Justarius, tomando asiento delante de la chimenea. Apoyó la pierna lisiada sobre un escabel para mantenerla elevada y sonrió—. Abre una botella de tu mejor vino elfo, amigo mío, porque tenemos algo que celebrar.

—¿De qué se trata? Dímelos sin más tardanza. Mis pensamientos han estado asediados por oscuros presagios —lo apremió Par-Salian.

—¡Los Dragones del Bien han entrado en la guerra!

Par-Salian se quedó mirando largamente a su amigo, dejó escapar un profundo suspiro y se estremeció.

—¡Alabado sea Paladine! Y Gilean, por supuesto —añadió rápidamente, lanzando una mirada a Justarius—. Cuéntame todos los detalles.

—Los Dragones Plateados llegaron esta mañana para defender la ciudad. Los ejércitos de los Dragones no lanzaron el ataque que se esperaba. Se nombró Áureo General a Laurana, de los elfos de Qualinesti, y se la puso al frente de las fuerzas de la luz, que incluyen a los Caballeros de Solamnia.

—Esto se merece algo especial. —Par-Salian sirvió vino para los dos—. Mi última botella de vino de Silvanesti. Por desgracia, me temo que no

habrá más vino elfo de esa desgraciada tierra por una buena temporada.

Volvió a sentarse.

—Así que han elegido a la hija del rey elfo de Qualinesti como Áureo General. Es una sabia elección.

—Más bien una elección política —repuso Justarius con expresión irónica—. Los caballeros no lograban elegir un líder. La victoria sobre los ejércitos de los Dragones en la Torre del Sumo Sacerdote se debió en gran parte al coraje y la inteligencia de Laurana. Tiene el poder de inspirar a los hombres tanto con sus palabras como con sus actos. Los caballeros que combatieron en la torre la admiran y confían en ella. Además, hará que los elfos se unan a la batalla.

Los dos hechiceros alzaron sus copas y bebieron por el éxito del Áureo General y por los dragones bondadosos, como se los conocía popularmente. Justarius dejó la copa de plata en una mesita cercana y se frotó los ojos. Estaba demacrado. Se recostó en la silla con un suspiro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Par-Salian, preocupado.

—Llevo varias noches sin dormir —explicó Justarius—. Y he recorrido los pasillos de la magia para venir aquí. Esos viajes siempre son agotadores.

—¿El Señor de Palanthas te pidió ayuda para defender la ciudad? —Par-Salian estaba asombrado.

—No, claro que no —contestó Justarius con cierta amargura—. De todos modos, yo estaba preparado para cumplir mi parte. Tengo que proteger mi casa y mi familia, además de mi ciudad, a la que amo.

Volvió a levantar la copa, pero no bebió. Fijó una mirada taciturna en el vino, de un intenso color ciruela.

—Vamos, suéltalo ya —lo instó Par-Salian sombríamente—. Espero que las malas noticias que traes no empañen las buenas.

Justarius lanzó un profundo suspiro.

—En más de una ocasión, tú y yo nos hemos preguntado por qué los dragones bondadosos se negaban a escuchar nuestras súplicas de ayuda. Por qué no entraron en la guerra cuando Takhisis envió a sus Dragones del Mal a quemar ciudades y a masacrar inocentes. Ahora ya sé la respuesta. Y es atroz.

Justarius volvió a sumirse en el silencio. Par-Salian bebió un trago de vino, como si quisiera darse ánimos.

—Una hembra de Dragón Plateado que se llama a sí misma Silvara fue quien hizo el espeluznante descubrimiento —siguió contando Justarius—. Por lo visto, hace varios años, alrededor del 287 DC, Takhisis ordenó a sus dragones malvados que entraran en secreto en los cubiles de los Dragones del Bien mientras dormían el Gran Sueño y que les robaran los huevos.

»Cuando tuvieron a los pequeños en su poder, Takhisis despertó a los dragones bondadosos y les dijo que planeaba lanzar una guerra contra el mundo. Los amenazó: si los dragones bondadosos intervenían, Takhisis destruiría sus huevos. Temerosos por sus crías, los Dragones del Bien hicieron un juramento por el que prometieron que no se enfrentarían a ella.

—Y ahora ese juramento se ha roto —intervino Par-Salian.

—Los dragones bondadosos descubrieron que había sido Takhisis quien había roto el juramento en primer lugar —contestó Justarius—. Los sabios especulan con que el origen de los conocidos como «lagartos», los draconianos...

Par-Salian miraba a su amigo petrificado por el horror.

—No querrás decir que... —Cerró los puños—. ¡Eso es imposible!

—Por desgracia, me temo que no. Silvara y un amigo, un guerrero elfo llamado Gilthanas, descubrieron la espeluznante verdad. Sirviéndose de la magia profana y oscura, pervirtieron los huevos de los dragones de colores metálicos y convirtieron a los dragones en esas criaturas que conocemos como draconianos. Silvara y Gilthanas pueden dar fe. Ellos mismos presenciaron la ceremonia. Casi no logran escapar con vida.

Par-Salian estaba desconsolado.

—Una pérdida terrible. Una pérdida trágica. La belleza, la sabiduría y la nobleza transformadas en esas monstruosidades infames...

Se sumió en el silencio. Los dos hombres sabían qué pregunta venía a continuación. Ambos conocían la respuesta. Ninguno quería pronunciarla en voz alta. No obstante, Par-Salian era el jefe del Cónclave. Su responsabilidad era descubrir la verdad, por muy desagradable que fuera.

—Me he fijado en que has dicho que los huevos se pervirtieron mediante magia profana y magia oscura. ¿Quiere eso decir que un miembro de nuestras órdenes llevó a cabo un acto tan aberrante?

—Eso me temo —respondió Justarius en voz baja—. Los hechizos fueron concebidos por un Túnica Negra llamado Dracart, junto con un sacerdote de Takhisis y un Dragón Rojo. Tienes que hacer algo sin más dilación, Par-Salian. Por eso he venido esta noche con tanta celeridad. Debes disolver el Cónclave, denunciar a los Túnicas Negras, expulsarlos de la torre y prohibirles que ni siquiera se acerquen aquí.

Par-Salian no dijo nada. Abría y cerraba el puño derecho. Miraba fijamente el fuego.

—El mundo ya nos considera sospechosos —continuó Justarius—. Si se descubriera que un hechicero ha sido cómplice en un acto tan atroz, ¡el pueblo se alzaría contra nosotros! Eso podría significar nuestra destrucción.

Par-Salian seguía en silencio.

—Señor —añadió Justarius con un tono de voz más duro—, el dios Nuitari también estuvo implicado. Tuvo que estarlo, necesariamente. Hace años que se puso al lado de su madre, Takhisis, lo que significa que Ladonna, jefa de los Túnicas Negras, también debe estar implicada.

—Eso no lo sabes con seguridad —lo contradijo Par-Salian con gravedad—. No tienes pruebas.

Par-Salian y Ladonna habían sido amantes, en el lejano pasado, en su lejana juventud, en los días en que la pasión se imponía a la razón. Justarius conocía esa historia y tuvo mucho cuidado en no mencionarla, pero Par-Salian sabía en lo que estaba pensando su amigo.

—Ninguno de nosotros ha visto a Ladonna o a sus seguidores desde hace más de un año —continuó Justarius—. Nuestros dioses, Solinari y Lunitari, no han ocultado su enojo y su consternación cuando Nuitari se separó de ellos para servir a su madre. Debemos enfrentarnos a la verdad, señor. Los Tres Primos están enemistados. Nuestra hermandad sagrada de hechiceros, los lazos que nos unen —blanco, negro y rojo— se han roto. Además, no es descabellado pensar que Ladonna y sus Túnicas Negras estén dispuestos a lanzar un ataque contra la torre...

—¡No! —exclamó Par-Salian, dando un puñetazo en el reposabrazos de su silla y derramando su vino.

En más de una ocasión, Par-Salian, con su larga barba blanca y sus ademanes reposados, era tomado por un viejo débil y benévolo. Caían en ese error incluso quienes mejor lo conocían. Pero el jefe del Cónclave no había alcanzado una posición tan alta debido a su falta de ardor, precisamente. La intensidad de ese ardor podía resultar sorprendente.

—¡No voy a disolver el Cónclave! Ni por un instante estoy dispuesto a creer que Ladonna tiene algo que ver con ese crimen. Tampoco culpo a Nuitari...

Justarius frunció el entrecejo.

—Dracart, un Túnica Negra, fue visto en la ceremonia.

—¿Qué quiere decir eso? —Par-Salian miró a su amigo con ferocidad—. Podría tratarse de un renegado...

—Y lo era —dijo una voz.

Justarius se volvió en su asiento. Cuando descubrió quien había hablado, lanzó una mirada acusadora a Par-Salian.

—No sabía que tenías compañía —dijo Justarius con frialdad.

—Ni siquiera yo lo sabía —repuso Par-Salian—. Deberías haberte anunciado, Ladonna. Espiar es de mala educación, sobre todo entre amigos.

—Tenía que asegurarme de que todavía erais mis amigos —contestó ella.

Ladonna era una mujer de mediana edad que no estaba dispuesta a disimular sus años, como había quien hacía, recurriendo a artificios de la naturaleza y de la magia para tener una piel tersa. Lucía su espesa melena gris con el mismo orgullo que una reina viste su corona y lucía esmerados peinados. Sus túnicas negras solían ser del mejor de los terciopelos, suaves y acariciadores, con runas bordadas en hilos de oro y plata.

Pero cuando emergió de las sombras del rincón en el que había estado observando sin ser vista, los dos hombres se quedaron atónitos al ver lo mucho que había cambiado. Ladonna estaba demacrada y pálida, y parecía haber envejecido varios años de golpe. Hebras de su cabello largo y gris se escapaban de las dos trenzas que le caían por la espalda. La elegante túnica

negra estaba sucia y harapienta, parecía un trapo andrajoso y gastado. Se la veía agotada, como a punto de desplomarse.

Par-Salian se apresuró a acercarle una silla y le sirvió una copa de vino. La mujer lo bebió agradecida. Sus ojos negros se posaron en Justarius.

—Muy rápido estás dispuesto a juzgarme, señor —le reprochó con amargura.

—La última vez que nos vimos, señora —repuso él en el mismo tono—, proclamabas con orgullo tu devoción por la reina Takhisis. ¿Debemos creer que no has participado en este crimen?

Ladonna bebió un sorbo de vino.

—Si ser un necio se considera un crimen, me declaro culpable —añadió en voz baja.

Alzó los ojos y envolvió a los dos hombres con una mirada centelleante.

»¡Pero os juro que yo no tuve nada que ver con la corrupción de los huevos de dragón! No supe nada de ese escalofriante hecho hasta hace poco. Y cuando lo descubrí, hice lo posible por remediarlo. Podéis preguntar a Silvara y a Gilthanas. Ahora mismo no estarían vivos de no ser por mi ayuda y la de Nuitari.

Justarius permanecía con gesto adusto. Par-Salian la observaba con gravedad.

Ladonna se puso de pie y alzó la mano hacia el cielo.

—Invoco a Solinari, Dios de la Luna Plateada. Invoco a Lunitari, Diosa de la Luna Roja. Invoco a Nuitari, Dios de la Luna Oscura. Éste es mi juramento. Juro en nombre de la magia que llamamos sagrada que estoy diciendo la verdad. Arrebatadme vuestras bendiciones, vosotros, los dioses, si miento. ¡Que las palabras de la magia desaparezcan de mi mente! Que los ingredientes de mis hechizos se conviertan en polvo. Que mis pergaminos sean devorados por las llamas. Que mi mano se desprenda de mi muñeca.

Esperó un momento y después volvió a sentarse.

—Hace frío aquí —dijo, mirando con dureza a Justarius—. ¿Enciendo un fuego?

Señaló la chimenea, donde las llamas ya se apagaban, y pronunció una palabra mágica. Las llamas lamieron con renovada intensidad la rejilla de

hierro. El calor era tan intenso que los tres tuvieron que alejar sus sillas. Ladonna cogió su copa y bebió un sorbo.

—¿Nuitari se ha alejado de Takhisis? —preguntó Par-Salian con sorpresa.

—Lo sedujeron las palabras dulces y las deslumbrantes promesas. Como a mí —explicó Ladonna con amargura—. Las palabras dulces de la reina no eran más que mentiras. Y sus promesas eran falsas.

—¿Qué esperabas? —preguntó Justarius, resoplando—. La reina Oscura ha frustrado tus ambiciones y ha herido tu orgullo. Así que ahora acudes a nosotros arrastrándote. Supongo que estás en peligro. Conoces los secretos de la Reina. ¿Te ha echado los perros? ¿Por eso has venido a Wayreth? ¿Para esconderte en nuestras faldas?

—Yo descubrí sus secretos —repuso Ladonna con suavidad. Permaneció sentada, con la vista clavada en sus manos. Todavía tenía los dedos largos y finos, aunque se veía la piel enrojecida y tirante sobre sus delicados huesos—. Y sí, estoy en peligro. Todos estamos en peligro. Ésa es la razón por la que he vuelto. He arriesgado mi vida para venir a advertiros.

Par-Salian y Justarius se miraron alarmados. Los dos conocían a Ladonna desde hacía muchos años. La habían visto en la grandeza de su poder. La habían visto temblando de rabia. Uno de ellos había conocido la ternura y dulzura de su amor. Ladonna era una luchadora. Había peleado por alcanzar la posición más alta entre los Túnicas Negras, para lo que había tenido que derrotar, y a veces matar, en combates mágicos a aquellos que la retaban. Era un enemigo valiente y muy a tener en cuenta. Ninguno de los dos había sido testigo jamás de una muestra de debilidad en aquella mujer poderosa y tenaz. Ninguno de los dos la había visto tal como la veían en ese momento: consternada..., asustada.

—En Neraka hay un edificio llamado el Palacio Rojo. A veces Ariakas se aloja allí cuando regresa a Neraka. Ese palacio es un santuario consagrado a Takhisis. No se trata de un santuario tan suntuoso como el que hay en su templo. Es algo mucho más secreto y privado, abierto sólo para Ariakas y sus favoritos, como Kitiara y la hechicera Iolanthe, antigua discípula mía y amante de Ariakas.

»Resumiendo: muchos de mis colegas fueron asesinados de forma atroz. Yo tenía miedo de ser la siguiente. Fui al santuario para hablar directamente con la reina Takhisis...

Justarius dijo algo para sí.

»Ya lo sé —convino Ladonna. Le temblaban las manos y derramó el vino—. Ya lo sé. Pero estaba sola, y desesperada.

Par-Salian se inclinó y apoyó su mano sobre la de la mujer. Ella le sonrió con gesto trémulo y le apretó la mano. El hechicero se sorprendió y se quedó sobrecogido al adivinar el brillo de las lágrimas en los ojos de la mujer. Nunca antes la había visto llorar.

—Estaba a punto de entrar en el santuario cuando me di cuenta de que había alguien más. Era la Señora de los Dragones Kitiara, hablando con Ariakas. Me hice invisible con mi magia y escuché su conversación. ¿Habéis oído que la Reina Oscura busca a un hombre llamado Berem? Se lo conoce como el Hombre Eterno o el Hombre de la Joya Verde.

—Todos los ejércitos de los Dragones han recibido la orden de encontrarlo. Hemos intentado descubrir la razón —contestó Par-Salian—. ¿Por qué es tan importante para Takhisis?

—Yo puedo darte la respuesta —dijo Ladonna—. Si Takhisis encuentra a Berem, saldrá victoriosa. Regresará al mundo con todo su poder y su fuerza. Nadie, ni siquiera los dioses, podrá detenerla.

Narró a los dos hombres la trágica historia del Hombre Eterno. Ambos escucharon con aflicción y perplejidad la desgracia de la historia de Jasla y Berem, una historia de muerte y perdón, de esperanza y redención.

Par-Salian y Justarius se sumieron en el silencio, entregados a sus propios pensamientos sobre lo que acababan de oír. Ladonna se recostó en la silla y cerró los ojos. Par-Salian se ofreció a servirle otra copa de vino.

—Gracias, mi querido amigo, pero si bebo una copa más, me voy a quedar dormida aquí mismo. Bueno, ¿qué pensáis?

—Yo creo que tenemos que actuar —fue la respuesta de Par-Salian.

—A mí me gustaría llevar a cabo algunas investigaciones por mi cuenta —contestó Justarius secamente—. La señora Ladonna deberá disculparme, pero he de decir que no confío plenamente en ella.

—Investiga todo lo que quieras —dijo Ladonna—. Llegarás a la conclusión de que lo que he dicho es cierto. Estoy demasiado cansada para mentir. Y ahora, si me perdonáis...

Al levantarse, se tambaleó y tuvo que apoyarse en el reposabrazos de la silla para recuperar el equilibrio.

—Esta noche no puedo viajar. Si me dejaras una manta en la esquina de la celda de cualquier aprendiz...

—No digas tonterías —repuso Par-Salian—. Dormirás en tu habitación, como siempre. Todo está como lo dejaste. No se ha movido ni cambiado nada. Incluso encontrarás la chimenea encendida.

Ladonna agachó su orgullosa cabeza y después alargó una mano hacia Par-Salian.

—Gracias, viejo amigo. Cometí un error. Estoy dispuesta a admitirlo. Por si sirve de algo, puedo decir que lo he pagado con creces.

Justarius se levantó con dificultad, sujetándose a la silla. Siempre que pasaba un rato sentado, la pierna lisiada se le agarrotaba.

—¿Tú también pasarás la noche con nosotros, amigo mío? —preguntó Par-Salian.

Justarius negó con la cabeza.

—Me necesitan de vuelta en Palanthas. Tengo más noticias. Si pudieras esperar un momento, señora, esto también te interesará. El vigesimosexto día de Rannmont se encontró a Raistlin Majere medio muerto en la escalera de la Gran Biblioteca. Dio la casualidad de que uno de mis discípulos pasaba por allí y fue testigo de lo que ocurrió. Mi discípulo no sabía quién era ese hombre, sólo que era un hechicero que vestía la túnica roja de mi orden.

»Aunque dicho esto, no creo que Raistlin siga perteneciendo a mi orden por mucho tiempo —añadió Justarius—. Hoy mismo uno de los tintoreros de la ciudad me ha avisado de que fue a su negocio un hombre joven, para que le tiñeran de negro una túnica roja. Me temo que tu «espada» tiene una mella, amigo mío.

Par-Salian parecía profundamente afectado.

—¿Estás seguro de que se trataba de Raistlin Majere?

—El joven dio un nombre falso, pero no puede haber muchos hombres en el mundo con la piel dorada y las pupilas como relojes de arena. No obstante, quise asegurarme y le pregunté a Astinus. Él asegura que el joven es Raistlin. Piensa tomar la Túnica Negra y ni siquiera se va a molestar en consultárselo al Cónclave, como debe hacerse.

—Va a convertirse en un renegado. —Ladonna se encogió de hombros—. Lo has perdido, Par-Salian. Parece que no soy la única que comete errores.

—Nunca me ha gustado decir que *ya te lo había dicho* —dijo Justarius con expresión seria—. Pero ya te lo había dicho.

Ladonna se dirigió a sus aposentos. Justarius regresó a Palanthas por los pasadizos de la magia. Par-Salian volvía a estar solo.

Se sentó de nuevo junto al fuego casi extinguido, reflexionando sobre todo lo que acababa de oír. Intentó concentrarse en las noticias nefastas que había traído Ladonna, pero se dio cuenta de que no podía alejar sus pensamientos de Raistlin Majere.

—Quizá me equivocara cuando lo elegí para que fuera mi espada para combatir el mal —musitó Par-Salian—. Pero, viendo lo que he oído esta noche y por lo que sé de Raistlin Majere, tal vez no haya sido así.

Par-Salian bebió lo que quedaba de vino elfo. Tiró el poso a las brasas, lo que acabó de apagarlas, y fue a acostarse.

3

Recuerdos Un viejo amigo

DÍA TERCERO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

No era el dolor físico que me nublaba la mente. Era aquel dolor interior ya conocido que me atenazaba, que me desgarraba como unas garfas ponzoñosas. Caramon, fuerte y jovial, bondadoso y amable, transparente y honesto. Caramon, el amigo de todos. No como Raistlin, el canijo, el Ladino.

—En mi vida no he tenido más que mi magia —dije, hablando con claridad, pensando con claridad por primera vez en mi vida—. Y ahora tú también tienes eso.

Apoyándome en la pared, levanté las dos manos y junté los pulgares. Empecé a pronunciar las palabras, esas palabras que invocarían la magia.

—¡Raist! —Caramon empezó a retroceder—. Raist, ¿qué estás haciendo? ¡Venga! ¡Me necesitas! Yo cuidaré de ti, como siempre he hecho. ¡Raist! ¡Soy tu hermano!

—No tengo hermanos.

Bajo aquella superficie de fría y dura piedra, bullían y se agitaban los celos. El temblor resquebrajaba la roca. Los celos, al rojo vivo y abrasadores, se extendieron por mi cuerpo y ardieron en mis manos. La llama centelleó, se agitó y envolvió a Caramon...

Alguien llamó a la puerta y bruscamente devolvió a Raistlin a la realidad.

Se estiró en la silla y, de mala gana, dejó que el recuerdo se alejara de él lentamente. No disfrutaba reviviendo ese momento, ni mucho menos. Sus recuerdos de la Prueba en la Torre de la Alta Hechicería eran espantosos, pues le devolvían los amargos mordiscos de los celos y la ira, la visión de Caramon muriendo entre las llamas, el desgarró de los gritos de su gemelo, el hedor a carne quemada.

Y después de todo eso, tuvo que enfrentarse a Caramon, que había conocido la muerte a manos de su hermano. Ver el dolor en sus ojos, en cierto sentido mucho más cruel que el dolor de la agonía. Pues todo había sido una ilusión, una parte de la Prueba, para enseñar a Raistlin a conocerse a sí mismo. Él jamás habría querido rememorarlos, habría mantenido sus recuerdos encerrados, pero estaba intentando aprender algo de todo eso y era necesario que lo soportara de nuevo.

Era primera hora de la mañana y se encontraba en la pequeña celda que le habían asignado en la Gran Biblioteca. Los monjes lo habían llevado allí cuando creyeron que se moría. En aquella celda, por fin se había atrevido a asomarse a la oscuridad de su propia alma y había encontrado el valor de enfrentarse a los ojos que le devolvían la mirada. Había recordado la Prueba y el pacto que había hecho con Fistandantilus para pasarla.

—Dije que no me molestaran —gritó Raistlin, enfadado.

—¡Que no lo molesten! Yo sí que voy a molestarlo —gruñó una voz grave—. ¡Voy a darle una buena colleja!

—Tiene una visita, señor Majere —alzó la voz Bertrem, en tono de disculpa—. Dice que es un viejo amigo. Está preocupado por su estado de salud.

—Claro que está preocupado —dijo Raistlin en un tono cortante.

Estaba esperando esa visita. Incluso cuando vio que Flint empezaba a cruzar la calle hacia la biblioteca, pero después cambiaba de opinión. Flint se pasaría toda la noche dándole vueltas, pero al final iría. Sin Tas. Acudiría solo.

«Dile que se vaya. Dile que estás ocupado. Tienes un montón de cosas que hacer para preparar tu viaje a Neraka.» Al mismo tiempo que Raistlin pensaba todo eso, ya había empezado a deshacer el hechizo mágico con el que había cerrado la puerta.

—Puede pasar —anunció Raistlin.

Bertrem, con la cabeza calva reluciente de sudor, abrió la puerta con cuidado y miró hacia dentro. Al ver a Raistlin sentado en la silla, vestido con la túnica gris, abrió los ojos como platos.

—Pero ésas son... Es... Son...

Raistlin lo miró airado.

—Di lo que hayas venido a decir y desaparece.

—Una... visita... —repitió Bertrem con un hilo de voz antes de marcharse apresuradamente, con sus sandalias resonando sobre el suelo de piedra.

Flint entró como un huracán. El viejo enano se quedó observando a Raistlin. Sus ojos furiosos lo estudiaban desde debajo de sus pobladas cejas grises. Cruzó los brazos sobre el pecho, por debajo de la larga barba. Vestía la armadura de piel tachonada que los enanos preferían a las de acero. Era una armadura nueva y grabada con el dibujo de una rosa, el símbolo de los caballeros solámnicos.

Flint llevaba el mismo yelmo de siempre. Lo había encontrado en una de sus primeras aventuras, Raistlin no recordaba dónde. El casco estaba decorado con una cola hecha de crines de caballo. Flint sostenía que se trataba de la crin de un grifo y nada lograba convencerle de lo contrario, ni siquiera el hecho de que los grifos no tuvieran crines.

No habían pasado más que unos pocos meses desde la última vez que se habían visto, pero Raistlin se quedó sorprendido por los cambios que se apreciaban en el enano. Flint había adelgazado, y su piel había adquirido una tonalidad blanquecina. Respiraba trabajosamente, y en su rostro se apreciaban nuevas arrugas producidas por el dolor y la pérdida, por el cansancio y las preocupaciones. Pero en los ojos del viejo enano ardía el mismo espíritu bronco mientras miraba a Raistlin con ferocidad.

Ninguno de los dos dijo nada. Flint se aclaró la garganta, mientras lanzaba miradas alrededor de la celda. Con el rabillo del ojo vio los libros de hechizos que había sobre el escritorio, el Bastón de Mago que descansaba en una esquina y la taza vacía de té. Todos eran pertenencias de Raistlin, nada que fuera de Caramon.

Flint frunció el entrecejo y se rascó la nariz. Lanzaba miradas a Raistlin con expresión ceñuda y pasaba el peso de una pierna a otra, incómodo.

«Hasta qué punto se sentiría incómodo si supiera la verdad —pensó Raistlin—. Que dejé morir a Caramon y a Tanis y a los demás.» Preferiría que Flint no hubiera ido a visitarlo.

—El kender dijo que te había visto —dijo Flint, atreviéndose al fin a romper el silencio—. Dijo que estabas moribundo.

—Como puedes comprobar, estoy bastante vivo —repuso Raistlin.

—Sí, bueno. —Flint se acarició la barba—. Llevas una túnica gris. ¿Eso qué se supone que significa?

—Que he dado a lavar la roja —repuso Raistlin, y añadió mordazmente—: Mis riquezas no me permiten tener un gran armario. —Hizo un gesto impaciente—. ¿Has venido a mirarme y a comentar mi vestuario o tienes algún propósito?

—He venido porque estaba preocupado por ti —contestó Flint, frunciendo el entrecejo.

Raistlin sonrió con gesto sarcástico.

—No has venido porque estuvieras preocupado por mí. Estás aquí porque estás preocupado por Tanis y Caramon.

—Bueno, y tengo derecho a estarlo, ¿no? ¿Qué les ha pasado? —quiso saber Flint. Sus mejillas grises enrojecieron.

Raistlin no respondió de inmediato. Podía decir la verdad. No había ningún motivo que se lo impidiera. Al fin y al cabo, no le importaba lo más mínimo lo que Flint ni ninguno de ellos pensarán de él. Podía decir la verdad: que los había dejado morir en El Remolino. Pero Flint se indignaría y tal vez llegara a atacar a Raistlin, impulsado por su ira. El viejo enano no suponía una amenaza, pero Raistlin no tendría más remedio que defenderse. Flint podía acabar herido, y se iba a montar una escena. Se crearía un

alboroto enorme entre los Estetas. Lo echarían de allí y todavía no estaba preparado para irse.

—Laurana, Tas y yo sabemos que tú y los demás escapasteis de Tarsis —dijo Flint—. Compartimos el sueño. —Parecía realmente incómodo al admitir eso.

Raistlin estaba muy intrigado.

—¿El sueño en la angustiosa tierra de Silvanesti? ¿El sueño del rey Lorac? ¿De verdad hicisteis eso? Qué interesante. —Recordó aquella experiencia, preguntándose cómo era posible—. Sabía que los demás del grupo lo habían compartido, pero eso era porque nosotros estábamos en el sueño. Me pregunto cómo lograsteis hacerlo vosotros.

—Gilthanas dijo que fue gracias a la Joya Estrella, la que Alhana le entregó a Sturm en Tarsis.

—Alhana mencionó algo sobre eso. Sí, podría ser por la Joya Estrella. Son objetos mágicos muy poderosos. ¿Sturm todavía la tiene?

—Lo enterraron con ella —repuso Flint con brusquedad—. Sturm ha muerto. Lo mataron en la batalla de la Torre del Sumo Sacerdote.

—Lo siento —dijo Raistlin, sorprendiéndose de lo sinceras que eran sus palabras.

—Sturm murió como un héroe —prosiguió Flint—. Se enfrentó él solo a un Dragón Azul.

—Entonces murió como un idiota —comentó Raistlin.

El rostro de Flint volvió a enrojecer.

—¿Y Caramon? ¿Por qué no está aquí? ¡Él nunca te dejaría solo! ¡Antes moriría!

—Ahora mismo podría estar muerto —dijo Raistlin—. Quizá todos lo estén. No lo sé.

—¿Lo mataste? —preguntó Flint, cada vez más rojo.

«Sí, lo maté —pensó Raistlin—. Estaba envuelto en llamas...»

—La puerta está detrás de ti —dijo en voz alta, en lugar de lo que estaba pensando—. Por favor, ciérrala al salir.

Flint intentó decir algo, pero la rabia sólo le dejaba balbucear.

—¡No sé por qué he venido! —logró exclamar por fin—. «Adiós y muy buenas», fueron mis palabras cuando oí que eras tú quien estaba muriéndose. ¡Y ahora lo repito: Adiós y muy buenas!

Se dio media vuelta y se dirigió a la puerta con pasos airados. Llegó junto a ella y la abrió con brusquedad. Estaba a punto de decir algo, pero se le adelantó Raistlin.

—Estás teniendo problemas de corazón —dijo Raistlin, hablando a la espalda del enano—. No te encuentras bien. Sufres dolores, mareos, te quedas sin aliento. Te cansas enseguida. ¿Me equivoco?

Flint estaba inmóvil en el umbral de la puerta de la pequeña celda, con la mano quieta en el pomo.

—Si no te tomas las cosas con más calma, el corazón te va a estallar —continuó Raistlin.

Flint giró la cabeza y se lo quedó mirando.

—¿Cuánto me queda?

—La muerte podría llegar en cualquier momento —repuso Raistlin—. Tienes que descansar...

—¡Descansar! ¡Estamos en guerra! —lo interrumpió Flint, levantando la voz. Después tosió, resolló y se llevó la mano al pecho. Al ver que Raistlin lo observaba, murmuró:— No todos estamos llamados a morir como héroes. —Tras decir esto, salió ruidosamente, olvidando cerrar la puerta.

Raistlin lanzó un suspiro y se levantó para cerrarla él mismo.

Caramon chilló e intentó apagar las llamas, pero era imposible escapar de la magia. Su cuerpo se retorcía, se encogía en el fuego, hasta convertirse en el cuerpo marchito de un viejo; un viejo que vestía una túnica negra y cuyos cabellos y barba eran volutas de fuego ensortijado.

Fistandantilus, con la mano extendida, caminaba a su encuentro.

—Si tu armadura está rota —dijo el viejo con voz suave—, yo encontraré sus grietas.

Yo no podía moverme, no podía defenderme. La magia se había cobrado mis últimas fuerzas.

Fistandantilus estaba delante de mí. La túnica negra del viejo eran jirones de noche; su cuerpo estaba cubierto de carne putrefacta; los huesos se le veían bajo la piel. Las uñas eran largas y afiladas, como las de los cadáveres. En sus ojos brillaba el calor abrasador que había albergado mi alma, el ardor que había devuelto la vida a los muertos. Del descarnado cuello pendía un colgante con un heliotropo engastado.

La mano del viejo me tocó el pecho, acarició mi carne, de forma burlona y martirizante. Fistandantilus hundió la mano en mi pecho y se aferró a mi corazón.

Cuando el soldado agonizante cerró la mano alrededor del astil de la lanza que le había desgarrado la carne, yo agarré al hombre por la muñeca y mis dedos lo aprisionaron con tanta fuerza que ni siquiera la muerte podría soltarlo.

Atrapado, aprisionado, Fistandantilus trató de zafarse de mi mano, pero no podía liberarse y al mismo tiempo seguir asiendo mi corazón.

La luz blanca de Solinari, la luz roja de Lunitari y la luz negra y vacía de Nuitari —luz que yo podía ver— se unieron en mi visión borrosa y formaron un ojo inmóvil que me clavó la mirada desde las alturas.

—Puedes tomar mi vida —dije, aprisionando la muñeca del hombre, mientras Fistandantilus asía mi corazón—. Pero a cambio tendrás que servirme.

El ojo parpadeó y desapareció.

Raistlin cogió una bolsa de piel que colgaba de su cinturón. Metió la mano y sacó algo que parecía una bola pequeña de cristal coloreado, muy parecida a la canica de un niño. Dio vueltas a la bola de cristal sobre la palma de la mano, contemplando cómo giraban y se descomponían sus colores.

—Has acabado siendo un incordio, viejo —dijo Raistlin en voz baja, y no le importaba lo más mínimo si Fistandantilus lo oía o no.

Tenía un plan, y el hechicero muerto no podría hacer nada por detenerlo.

4

La torre maldita El Orbe de los Dragones El silencio

DÍA CUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La nueva túnica negra todavía estaba un poco húmeda por las costuras y desprendía un ligero olor a almendras. El olor se debía al índigo, según le explicó el tintorero. Raistlin estaba convencido de que también se distinguía el olor a orina, la cual se utilizaba para fijar el tinte, a pesar de que el tintorero le aseguró que la tela se había aclarado muchas veces y que ese olor sólo estaba en su cabeza. Le ofreció quedarse con la túnica para volver a lavarla, pero Raistlin no disponía de tanto tiempo.

Su peor temor era que la Reina Oscura ganase la guerra antes de que él tuviera la oportunidad de unirse a ella, impresionarla con sus dotes y conseguir su apoyo para proseguir su carrera. Se veía a sí mismo convertido en un líder de los Túnica Negras de la Torre de la Alta Hechicería de Neraka, la capital de la reina. Se imaginó la torre... debía de ser magnífica. Suponía que la hechicera Ladonna viviría allí, si seguía siendo la jefa de la Orden de los Túnica Negras. Hizo una mueca al pensar que tendría que humillarse ante esa vieja arpía, tratarla como a su superior. Tendría que justificar por qué había tomado la túnica negra sin solicitar su permiso.

Bueno, en fin, su servidumbre no duraría demasiado. Con la ayuda de la Reina Oscura, Raistlin se alzaría sobre todos. No volvería a necesitarlos jamás. Sus ambiciosos sueños se verían hechos realidad.

—¿*Tus sueños?* —gruñó Fistandantilus. Su voz resonaba en los oídos de Raistlin como los latidos de su corazón—. *¡Tus sueños no son más que mis sueños! Dediqué toda una vida, más de una vida, a alcanzar mi objetivo, ¡convertirme en el Maestro del Pasado y el Presente! ¡No me lo va a arrebatarse un advenedizo llorón y enfermizo!*

Raistlin controló sus pensamientos, pues no quería que lo arrastraran al campo de batalla antes de estar preparado. Se dirigía a su destino, con pasos rápidos y decididos a través de la noche. El Bastón de Mago iluminaba su camino, el globo sujeto en la garra del dragón brillaba con luz tenue e iluminaba las calles que, en aquella parte de la ciudad, estaban desiertas y envueltas en sombras. No se veía ninguna luz en las ventanas, que en su mayor parte estaban rotas. No se oía ninguna risa en los edificios en ruinas. Las calles estaban vacías. Nadie, ni siquiera los osados kenders, se atrevía a aventurarse en las sombras de la Torre de la Alta Hechicería; ni de día ni, especialmente, de noche.

Había habido un tiempo en que la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas había sido la más bella de todas las Torres de la Alta Hechicería. Conocida como Lorespire, estaba consagrada a la búsqueda de la sabiduría y el conocimiento. La torre ayudó a Palanthas en la Tercera Guerra de los Dragones, cuando los hechiceros se unieron a los caballeros para luchar contra la reina Takhisis. Los hechiceros de las tres órdenes se habían aliado para crear los legendarios Orbes de los Dragones, con los que habían atraído a los dragones malignos hacia su trampa. Takhisis fue arrastrada al Abismo y la torre blanca de los hechiceros y la Torre del Sumo Sacerdote de los caballeros se alzaron como orgullosos guardianes de Solamnia.

Entonces comenzó el dominio de los Príncipes de los Sacerdotes, quienes declararon que la hechicería era maligna. Los caballeros apoyaban sin fisuras a los Príncipes de los Sacerdotes y empezaron a mirar a los hechiceros con desconfianza, hasta que acabaron exigiendo que los hechiceros abandonaran la torre. Ya se habían producido ataques contra dos

Torres de la Alta Hechicería y los hechiceros las habían destruido, con atroces consecuencias para los habitantes de esas ciudades. Los hechiceros de Palanthas decidieron entregar su torre. El Señor de Palanthas tenía la intención de apoderarse de la torre para sí, tal como el Príncipe de los Sacerdotes había hecho con la Torre de Istar, pero antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, un hechicero negro llamado Andras Rannoch lanzó una maldición.

El gentío que se había reunido para disfrutar del espectáculo de los hechiceros abandonando su torre se convirtió en el testigo horrorizado del bramido de Rannoch: «Las puertas permanecerán cerradas y los salones vacíos hasta que llegue el día en que el Señor del Pasado y el Presente regrese con todo su poder.» Tras pronunciar tales palabras, el hechicero se tiró desde lo alto de la torre y quedó clavado en las puntas de los hierros de la reja. Mientras su sangre se derramaba sobre el hierro, lanzó una maldición con su último aliento.

La hermosa torre se convirtió en un objeto del mal, algo tan horrible que los ojos rehuían posarse en ella. Habían transcurrido ya cerca de cuatrocientos años y nadie se había atrevido a acercarse demasiado. Muchos lo habían intentado, pero muy pocos eran los que podían armarse del valor necesario para mirar siquiera el pavoroso Robledal de Shoikan, el bosque que vigilaba la torre. Nadie sabía lo que sucedía en el robledal. Nadie que se hubiera internado en él había vuelto para contarlo.

Raistlin se encontraba en aquella zona de Palanthas porque tenía que hacer magia y era esencial que estuviera completamente solo. Cualquier interrupción, como Bertrem llamando a la puerta, podía ser fatal.

Ante él aparecieron las ruinas sinuosas de la torre, ocultando las estrellas y oscureciendo la luz de las dos lunas, Solinari y Lunitari. Nuitari, la luna oscura, permanecía visible, pero sólo para los ojos de los iniciados en los secretos del dios oscuro. Raistlin no apartaba la mirada de la luna oscura y en ella buscaba el coraje que necesitaba.

Siguió caminando con paso firme, a pesar del terror que le infundía la torre, que era como un torrente de aguas heladas. El miedo empezó a atenazarle sus pies. Se estremeció, se arrebujó en su túnica y prosiguió su

camino. El miedo se hizo más intenso. Empezó a sudar. Le temblaban las manos, su respiración era cada vez más trabajosa y temía que no tardara en sobrevenirle un ataque de tos. Se aferró al Bastón de Mago y, aunque la sombra de la torre apagaba cualquier otra luz del mundo, el resplandor del bastón no lo abandonó.

El torrente de pavor que lo asaltaba hacía que apenas encontrara el valor para poner un pie delante del otro. La muerte lo aguardaba. El siguiente paso sería su condena. Pero dio ese paso. Y apretando los dientes, dio otro paso más.

—*¡Vuelve!* —le ordenó Fistandantilus, y su voz resonó en la cabeza de Raistlin—. *Estás loco si piensas que vas a destruirme. Me necesitas.*

—*¡Me necesitas, Raist!* —había exclamado Caramon con voz suplicante—. *Yo puedo protegerte.*

—¡Silencio! —ordenó Raistlin—. ¡Los dos!

Ante él apareció el Robledal de Shoikan y Raistlin se estremeció y cerró los ojos. No podía seguir, al menos sin correr el riesgo de morir de miedo. Ya estaba lejos de la parte habitada de la ciudad. Aquel sitio serviría. Buscó en derredor un lugar adecuado para conjurar su hechizo. Cerca de allí divisó un edificio abandonado con tres hastiales y ventanales de vidrio emplomado. Según rezaba un letrero que se balanceaba peligrosamente de un gancho, aquel edificio había sido una taberna conocida como El Sombrero del Hechicero, un nombre muy adecuado para una posada en los alrededores de la Alta Hechicería de Palanthas.

El cartel apenas tenía color pero, iluminado por la luz del bastón, Raistlin pudo distinguir el dibujo de un hechicero riéndose mientras bebía cerveza de un sombrero puntiagudo. A Raistlin le recordó al viejo hechicero Fizban, ya senil, que siempre llevaba, y continuamente perdía, un sombrero muy parecido a aquél.

El recuerdo le hizo sentirse incómodo y Raistlin lo borró rápidamente. Se acercó a la puerta y la empujó. La hoja chirrió sobre los goznes oxidados y se abrió lentamente. Raistlin estaba a punto de entrar, pero sintió que alguien lo observaba. Se dijo que eso no era más que una tontería, pues nadie en su sano juicio iba a aquella parte de la ciudad. Sólo para

asegurarse, echó un vistazo a la calle. No vio a nadie y ya estaba a punto de entrar en la taberna cuando, por casualidad, levantó la vista hacia el cartel. Los ojos pintados del hechicero estaban clavados en él. Mientras lo miraba, le hizo un guiño.

A Raistlin lo recorrió un escalofrío. De repente pensó que si fracasaba, aquél sería el lugar en el que iba a morir, y nadie sabría jamás lo que le había sucedido. No encontrarían su cuerpo. Moriría y sería olvidado, un pequeño canto arrastrado por las aguas del río del tiempo.

—No seas idiota —se reprendió Raistlin a sí mismo. Se quedó mirando el cartel—. No ha sido más que un efecto de la luz.

Entró rápidamente en la posada abandonada y cerró la puerta tras de sí. Fistandantilus no había dejado de increparlo.

—*¡Yo lancé la maldición de Rannoch! Soy yo el Señor del Pasado y el Presente. Tú no eres nadie, no eres nada. Sin mí, no habrías superado la Prueba de la Torre.*

—Sin mí —replicó Raistlin—, estarías perdido y a la deriva en la vastedad del universo, serías una voz sin boca, un grito que nadie podría oír.

—*Tú has aprovechado mis conocimientos* —se defendió Fistandantilus—. *¡Te he alimentado con mi poder!*

—Fui yo quien pronunció las palabras que sojuzgaron el Orbe de los Dragones —repuso Raistlin.

—*¡Yo te dije cuáles eran esas palabras!* —argumentó Fistandantilus.

—Es cierto —convino Raistlin—, y al mismo tiempo querías destruirme. Esperarás hasta que mi energía te dé fuerza y entonces la utilizarás para matarme. Tu plan consiste en convertirme en mí. No permitiré que eso suceda.

Fistandantilus se echó a reír.

—*¡Mis manos envuelven tu corazón! Estamos unidos. Si me matas, morirás.*

—No estoy tan seguro de eso. De todos modos, no voy a correr el riesgo. No tengo intención de matarte.

Se sentó en un banco cubierto de polvo. El interior de la posada se conservaba prácticamente como había sido siglos antes, cuando era una

taberna muy conocida en la que los hechiceros y sus discípulos gustaban de reunirse. No había una barra, pero sí mesas rodeadas por cómodas sillas. Raistlin había imaginado que la habitación estaría llena de telarañas y tomada por las ratas pero, por lo visto, incluso las arañas y los roedores evitaban vivir bajo la sombra de la torre, pues la capa de polvo era gruesa y no presentaba ni una sola huella. En una pared había un mural en el que se veía a los tres dioses de la magia brindando con sendas jarras de espumosa cerveza.

Raistlin paseó la mirada por las mesas y las sillas vacías, y se imaginó a los hechiceros sentados a ellas, riendo, contándose anécdotas y discutiendo sobre su trabajo. Raistlin se vio a sí mismo sentando entre ellos, debatiendo con sus colegas. Lo habrían aceptado por lo que era, en vez de injuriarlo. Lo habrían querido, admirado, respetado.

Pero la realidad era que estaba solo en la oscuridad, con un espectro maligno por toda compañía.

Raistlin dejó el Bastón de Mago sobre la mesa para que derramara su luz blanca y pura sobre la superficie. Cuando se sentó, se elevó una nube de polvo, y Raistlin estornudó y tosió. Cuando el ataque de tos por fin hubo pasado, sacó el orbe de su bolsa y lo colocó sobre la mesa.

Fistandantilus se había quedado callado. Raistlin ya no podía seguir ocultando sus pensamientos al viejo, pues debía concentrarse con todas sus fuerzas en dominar el Orbe de los Dragones. Fistandantilus había reconocido el peligro en que se hallaba y estaba buscando el modo de salvarse.

Raistlin acomodó el Orbe de los Dragones en la mesa, de forma que no rodara hasta caer al suelo. De otra bolsa, sacó un soporte de madera toscamente tallado que él mismo había hecho en aquella época en que viajaba por todo Ansalon en carro, con Caramon y los demás.

Por aquel entonces, Raistlin había sido feliz, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. Él y su hermano habían redescubierto algo de su antigua camaradería y habían recordado sus días de mercenarios, cuando sólo eran ellos dos, con el acero y la magia para sobrevivir.

Limpió el polvo de la mesa en la que descansaba el orbe y limpió de su mente cualquier rastro de Caramon. Colocó el artefacto en el centro del soporte de madera. El orbe estaba frío al tacto. Bajo la luz del bastón, distinguía las tonalidades verdosas que se arremolinaban lentamente en su interior. Sabía qué venía a continuación, pues ya había utilizado el orbe antes, y aguardó haciendo acopio de paciencia y luchando contra el miedo.

Recordó los escritos de un hechicero elfo llamado Feal-Thas, que había tenido un Orbe de los Dragones en su poder. Raistlin pensó en una frase en concreto:

«Cada vez que tratas de dominar un Orbe de los Dragones, el dragón que hay en su interior trata de dominarte a ti.»

El Orbe de los Dragones empezó a crecer hasta alcanzar su tamaño real, aproximadamente de un palmo grande.

Alargó la mano hacia el orbe.

—*Te arrepentirás de esto* —lo amenazó Fistandantilus.

—Lo añadiré a mi lista de arrepentimientos —repuso Raistlin, y apoyó las manos sobre el frío cristal del Orbe de los Dragones.

»*Ast bilak moiparalan. Suh tantangusar.*

Pronunció las palabras que había aprendido de Fistandantilus. Las dijo una vez, a continuación una segunda.

La tonalidad verde que abarcaba el orbe se deshizo en una miríada de colores que giraban tan rápido que casi lo marearon. Cerró los ojos. El cristal estaba frío y su mero contacto era doloroso. Lo sujetó con firmeza. El dolor remitiría, pero sólo para ser sustituido por una agonía más atroz.

Pronunció las palabras una tercera vez y abrió los ojos.

Una luz brillaba en el orbe. Era una luz extraña, formada por todos los colores del espectro. La comparó a un arco iris oscuro. En el orbe aparecieron dos manos que se alargaron hacia las suyas. Raistlin tomó una profunda bocanada de aire y asió aquellas manos. Tenía seguridad en sí mismo y no sentía temor. En el pasado, aquellas manos lo habían sostenido, lo habían apaciguado como una madre calma a su pequeño. Y se sobresaltó al sentir que esas manos se cerraban sobre las suyas con violencia.

La mesa, la silla, el bastón, la posada, la calle, la torre, Palanthas... todo desapareció. La oscuridad lo encerraba; no la oscuridad viva de la noche, sino la abrumadora oscuridad de la nada eterna.

Las manos tiraban de las suyas, intentando arrastrarlo al vacío. Raistlin empleó toda su voluntad, toda su energía. No era suficiente. Las manos eran más fuertes. Iban a arrastrarlo.

Miró hacia las manos y vio, consternado, que no eran las manos del orbe. La carne estaba putrefacta y se desprendía del hueso. Las uñas eran largas y amarillentas, como las de un cadáver. El colgante de heliotropo, cuya superficie verde estaba manchada de la sangre del sinfín de jóvenes magos a los que el viejo había arrebatado la vida, se balanceaba en el escuálido cuello.

El combate consumía las escasas fuerzas de Raistlin. Tosió y escupió sangre. Como no estaba dispuesto a soltar aquellas manos, tuvo que limpiarse la boca en la manga de su túnica negra nueva. Habló a Viper, el dragón cuya esencia estaba prisionera en el interior del orbe.

—*¡Viper, tú me has reconocido como tu señor! Me has servido en el pasado. ¿Por qué me abandonas ahora?*

»*Porque eres orgulloso y débil. Al igual que el rey Lorac, caíste en mi trampa*» —respondió el dragón.

Lorac era el desdichado rey que había tenido la arrogancia de creer que podía controlar el Orbe de los Dragones. Este lo había subyugado y lo había embaucado para que destruyera Silvanesti, la arcaica patria de los elfos.

—Él destruyó lo que más amaba. Yo destruí a Caramon —dijo Raistlin febril, sin pensar siquiera qué estaba diciendo—. El dragón me ha engañado...

Las manos lo asieron con más fuerza y tiraron de él, inexorablemente, hacia el vacío infinito. Raistlin se resistía con una fortaleza que se alimentaba de su desesperación. No sabía qué estaba pasando, por qué el orbe se había vuelto contra él. Sus brazos temblaban por el esfuerzo. Sudaba bajo la túnica negra. Se debilitaba por momentos.

—Tú flotas sobre las aguas del río del Tiempo —dijo Raistlin con voz entrecortada, esforzándose por tomar aire pues sentía que se le cerraba la

garganta—. El futuro, el pasado, el presente fluyen a tu alrededor. Tú tocas todos los planos de la existencia.

«Eso es cierto.»

—Tengo un enemigo en uno de esos planos.

«Lo sé.»

Raistlin miró el interior del orbe, miró más allá de sus manos. Podía ver, en la otra ribera del Río del Tiempo, el rostro de Fistandantilus. Raistlin había visto a las ratas correr sobre los cadáveres en el campo de batalla. Las había observado mientras devoraban la carne muerta, mientras la arrancaban de los huesos. Lo que quedaba tras el paso de las ratas era todo lo que quedaba del viejo.

Allí seguían sus ojos, iluminados por una determinación despiadada. Las cadavéricas manos atrapaban a Raistlin, una agarraba su propia mano, la otra su corazón. Fistandantilus se enfrentaba a Raistlin para hacerse con el dominio del Orbe de los Dragones. Y estaba absorbiendo la energía de Raistlin.

—Ya veo que no se te escapa la ironía —dijo Fistandantilus. Su voz se suavizó y adquirió un tono casi dulce—. Deja de resistirte, joven mago. No es necesario que sigas soportando la lucha, el dolor y el miedo de tu miserable vida. Ante mí estás desnudo, vulnerable y solo. Todos aquellos que una vez te quisieron ahora te detestan y te desprecian. Ni siquiera cuentas con la magia. Tus dotes, tu talento y tu poder provienen de mí. Y, en el fondo, lo sabes.

«Dice la verdad —pensó Raistlin con consternación—. Yo no tengo ningún don. Él me dictó las palabras de los hechizos. Su sabiduría me dio el poder. Él me cuidó, él me protegió como Caramon me cuidaba. Y ahora que Caramon no está, no tengo a nadie ni nada.»

«No es cierto. Tienes la magia.»

La voz que le hablaba era su propia voz. Venía de su alma y ahogaba la subyugante voz de Fistandantilus.

—Tengo la magia —dijo Raistlin en voz alta, y supo que era verdad. Para él, ésa era la única verdad. Se hizo más fuerte a medida que hablaba—. Las palabras podían ser tus palabras, pero mía era la voz. Míos los ojos que

leyeron las runas. Mías las manos que esparcieron los pétalos de la rosa del sueño y que ardieron con el fuego mágico de la muerte. Yo sostuve la llave. Me conozco. Conozco mi flaqueza y conozco mi valor. Conozco la oscuridad y la luz. Fue mi fortaleza, mi poder y mi sabiduría las que subyugaron a este Orbe de los Dragones.

Raistlin tomó una bocanada de aire y sus pulmones se llenaron de vida. El corazón le latía con ímpetu, vigoroso. Por un momento, se levantó la maldición que velaba sus pupilas en forma de reloj de arena. Ya no veía las cosas marchitas por el paso del tiempo. Se vio a sí mismo.

—Durante toda mi vida he tenido miedo. Me convertí en tu víctima por mi miedo.

Vio a su enemigo como una sombra de sí mismo, arrojado a través del espacio y el tiempo. Raistlin sujetó las manos con decisión y seguridad.

»Ya no tengo miedo. Nuestro pacto se ha roto. Yo lo rompo.

—*¡Sólo la muerte puede romper nuestro pacto!* —exclamó Fistandantilus.

—Atrápalo —ordenó Raistlin.

Las luces azules y rojas, negras y verdes, las luces blancas, giraron con violencia en el interior del orbe. Aturdían la mirada de Raistlin, explotaban en su mente. Los colores se mezclaron, y el verde se impuso sobre los demás. En el corazón del orbe empezó a formarse el dragón, Viper. Raistlin distinguió varias partes de la bestia mientras ésta se revolvía: un ojo fiero, un ala verde, una cola mortífera, un morro astado y unas fauces abiertas, unos colmillos que chorreaban y unas garras que despedazaban. El ojo miró con ferocidad a Raistlin y después se clavó en Fistandantilus.

Viper extendió las alas y, encerrado todavía en el orbe, se alzó sobre el tiempo y el espacio.

Fistandantilus vio el peligro. Miró en derredor desesperado, buscando algo que le permitiera escapar. Su refugio se había convertido en su jaula. No podía huir del plano de su delicada existencia.

—Para utilizar tu magia contra el dragón, has de tener las manos libres —dijo Raistlin—. Suéltame y yo te soltaré a ti.

Fistandantilus masculló un juramento y se aferró a Raistlin con más fuerza. Raistlin sentía que le ardían los músculos de los brazos y los hombros, y que las manos le temblaban por el esfuerzo. Entre las brumas del Orbe de los Dragones, veía al dragón Viper lanzándose en picado sobre el hechicero.

Fistandantilus gritó unas palabras mágicas. Salieron de su boca como una sarta de vocablos sin sentido. Con una mano atrapada en el puño de Raistlin y la otra aferrada a su corazón, no podía hacer los gestos necesarios para desatar el poder de su hechizo. No podía dibujar las runas en el aire, no podía lanzar bolas de fuego o dirigir lanzas de rayos desde la yema de los dedos.

El dragón abrió sus aterradoras fauces y extendió sus garras.

Raistlin apenas tenía fuerzas. Pero resistió. Si el esfuerzo lo mataba, la muerte aún apretaría más su puño.

Fistandantilus lo soltó. Raistlin cayó sobre la mesa, jadeando en busca de aire. Aunque tenía las manos temblorosas y sin fuerza, consiguió que no se separasen del Orbe de los Dragones.

—¡Deja que me vaya! —bramó Fistandantilus—. ¡Libérame! Ése era nuestro trato.

—Yo no estoy reteniéndote —contestó Raistlin.

Oyó un chillido de rabia y vio un torbellino verde; el dragón estaba volviendo al orbe de los Dragones. Raistlin clavó la mirada en el orbe, en sus brumas onduladas.

Vio el rostro de un hombre viejo, un rostro devastado y comido por el tiempo. Sus manos descarnadas golpeaban los muros de cristal de su prisión. Su boca vociferante aullaba amenazas.

Raistlin esperó, rígido, a escuchar la voz en su cabeza. La boca se abría y cerraba y farfullaba, mientras Raistlin sonreía.

No oía nada. Todo era silencio.

Pasó la mano sobre la superficie lisa y fría del Orbe de los Dragones, y el objeto empezó a menguar. Cuando no era más grande que una canica, Raistlin lo cogió y la dejó caer en su bolsa. Desmontó el tosco soporte y deslizó las piezas en un bolsillo de su túnica negra.

Se detuvo un momento antes de salir de la taberna, para contemplar las mesas y las sillas vacías. Podía ver a los hechiceros allí sentados, bebiendo vino elfo y cerveza de los enanos.

—Un día volveré —les dijo Raistlin—. Me sentaré con vosotros y beberemos juntos. Brindaremos por la magia. Un día, cuando sea Señor del Pasado y el Presente, viajaré a través del tiempo. Volveré. Y cuando vuelva, venceré donde él ha fracasado.

Raistlin se echó la capucha de la túnica negra sobre la cabeza y salió de El Sombrero del Hechicero.

5

Despedida

DÍA QUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Esa mañana Raistlin se despertó de un sueño profundo, que ningún ataque de tos había interrumpido. Tomó una profunda bocanada del aire de la mañana y sintió como se le llenaban los pulmones. Respiraba sin problemas. Su corazón latía con fuerza y vitalidad. Estaba hambriento y desayunó con deleite los trozos de pan duro remojados en leche, que era lo que tomaban los monjes.

Estaba bien. Se sentía bien. A sus ojos asomaron unas lágrimas de júbilo. Se las secó y empaquetó sus escasas pertenencias: los ingredientes para hechizos, los libros de magia y el Bastón de Mago. Estaba listo para partir, pero antes tenía que hacer un recado.

Debía saldar su deuda con Astinus, quien, aunque de forma inconsciente, le había mostrado la clave: el conocimiento de uno mismo. Y también estaba en deuda con los Estetas, que se habían ocupado de él, lo habían vestido y alimentado.

Raistlin buscó a Bertrem, que solía merodear cerca de la habitación de Astinus, pues era el encargado de velar por su intimidad y siempre estaba dispuesto a acudir corriendo a su llamada.

Bertrem abrió los ojos como platos al ver la túnica negra de Raistlin. El Esteta tragó saliva varias veces. Sus manos revoloteaban con nerviosismo, pero le cerró la entrada a la habitación de Astinus.

—No me importa lo que pueda hacerme a mí, pero ¡a mi señor no le hará ningún daño! —exclamó Bertrem con valentía.

—Sólo he venido a despedirme de Astinus.

Bertrem lanzó una mirada temerosa a la puerta.

—No puede molestarse al señor.

—Creo que él querrá verme —repuso Raistlin con voz tranquila, y avanzó.

Bertrem retrocedió un paso, vacilante, y chocó contra la puerta.

—Estoy bastante seguro de que no...

La puerta se abrió de repente, Bertrem cayó hacia el interior de la estancia, y casi arrastró consigo a Astinus. Bertrem se apartó rápidamente y se pegó a la pared, tratando de mimetizarse con la superficie de mármol.

—¿Qué son todos estos golpes y gritos en mi puerta? —exigió saber Astinus—. ¡Es imposible trabajar con tanto alboroto!

—Me voy de Palanthas, señor —repuso Raistlin—. Quería agradecer...

—No tengo nada que decirte, Raistlin Majere —dijo Astinus, dispuesto a cerrar la puerta—. Bertrem, ya que no eres capaz de garantizarme la paz y tranquilidad que deseo, acompañarás a este caballero a la salida.

Bertrem enrojeció de vergüenza. Se deslizó por la puerta y, armándose de valor, tiró de la manga negra de Raistlin.

—Por aquí...

—¡Un momento, señor! —exclamó Raistlin, y sostuvo con su bastón la puerta abierta para que Astinus no pudiera cerrarla—. Te planteo la misma pregunta que me hiciste el día de mi llegada: «¿Qué ves cuando me miras?»

—Veo a Raistlin Majere —respondió Astinus, enojado.

—¿No ves a tu «viejo amigo»? —inquirió Raistlin.

—No sé de qué me hablas —dijo Astinus, antes de intentar cerrar la puerta otra vez.

Bertrem tironeó de la manga negra de Raistlin con insistencia.

—No debes molestar al maestro...

Raistlin no le prestó atención y siguió dirigiéndose a Astinus.

—Cuando yacía moribundo, me dijiste: «Así termina tu viaje, mi viejo amigo.» Fistantilus, tu viejo amigo, el hechicero que creó la Esfera del Tiempo para ti. Mírame a los ojos. Mira mis pupilas en forma de reloj de arena que son mi constante tormento. ¿Ves a tu «viejo amigo»?

—No —contestó Astinus después de un momento. Entonces añadió, encogiéndose de hombros—: Así que has ganado tú.

—Yo he ganado —afirmó Raistlin con orgullo—. He venido a saldar mi deuda...

Astinus hizo un gesto, como si estuviera espantando una mosca.

—No me debes nada.

—Yo siempre saldo mis deudas —insistió Raistlin con aspereza. Metió la mano en un bolsillo de la túnica negra de terciopelo y sacó un pergamino atado con una cinta negra—. Pensé que esto podría gustarte. Es la crónica del combate que disputamos. Para tus archivos.

Le alargó el pergamino. Astinus vaciló un momento y después lo cogió. Raistlin quitó el bastón y Astinus cerró de un portazo.

—Conozco la salida —dijo Raistlin a Bertrem.

—El maestro ha dicho que lo acompañara —replicó Bertrem, y no sólo lo acompañó a la puerta, sino que bajó con él la escalera de mármol y salió con Raistlin a la calle.

—Lavé la túnica gris y la he dejado doblada sobre la cama —dijo Raistlin—. Gracias por prestármela.

—De nada —balbuceó Bertrem, aliviado de librarse por fin de aquel huésped tan extraño—. Para servirle.

De repente, Bertrem enrojeció.

»Es decir... No quería decir que esté para servirle.

Raistlin sonrió ante la incomodidad del Esteta. Metió la mano en la bolsa y apresó el Orbe de los Dragones, preparándose para lanzar su hechizo. Aquél iba a ser el primer hechizo importante que iba a realizar sin oír la eterna voz susurrante en su mente. Se había jactado de que el poder era suyo. Por fin sabría si era cierto o no.

Asiendo el Bastón de Mago con una mano y el Orbe de Dragones con la otra, Raistlin pronunció las palabras de magia.

—*Berjalan cepat dalam berlua tanah.*

Entre el espacio y el tiempo se abrió un portal. Miró a través de él y vio los chapiteles negros y retorcidos de un templo. Raistlin no había estado nunca en Neraka, pero había dedicado mucho tiempo a leer descripciones de la ciudad en la Gran Biblioteca. Reconoció el Templo de Takhisis.

Raistlin cruzó el portalón.

Volvió la vista para contemplar al pobre Bertrem, que tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas mientras manoteaba el aire.

—¡Señor! ¿Dónde ha ido? ¿Señor?

Al comprobar que su huésped se había esfumado, Bertrem tragó saliva y subió la escalera a la carrera, tan rápido como le permitían sus sandalias.. El portal se cerró tras Raistlin y se abrió a su nueva vida.

SEGUNDA PARTE

6

La corte del Señor de la Noche

DÍA QUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

El título oficial de Iolanthe era el de Hechicera del Emperador. Extraoficialmente se la conocía como «la bruja de Ariakas» u otros nombres menos agradables, pero éstos sólo se utilizaban a sus espaldas. Nadie se atrevía a llamárselo directamente, porque la «bruja» era muy poderosa.

Los guardias de la Puerta Roja la saludaron cuando se acercó a ellos. El Templo de Takhisis tenía seis puertas. La principal estaba en la fachada delantera. Ésa era la Puerta de la Reina y estaba vigilada por ocho peregrinos oscuros, cuyo deber consistía en escoltar a los visitantes al templo. En el edificio se abrían otras cinco puertas. Cada una de ellas daba al campamento de uno de los cinco ejércitos de los Dragones, que combatían en las filas de la Reina Oscura en su guerra por la conquista del mundo.

Iolanthe evitaba la puerta principal. Aunque era la amante del emperador y gozaba de su protección, seguía siendo una practicante de la magia, devota de los dioses de la magia y, a pesar de que uno de esos dioses era hijo de la Reina Oscura, los peregrinos oscuros trataban a todos los hechiceros con profunda desconfianza y recelo.

Los peregrinos oscuros le habrían permitido entrar en el templo (ni siquiera el Señor de la Noche, portavoz de la Orden Sagrada de Takhisis, osaba despertar la ira del emperador), pero los clérigos la habrían entorpecido tanto como estuviera en sus manos, agraviándola, exigiendo saber qué quería y, finalmente, obligándola a aceptar a uno de esos peregrinos repugnantes como escolta.

Por el contrario, los draconianos del Ejército Rojo de los Dragones, encargados de vigilar la Puerta Roja, se desvivían por agradar a la hermosa hechicera. Una sola mirada lánguida de sus ojos color lavanda, que brillaban como amatistas bajo sus largas y sedosas pestañas negras; el delicado roce de sus finos dedos sobre el brazo cubierto de escamas del sivak; una sonrisa cautivadora dibujada en esos labios de color carmesí; y el comandante sivak estaba más que dispuesto a permitir que Iolanthe entrara en el templo.

—Venís tarde, señora Iolanthe —comentó el sivak—. Ya ha pasado hace tiempo la Vigilia Oscura. No es el mejor momento para recorrer sola los salones del templo. ¿Queríais que os acompañase?

—Gracias, comandante. Estaría muy agradecida por la compañía —contestó Iolanthe, dispuesta a seguirlo. Era un draconiano nuevo y estaba intentando recordar su nombre—. Comandante Slith, ¿no es así?

—Sí, señora —contestó el sivak, con una sonrisa y un aleteo galante.

Para Iolanthe, el Templo de Takhisis resultaba desazonador incluso a plena luz del día. No era que la luz del día lograra penetrar en el interior del edificio, pero al menos el pensamiento de que el sol lucía en algún sitio la ayudaba a sentirse mejor. Alguna vez Iolanthe se había visto obligada a recorrer los salones del templo después del anochecer y la experiencia no le había sido grata. Los peregrinos oscuros, esos clérigos dedicados a la adoración de la Reina Oscura, llevaban a cabo sus ritos impíos en las horas de oscuridad. Iolanthe no podía decir, ni mucho menos, que ella misma no tuviera las manos manchadas de sangre, pero al menos le bastaba con lavárselas después. No se bebía la sangre.

Ésa no era la única razón por la que Iolanthe se alegraba de tener un escolta armado. El Señor de la Noche la detestaba y habría disfrutado

mucho viéndola enterrada en la arena, mientras las águilas le sacaban los ojos y las hormigas devoraban su cuerpo. Estaba a salvo, al menos por el momento. Ariakas la cubría con su enorme mano.

Al menos por el momento.

Iolanthe era consciente de que el emperador acabaría cansándose de ella. Entonces, esa misma mano la aplastaría o, lo que era mucho peor, la despediría con un gesto indiferente. Pero no creía que el momento en que quisiera librarse de ella hubiera llegado todavía. Aunque así fuera, Ariakas no la dejaría a merced de los clérigos oscuros. La desconfianza y el desprecio que sentía por el Señor de la Noche eran mutuos. Más bien, Ariakas era del tipo de los que simplemente la estrangularían.

—¿Qué os trae al templo a estas horas, señora? —preguntó Slith—. No habréis venido al servicio de la Vigilia Oscura, ¿verdad?

—¡Por todos los dioses, no! —exclamó Iolanthe con un escalofrío—. El Señor de la Noche me ha mandado llamar.

Un peregrino oscuro la había despertado en plena noche, gritando bajo la ventana de su casa, que se encontraba encima de una tienda de hechicería. El clérigo no estaba dispuesto a rebajarse llamando a la puerta de un hechicero, así que decidió ponerse a gritar en medio de la calle. Despertó a todos los vecinos, que abrieron las ventanas, listos para vaciar el contenido de sus bacinillas sobre quien estuviera armando tal escándalo. Al distinguir la túnica negra de un clérigo de Takhisis y oírle invocar el nombre del Señor de la Noche, los vecinos habían vuelto a cerrar las ventanas, seguramente para esconderse acto seguido debajo de la cama.

El peregrino oscuro no esperó para acompañarla. Tras cumplir su misión, se marchó apresuradamente antes de que Iolanthe tuviera tiempo de vestirse y averiguar qué estaba pasando. Era la primera vez que el Señor de la Noche la convocaba en el Templo de Takhisis, y la novedad no le gustaba nada. No le había quedado más remedio que recorrer las peligrosas calles de Neraka, sola y de noche. Había conjurado una bola de intensa luz y la había llevado chisporroteando en la palma de la mano. No era un hechizo complicado, pero sí muy llamativo, y dejaba bien claro que se trataba de una practicante de magia. Los criminales que vagaran por la calle se darían

cuenta rápidamente de que no era una víctima fácil y se apartarían de su camino.

Apenas se veía a nadie en las calles, pues la mayor parte de las tropas estaba combatiendo en la guerra de la Reina Oscura. Por desgracia, los soldados que permanecían en Neraka estaban de un humor más bien hosco. Se había extendido el rumor de que la guerra de Takhisis, que ya se había dado por ganada, no iba tan bien como se creía.

Un grupo de cinco soldados con la insignia del Ejército Rojo se había quedado observándola cuando cruzó el callejón en el que los hombres compartían una jarra de aguardiente enano. La habían llamado para que se uniera a ellos. Cuando Iolanthe los ignoró con aire arrogante, dos de ellos se mostraron decididos a abordarla. Otro soldado, que no estaba tan borracho, se dio cuenta de que era la bruja de Ariakas y, después de una acalorada discusión, habían decidido dejarla en paz.

El simple hecho de que hubieran insultado a la amante de Ariakas ya era un mal presagio. En los primeros y victoriosos días de guerra, aquellos mismos soldados no se habrían atrevido siquiera a pronunciar el nombre de Ariakas, mucho menos a hacer comentarios groseros sobre su valor o a ofrecerle a Iolanthe la oportunidad de descubrir lo que era «un hombre de verdad» en la cama. Para Iolanthe no suponían ningún peligro. Si la hubiesen atacado, los cinco soldados se habrían convertido en cinco montoncitos de cenizas grasyas en medio de la calle. Pero le pareció muy revelador conocer el ánimo mudable de las tropas. La Señora de los Dragones Kitiara estaría muy interesada en saberlo. Iolanthe se preguntó si Kit ya habría vuelto de Flotsam.

Mientras Iolanthe y su escolta draconiano se internaban en el templo, la hechicera le dijo al comandante Slith que no tenía la menor idea de dónde encontrar al Señor de la Noche. El sivak le contestó que él preguntaría. A Iolanthe le gustaban los sivaks. Por muy extraño que pudiera parecer, a ella le gustaban los soldados draconianos, a los que la mayoría de los humanos llamaba despectivamente «lagartos», porque habían sido creados a partir de los huevos de los dragones bondadosos. Los draconianos eran mucho más disciplinados que sus iguales humanos. Eran mucho más inteligentes que

los goblins, los ogros y los hobgoblins. Además, eran unos guerreros notables. Algunos practicaban la magia con destreza y eran magníficos oficiales, pero de todos modos la mayoría de los humanos los miraban por encima del hombro y se negaban a servir a sus órdenes.

Slith era un draconiano sivak. Había nacido del cachorro asesinado de un Dragón Plateado y tenía las correspondientes escamas plateadas, con las puntas negras. Sus alas también eran de un tono gris plateado y gracias a ellas podía volar distancias cortas. Slith también practicaba la magia con cierto talento. Se ofreció a quitar las trampas mágicas que la misma Iolanthe había repartido por el salón. Las trampas imitaban las armas del aliento de cada uno de los cinco dragones a los que estaban dedicadas las puertas. La trampa que había colocado en la Puerta Roja cubría el salón con un fuego abrasador que calcinaría de inmediato a cualquiera que tratara de cruzarlo.

Iolanthe aceptó. Ella misma podría haberse encargado de retirar los conjuros, pero eliminar la magia requería esfuerzo y prefería reservar todas sus fuerzas para enfrentarse a lo que fuera que la esperaba.

Acompañada por el draconiano, Iolanthe recorrió los salones del Templo de la Reina Oscura, con la estela majestuosa de su capa negra ribeteada con piel de oso cerrando sus pasos. Vestía una espléndida túnica de terciopelo negro —un regalo por superar la Prueba de la Torre que le había hecho Ladonna, su mentora y maestra—. El tejido parecía liso, pero si se miraba desde más cerca y bajo cierta luz (y se sabía qué se buscaba), se distinguían unas runas bordadas en la urdimbre. Las runas se superponían como una malla metálica y tenían el mismo efecto; la protegían de cualquier ataque, ya fuera un hechizo o la daga de un asesino. Los clérigos de Takhisis tenían prohibido utilizar armas blancas, pero esa prohibición no implicaba no contratar a quienes sí podían utilizarlas.

Un peregrino oscuro dijo al sivak que encontrarían al Señor de la Noche en la Corte del Inquisidor, en el piso de las mazmorras. Iolanthe ya había estado en las mazmorras y éstas no se contaban precisamente entre sus lugares favoritos. El templo por sí solo ya era más que espantoso.

Construido en parte en el plano físico y en parte en el Abismo, el reino de la Reina Oscura, el templo estaba en este mundo pero no en el otro, en el

otro pero no en éste. Lo irreal era real. Lo existente no existía. Cualquiera dudaba al sentarse en una silla, por miedo a que en realidad no fuese una silla y se moviese al otro extremo de la habitación o sencillamente desapareciera. Los cubículos no terminaban nunca. Los eternos corredores morían al tercer paso. Las habitaciones parecían moverse. Nada estaba donde había estado.

Ariakas tenía allí unos aposentos, al igual que todos los Señores de los Dragones. Pero a ninguno de ellos le gustaba vivir en el templo y pocas veces visitaban sus habitaciones. Ariakas había dicho una vez que siempre oía la voz de Takhisis, susurrándole al oído: «No te pongas demasiado cómodo. Tal vez seas poderoso, pero no olvides nunca que yo soy tu reina.»

No resultaba sorprendente que los Señores de los Dragones prefiriesen dormir en las rudimentarias tiendas de los campamentos militares o en un sencillo dormitorio de una de las posadas de la ciudad, antes que en los ostentosos aposentos del Templo de la Reina Oscura. Ariakas había comprado su propia mansión, conocida como el Palacio Rojo, para librarse de la obligación de entretener a los importantes huéspedes del templo.

A Iolanthe le asaltó una vez más la duda de cómo podrían vivir allí los clérigos de Takhisis sin sucumbir a la locura. Tal vez fuera porque ya eran todos unos lunáticos antes de llegar.

Se alegró de haber aceptado la compañía del comandante Slith, porque no tardó mucho en estar perdida. El templo bullía de actividad por la noche. Iolanthe trató de no oír los aterradores sonidos. El comandante, que era nuevo en el templo, tuvo que pedir a una peregrina oscura que los acompañara hasta las mazmorras. La peregrina agachó la cabeza. No pronunció palabra, silenciosa y espectral como una aparición.

—El Señor de la Noche me ha mandado llamar —explicó Iolanthe.

La peregrina oscura miró a la hechicera de arriba abajo. Hizo una mueca desdeñosa con los labios, pero al fin se dignó a acompañarla.

—He oído que había problemas —repuso la mujer secamente.

Era alta y descarnada. Parecía que todos los peregrinos oscuros sin excepción eran altos y descarnados o bajos y descarnados. Quizá el hecho

de servir en el templo les quitara el apetito. Iolanthe estaba segura de que a ella le pasaría.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Iolanthe, sorprendida. Si había algún problema en el templo, ¿por qué el Señor de la Noche la llamaba a ella? A juzgar por los gritos desgarradores de los torturados, no tenía ningún reparo en ocuparse de los problemas él solo—. ¿Qué pueden tener que ver conmigo?

Por lo visto, la peregrina pensó que ya había hablado más de la cuenta. Cerró la boca para no volver a abrirla.

—Menudos cabrones asquerosos, estos peregrinos. Me ponen las escamas de punta —dijo Slith.

—Deberías bajar la voz, comandante —le advirtió Iolanthe en un susurro—. Las paredes tienen oídos.

—Y pies también. ¿Os habéis dado cuenta de cómo saltan de un lado a otro? —repuso Slith—. Me encantaría estar en cualquier otro lugar que no fuera éste.

Iolanthe estaba completamente de acuerdo.

La peregrina los condujo a la Corte del Inquisidor. No permitió que Slith entrara, ni siquiera que esperara fuera a Iolanthe, como se ofreció a hacer. La peregrina sacudió la cabeza y al sivak no le quedó más remedio que marcharse.

Iolanthe detestaba aquel lugar. Odiaba los sonidos espeluznantes, las imágenes aterradoras y los olores insoportables, que siempre le inspiraban un terror indescriptible. La peregrina oscura la observaba con aire de suficiencia, con la esperanza de que el miedo la traicionase. Iolanthe se cogió la falda de la túnica y pasó junto a la mujer para entrar en la Corte del Inquisidor.

Se trataba de una estancia amplia y oscura, excepto por un haz de agresiva luz que caía desde un origen desconocido y formaba un círculo iluminado en el centro. En un extremo, el Señor de la Noche se hallaba sentado en un banco elevado, que le otorgaba un aire de magistrado. El verdugo, al que se conocía como Ejecutor, estaba de pie a su lado. El Ejecutor era el encargado de llevar a cabo las torturas y cumplir las

ejecuciones, y era un hombre bajo y de constitución recia. Nada podía decirse de su cuello, pues no tenía, pero sí de los marcados músculos de sus brazos, de los que estaba increíblemente orgulloso y que lucía siempre que podía. Por eso vestía la misma túnica negra y larga que los demás clérigos, pero sin mangas; ése era el método más eficaz para presumir de bíceps. Alrededor de la habitación se repartían varios peregrinos oscuros, que hacían las veces de guardias y siempre se mantenían en las sombras.

Iolanthe entró con cautela, sin ver muy bien dónde ponía los pies, pues el círculo de intensa luz sumía la oscuridad en sombras aún más impenetrables.

Si hubiese querido, el Señor de la Noche podría haber rezado a su reina para poder bañar la habitación con su luz profana. Sin embargo, prefería mantener su tribunal entre sombras. Al situar a la víctima bajo la luz cegadora, y dejar el resto de la estancia sin iluminar, la pobre desdichada se sentía aislada, sola y vulnerable.

Iolanthe se quedó cerca de la puerta, más por instinto que porque realmente tuviera la esperanza de escapar si algo salía mal. Hizo una reverencia al Señor de la Noche. Este era un humano de edad avanzada, alrededor de los setenta años, de altura media y enjuto. El cabello largo y gris, que siempre llevaba cuidadosamente peinado, y su expresión amable y benévola le daban la apariencia de un viejo caballero lleno de bondad.

Hasta que se descubrían sus ojos.

El Señor de la Noche veía las simas más oscuras a las que podía caer el alma de los hombres, y se deleitaba con ello. Lo complacían el dolor y el sufrimiento de los demás. El Ejecutor infligía las torturas bajo la atenta mirada del Señor de la Noche, quien reaccionaba ante los gritos y el martirio de formas tan perversas que incluso aquellos a su servicio lo miraban con miedo y aversión. Los ojos del Señor de la Noche estaban tan carentes de vida como los de un tiburón, tan vacíos como los de una serpiente. El único momento en que se adivinaba en ellos un destello coincidía con el culmen de sus pavorosos placeres.

El Señor de la Noche hacía que Iolanthe se estremeciera, y la hechicera no era muy dada a sentir miedo. Al fin y al cabo, ella era la amante de

Ariakas, el segundo hombre más peligroso de Ansalon. Incluso el emperador tenía que reconocer a regañadientes que el Señor de la Noche era el primero.

Con aquellos ojos sobrecogedores clavados en ella, Iolanthe no estaba dispuesta a darle la satisfacción de descubrir su falta de valor. Le dedicó una ligera reverencia y después, como si ya estuviera cansada de su imagen, dirigió su mirada hacia el prisionero. Descubrió, para su gran sorpresa, que la víctima era un mago, que era joven y que vestía la túnica negra. Se le cayó el alma a los pies. Ya no cabía duda de por qué el Señor de la Noche la había llamado.

—Estáis metida en un buen problema, señora Iolanthe —anunció el Señor de la Noche con su suave voz—. Como veis, hemos capturado a vuestro espía.

El Ejecutor sonrió y tensó sus bíceps.

—¿Mi espía? —repitió Iolanthe, perpleja—. ¡No había visto a ese hombre en mi vida!

El Señor de la Noche la estudió atentamente. Su diosa le había concedido el don de saber cuándo le mentían, aunque no solía utilizarlo. Normalmente no le importaba si la gente decía la verdad o no, pues los torturaba de todos modos.

—Y, sin embargo, ambos tenéis en común vuestro plumaje de pajarracos.

—Ambos vestimos la túnica negra, si es eso a lo que os referís —repuso Iolanthe con desdén—. No somos los únicos. Supongo que vuestro señor no conoce a todos y cada uno de los siervos de Takhisis de este mundo.

—Os sorprendería —contestó el Señor de la Noche con aspereza—. Pero si realmente no os conocéis, permitidme que yo haga las presentaciones. Iolanthe, os presento a Raistlin Majere.

«Raistlin Majere —repitió Iolanthe para sí—. No es la primera vez que oigo ese nombre...»

Entonces lo recordó.

«¡Por Nuitari!» Iolanthe miró fijamente al joven. «¡Raistlin Majere era el hermano de Kitiara!»

7

*El mago
La bruja
Y el loco*

DÍA QUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La luz cegadora caía sobre Raistlin, sobre él sólo, y hacía que pareciera que era la única persona en la habitación. Iolanthe se acercó para observarlo mejor.

El joven se apoyaba en un bastón de madera rematado en una garra de dragón que sostenía un globo de cristal. Iolanthe se percató al instante de que era un artilugio mágico e imaginó que, además, extremadamente poderoso.

La otra mano del mago jugueteaba nerviosamente con una bolsa de piel que colgaba de su cinturón. Era una bolsa que no tenía nada de especial, como las que los hechiceros utilizaban para guardar los ingredientes necesarios para sus conjuros. Iolanthe se fijó en que el mago llevaba varias, sin duda, todas contendrían diferentes componentes. La mano del mago no se separaba de una en concreto.

A pesar de que inmediatamente se preguntó qué contendría aquella bolsa que merecía tanta atención, no le dio demasiadas vueltas. Estaba mucho más interesada en la mano en sí que en la bolsa. La piel relucía con

un brillo dorado, como si el mago la hubiese sumergido en ese metal precioso. Aquel extraño color era resultado de algún hechizo mágico, no cabía duda, pero ¿de cuál y por qué?

Levantó los ojos desde la mano del mago hasta su rostro. Raistlin se había quitado la capucha y se había quedado con la cara al descubierto. Iolanthe buscó en sus rasgos algún parecido con su hermana. No encontró ninguno. Era guapo, o podría haberlo sido si no estuviera tan delgado, tan pálido y consumido. La piel de su rostro tenía el mismo brillo dorado que sus manos.

Sus ojos eran fascinantes; grandes y de mirada intensa, con las pupilas negras en forma de reloj de arena. Se volvió para mirarla con aquellos ojos desconcertantes e Iolanthe no vio en ellos admiración ni deseo, como veía en los ojos de prácticamente cualquier hombre que la miraba. Entonces descubrió la razón.

Aquellos ojos estaban malditos. Los llamaba «la maldición de Realanna», por la legendaria hechicera que había creado el hechizo. Todos los seres vivos sobre los que Raistlin posaba su mirada aparecían ante él envejecidos, marchitos y moribundos. La veía como sería en el futuro, tal vez una arpía vieja, fea y desdentada.

Iolanthe se estremeció.

El parecido con su hermana parecía ser algo más espiritual que físico. Iolanthe reconoció la ambición implacable de Kitiara en la mandíbula recta de su hermano; su severa determinación en la expresión seria del joven; su orgullo y confianza en sí misma en los hombros echados para atrás. No obstante, se percibían cualidades de las que Kitiara carecía. Iolanthe notó cierta sensibilidad en los dedos largos y finos de Raistlin, y una mirada velada en sus ojos. Había sufrido a lo largo de su vida. Había experimentado el dolor, tanto físico como espiritual, y lo había superado con la fuerza pura de su indómita voluntad.

También se dio cuenta, y ése era un dato muy interesante, de que no tenía marcas. No le habían pegado. No le habían arrancando la piel a tiras ni lo habían dejado a merced de los perros. No lo habían descoyuntado en el potro ni el Ejecutor le había arrancado los ojos. De algún modo, Raistlin

había logrado evitar al Señor de la Noche. Y para Iolanthe, ese mero hecho era ya fascinante.

Volvió a mirar al Señor de la Noche y comprobó que realmente estaba molesto y frustrado.

—Nunca antes había visto a esta persona —insistió Iolanthe—. No sé quién es ni de dónde viene.

Eso era mentira. Kitiara le había contado todo lo relacionado con su «hermanito» y su infancia en Solace. Recordó que Raistlin tenía un gemelo, un chico fuerte y simplón que se llamaba Carignman o algún nombre raro que sonaba parecido. En teoría siempre estaban juntos. Iolanthe se preguntó qué habría sido del gemelo de Raistlin.

El Señor de la Noche la miraba con gravedad.

—No consigo creeros, señora.

—Yo tampoco consigo entender nada de esto, vuestra señoría —contestó Iolanthe exasperada—. Si tanto os preocupa que este joven mago sea un espía, ¿por qué le habéis permitido entrar en el templo?

—No se lo permitimos —fue la respuesta glacial del Señor de la Noche.

—Entonces los guardias draconianos de alguna de las puertas deben de haberle echado...

—No lo hicieron —contestó el Señor de la Noche. Iolanthe parpadeó, confusa.

—¿Y cómo...?

El Señor de la Noche saltó al oír aquella palabra.

—¡Cómo! ¡Esa es la pregunta que quiero que alguien me responda! ¿Cómo ha aparecido aquí este mago? No entró por la puerta principal. Los peregrinos oscuros no lo habrían permitido.

Iolanthe sabía que eso era cierto. A ella misma nunca la dejaban pasar sin molestarla, y eso que llevaba la autorización del emperador.

»No entró por ninguna de las cinco puertas de los ejércitos de los Dragones. He interrogado a los oficiales draconianos y todos me juran por las cinco cabezas de Takhisis que no le han permitido pasar. Es más —el Señor de la Noche hizo un gesto hacia el joven—, él mismo admite que no

entró por ninguna de esas puertas. Apareció de la nada. Y se niega a decir cómo consiguió evitar todos nuestros hechizos protectores.

Iolanthe se encogió de hombros.

—No es mi intención daros consejos, pero he oído que vuestra señoría conoce formas de persuadir a las personas para que os digan todo lo que queréis saber.

El Señor de la Noche entrecerró los ojos.

—Lo he intentado. Algún tipo de fuerza lo protege. Cuando el Ejecutor trató de «interrogarlo», Majere quiso lanzar el hechizo del círculo de protección. No fue más que el esfuerzo de un aprendiz y pude frustrarlo, por supuesto. Entonces el Ejecutor intentó sujetarlo. Pero no pudo.

Iolanthe estaba atónita.

—Ruego que me perdonéis, señor, pero ¿qué queréis decir con que «no pudo»? ¿Qué hizo este joven para detenerlo?

—¡Nada! —contestó el Señor de la Noche—. No hizo nada. Intenté que desapareciera la magia que estuviera utilizando, pero no había nada que hacer desaparecer. No obstante, cada vez que el Ejecutor se le acercaba, sus manos temblaban. Entonces, uno de los guardias trató de echarle un lazo de cuerda, pero la soga cayó al suelo. Intentamos hacernos con su bastón, pero el clérigo que quiso cogerlo casi se quema la mano.

En ese momento intervino Raistlin. Tenía una voz bien modulada, aterciopelada.

—Explicué a vuestra señoría que no estoy bajo la protección de ningún hechizo mágico. Es la Reina Takhisis quien me ampara.

Iolanthe miró a Raistlin con admiración. Ya había decidido que haría lo que pudiera para rescatar al hermano de Kitiara de las garras del Señor de la Noche. La Dama Azul le estaría agradecida, pues siempre se había mostrado orgullosa de sus medio hermanos, e Iolanthe estaba esforzándose por ganarse la confianza y la consideración de la poderosa Señora del Dragón. No obstante, la hechicera estaba empezando a apreciar al joven por sí mismo.

De todos modos, tenía que ser cuidadosa, medir bien sus pasos.

—Y entonces, señor, ¿por qué me habéis mandado llamar en plena noche? Todavía no me lo habéis dicho.

—Os he traído aquí para que podáis demostrar vuestra lealtad a su Oscura Majestad quitándole el bastón —contestó el Señor de la Noche—. Estoy seguro de que ese bastón lo protege. Cuando ya no lo guarde ninguna fuerza mágica, el Ejecutor podrá encargarse de él. Pagaré por negarse a responder a nuestras preguntas, de eso podéis estar segura.

Nunca antes le habían pedido que «demostrara su lealtad» y la hechicera se preguntó con nerviosismo qué podría hacer. No quería entregar a Raistlin al Ejecutor, experto en el arte de la tortura. Arrancaba extremidades. Desollaba vivas a sus víctimas. Les ponía anillos de hierro ajustables, llenos de pinchos, alrededor de la cabeza y, lentamente, apretaba los tornillos. Introducía puntas al rojo vivo por diferentes orificios del cuerpo. Siempre paraba justo antes de que el prisionero muriera y lo reanimaba con hechizos para que siguiera soportando su martirio.

Iolanthe decidió que tenía que ganar tiempo.

—¿Le habéis preguntado por qué ha venido, señor?

—Esa respuesta ya la conocemos, señora —repuso el Señor de la Noche, fulminándola con la mirada—. Igual que vos.

El peligro trepaba por el ruedo de la falda de Iolanthe y le acariciaba la nuca con sus dedos fríos. Ariakas no se encontraba en Neraka. Había viajado a su cuartel general en Sanction, muy lejos de allí. Y con todos esos rumores que sugerían que el emperador estaba dejando escapar la victoria, el Señor de la Noche podía ir haciéndose cada vez más osado. Hacía tiempo que pensaba que debería ser él quien llevara la Corona del Poder. Quizá Takhisis empezara a pensar lo mismo.

Iolanthe necesitaba saber qué tipo de monstruo se escondía entre las sombras, esperando para abalanzarse sobre ella.

—No sé lo que queréis decir —repuso con frialdad antes de volverse hacia el joven hechicero—. ¿Por qué has venido al Templo de Takhisis?

—Se lo he dicho a su señoría una y otra vez. He venido a presentar mis tributos a su Oscura Majestad —contestó Raistlin.

«¡Está diciendo la verdad!», comprendió Iolanthe con asombro. Distinguía el respeto en su voz cuando nombraba a la Reina Oscura, un respeto que no era superficial, ni fingido ni servil. Era un respeto nacido del corazón, no de la amenaza de recibir una paliza. ¡Qué fantástica ironía! Probablemente Raistlin Majere era la única persona que quedaba en Neraka que sentía un respeto así por la reina Takhisis. Y ésa era la razón por la que sus leales siervos iban a condenarlo a muerte.

Como si fuera el contrapeso de sus pensamientos, el Señor de la Noche resopló.

—Está mintiendo. Es un espía.

—¿Un espía? —repitió Iolanthe, atónita—. ¿De quién?

—Del Cónclave de Hechiceros —el Señor de la Noche arrastró la última palabra con desprecio.

Iolanthe irguió el cuerpo.

—Os aseguro, señor, que la Orden de los Túnicas Negras está dedicada al servicio de la reina Takhisis.

El Señor de la Noche sonrió. Lo hacía en muy raras ocasiones, y siempre era un mal presagio para alguien. El Ejecutor también sonrió.

—Por lo visto no habéis sido informada. Parece que la líder de vuestra orden, una hechicera llamada Ladonna, nos ha traicionado y está ayudando a los enemigos de nuestra gloriosa reina. Y no lo ha hecho sola, sino con el apoyo de vuestro dios, Nuitari. Ladonna ya ha sido atrapada y ejecutada, por supuesto. Nuitari ha suplicado el perdón por su error de juicio y ha regresado al lado de su diosa madre. Todo está en orden, pero ha sido una inconveniencia.

Iolanthe sintió que el peligro le agarraba el cuello con manos férreas. Tenía información de primera mano que contradecía al Señor de la Noche, pero debía fingir ignorancia.

—No sabía nada de todo esto —dijo, esforzándose por parecer tranquila—. Puedo garantizaros mi lealtad, Señor de la Noche. Si el Cónclave se ha separado de la Reina Oscura, yo me separaré del Cónclave.

El Señor de la Noche resopló. Era evidente que no la creía. Entonces, ¿por qué la había hecho llamar? Estaba intentando recopilar información, lo

que significaba que no sabía tanto como aseguraba.

Iolanthe se embarcó en una profusa perorata sobre su devoción a Takhisis. Mientras hablaba, no dejaba de pensar.

«Me habría enterado si Ladonna hubiese caído presa y la hubiesen ejecutado. El Cónclave al completo se habría alzado. El credo de los hechiceros, producto de interminables años de persecución, reza: "Tocan a uno y tocan a todos".

»Así que ¿qué significa todo esto en mi situación? ¿El Señor de la Noche sospecha que tuve algo que ver en la huida de Ladonna? Sin duda lo cree, aunque sólo sea porque ve fantasmas y conspiradores en cada esquina. Si pudiera, arrestaría a su propia sombra por estar siguiéndolo.»

Seguía dándole vueltas a todo e intentaba decidir cómo salir de aquel lío, cuando el joven hechicero tomó las riendas.

—Como prueba de mi lealtad a Takhisis, entregaré mi bastón —dijo Raistlin en voz baja—. Valoro este bastón tanto como mi propia vida, pero os lo entregaré voluntariamente. Y contaré a vuestra señoría cómo he llegado aquí. Entré a través de los corredores de la magia. En mi defensa puedo decir que no sabía que entrar en el templo fuera un crimen. Acabo de llegar a Neraka. He venido a servir a la reina Takhisis, a trabajar y a combatir a sus enemigos. Que su Oscura Majestad me mate aquí mismo si estoy mintiendo.

Los clérigos oscuros, como el Señor de la Noche, solían asegurar a sus seguidores, con mucho convencimiento, que su reina tenía el poder de matar al instante a los traidores. Raistlin había proclamado su lealtad a la reina y lo había hecho invocando su nombre. El cielo no descargó ningún rayo mortal sobre él. Raistlin no estalló envuelto en llamas. La carne humeante no se le desprendió de los huesos. El joven hechicero seguía de pie en medio de la sala, vivo, tranquilo y a salvo. Esbozando apenas una sonrisa, Iolanthe esperó la reacción del Señor de la Noche.

Éste, impotente, trataba de fulminar a Raistlin con la mirada. El Señor de la Noche podía tener sus razones para sospechar que Raistlin estaba burlándose de sus procedimientos, pero no podía poner en tela de juicio la decisión de su reina, y mucho menos delante de testigos. Takhisis había

considerado que Raistlin debía vivir. Por consiguiente, el Señor de la Noche no podía ejecutarlo. Pero sí podía hacerle la vida imposible.

—Tienes que agradecer a nuestra reina que te haya salvado —dijo el Señor de la Noche con acritud—. Puedes quedarte en la ciudad de Neraka, pero a partir de este momento te queda prohibida la entrada en el templo.

Raistlin asintió con una reverencia.

»Tu bastón quedará confiscado —continuó el Señor de la Noche— y se guardará en un almacén hasta que abandones la ciudad. Además, mostrarás el contenido de tus bolsas aquí y ahora.

El Señor de la Noche podía ser un perverso, un sádico y un loco, pero no era estúpido. Se había percatado, al igual que Iolanthe, de que la mano del joven mago no se separaba de una de las bolsas que llevaba colgadas del cinturón.

Raistlin parecía dudar. Iolanthe se acercó a él.

—No seas tonto. Haz lo que te dice —le susurró en voz baja.

Raistlin le lanzó una mirada y dejó el bastón en el suelo. Iolanthe se sorprendió al ver que no parecía demasiado apenado por su pérdida, porque sin duda tenía que saber que cualquier objeto de valor que el Señor de la Noche «guardara» desaparecía para siempre.

—Os quedaréis como testigo, señora —dijo el Señor de la Noche, mirándola con expresión ceñuda.

La hechicera suspiró y se unió a Raistlin, que estaba abriendo las bolsitas una a una, vaciando su contenido sobre la mesa. Fueron apareciendo los típicos ingredientes para hechizos: telarañas, guano de murciélago, pétalos de rosa, la piel de una serpiente negra, aceite negro, clavos de un ataúd, caracolas y cosas por el estilo. El Señor de la Noche estudiaba todos los objetos con repugnancia y se cuidaba mucho de tocarlos.

Todas las bolsas menos una descansaban en la mesa del Señor de la Noche. Iolanthe se fijó en que una todavía colgaba del cinturón de Raistlin, aunque éste la había deslizado hábilmente hacia un costado y la tapaba con la amplia manga de su túnica negra.

—Éstos son todos mis ingredientes para hechizos, señor —dijo Raistlin, y añadió humildemente—. Estaría muy agradecido si me los devolvierais, señor. No soy un hombre rico y me han costado mucho.

—Estos objetos son de contrabando —declaró el Señor de la Noche— y serán destruidos.

Llamó a uno de los peregrinos oscuros, que recogió los diferentes componentes con cautela y repugnancia, los metió en un saco y se los llevó. Otro peregrino oscuro cubrió el bastón con una manta, lo cogió y lo sacó de la habitación.

Raistlin no protestó. A juzgar por la ligera sonrisa sarcástica que esbozaba, sabía que el Señor de la Noche lo estaba castigando de forma arbitraria. Unos pétalos de rosa no iban a precipitar la caída de su Oscura Majestad. Todos los objetos que llevaba podían comprarse en cualquier tienda de hechicería de la ciudad.

—Acato vuestra decisión, señor —dijo Raistlin, haciendo una reverencia—. ¿Puedo irme?

—Si vuestra señoría lo desea, lo guiaré hasta la salida —se ofreció Iolanthe.

Apoyó los dedos en el brazo del joven y se sobresaltó al sentir el inusual calor que desprendía a través de los pliegues de la túnica. Era como si lo consumiera la fiebre, pero no mostraba síntomas de estar enfermo, aparte de un lógico cansancio. La intriga que Iolanthe sentía por el hermano de Kitiara crecía por momentos. Los dos estaban ya alejándose poco a poco cuando los detuvo la voz del Señor de la Noche:

—Muéstrame el contenido de la bolsa que queda.

Un rubor tiñó la piel dorada de Raistlin.

—Prometo a vuestra señoría que no tiene nada que ver con la magia. —Más que asustado, parecía avergonzado.

—Yo juzgaré eso —repuso el Señor de la Noche con un tono malhumorado. Dio un golpe sobre la mesa—. Ponlo aquí.

Raistlin desató el cierre de la bolsa con lentitud, pero no la abrió.

—No tienes elección —susurró Iolanthe—. Sea lo que sea lo que escondes, ¿merece la pena que te despellejen vivo por ello?

Raistlin se encogió de hombros y dejó caer la bolsa en la mesa, delante del Señor de la Noche. Dentro, se adivinaban varios bultos, y aterrizó con un golpe sordo.

El Señor de la Noche la observó con recelo. No estaba dispuesto a tocarla.

—Bruja, abridla —ordenó a Iolanthe.

Lo que a Iolanthe le habría gustado abrir era a aquel hombre odioso, en canal, pero contuvo su furia. Sentía tanta curiosidad como el Señor de la Noche por ver qué guardaba el joven mago con tanto celo.

Estudió la bolsa antes de levantarla y se fijó en que era de una piel muy gastada y que estaba atada con un cordel de cuero. No tenía escrita ninguna runa. No estaba protegida por ningún hechizo. Podría haber utilizado un truco sencillo para cerciorarse de que ningún otro escudo mágico la envolvía, pero no quería que el Señor de la Noche tuviese la impresión de que desconfiaba de un colega. Miró a Raistlin por debajo de sus largas pestañas, con la esperanza de que le hiciera alguna señal para decirle que no había ningún peligro. El hechicero parpadeó por debajo de la capucha y sonrió débilmente.

Iolanthe inspiró profundamente y tiró del cordel. Miró el interior de la bolsa y primero pareció sorprendida, justo antes de que le sobreviniera una carcajada. Dio la vuelta a la bolsa y el contenido se derramó, rodando en todas las direcciones.

—¿Qué es eso? —quiso saber el Señor de la Noche, furioso.

El Ejecutor se agachó para observarlo desde más cerca. A diferencia del Señor de la Noche, el Ejecutor sí era perverso y estúpido.

—Yo diría que son canicas, mi señor —contestó el Ejecutor solemnemente.

Iolanthe tenía que hacer esfuerzos por controlar sus labios, empeñados en curvarse en una sonrisa. En la oscuridad, alguien rió. El Señor de la Noche miró en derredor con expresión airada y la carcajada murió al instante.

—Canicas. —El Señor de la Noche fulminó a Raistlin con la mirada. Raistlin se sonrojó aún más. Parecía que la vergüenza lo hubiese paralizado.

—Sé que es un juego de niños, mi señor, pero soy muy aficionado. Jugar a las canicas me relaja. Si me permitís recomendaroslo, si algún día os sentís alterado...

—Ya me has hecho perder demasiado tiempo. ¡Fuera! —ordenó el Señor de la Noche—. Y no vuelvas. La reina Takhisis se las arregla perfectamente sin los «tributos» de gentuza como tú.

—Sí, mi señor —contestó Raistlin y empezó a recoger rápidamente las canicas.

Iolanthe se agachó para coger una canica que había caído al suelo y que se había detenido cerca de la túnica del joven mago. Era una canica verde que brillaba con un resplandor inquietante. Recordaba, de cuando era niña, que esas canicas se llamaban «ojo de gato».

—Por favor, señora, no os molestéis —dijo Raistlin con su suave voz.

Con un gesto hábil, le arrebató la canica de entre los dedos. Cuando sus manos se rozaron, Iolanthe volvió a sentir aquel extraño calor que emitía su piel.

Ya arrastraban a otro prisionero a la sala. Estaba cargado con cadenas. Completamente cubierto de sangre, parecía más muerto que vivo. Raistlin lo miró cuando él e Iolanthe pasaron apresurados a su lado.

—Ese podrías ser tú —dijo la hechicera en voz baja.

—Sí —repuso, y añadió—: Estoy muy agradecido por vuestra ayuda, señora.

—No hace falta que seas tan formal. Me llamo Iolanthe —contestó ella, sacándolo rápidamente de la Corte.

La hechicera no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo salir de aquel laberinto de túneles, pero no dejaba de caminar. Su principal objetivo era poner toda la distancia posible entre el Señor de la Noche y ella.

—Tú eres Raistlin Majere. Ese es tu nombre, ¿verdad?

—Así es, señora. Quiero decir... Iolanthe.

Tuvo la tentación de decirle que conocía a su hermana Kitiara, pero decidió que eso sería revelar demasiada información demasiado pronto. El saber es poder y ella todavía no sabía cómo utilizar ese poder, o ni siquiera

si merecía la pena que se preocupara. Un hechicero que jugaba a las canicas...

Encontró a un peregrino oscuro que se mostró encantado de escoltarlos fuera del templo. Mientras recorrían los salones llenos de recodos, Iolanthe se percató de que Raistlin se fijaba en todo. Sus extraños ojos jamás estaban quietos y mentalmente tomaba nota de cada giro, de cada escalera que pasaban, de los grupos de celdas y los pozos de ácido, de los puestos de guardia. Iolanthe podría haberle advertido que, si su intención era hacer un mapa del lugar, estaba perdiendo el tiempo. Las mazmorras se habían diseñado pensando en que fueran lo más confusas posible. En la circunstancia poco probable de que un prisionero lograra escapar, no tardaría en perderse en aquel laberinto y en volver a caer en las manos de los guardias o en precipitarse en un pozo de ácido.

Iolanthe estaba ansiosa por interrogar al joven mago, pero no podía dejar de pensar en el clérigo oscuro que caminaba cerca de ellos y que, sin duda, estaba ojo avizor debajo de su capucha. Por fin llegaron a una escalera muy estrecha y tortuosa por la que no podían subir juntos. A su guía no le quedó más remedio que adelantarse.

Ascendían lentamente, porque Raistlin se había quedado sin aliento casi nada más empezar y tenía que apoyarse en la barandilla de hierro.

—¿Estás bien? —preguntó Iolanthe.

—Durante muchos años sufrí una enfermedad. Ahora estoy curado, pero me ha dejado débil.

Mientras seguían subiendo, Iolanthe dijo algo educado. El joven mago no respondió. Iolanthe se dio cuenta de que ni siquiera la había oído. Estaba muy lejos de allí, absorto en sus propios pensamientos. Cuando llegaron a lo alto de la escalera, no había rastro del peregrino oscuro, pues éste había creído que aquellos molestos extraños lo seguían de cerca y ya había dado la vuelta a una esquina.

—Parece que nuestro guía nos ha perdido —comentó Iolanthe—. Deberíamos esperarlo aquí. En este sitio horrendo, nunca sé dónde estoy.

Raistlin miraba en derredor.

—En la escalera ibas muy concentrado en algo. Te he dicho una cosa y ni siquiera me has oído.

—Lo siento —contestó Raistlin—. Estaba contando.

—¿Contando? —repitió Iolanthe, perpleja—. ¿Contando el qué?

—Los escalones.

—¿Para qué?

—Tengo la costumbre de observarlo todo. Veinte escalones bajan al puesto de guardia desde la abadía en la que me materialicé. Mi repentina aparición de la nada causó bastante revuelo —añadió con un destello de humor en sus desconcertantes ojos.

—Ya me imagino.

—Al salir de la sala, subimos cuarenta y cinco escalones en la última escalera.

—Todo eso es muy interesante, supongo, pero no le encuentro una utilidad práctica. Sobre todo en un sitio tan inquietante como éste.

—Evidentemente, te refieres al movimiento entre planos, entre el mundo físico y el Abismo —respondió Raistlin.

—¿Cómo lo has sabido? —quiso saber Iolanthe, sorprendida una vez más.

—Leí sobre el fenómeno antes de venir a Neraka. Sentía curiosidad por ver cómo era, una de las razones por las que decidí visitar el templo. En realidad, los pasillos no se mueven. Parece que lo hacen por un efecto óptico, producido por la distorsión entre un plano y otro. Es muy parecido a cuando se mira por un prisma —le explicó—. En realidad el edificio no está dando saltos ni cambiando constantemente de forma. Sin embargo, me di cuenta de que el efecto de la distorsión visual se mitigaba al llegar a las escaleras. Es bastante lógico porque, si no, los clérigos oscuros estarían todo el tiempo cayéndose y rompiéndose la crisma. Pero no estoy más que diciendo lo evidente. Tú vienes con frecuencia. Seguro que ya te habías dado cuenta.

Iolanthe se dio cuenta entonces de que nunca había tenido ningún problema para subir y bajar las escaleras. No había considerado que esa información fuera relevante.

»La distorsión hace que sea muy fácil desorientarse al recorrer el templo, que es precisamente el efecto que se busca —prosiguió Raistlin—. Quien lo visita ocasionalmente se pierde de inmediato, lo que hace que se sienta asustado y vulnerable, y así su mente queda abierta al poder y la influencia de la Reina Oscura. ¿Nunca te habías preguntado cómo encuentran el camino los clérigos oscuros?

Como si estuviera esperando ese preciso momento, su guía apareció en el otro extremo de la sala, con expresión molesta. Sin dejar de observarles, echó a andar hacia ellos con decisión.

—La verdad es que no —contestó Iolanthe—. Evito este sitio siempre que puedo. ¿Qué tiene que ver el número de escalones con todo esto?

—El hecho de que las escaleras no estén sujetas a las distorsiones las convierte en una buena herramienta para controlar dónde se está —explicó Raistlin—. Me fijé en que el clérigo oscuro que me escoltó a las mazmorras iba contando los escalones. Lo vi contando con los dedos. Supongo, aunque no estoy seguro, que cada escalera tiene un número diferente de escalones y que es así como se orientan.

—Ya empiezo a entenderlo —se alegró Iolanthe—. Si quiero llegar a la Corte del Señor de la Noche, tengo que buscar la escalera con cuarenta y cinco escalones.

Raistlin asintió e Iolanthe lo miró admirada. Tenía a Kitiara por una mujer notable y ahora pensaba lo mismo de su hermano. Debía de ser una familia de cerebritos.

El hechicero oscuro regresó por ellos, con la severa advertencia de que no se quedaran atrás. Volvió sobre sus pasos por el pasillo y los guió aprisa hasta la salida más cercana. Era obvio que estaba deseoso de librarse de su compañía.

Iolanthe suspiró aliviada cuando cruzaron el umbral de la puerta principal. Siempre se alegraba de salir del templo. Pasó el brazo por el de Raistlin, en un gesto amistoso.

Se quedó sorprendida al notar que el joven se estremecía y tensaba los músculos. Se apartó de ella.

—Ruego que me perdones —dijo Iolanthe con frialdad, dejando caer la mano.

—No, por favor —repuso Raistlin, confundido—. Yo soy quien debería pedirte perdón. Es sólo que... No me gusta que me toquen.

—¿Ni siquiera si se trata de una mujer hermosa? —preguntó ella con una sonrisa pícar.

—Eso no es algo a lo que esté acostumbrado —respondió con ironía.

—Pues ha llegado el momento —repuso Iolanthe, enlazando su brazo con el de él. Y añadió con humor más sombrío—: Las calles no son seguras. Será mejor que nos mantengamos muy juntos.

Las calles estaban prácticamente desiertas. Pasaron junto a un hombre tirado sobre una alcantarilla. Tenía una borrachera de muerte, o realmente estaba muerto. Iolanthe no se acercó lo suficiente para averiguarlo. Guió a Raistlin al otro lado de la calle.

—¿Tienes dónde quedarte en Neraka?

Raistlin negó con la cabeza.

—Acabo de llegar a la ciudad. Lo primero que hice fue ir al templo. Tenía la esperanza de encontrar una habitación en la torre. ¿Crees que habrá alguna libre? Una celda pequeña, como la que darían a un aprendiz, me sería suficiente. No tengo más pertenencias que las que llevo conmigo. Mejor dicho, que las que llevaba conmigo.

—Siento que perdieras tu bastón —comentó Iolanthe—. Me temo que no volverás a verlo. El Señor de la Noche sabe magia y no tardó en reconocer su valor...

—No había alternativa —repuso Raistlin, encogiéndose de hombros.

—No parece muy preocupado por su pérdida —dijo Iolanthe, mirándolo con curiosidad.

—Puedo comprar otro bastón en cualquier tienda de magia —se consoló Raistlin con una sonrisa compungida—. Pero no puedo comprar otra vida.

—Supongo que en eso tienes razón —concedió Iolanthe—. De todos modos, debe de ser una pérdida demoledora.

Raistlin volvió a encogerse de hombros.

«Está aceptándolo demasiado bien —pensó Iolanthe—. Aquí pasa algo más. ¡Este joven está resultando todo un misterio!» Iolanthe cada vez se sentía más fascinada por el mago.

—Esta noche puedes quedarte conmigo, aunque tendrás que dormir en el suelo. Mañana te encontraremos una habitación.

—Soy un antiguo soldado. Puedo dormir en cualquier sitio —dijo Raistlin. Parecía desilusionado—. Por lo que dices, no queda sitio para mí en la torre.

—Y dale con esa torre. ¿De qué torre estás hablando? —preguntó Iolanthe.

—De la Torre de la Alta Hechicería, por supuesto.

Iolanthe lo miró con expresión divertida.

—Ah, esa torre. Te llevaré mañana. Ya es muy tarde, o temprano, depende de cómo se mire.

Raistlin miró a uno y otro lado de la calle. No había nadie alrededor, pero de todos modos bajó la voz.

—Eso que dijo el Señor de la Noche sobre Ladonna y Nuitari, ¿es verdad?

—Tenía la esperanza de que tú lo supieras —contestó Iolanthe.

Raistlin estaba a punto de responderle, pero ella sacudió la cabeza.

—Asuntos tan peligrosos es mejor discutirlos a puerta cerrada.

Raistlin asintió, entendía lo que quería decir.

—Lo hablaremos cuando lleguemos a mi casa —dijo Iolanthe, y añadió en tono burlón—: mientras jugamos a las canicas.

8

*Una taza de té
Recuerdos
Una mujer peligrosa*

DÍA SEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La Vigilia Oscura ya había quedado muy atrás. Raistlin esperaba que no tuvieran que ir muy lejos, porque apenas le quedaban fuerzas. Se desviaron por una calle fuera de los muros del templo, conocida como la Ringlera de los Hechiceros, y Raistlin sintió un gran alivio cuando Iolanthe anunció que aquélla era la calle donde vivía. No era más que una calleja apartada. Debía su nombre a una hilera de tiendas que vendían productos relacionados con la magia. Raistlin se fijó en que la mayor parte de las tiendas parecían estar vacías. En las ventanas rotas de más de una había carteles donde se leía: se alquila.

El pequeño apartamento de Iolanthe estaba situado sobre una de las pocas tiendas de hechicería que seguía abierta. Subieron por una escalera estrecha y empinada, y Raistlin esperó a que ella quitara el cierre mágico de su puerta. Cuando entraron, Iolanthe dio a su invitado una almohada y una manta, y redistribuyó los muebles de la pequeña habitación que llamaba su «biblioteca», para que pudiera hacerse una cama en el suelo. Le deseó buenas noches y se fue a su dormitorio, advirtiéndole antes de que no era

demasiado madrugadora y que no le gustaba que la despertasen antes del mediodía.

Agotado tras su experiencia en las mazmorras, Raistlin se tumbó en el suelo, se echó la manta por encima y se quedó dormido al instante. Soñó con los calabozos, con que estaba desnudo y colgando de unas cadenas, mientras un hombre sostenía una barra de hierro al rojo vivo y se acercaba a él...

Raistlin se despertó sobresaltado. La luz del sol bañaba la habitación. Al principio no recordaba dónde se encontraba y miró alrededor confundido, hasta que poco a poco fue acordándose de lo sucedido la noche anterior.

Suspiró y cerró los ojos. Alargó la mano, como tenía la costumbre de hacer todas las mañanas, y palpó el bastón que estaba junto a él. La suave madera era cálida y le infundía seguridad.

Raistlin sonrió al pensar en el desconcierto que sentiría el Señor de la Noche cuando fuera a deleitarse con el valioso objeto que le había requisado y descubriera que había desaparecido durante la noche. Uno de los poderes mágicos del bastón consistía en que siempre volvía al lado de su dueño. En el momento en que lo entregaba, Raistlin sabía que volvería a él.

Se sentó, agarrotado tras una noche durmiendo sobre el duro suelo, y se frotó la espalda y el cuello para aliviar los pinchazos que sentía. El pequeño apartamento estaba en silencio. Su anfitriona todavía no se había despertado. Raistlin se alegraba de tener la oportunidad de estar solo para aclarar sus pensamientos.

Se aseó y después hirvió agua para preparar la infusión que aliviaba sus ataques de tos. El Señor de la Noche le había quitado las hierbas que necesitaba, pero eran muy comunes y, después de fisionear un poco por la cocina de Iolanthe, ya tenía todo lo que necesitaba. Estaba vertiendo el agua en la tetera cuando, de pronto, recordó que ya no tenía que tomar su té, pues la tos había desaparecido. Volvía a estar bien. Fistandantilus ya no le consumía las fuerzas.

De todos modos, Raistlin estaba acostumbrado a tomarse la infusión y siguió preparándola. Por desgracia, eso le recordó a su hermano. Caramon siempre le preparaba el té, era un ritual que se repetía todas las mañanas.

Sus amigos, Tanis y los demás, no veían con buenos ojos que Caramon se ocupara de todos los pequeños quehaceres en beneficio de su hermano.

—No tienes las dos piernas rotas —le había dicho Flint a Raistlin en una ocasión—. ¡Hazte tú el dichoso té!

Raistlin podría habérselo preparado él mismo, por supuesto, pero no habría sido lo mismo. Dejaba que su hermano se lo hiciese, pero no porque quisiera demostrar su dominio sobre él o menospreciarlo, como pensaban sus amigos. Aquel acto tan familiar les traía bonitos recuerdos a los dos, recuerdos de los años en que recorrían calzadas repletas de peligros, cuidándose el uno al otro, necesitados cada uno de la compañía y la protección de su hermano.

Raistlin se sentó delante del hogar de la cocina, escuchando el borboteo del agua en la tetera, y pensó en aquellos días solos en las calzadas, con su pequeña hoguera ardiendo humildemente o bajo el fuego intenso y sublime del sol. Caramon se sentaba en un tronco, en una roca o en lo que estuviera más a mano, sosteniendo la taza de barro con esa manaza que tenía y que hacía que el recipiente parecía perderse en ella, mientras espolvoreaba en el agua las hojas que llevaban en una bolsa. Calculaba la cantidad de hojas con sumo cuidado, con una concentración intensa.

Raistlin, sentado cerca, lo observaba con impaciencia y siempre le decía a Caramon que no necesitaba ser tan cuidadoso, que bastaba con que tirara las hojas en la taza.

Caramon respondía que no, que era muy importante conseguir las proporciones adecuadas. ¿Quién era el experto en hacer el mejor té? Raistlin siempre admitía que su hermano hacía un té excelente, eso era verdad. Daba igual cuánto se esforzara Raistlin, nunca conseguía igualar el té de Caramon. Daba igual cuánto lo intentara, el té de Raistlin nunca sabía igual. Su mentalidad de científico se resistía a aceptar que el amor y el cuidado pudieran suponer alguna diferencia en una taza de té, pero debía admitir que no encontraba otra explicación.

Vertió el agua hirviendo en la taza y revolvió las hojas, que flotaron en la superficie antes de hundirse en el fondo. El olor siempre era un poco desagradable, pero el sabor no era tan malo. Había llegado a gustarle.

Sorbió el té, un extraño en una ciudad extraña, en el corazón de las fuerzas de la oscuridad, y pensó en sí mismo y en Caramon. Los dos sentados juntos bajo el sol, riéndose por cualquier broma tonta, recordando anécdotas de su infancia, rememorando alguna de sus aventuras y las maravillas que habían visto.

Raistlin sintió que le escocían los ojos y se le cerraba la garganta, unos síntomas que no los provocaba su antigua enfermedad. La sensación de ahogo provenía de su corazón, un corazón cargado de emociones, rebosante de pena y soledad, de culpa, de dolor y remordimientos. Raistlin tomó un trago de té más largo de lo normal y se quemó el paladar. Maldijo para sí, enfadado, y tiró al fuego lo que quedaba del té.

—Me está bien merecido por sensiblero —murmuró.

Desterró de su mente todos los recuerdos de Caramon y se preparó una tostada con un poco de pan que encontró en la despensa. Masticando, reflexionó sobre su situación.

Su llegada a Neraka no había resultado como había planeado. Había decidido aparecer en el templo, recorriendo los corredores de la magia. Su idea era materializarse en el templo, para admiración y asombro de todos los que lo presenciaran. Los clérigos se quedarían tan impresionados por la demostración de su poder mágico, que lo acompañarían directamente a ver al emperador Ariakas, quien le rogaría que se uniese a él en su campaña por conquistar el mundo.

Las cosas no habían salido como las había planeado. Raistlin había conseguido uno de sus objetivos, eso sí. No cabía duda de que los peregrinos oscuros se habían quedado perplejos cuando le vieron aparecer en la abadía, salido de la nada, justo cuando empezaban sus ritos. Un peregrino de edad avanzada estuvo a punto de sufrir una apoplejía y otro se desmayó en el acto.

Pero en vez de quedarse impresionados, los peregrinos oscuros se habían enfurecido. Habían intentado atraparlo, pero él los mantuvo a distancia con el Bastón de Mago, que daba una buena sacudida a quien lo tocaba. Mientras todos se agolpaban alrededor, gritando y amenazándolo, Raistlin les había pedido que conservaran la calma. Explicó que no estaba

allí para crear problemas. Que iría con ellos por su propia voluntad. Que lo único que quería era presentar sus respetos a la reina. En vez de eso, había acabado presentando sus respetos al abominable Señor de la Noche.

Raistlin había reconocido qué tipo de hombre era en cuanto lo había visto: un demente que sentía placer con el sufrimiento de los demás. Raistlin comprendió al instante que corría un grave peligro, aunque no entendía la razón.

—Todos estamos del mismo lado —le dijo el mago al Señor de la Noche—. Todos queremos ver victoriosa a la reina Takhisis. Entonces, ¿por qué me veis como un enemigo? ¿Por qué me amenazáis con torturas inimaginables a no ser que me descubra como espía del Cónclave? ¿Por qué iba a querer el Cónclave espiar a los clérigos de la Reina Oscura? No tiene sentido.

Más bien no tenía sentido hasta que había oído decir al Señor de la Noche que Nuitari se había rebelado contra su madre.

El interrogatorio se había alargado una agotadora hora tras otra. Durante todo ese tiempo, Raistlin oía los gritos, los aullidos y los chillidos de otros prisioneros que sufrían el desgarrar del potro y los mordiscos del látigo. Le llegaba el olor a carne quemada.

El Señor de la Noche cada vez se sentía más frustrado por las negativas de Raistlin.

—Me dirás todo lo que sepas y más aún —le dijo el Señor de la Noche—. Que venga el Ejecutor.

Raistlin había intentado utilizar el Bastón de Mago, pero los magos se habían abalanzado sobre él y, tras unos cuantos calambres, le habían tirado el bastón al suelo. Había conjurado un Círculo de Protección alrededor de sí mismo. Pero el Señor de la Noche era un experto en tratar con hechiceros poco colaboradores. Había pronunciado unas pocas palabras y había señalado a Raistlin con sus uñas manchadas de sangre. El hechizo de protección se hizo añicos como un globo de cristal que cae a un suelo de mármol.

Raistlin había sentido un miedo como nunca antes lo había asaltado, peor que aquella vez que yacía indefenso debajo de las garras de un Dragón

Negro en Xak Tsaroth. Los guardias empezaron a acercarse a él y no tenía ninguna forma de defenderse de ellos. Entonces ocurrió algo extraño. Todavía no había encontrado una explicación. Los guardias no pudieron ponerle las manos encima.

Él no había hecho nada por defenderse. No le quedaban fuerzas para recurrir a la magia. El viaje a través de los corredores de la magia, la pelea posterior, el conjuro del hechizo del Círculo de Protección, todo lo había debilitado. Pero la sencilla realidad era que cada vez que los guardias intentaban cogerlo, empezaban a temblar con tanta fuerza que ni siquiera podían controlar sus manos.

Raistlin se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Abrió la bolsa en la que llevaba las canicas y rebuscó. El Orbe de los Dragones rodó entre las demás, sin diferenciarse en nada excepto por los ojos. Una de las cosas que había aprendido del Orbe de los Dragones era que tenía un instinto de supervivencia tan acusado o incluso más desarrollado que el suyo.

Cogió el Orbe de los Dragones, lo sostuvo en la palma de la mano y lo miró con atención, sopesándolo y reflexionando. Había corrido un gran riesgo al llevar el orbe a Neraka, al corazón del Imperio de la Reina Oscura. El orbe estaba hecho con la esencia de dragones malignos y podía crecerse entre los de su propia especie, tan cerca de su reina maligna. Podía volverse contra él y encontrar un amo más importante y poderoso.

Sin embargo, parecía que el orbe había decidido protegerlo. Y no se debía al amor que sentía por él, de eso estaba seguro. Raistlin sacudió la cabeza, perplejo. Al orbe sólo le interesaba protegerse a sí mismo. Aquel pensamiento no era muy tranquilizador. El orbe sentía el peligro. Creía que estaba en peligro y eso significaba que él también lo estaba.

Pero ¿de dónde provenía ese peligro?, ¿de quién? Aquella ciudad, de todos los lugares posibles, debería ser un remanso de paz para aquellos que recorrían los caminos de la oscuridad.

—Por Nuitari, es verdad que juegas con canicas —exclamó Iolanthe. Arrugó la nariz y tosió—, ¿Qué es ese olor pestilente?

Raistlin estaba tan inmerso en sus pensamientos que no la había oído levantarse. Rápidamente, recogió las canicas junto con el Orbe de los

Dragones y las dejó caer en la bolsa.

—Me he preparado una taza de té —respondió como toda explicación—. He estado enfermo y me viene bien.

Iolanthe abrió una ventana para que entrara aire, aunque el olor de la calle era casi tan desagradable como el del interior. El aire estaba gris por el humo de los fuegos de las fraguas y apestaba a la basura que se acumulaba en los callejones y al agua nauseabunda que corría por las alcantarillas, a la altura de los tobillos.

—Esa enfermedad... —dijo Iolanthe, mientras agitaba la mano para expulsar el olor—, ¿fue consecuencia de la Prueba?

—Una secuela —contestó Raistlin, sorprendido de que hubiera llegado a esa conclusión tan rápido.

—¿Y la misma explicación sirve para tu piel dorada y tus pupilas en forma de reloj de arena?

Raistlin asintió.

—Los sacrificios que hacemos por la magia... —comentó Iolanthe con un suspiro. Cerró la ventana—. Yo tampoco salí indemne. Nadie sale indemne. Llevo mis cicatrices por dentro.

Iolanthe se apartó el negro cabello y volvió a suspirar. Vestía un camisón de seda que en las tierras orientales de Khur se conocía como caftán. La seda era pesada y de vivos colores, con un estampado de aves rojas y azules entre flores de color morado y naranja, hojas verdes y los tallos sinuosos de las vides.

Aquella mujer desconcertaba a Raistlin. Su forma tan franca de hablar, su encanto, su inteligencia, el humor y la vivacidad que demostraba y su belleza —especialmente su belleza— hacían que se sintiese incómodo.

Porque, a pesar de la maldición que velaba sus ojos, podía ver que Iolanthe era hermosa. Su cabello era tan negro que parecía azul, los ojos violetas y el tono aceitunado de su piel la distinguían de todas las mujeres que había conocido en su vida. Mujeres como Laurana, la doncella semielfo, que era rubia, transparente y etérea; o Tika, con sus rizos de un intenso rojo y su sonrisa generosa, su voluptuosidad, su risa, su aspecto sano y su ternura.

Por el contrario, Iolanthe era el misterio, el peligro y la intriga. Hacía que Raistlin se pusiera nervioso. Incluso su ropa, con su sinfín de colores, lograba que se sintiera incómodo. Lo desaprobaba. Aquellos que tomaban la túnica negra y recorrían los caminos de las sombras no debían llevar consigo la belleza y el color.

Iolanthe le sonreía y Raistlin se dio cuenta de que se había quedado mirándola. Sintió un ardor en la piel, que se sumó a su irritación. Había dominado un Orbe de los Dragones, había aprisionado a Fistandantilus en su interior y había burlado al Señor de la Noche, pero se sonrojaba como un adolescente lleno de espinillas sólo porque una mujer hermosa le sonreía.

—Veo que el Señor de la Noche te ha devuelto el bastón —dijo Iolanthe—. Qué amable por su parte. Normalmente no se muestra tan considerado.

Raistlin se quedó sorprendido por su comentario, hasta que descubrió el brillo risueño en sus ojos de color violeta. Se dio cuenta de que tendría que haber inventado alguna explicación para la reaparición del bastón, pero se había quedado absorto preguntándose sobre el proceder del Orbe de los Dragones. Intentó pensar en algo creíble que pudiera decir, pero por lo visto había enmudecido. La mujer lo confundía, no le dejaba pensar. Cuanto antes se alejara de ella, mejor.

Iolanthe se arrodilló en el suelo, con el caftán de seda flotando alrededor, y el aire se impregnó de su perfume de gardenias. Observó el bastón, sin tocarlo, estudiando con interés la madera lisa y la garra del dragón que sujetaba la bola de cristal en la parte superior.

—Así que éste es el famoso Bastón de Mago.

Una vez más, pilló a Raistlin desprevenido. Se quedó mirándola, estupefacto.

—Aproveché la oportunidad de hacer mis humildes investigaciones anoche, mientras dormías —explicó ella—. No hay muchos bastones legendarios por el mundo. Encontré la descripción en un antiguo libro. ¿Cómo ha llegado a ti, si puedo preguntarlo?

Raistlin iba a responderle que no era asunto suyo.

—Par-Salian me lo dio cuando aprobé la Prueba —respondió, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Par-Salian? —Iolanthe se recostó lánguidamente en el suelo, apoyándose sobre un codo—. ¿El Portavoz de la Orden de las Túnica Blanca, y digo «blancas»? ¿Él te regaló algo tan valioso?

—Yo mismo era un Túnica Blanca cuando me presenté a la Prueba —contestó Raistlin—. Debido al amable interés que Lunitari demostró por mí, después vestí la túnica roja. Hace poco que tomé la negra.

—Las tres —murmuró Iolanthe. Sus ojos de color violeta se posaron en él. Sus pupilas negras se dilataron, como si quisieran crecer hasta absorberlo—. Qué cosa más poco común.

Se levantó elegantemente, con el caftán danzando alrededor de sus pies desnudos.

»Se dice que el Señor del Pasado y el Presente habrá vestido las tres túnicas.

Raistlin la miró atentamente.

»Ahora, si me disculpas —continuó ella alegremente—, voy a cambiarme. Me pondré mi túnica negra para nuestra excursión a la Torre de la Alta Hechicería. Llevaría mi caftán, porque a mí me gustan los colores vivos, pero a los vejestorios que viven allí les daría un síncope.

Salió graciosamente de la habitación, dejando una estela de perfume tras de sí. A Raistlin le cosquilleó la nariz y estornudó. Iolanthe volvió ataviada con una túnica negra de seda parecida al caftán por su corte, que le dejaba los antebrazos desnudos. Raistlin oyó el leve tintineo de unas campanas cuando caminaba y vio que la hechicera llevaba una pulsera de campanillas doradas alrededor del tobillo. Era un sonido discordante que hacía que le rechinaran los dientes.

—Normalmente también llevo pulseras de oro a juego —explicó Iolanthe, como si le hubiera leído el pensamiento. Mordisqueó un poco de la tostada que Raistlin había dejado y cogió la taza. Olisqueó los restos del té e hizo una mueca—. Pero ya no me atrevo a llevar mis joyas por Neraka. Los soldados no han recibido su paga, entiéndelo. El emperador contaba con que las piezas de acero entraran sin parar en sus arcas, procedentes del botín que conseguiría en Palanthas. Por desgracia para él, nos ha llegado la

noticia de que los Dragones Plateados han acudido a proteger esa hermosa ciudad.

—Es cierto —confirmó Raistlin—. Los vi antes de marcharme.

—Así que vienes de Palanthas. Qué interesante.

Raistlin se maldijo a sí mismo por haber descubierto esa información. ¡No se equivocaban quienes llamaban «bruja» a esa mujer!

—Da igual la razón —prosiguió Iolanthe—, Ariakas ha perdido su fuente de ingresos. Lo que es peor, como confiaba en ganar esas piezas de acero, ya se las había gastado. Ahora tiene unas deudas inmensas, aunque poca gente lo sabe.

—¿Y por qué yo soy uno de ellos? —quiso saber Raistlin, molesto—. ¿Por qué me cuentas todo esto? No quiero saberlo. Propagar esos rumores es... es...

—¿Una traición? —Iolanthe se encogió de hombros—. Sí, supongo que sí. Pero no son rumores, Raistlin Majere. Son hechos. Yo lo sé. Soy la amante de Ariakas.

Raistlin sintió que se le erizaba el vello de los brazos y de la nuca. Su vida pendía de un hilo.

—También soy amiga de tu medio hermana, la Señora del Dragón Kitiara uth Matar —añadió con voz suave.

Raistlin se quedó boquiabierto.

—¿Conoces a mi... hermana?

—Pues sí —repuso Iolanthe. Se quedó callada un momento y después, de repente, se lanzó a un discurso—: Sus tropas, los soldados del Ejército Azul de los Dragones, sí que reciben su paga..., y es muy buena. Aunque no consiguió tomar Palanthas, controla gran parte de Solamnia. Exige y recibe tributo de las ciudades más ricas, que tuvo el buen sentido de no quemar hasta los cimientos. Y ella se encarga de que las pagas lleguen a sus soldados. Los Dragones Azules de Kit son leales y muy disciplinados, a diferencia de los Rojos, que son unos descerebrados y unos engreídos, y pasan todo el tiempo peleándose entre ellos. Ariakas cometió la estupidez de permitir que sus Dragones Rojos y los soldados saquearan, desvalijaran

y prendieran fuego a las ciudades que conquistaron y ahora se queja porque no tiene dinero.

Raistlin recordó Solace y la posada de El Último Hogar, donde había pasado tantas horas felices, arrasada hasta los cimientos. Recordó el terrible asedio a Tarsis. No dijo nada, pero en su fuero interno se permitió una sonrisa de triste satisfacción por el daño que Ariakas se había hecho a sí mismo.

La sonrisa se desvaneció en cuanto Iolanthe le tomó la mano, en un gesto espontáneo.

—Qué bueno es tener alguien con quien hablar. Alguien que comprenda. ¡Un amigo!

Raistlin apartó la mano.

—Yo no soy un amigo —dijo. Después pensó que quizá había estado grosero, así que añadió apresuradamente—: Acabamos de conocernos. Apenas sabes quién soy.

—Siento como si te conociera desde hace mucho tiempo —contestó Iolanthe, sin mostrarse nada ofendida—. Kitiara habla mucho de ti. Está muy orgullosa de ti y de tu hermano. Por cierto, ¿dónde está tu hermano?

Raistlin decidió que había llegado el momento de cambiar de tema.

—Lo que dijo anoche el Señor de la Noche sobre Nuitari...

—Era verdad. Todo era verdad, menos lo de que habían ejecutado a Ladonna. Me habría enterado. Pero Nuitari ha abandonado a su madre, Takhisis, y ahora el Cónclave de Hechiceros va a unirse en contra de la Reina Oscura.

Raistlin se quedó callado, sin decir nada que lo comprometiera. Él no formaba parte del Cónclave. No les había pedido permiso para tomar la túnica negra. De hecho, lo había hecho sin consultarles siquiera y eso lo convertía en un renegado. El Cónclave consideraba proscritos a los renegados.

Iolanthe se acercó más a él. El perfume se le metió por la nariz y le despertó como un leve dolor de cabeza.

—Ya sé lo que estás pensando —le dijo en un susurro—, porque yo estoy pensando lo mismo: ¿qué significa todo esto para mí? —Le dio una

palmada juguetona en el hombro—. Deberíamos ir a la torre esa de la que tanto hablas y descubrirlo.

Volvió la cabeza y le lanzó una mirada.

»En mi tierra hay un dicho: "Cada uno tiene que calentarse su propia taza de té". Es un buen consejo en cualquier parte de Neraka, pero sobre todo en lo que se refiere a nuestros colegas hechiceros.

—Entiendo —repuso Raistlin.

Sintió que lo invadía el nerviosismo. Por fin iba a ver la magnífica Torre de la Alta Hechicería, a conocer a los hechiceros que le ayudarían a dar forma a su futuro.

—¿Nos vamos? ¿Estás listo? —Iolanthe vio que Raistlin miraba hacia el bastón y sacudió la cabeza—. Sería mejor que no lo llevaras en público. El Señor de la Noche estará buscándolo. Aquí estará seguro. Siempre protejo la puerta con hechizos.

—El bastón se protege a sí mismo —dijo Raistlin. No le gustaba tener que dejarlo, había llegado a depender de él. Pero comprendió que su consejo era muy sensato.

Iolanthe cerró la puerta con llave y trazó una runa con la yema del dedo, después pronunció unas palabras mágicas. La runa se encendió con un suave tono azulado.

Iolanthe descubrió la mirada de Raistlin y se avergonzó.

—Un truco de principiante, ya lo sé. Es un hechizo de los que se hacen en la escuela de magos. Pero las mentes menos espabiladas se quedan muy impresionadas ante una runa brillante. Y, confía en mí —añadió—, en Neraka nos enfrentamos a muchas mentes poco espabiladas.

Iolanthe tomó a Raistlin del brazo y le dijo que actuara como si fuera su escolta, le gustase o no.

—Últimamente las calles son muy peligrosas —explicó—. Es muy comprensible tener a alguien que te guarde las espaldas.

A Raistlin no le gustaba la idea, pero no podía rechazar a Iolanthe sin más. Ya le había dejado muy claro que podía ayudarle o perjudicarlo, la decisión era suya. La escalera era estrecha, y la hechicera se apretó contra él, insistiendo en caminar pegada a su lado.

—¿Cuántos peldaños tiene? —le preguntó burlonamente.

—Treinta y uno hasta el rellano.

Iolanthe sacudió la cabeza y se rió de él.

Raistlin no entendía qué tenía de gracioso.

9

La posada de El Broquel Partido La Torre de la Alta Hechicería

DÍA SEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Iolanthe decidió que primero presentaría a Raistlin a su vecino y casero, el dueño de la tienda de hechicería. Se trataba de un individuo entrado en años que respondía al extraño nombre de Snaggle. Era mestizo, pero estaba tan encorvado y arrugado que era imposible decir si era medio enano o medio goblin, o medio perro. Saludó a Raistlin con una sonrisa desdentada y le ofreció un descuento en su primera compra.

—Es muy importante conocer a Snaggle —explicó Iolanthe, mientras bajaban por la calle ancha y bien pavimentada que recorría la fachada del templo—. Jamás hace preguntas. Le da el valor justo al dinero. Y gracias a que disfruta del favor del emperador, que compra en su tienda con asiduidad, suele tener mercancía muy difícil de encontrar en otros sitios. No creas que esas cosas se las vende a cualquiera, pero ahora ya sabe que eres mi amigo, así que se mostrará complaciente contigo.

Raistlin no era su amigo, pero esta vez no lo dijo en voz alta. Nunca había tenido amigos. Tanis, Flint y los demás se llamaban a sí mismos sus amigos, pero él sabía que por detrás de sus sonrisas realmente no lo querían,

no confiaban en él. Él no era como su hermano, el alegre Caramon de buen corazón, el compañero perfecto para todos.

Raistlin observaba las calles con la atención que siempre ponía, mientras proseguían su camino.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó.

—Al Barrio Blanco —contestó Iolanthe—. En cierto modo, la ciudad de Neraka es como la reina Takhisis: un dragón con un solo corazón y cinco cabezas. El corazón sería el templo, en el centro; las cabezas son los ejércitos que lo defienden. Como te materializaste en el interior del templo, supongo que no te hiciste una buena idea del exterior.

El templo estaba rodeado de altas murallas de piedra y era difícil verlo desde donde ellos estaban. Iolanthe condujo a Raistlin a la puerta principal, que estaba abierta de par en par, para que pudiera verlo mejor. El mago contempló el templo y pensó que nunca antes había visto algo tan estremecedor. Por lo visto Takhisis tenía cierto sentido del humor, aunque fuera algo retorcido. Mucho tiempo atrás, en la ciudad de Istar había habido un hermoso templo, deslumbrante y bendito, dedicado a Paladine, Dios de la Luz. El Templo de Takhisis era una réplica de aquel vetusto templo, que descansaba en las profundidades del Mar Sangriento, pero una réplica distorsionada y envilecida. El Templo de Takhisis era un edificio de la oscuridad y proyectaba sobre toda la ciudad una nube de sombras, como la penumbra artificial de un eclipse cuando la luna cubre el sol, con la diferencia de que los eclipses llegan a su fin. La oscuridad del templo era constante.

—Feo como el peor de los pecados, ¿verdad? —comentó Iolanthe, observando el templo con una mueca de desagrado—. La maldad debería ser hermosa. Así haría mucho más daño. ¿No crees? —Sus ojos de color violeta brillaron y le dedicó una sonrisa maliciosa.

Siguieron avanzando por la calle principal, que recorría el perímetro del templo, conocida como la Ronda de la Reina.

—Ahora estamos en lo que llaman la ciudad interior —explicó Iolanthe—. El templo está rodeado por una muralla y Neraka está rodeada por su propia muralla. En el exterior de esa muralla, los cinco ejércitos de los

Dragones tienen sus campamentos. En el interior de la muralla, cada ejército de los Dragones cuenta con un barrio.

Raistlin ya sabía todo eso gracias a lo que había estudiado sobre Neraka en la Gran Biblioteca. Debido a la continua desconfianza, a las intrigas y a sus peleas por imponerse sobre los demás que regían las relaciones entre los cinco Señores de los Dragones —algo que el mismo Ariakas fomentaba—, cada uno de los barrios era autosuficiente. Cada uno de ellos contaba con sus herrerías, sus comercios, sus posadas, sus barracones y todo lo necesario. Ninguno de los Grandes Señores quería depender de los demás para nada. Evidentemente, también se alentaba la rivalidad entre los soldados.

—Vamos a salir de la muralla. ¡Maldita sea! —Iolanthe se detuvo. Parecía enfadada—. Lo había olvidado. No tienes un salvoconducto negro.

—¿Un salvoconducto negro? ¿Qué es eso? —preguntó Raistlin.

Iolanthe metió la mano en una de las bolsitas de seda que llevaba en el cinturón y sacó un trozo de papel. La tinta se había borrado un poco, pero todavía podía leerse. En la parte inferior se veía el sello de la Iglesia: un dragón de cinco cabezas en cera negra.

—Se llama «salvoconducto negro» por el sello negro. Todos los ciudadanos necesitamos esta cédula de la Iglesia para vivir y trabajar en la ciudad. Cuando sales de la muralla, no puedes volver a entrar si no la tienes. Y después de lo ocurrido anoche, dudo mucho que el Señor de la Noche te conceda una.

Iolanthe dio vueltas al problema un momento, con el entrecejo fruncido y dando golpecitos con el pie. De pronto, el ceño desapareció de su frente.

—Aja, ya tengo la respuesta. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Ven conmigo.

Volvió a agarrarse de su brazo y tiró de él, encaminándose hacia la muralla y la puerta que daba paso al otro lado.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó Iolanthe repentinamente, alzando la mano hacia su frente.

—La temperatura de mi cuerpo es anormalmente alta —repuso Raistlin, esquivando su mano.

Por la reacción de Iolanthe, parecía que le había hecho gracia su gesto. Raistlin se preguntó, molesto, si se divertía haciendo que se sintiera incómodo.

—¿Energía nerviosa? —sugirió.

Una vez más, Raistlin tuvo que cambiar de tema para no hablar de sí mismo.

—Mencionaste que el emperador Ariakas frecuenta la tienda de tu amigo. Había oído que el emperador es un hechicero, algo que me cuesta creer porque también he oído que es un guerrero que viste armadura y blande una espada. Otros dicen que es un clérigo, devoto de Takhisis. ¿Cuál es la verdad?

—Las dos cosas, en cierta manera —contestó Iolanthe con expresión repentinamente sombría—. El emperador va a la batalla cubierto de pies a cabeza por una armadura y lleva una pesada espada que hay que blandir con las dos manos. No es de los que se quedan dirigiéndolo todo desde la retaguardia. No es ningún cobarde. No hay nada que le guste más que el fragor de la batalla. Y mientras corta cabezas con una mano, con la otra lanza mortíferos rayos mágicos.

—Eso es imposible —declaró Raistlin sin más.

Como siempre tenía que estar recordándole a Caramon, que le insistía en que aprendiera a manejar la espada, el arte de la magia exigía un estudio constante y diario. Aquellos que se dedicaban a la magia no tenían tiempo para otros intereses, lo que incluía las habilidades marciales. Además, la armadura no permitía que un mago realizara los complejos movimientos de las manos que tan a menudo eran necesarios en los hechizos. A eso se sumaba que muchos magos, como el mismo Raistlin, creían que la magia era una arma mucho más poderosa que la espada.

—Lord Ariakas es una especie de clérigo —estaba diciendo Iolanthe—. Su magia proviene directamente de la reina Takhisis.

Pasaron por la Puerta Blanca, bajo el control del ejército del Dragón Verde, liderado por el Señor de los Dragones Salah-Kahn. El Ejército Blanco de los Dragones, que comandaba el Señor de los Dragones Feal-Thas antes de morir, había quedado muy mermado tras la desaparición de su

líder y la mayoría de sus tropas habían sido reasignadas. Los soldados del Ejército Verde de los Dragones eran originarios de Khur, la tierra de Iolanthe. La hechicera era muy conocida entre ellos y todos la apreciaban, pues ella se tomaba la molestia de cuidar su estima.

Con la capucha bien echada sobre el rostro, para que no se la viera, Raistlin observaba en silencio mientras Iolanthe coqueteaba, reía y cruzaba la puerta entre bromas. Nadie le pidió al desconocido que enseñara su salvoconducto.

—Pero lo querrán ver a la vuelta —dijo Iolanthe—. No te preocupes. Todo va a salir bien.

Al salir de la ciudad interior, uno se sentía como si abandonara la oscuridad y quietud de la noche para adentrarse en la claridad y el alboroto del día. El sol brillaba con fuerza, como si se alegrara de haber escapado de la sombra de la Reina Oscura. En las sucias calles se agolpaban carros, carretas y el gentío más variopinto que pueda imaginarse, pero todos tenían en común que gritaban tan alto como les permitían sus pulmones.

Raistlin estaba intentando cruzar la calle sin que lo atropellara una carreta y tropezó con un soldado, que lo insultó con rabia mientras sacaba su daga. Iolanthe levantó una mano y unas llamas inquietantes nacieron de sus dedos. El soldado los miró con aversión y siguió su camino. La hechicera arrastró a Raistlin y los dos caminaron con cuidado para no tropezar con las profundas rodadas surcos que dejaban los carros.

Las calles estaban atestadas de soldados de todas las razas: humanos, ogros, goblins, minotauros y draconianos. Estos últimos eran disciplinados y ordenados, sus armas brillaban y sus armaduras relucían. Todo lo contrario podía decirse de los humanos: desaliñados, escandalosos, hoscos y maleducados. Los ogros se mantenían apartados, con expresión concentrada y recelosa. Pasaron dos minotauros con andares orgullosos, las cabezas astadas bien altas, mirando a todos aquellos enclenques con un manifiesto desdén. Los goblins y los hobgoblins, despreciados por todas las razas por igual, se arrastraban por el barro, hundiendo sus peludas cabezas entre los hombros para evitar los golpes.

No era raro que estallaran rencillas entre las tropas, que se traducían en acalorados insultos y espadas desenvainadas. En cuanto se oían los primeros gritos, aparecían de la nada los draconianos que formaban la guardia de élite del templo. Los implicados los miraban de arriba abajo, gruñían y se retiraban, como perros que hubieran visto el látigo del amo.

El ruido y el caos provocados por carros y carretas que saltaban de bache en bache, los hombres que maldecían, los perros que ladraban y las ramerías que chillaban no tardaron en provocarle a Raistlin un terrible dolor de cabeza. El ambiente estaba cargado por culpa del humo que se alzaba de las herrerías y de las hogueras de los diferentes campamentos, cuyas tiendas se veían a lo lejos. De una curtiduría cercana salía un hedor a duras penas soportable, para mezclarse con el olor del ganado encerrado en un corral y la peste a sangre del patio del carnicero.

Iolanthe se tapó la boca con un pañuelo perfumado.

—Menos mal que ya casi hemos llegado —dijo la hechicera, señalando una serie de edificios achaparrados al otro lado de la calle—. La posada de El Broquel Partido... Deberías buscar alojamiento allí.

Raistlin negó con la cabeza.

—He leído sobre ella. No me lo puedo permitir.

—Claro que puedes —le contradijo Iolanthe y le guiñó un ojo—. Tengo una idea.

Miró a ambos lados y después se lanzó a la calle. Raistlin la siguió. Los dos corrían y tropezaban con las rodadas, los caballos y los soldados.

Raistlin había leído una descripción de la posada cuando había estado en Neraka. Un Esteta que respondía al curioso nombre de Cameroon Bunks había puesto su vida en peligro aventurándose en la ciudad de la reina Oscura, con el fin de explorarla y regresar para informar de lo que había visto.

Había escrito:

[[

«La posada de El Broquel Partido abrió sus puertas cuando su propietario, Talent Orren, un antiguo mercenario de Lemish, invirtió sus ganancias del juego en la compra de un pequeño local en el Barrio Blanco

de Neraka. Según se cuenta, Orren no tenía ni una pieza de acero para el cartel, así que clavó su propio broquel roto sobre la puerta y bautizó al local como "El Broquel Partido". Orren servía comidas sencillas, pero sabrosas. No aguaba la cerveza ni engañaba a sus clientes. Con la afluencia de soldados y peregrinos oscuros a Neraka, no tardó en tener más trabajo del que podía hacerse cargo. Con el tiempo, Orren añadió un espacio al local y lo llamó "La Taberna del Broquel Partido". Pasó más tiempo y añadió varios bloques de habitaciones, con lo que la taberna adquirió la categoría de posada.»

]]

Se veían tantos edificios, todos ellos con varias entradas, que Raistlin no tenía la menor idea de cuál era la puerta principal. Iolanthe eligió una entrada al azar, al menos así le pareció a Raistlin, hasta que levantó la vista y vio un broquel —partido por la mitad— que colgaba sobre la puerta.

Clavado sobre la puerta también había un letrero, maltratado por las inclemencias del tiempo, donde se leía garabateado en común: «¡Sólo humanos!» Los ogros, los goblins, los draconianos y los minotauros podían ir a beber a Pelo de Trol, popularmente conocido como El Trol Peludo.

Iolanthe se disponía a empujar las hojas dobles para entrar, cuando de repente se abrieron solas. Apareció un hombre con una camisa blanca y pantalones de piel que llevaba a una kender agarrada por el pescuezo y la culera del pantalón. El hombre la balanceó y la lanzó en medio de la calle, donde aterrizó de morros en el barro.

—¡Y no vuelvas! —gritó el hombre, sacudiendo el puño.

—¡Vas a echarme de menos, Talent! —contestó la kender, levantándose alegremente. Bajó por la calle dando traspiés, limpiándose el barro de los ojos y escurriendo más barro de sus trenzas despeinadas.

—¡Chusma! —murmuró el hombre, mientras se daba media vuelta para sonreír a Iolanthe. Le dedicó una graciosa reverencia—. Bienvenida, señora Iolanthe. Es un placer verte, como siempre. ¿Quién es tu amigo?

Iolanthe se encargó de las presentaciones.

—Raistlin Majere, te presento a Talent Orren, propietario de la posada de El Broquel Partido.

Orren hizo otra reverencia. Raistlin inclinó la cabeza cubierta con la capucha y ambos se observaron detenidamente. Orren era de altura media y complexión delgada, incluso podía decirse que delicada. Era apuesto, con unos ojos de color castaño que tenían una mirada intensa y penetrante. La oscura melena le caía hasta los hombros, cuidadosamente peinada, y un bigote fino enmarcaba sus labios. Vestía una camisa blanca de mangas largas y anchas, con el cuello abierto, y unos pantalones de piel ajustados. De un costado le colgaba una larga espada. Sujetó la puerta e hizo un gesto amable invitando a Iolanthe a entrar en la posada. Raistlin se dispuso a seguirla, pero se encontró con el musculoso brazo de Orren cerrándole el paso.

—Sólo humanos —dijo Orren—, como dice el cartel.

Raistlin sintió que enrojecía de rabia y vergüenza.

—Por todos los dioses, Orren, ¡es humano! —exclamó Iolanthe.

—Pues es la primera vez que veo un humano con ese color de piel tan curioso —repuso Orren, poco convencido. Hablaba como una persona educada y a Raistlin le pareció distinguir un leve acento solámnico.

Iolanthe sujetó a Raistlin por la muñeca.

—Hay humanos de todos los colores, Orren. Resulta que mi amigo es un poco peculiar, eso es todo.

Susurró algo al oído a Orren y éste lo observó con más interés.

—¿Es eso verdad? ¿Eres el hermano de Kitiara?

Raistlin abrió la boca para responder, pero Iolanthe se le adelantó:

—Claro que sí —repuso enérgicamente—. Puedes comprobar el parecido. —Bajó la voz—. Y no deberías andar gritando el nombre de Kitiara por la calle. No es buen momento.

Talent sonrió.

—Tienes razón, Iolanthe, querida. Te pareces a tu hermana, señor, y eso es un halago, pues es una mujer encantadora.

Raistlin no dijo nada. Él no creía que se pareciera a Kitiara. Al fin y al cabo, no eran más que medio hermanos. Kitiara tenía el cabello negro y rizado, y los ojos de color castaño. Lo había heredado de su padre, que tenía

un oscuro atractivo. El pelo de Raistlin era como el de Caramon, de un tono rojizo, antes de que la Prueba se lo hubiera vuelto prematuramente blanco.

De lo que Raistlin no se daba cuenta era de que tanto él como Kit compartían el mismo brillo en la mirada, la misma determinación para conseguir lo que querían sin importar lo que costara, ni siquiera a ellos mismos.

Orren permitió entrar a Raistlin, sujetándole la puerta con elegancia. La posada estaba a rebosar de gente y el ruido era casi ensordecedor. En ese momento, estaban sirviendo el almuerzo. Iolanthe le dijo a Talent que quería hablar de negocios. Éste les explicó que en ese momento no tenía tiempo, pero que la atendería cuando no tuviera tanto trabajo.

Iolanthe y Raistlin pasaron junto a varias mesas ocupadas por peregrinos oscuros, que los observaron ceñudos y con gesto de desaprobación. Raistlin oyó la palabra «bruja» entre susurros y miró a su acompañante. Iolanthe también lo había oído, a juzgar por el tono que coloreaba sus mejillas. Sin embargo, fingió que no se había dado cuenta y siguió de largo.

Muchos soldados la miraron con mejores ojos y se dirigían a ella con un respetuoso «señora Iolanthe», preguntándole si quería unirse a ellos. Iolanthe siempre declinaba la invitación, pero con algún comentario ingenioso que dejaba a los soldados riendo. Condujo a Raistlin a una mesa pequeña que había en una esquina oscura, bajo la ancha escalera que llevaba a las habitaciones del piso superior.

Ya estaba ocupada por un soldado, pero éste se levantó en cuanto la vio acercarse. Tras recoger su plato de comida y el vaso, le cedió el lugar con una sonrisa.

Raistlin se sentó en su silla, aliviado. Su salud iba mejorando, pero todavía se cansaba fácilmente. La camarera acudió presurosa para tomarles nota, aunque tuvo que detenerse más de una vez por el camino para apartar alguna que otra mano atrevida, dar un par de bofetadas o clavar el codo en alguna costilla con un movimiento experto. No parecía enfadada, ni siquiera molesta.

—Me las arreglo bien sola —dijo, como si pudiera leer el pensamiento de Raistlin—. Y los chicos me cuidan.

Hizo un gesto hacia un grupo de hombres corpulentos que permanecían de pie, apoyados en la pared, vigilando atentamente a la clientela. En ese mismo instante, uno ellos abandonó su puesto y se lanzó sobre el gentío para atajar una pelea. Los dos combatientes fueron expulsados al momento.

—Es raro que reine la paz en una taberna donde comen los soldados —comentó Raistlin.

—Talent aprendió pronto que las peleas de borrachos no son buenas para el negocio, sobre todo cuando hay religiosos —dijo Iolanthe—. Esos peregrinos oscuros son capaces de presenciar sin inmutarse el más sangriento de los sacrificios en honor a su reina, pero si un tipo le revienta a otro la nariz durante la cena, se desmayan del susto.

La camarera les llevó la comida, que era, como había escrito el Esteta, sencilla pero sabrosa. Iolanthe dio cuenta con apetito de su pastel de carne con guarnición de patatas y verduras. Raistlin picoteó un poco de pollo guisado. Iolanthe se encargó de terminar lo que dejó en el plato.

—Deberías comer más —le recomendó—. Acumula fuerzas. Esta tarde vas a necesitarlas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Raistlin, alarmado por su tono, que no presagiaba nada bueno.

—La Torre de la Alta Hechicería de Neraka es toda una sorpresa —repuso ella tranquilamente.

Raistlin estaba dispuesto a sonsacarle más información, pero justo en ese momento Talent Orren se unió a ellos. Arrastró una silla de otra mesa, la giró y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo.

—¿Qué puedo hacer por ti, mi encantadora bruja? —dijo, dedicando una sonrisa picara a Iolanthe—. Ya sabes que daría mi vida por servirte.

—Sé que darías tu vida por cautivar a todas las damas —contestó Iolanthe, sonriente.

Raistlin hizo el gesto de sacar su monedero, pero Iolanthe lo detuvo sacudiendo la cabeza.

—Mi señor Ariakas tendrá el placer de pagar esta comida. Apunta lo que debemos en la cuenta del emperador, ¿quieres, Talent? Y añade algo para la muchacha y para ti.

—Tus deseos son órdenes —dijo Talent—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Quiero una habitación en la posada para mi amigo —continuó Iolanthe—. Una habitación pequeña, nada especial. No necesita gran cosa.

—Normalmente estamos completos, pero da la casualidad de que tengo una habitación disponible —respondió Orren—. Quedó libre esta mañana. —Y añadió, sin darle importancia—: El anterior ocupante murió mientras dormía.

Mencionó un precio. Raistlin calculó rápidamente y negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo permitírmelo...

Iolanthe lo interrumpió, poniendo su mano sobre la de él.

—Kitiara lo pagará por él. Al fin y al cabo, es su hermano.

Talent dio una palmada en el respaldo de la silla.

—En ese caso, todo está arreglado. Puedes mudarte cuando quieras, Majere. Me temo que notarás un olor muy fuerte a pintura, ya que tuvimos que dar varias capas para tapar las salpicaduras de sangre. Recoge la llave al salir. Número treinta y nueve. En el tercer piso, giras a la derecha y, al llegar al final del pasillo, giras a la izquierda. ¿Algo más?

Iolanthe dijo algo en voz baja. Talent la escuchó atentamente, lanzó una mirada a Raistlin, enarcó una ceja y por fin sonrió.

—Por supuesto. Esperad aquí.

—Eso también puedes ponerlo en la cuenta de Ariakas —le dijo Iolanthe, alzando la voz.

Talent rió mientras volvía hacia la barra.

—No te preocupes —dijo Iolanthe, atajando las protestas de Raistlin—. Yo hablaré con Kit. Se pondrá contentísima cuando sepa que estás en Neraka. Y lo de tu habitación se lo puede permitir sin ningún problema.

—No importa —repuso Raistlin con firmeza—. No voy a deber nada a nadie, ni siquiera a mi hermana. Se lo devolveré en cuanto pueda.

—Qué noble por tu parte —dijo Iolanthe, divertida por sus escrúpulos—. Y ahora, si ya te sientes mejor, podemos visitar la torre y te presentaré a tus estimados colegas.

Iolanthe se disponía a coger su bolsa cuando se acercó la camarera. Iolanthe se levantó y las dos chocaron. A Iolanthe se le cayó la bolsa y todo lo que llevaba se esparció por el suelo. La hechicera regañó a la muchacha de mal humor, mientras la camarera se disculpaba una y otra vez, y recogía las monedas y las fruslerías que se habían caído. Raistlin reconoció algún ingrediente para hechizos.

Cuando Raistlin se levantó, Iolanthe lo tomó de la mano y deslizó en su palma un papel enrollado. Él lo escondió en la amplia manga de su túnica y, disimuladamente, lo metió en una de sus bolsitas. La cera negra del «sello oficial» todavía estaba caliente.

Raistlin le pidió la llave de la habitación treinta y nueve a uno de los camareros, el cual le explicó que, una vez que se hubiera mudado, tenía que devolverla cada vez que salía y recogerla cuando volviera. Iolanthe hizo un gesto de despedida a Talent Orren, que estaba sentado a una mesa con dos peregrinos oscuros, un hombre y una mujer. Talent le besó la mano, para el evidente disgusto de los peregrinos, y después volvió a concentrarse en la conversación.

—Puedo conseguir lo que queréis —estaba diciendo Talent—, pero no será barato.

Los peregrinos oscuros se miraron y la mujer sonrió y asintió. El hombre sacó un pesado monedero.

—¿De qué iba todo eso? —quiso saber Raistlin cuando ya habían salido de la posada.

—No sé, seguramente Talent estaba vendiéndoles algo del mercado negro —dijo Iolanthe, encogiéndose de hombros—. Esos dos son Espirituales, un puesto alto en la jerarquía sacerdotal. Como muchos de los seguidores de su Majestad Oscura, han desarrollado el gusto por las cosas más delicadas de la vida, como los purasangres de Khur, el vino y la seda de Qualinesti y la joyería de los artesanos enanos de Thorbardin. Antes todas

esas cosas se vendían en las tiendas, pero con las rutas comerciales cortadas y las deudas acumulándose, esos lujos son cada vez más escasos.

—Es interesante que Talent pueda conseguirlos —apuntó Raistlin.

—Tiene buena mano con la gente —dijo Iolanthe, sonriendo.

Volvió a tomar a Raistlin del brazo, lo que seguía resultándole incómodo. Se había imaginado que volverían hacia el corazón de la ciudad. La Torre de la Alta Hechicería no sería tan grandiosa e imponente como el Templo de la reina Oscura, eso estaba claro. Políticamente era imposible. Pero lo lógico sería que se encontrara cerca del Templo de Takhisis.

Le había sorprendido no encontrar ninguna descripción de la Torre de la Alta Hechicería en los escritos sobre Neraka del Esteta. No obstante, podía deberse a un sinfín de razones. Todas las Torres de la Alta Hechicería estaban protegidas por un bosque. La Torre de Palanthas estaba rodeada por el temido Robledal de Shoikan. La Torre de Wayreth se alzaba en el centro de un bosque encantado. Quizá los árboles que guardaban la Torre de Neraka la volvieran invisible.

Sin embargo, Iolanthe no se dirigía hacia el Templo de la reina Oscura. Había echado a caminar en dirección contraria, por una calle que llevaba a lo que parecía una zona de almacenes. Allí las calles no estaban tan abarrotadas, pues no era una zona que los soldados frecuentaran. Se veían trabajadores de los almacenes, empujando barriles, levantando cajas y descargando sacos de cereales de los omnipresentes carros.

—Creí que íbamos a la torre —dijo Raistlin.

—Así es.

Iolanthe dio la vuelta a una esquina, tirando de él, y luego se detuvo delante de un edificio de ladrillo de tres plantas. Parecía aprisionado entre el negocio de un tonelero y una herrería. La casa era negra, no porque se hubiera pintado de ese color, sino por toda la suciedad y hollín que la cubrían. En la fachada se abrían pocas ventanas y la mayoría de las que había estaban rotas o desvencijadas.

—¿Dónde está la torre? —preguntó Raistlin.

—La tienes delante —repuso Iolanthe.

10

Repollo cocido *El nuevo bibliotecario*

DÍA SEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

—Esto tiene que ser... Tiene que ser un error —dijo Raistlin, con expresión consternada.

—No hay ningún error —aseguró Iolanthe—. Estás frente al emporio de la magia en el reino de la Reina Oscura. —Se volvió para mirarlo.

»¿Ahora ya lo entiendes? ¿Ahora ya comprendes por qué Nuitari se separó de su madre? Esto —hizo un ademán desdeñoso, señalando el edificio sucio, y decrepito— es la consideración que se merece la magia para la Reina Oscura.

Raistlin nunca había sufrido un desengaño tan amargo. Pensó en todo el dolor que había soportado, en los sacrificios que había hecho para llegar hasta ese lugar, y lágrimas de angustia y rabia anegaron sus ojos, enturbiando su mirada.

Iolanthe le dio una palmadita en el brazo.

—Lamento tener que decir que, a partir de aquí, las cosas no hacen más que empeorar. Todavía tienes que conocer a tus colegas Túnica Negra.

Los ojos de color violeta de la hechicera lo miraban tan intensamente que parecía que lo traspasaran.

»Tienes que tomar una decisión, Raistlin Majere —le dijo en voz baja—. ¿Qué bando eliges? ¿La madre o el hijo?

—¿Y tú? —respondió Raistlin para ganar tiempo.

Iolanthe se echó a reír.

—Oh, eso es fácil. Yo siempre estoy de mi propio lado.

«Y ese lado parece incluir a mi hermana Kitiara —pensó Raistlin—. Eso también podría venirme bien a mí. O no. Yo no he venido a servir. Yo he venido a mandar.»

Suspirando, Raistlin recogió los despojos de su ambición y guardó los trozos. El camino que había recorrido no lo había conducido a la gloria, sino a una pocilga. Tendría que medir bien cada paso, mirar atentamente dónde ponía los pies.

La puerta de la Torre de la Alta Chifladuría, como a Iolanthe le gustaba llamarla en tono burlón, estaba protegida por una runa marcada a fuego. El hechizo mágico era muy rudimentario. Incluso un niño podría haberlo quitado.

—¿No os da miedo que la gente pueda forzar la entrada? —se sorprendió Raistlin.

Iolanthe dejó escapar un suave resoplido.

—Puedes hacerte una idea de lo poco que les preocupamos a los habitantes de Neraka si te digo que nadie ha intentado nunca forzar la entrada de la torre. Hacen bien en no perder el tiempo. Dentro no hay nada de valor.

—Pero tiene que haber una biblioteca —insistió Raistlin, sintiendo que su desesperanza crecía por momentos—. Libros de hechizos, pergaminos, objetos mágicos...

—Todo lo que tenía algún valor se vendió hace mucho para pagar el alquiler del edificio —repuso Iolanthe.

¡Pagar el alquiler! Raistlin se sonrojó de vergüenza ajena. Le vinieron a la cabeza las historias gloriosas y trágicas unidas a las Torres de la Alta Hechicería a lo largo de los siglos. Eran estructuras imponentes diseñadas para inspirar temor y asombro a aquel que las mirase. Vio que una rata de la

calle se metía por un agujero de la pared de ladrillo, y se le revolvió el estómago.

Iolanthe hizo desaparecer la runa y empujó la puerta, que daba a una entrada angosta y sucia. A su derecha, un pasillo se internaba en una oscuridad polvorienta. Una escalera tambaleante llevaba al segundo piso.

—Aquí hay habitaciones, pero comprenderás por qué te sugerí que buscaras otro sitio donde vivir —dijo Iolanthe.

Después alzó la voz para que se le oyera en el segundo piso.

»¡Soy yo! ¡Iolanthe! Voy a subir. No me tiréis una bola de fuego. —Y añadió en voz más baja, con tono desdeñoso—: Esos viejos no podrían hacerlo ni aunque quisieran. Cualquier hechizo que supieran, hace ya mucho que lo olvidaron.

—¿Qué hay al final de ese pasillo? —preguntó Raistlin, mientras subían por la escalera, que recibía cada pisada con un crujido poco tranquilizador.

—Aulas —contestó Iolanthe—. Al menos ésa era la idea inicial. Nunca llegó a haber ningún estudiante.

El silencio les había dado la bienvenida, pero en cuanto Iolanthe anunció su llegada, estallaron unas voces agudas y quejumbrosas, que cloqueaban y se lamentaban.

En el segundo piso estaban los espacios comunes y la sala de trabajo. Los dormitorios se encontraban en la tercera planta. Iolanthe señaló el laboratorio, que consistía en una mesa larga, sobre la que se veía una vajilla descascarillada y sucia. Una olla borboteaba al fuego. El tufo que salía de ella era de pollo cocido.

Junto al laboratorio estaba la biblioteca. Raistlin miró por la puerta entornada. El suelo estaba cubierto de montañas de libros, pergaminos y rollos de papel. Por lo visto alguien había empezado a colocarlos, porque unos pocos libros estaban cuidadosamente dispuestos en un estante. Pero eso había sido todo, y parecía que los esfuerzos posteriores no habían hecho más que empeorar el desorden.

La sala más grande de ese piso estaba enfrente de la escalera y se dedicaba a zona común. Iolanthe entró seguida de Raistlin, quien no se había quitado la capucha y aún ocultaba su rostro. La habitación estaba

amueblada con un par de sillones desvencijados, varias sillas cojas y unas cuantas mesitas y unos arcones. Tres Túnicas Negras —tres hombres de edad más que madura— rodearon a Iolanthe, hablando todos a la vez.

—Caballeros —dijo la hechicera, levantando las manos para pedir silencio—, me ocuparé de los asuntos que os preocupan en un momento. Primero, quiero presentaros a Raistlin Majere, un nuevo miembro de nuestras filas.

Los tres Túnicas Negras sólo se diferenciaban en que uno tenía el pelo gris y largo, el otro tenía el pelo gris y escaso, y el tercero no tenía pelo. Compartían el desprecio y la desconfianza por sus compañeros, y el convencimiento de que la magia no era más que una herramienta para satisfacer sus propias necesidades. El vestigio de alma que alguna vez hubieran podido tener había sucumbido hacía tiempo a la ignorancia y la avaricia. Estaban en Neraka porque no tenían otro sitio donde ir.

Iolanthe dijo sus nombres rápidamente, Raistlin los oyó y los olvidó. No le pareció que mereciera la pena aprenderlos y, como resultó ser el caso, no necesitaba saberlos. Los Túnicas Negras no sentían la menor curiosidad por él. Su único interés estaba centrado en ellos mismos y bombardearon a Iolanthe con preguntas, exigiendo respuestas para, acto seguido, negarse a escucharla cuando intentaba dárselas.

La rodeaban en un círculo asfixiante. Raistlin se quedó fuera, escuchando y observando.

—Que uno de vosotros, sólo uno —repitió Iolanthe muy seria cuando parecía que todos iban a ponerse a hablar—, me explique la razón para todo este jaleo.

Se encargó de las explicaciones el mago de más edad, un espécimen desaseado de nariz torcida. Según Raistlin supo más adelante, se ganaba la vida vendiendo amuletos repugnantes y pociones dudosas a los campesinos, hasta que tuvo que huir para salvar la vida después de envenenar a varios clientes. De acuerdo con las explicaciones de Nariz Torcida, como Raistlin lo apodó, a todos les habían llegado rumores de que Nuitari se había separado de la reina Takhisis, que habían matado a Ladonna y que todos estaban sentenciados.

—¡Los guardias del Señor de la Noche tirarán la puerta abajo de un momento a otro! —profetizó Nariz Torcida con voz histérica—. Sospechan que trabajamos para la luz Oculta. ¡Vamos a terminar todos en las mazmorras del Señor de la Noche!

Iolanthe lo escuchó pacientemente y luego lanzó una carcajada.

—Podéis quedaros tranquilos, caballeros —les dijo—. A mí también me han llegado esos rumores. Yo misma me inquieté e investigué la verdad. Todos sabéis que la eminente hechicera Ladonna fue mi mentora y mecenas.

Por lo visto los viejos ya lo sabían y no los impresionaba en absoluto, porque dejaron bien claro que cualquier cosa relacionada con Ladonna no haría más que agravar sus problemas. Raistlin, para el que todo aquello era nuevo, se preguntaba qué querían decir. ¿Iolanthe era leal a Ladonna?

—Hablé con ella anoche mismo. Ese rumor es completamente falso. Ladonna se mantiene fiel a Takhisis, igual que el hijo de la diosa, Nuitari. No tenéis que preocuparos por nada. Podemos seguir con nuestros asuntos habituales.

A juzgar por la expresión ceñuda de los viejos, Raistlin supuso que los «asuntos habituales» no eran gran cosa. La confirmación llegó cuando Iolanthe sacó su monedero de seda y cogió varias piezas de acero grabadas con las cinco cabezas de la Reina Oscura. Dejó las monedas encima de una mesa.

—Aquí tenéis. El pago por los servicios prestados por los Túnicas Negras de Neraka.

Recitó de un tirón una lista, en la que se incluían tareas como la eliminación de roedores en la tienda de un sastre y la mezcla de pociones encargadas por Snaggle. Raistlin pensó que preferiría utilizar una poción hecha por enanos gully que cualquier cosa perpetrada por aquellos pajarracos. Más tarde, Iolanthe le confesaría que todas las pociones iban a parar al sistema de alcantarillado de Neraka. Era ella quien financiaba la torre.

—Si no, estos buitres andarían buscando trabajo, y sólo Nuitari sabe en qué líos podrían meterme —dijo a Raistlin en privado.

Los viejos sintieron más confianza al ver las monedas que al escuchar las palabras de Iolanthe. Nariz Torcida se cernió sobre el dinero, mientras los otros dos lo observaban con envidia, y todos se enfrascaron en una acalorada discusión sobre cómo había que repartirlo. Cada uno de ellos afirmaba que se merecían más que los demás.

—Siento tener que interrumpir —dijo Iolanthe en voz alta—, pero tengo otro tema que tratar. Os he presentado a Raistlin Majere. Él es un...

—... Un humilde estudiante de magia, señores —terminó la frase Raistlin con su voz suave. Con la cabeza agachada humildemente y las manos metidas en las mangas, se mantenía en la penumbra—. Todavía estoy aprendiendo y me vuelvo hacia vosotros, mis estimados mayores, en busca de enseñanzas y consejos.

Nariz Torcida gruñó.

—No tendrá pensado alojarse aquí, ¿verdad? Porque no hay sitio.

—He buscado otro alojamiento —lo tranquilizó Raistlin—. Sin embargo, me encantaría trabajar aquí...

—¿Sabes cocinar? —preguntó otro de los viejos. La doble papada y la imponente barriga dejaban bien claro cuál era su principal preocupación. Raistlin lo bautizó como Barrigón.

—Estaba pensando que podría ser de más utilidad si catalogara los libros y los pergaminos de la biblioteca —sugirió Raistlin.

—Necesitamos un cocinero —insistió Barrigón de mal humor—. Estoy más que harto del repollo cocido.

—El joven maestro Majere ha tenido una idea excelente —intervino Iolanthe para apoyar a Raistlin—. Dado que todos vosotros estáis ocupados en tareas mucho más importantes, podemos encargar la biblioteca a nuestro aprendiz. ¿Quién sabe? Quizá descubra algo de valor.

Los ojos de Nariz Torcida se iluminaron ante la idea y se mostró de acuerdo, aunque Barrigón siguió protestando porque lo que necesitaban era un cocinero y no un bibliotecario. Raistlin no era mal cocinero, pues se encargaba de preparar las comidas para él y su hermano cuando se quedaron huérfanos en la adolescencia, y prometió que también ayudaría en eso. Con todo el mundo satisfecho, Iolanthe y él se marcharon.

—¡Mi túnica apesta a repollo! —se quejó Iolanthe después de dejar a los tres viejos discutiendo sobre cómo repartir el acero—. Ese olor asqueroso lo impregna todo. Tendré que ir a casa a cambiarme. ¿Vienes a cenar conmigo? ¡Nada de repollo, lo prometo!

—Tengo que llevar mis cosas a la posada... —empezó a decir Raistlin.

Iolanthe no le dejó continuar.

—Está haciéndose tarde. No es seguro caminar por las calles de Neraka después de que anochezca, sobre todo por la ciudad exterior. Deberías pasar esta noche en mi casa y mudarte a la posada mañana. Además —añadió con ese tono burlón suyo—, todavía tenemos pendiente una partida a las canicas.

—Gracias, pero ya he abusado demasiado de tu hospitalidad —repuso Raistlin, pasando por alto el comentario sobre las canicas—. Será mejor que lleve mis cosas a la posada, ¿no te parece? Sobre todo el bastón. Y no me da miedo recorrer las calles después del anochecer.

Iolanthe lo observó.

—Supongo que tienes razón. No me cabe ninguna duda de que puedes cuidar de ti mismo. Lo que me lleva a preguntarme qué tramabas antes. ¡Un humilde estudiante de magia, tú! Podrías atrapar a esos viejos en anillos de fuego. Me parece que sólo uno se presentó a la Prueba. Los otros no tienen el nivel, a lo más que llegan es a hervir agua.

—Si hubiera revelado mis habilidades, me verían como una amenaza y estarían todo el rato vigilándome, a la defensiva —explicó Raistlin—. De esta forma, no se preocuparán. Y esto me lleva a mí a otra pregunta: ¿por qué les mentiste, diciéndoles que los rumores no eran ciertos?

—El Señor de la Noche los aterroriza. Sé sin lugar a dudas que uno, o todos ellos, informa de mis movimientos —contestó Iolanthe tranquilamente—. Si les hubiera confirmado que los rumores eran ciertos, habrían pasado por encima de mí para ser los primeros en ir a contarle la noticia.

—Y por ese motivo les pagas —comprendió Raistlin.

—Y por eso les digo lo que quiero que llegue a oídos del Señor de la Noche. Tienes que entenderlo —añadió con tristeza—. Cuando Ladonna y

los demás Túnica Negra llegaron a Neraka, teníamos grandes ambiciones y multitud de planes. Viajamos hasta aquí para labrarnos nuestra suerte. Íbamos a construir una Torre de la Alta Hechicería imponente, la torre de tus sueños —dijo, mirando a Raistlin con una sonrisa atribulada y un suspiro.

»Ladonna y los demás no tardaron en darse cuenta de que los hechiceros no eran bienvenidos en Neraka, aquí no se les quería. Al principio hubo encontronazos con la Iglesia, después empezaron las persecuciones. En medio de la noche asesinaron a tres hechiceros, que habían destacado en la defensa de nuestra causa. La Iglesia negó cualquier relación, por supuesto.

Raistlin frunció el entrecejo.

—¿Cómo es posible? Si eran hechiceros con gran talento, no tendría que haberles costado defenderse...

Iolanthe sacudió la cabeza.

—El Señor de la Noche tienes fuerzas muy poderosas a sus órdenes. Todos los asesinatos siguieron el mismo patrón. Los cuerpos estaban disecados. Les habían absorbido toda la sangre, completamente secos. Parecían momias, como las de los reyes antiguos de Ergoth. La piel estaba pegada a los huesos, como un pergamino espeluznante. Era un espectáculo pavoroso. Todavía tengo pesadillas.

Raistlin sintió que la hechicera temblaba y se apretó más fuerte contra él, aliviada por encontrar la calidez de un cuerpo vivo.

»No había indicios de que los hechiceros hubieran opuesto resistencia —siguió contando—. Todos habían muerto mientras dormían, o eso parecía. Y eran mujeres y hombres con poderes mágicos notables, que habían conjurado hechizos de protección en sus puertas y sobre su persona. Ladonna llamó al asesino el "Espectro Negro". No teníamos ninguna duda de que el Señor de la Noche había invocado a algún ser maligno de ultratumba y le había ordenado que asesinara a nuestros colegas.

»Ladonna se quejó ante el emperador de que la Iglesia asesinaba a sus hechiceros. Ariakas la despachó rápidamente diciéndole que estaba demasiado ocupado en dirigir una guerra como para involucrarse en riñas

entre "Faldas", el término despectivo que él utiliza para referirse a todos aquellos que visten túnica. Temerosos por su vida, algunos de los hechiceros de más nivel regresaron sigilosamente a sus casas o, como Dracart y Ladonna, aceptaron trabajar en "proyectos secretos" para la Reina Oscura. Aunque, por lo visto, Ladonna no pudo soportarlo mucho tiempo.

—¿Y tú? —preguntó Raistlin—. ¿No temes al Espectro Negro?

Iolanthe se encogió de hombros.

—Soy la amante de Ariakas y estoy bajo su protección. El Señor de la Noche no aprecia al emperador, pero la reina Takhisis sí. La cuestión es cuánto va a durar esta situación, ahora que las fuerzas de la luz están empezando a dar la vuelta a la tortilla. No obstante, por el momento el Señor de la Noche no se atreve a retar al emperador.

—También eres amiga de mi hermana Kitiara.

—Últimamente, cuantos más amigos, mejor —repuso Iolanthe sin darle más importancia, y con el mismo desenfado cambió de tema—. Ahora que me paro a pensarlo, me alegra que vayas a trabajar en la torre. Me temo que los viejos tengan razón. Seguro que la Iglesia vuelve a interesarse por nosotros. Qué se le va a hacer. Si catalogas los libros y ordenas la biblioteca, puedes descubrir con qué libros cuentan. Y puedes estar alerta, atento a lo que digan.

Iolanthe lo miró con el rabillo del ojo y sonrió con picardía.

»Si estás pensando que vas a encontrar algo de valor en ese cuchitril, siento tener que decepcionarte. Tengo una idea bastante exacta de lo que hay.

«Iolanthe debe de haber buscado todo lo que hubiera de valor y ya se lo habrá llevado. Sea como sea, no pasa nada por echar un vistazo», pensó Raistlin.

—No tengo nada mejor que hacer por el momento —murmuró Raistlin.

Hablando, llegaron hasta la Puerta Blanca. El sol ya se estaba poniendo y el cielo se teñía de rojo. Se oían risotadas y ruidos provenientes de El Broquel Partido, que estaba al otro lado de la calle. La taberna estaba abarrotada de soldados que habían acabado su turno y de trabajadores que habían dado fin a su jornada, todos en busca de comida y un buen trago.

Los guardias de la puerta estaban atareados vigilando quién abandonaba la ciudad interna y comprobando quién quería entrar en Neraka. Había algunos clérigos ataviados con la túnica negra, pero Raistlin se fijó en que la mayoría eran mercenarios que acudían en busca de trabajo en los ejércitos de los Dragones.

Se puso a la cola junto a Iolanthe, detrás de dos humanos, un hombre y una mujer, que charlaban entre ellos.

—He oído que va a haber una ofensiva en primavera —decía la mujer—. El emperador paga bien. Por eso estoy aquí.

—Digamos que el emperador promete que paga bien —puntualizó el hombre—. Yo todavía no he visto las piezas de acero que me debe y llevo aquí dos meses. Si dejas que te dé un consejo, es mejor que vayas al norte. Trabaja para la Dama Azul. Ella sí que paga bien y puntualmente. Allí es donde me dirijo yo ahora. No vuelvo a la ciudad más que a recoger mis cosas.

—Estoy abierta a sugerencias. ¿Quizá te gustaría tener una compañera de viaje? —dijo la mujer.

—Quizá sí.

Raistlin recordó esa conversación y sólo con el paso del tiempo se dio cuenta de lo que presagiaba. Mientras esperaba en la cola, en lo único que podía pensar era en el documento falsificado, y su nerviosismo crecía con cada minuto que pasaba. Se preguntaba si los guardias de la puerta lo aceptarían. Empezaba a dudar que así fuera. Se imaginó que lo detenían, que lo sacaban de allí a rastras e incluso podían devolverlo a las mazmorras del Señor de la Noche.

Miró a Iolanthe, que estaba junto a él, cogiéndolo por el brazo. Estaba tranquila, comentando algo a lo que Raistlin no prestaba atención. Le había repetido una y otra vez que no tenía de qué preocuparse, los guardias no mirarían el documento falso más que de pasada. Raistlin había comparado su salvoconducto con el auténtico de la hechicera y tenía que admitir que no encontraba ninguna diferencia.

Tenía fe en ella, al menos más fe que la que había puesto nunca en nadie. Sin embargo, tenía sus dudas sobre Talent Orren. Era un hombre

difícil de clasificar. Parecía el típico tunante superficial y simpático cuyo principal interés era ganar piezas de acero como fuera, con medios más o menos limpios. Pero Raistlin tenía el presentimiento de que había algo más. Volvió a pensar en la mirada penetrante de Orren, en la inteligencia y la astucia que brillaban en sus ojos de color castaño. Recordó el leve acento de Solamnia que teñía su voz. Quizá se repitiera la historia de Sturm, y Orren fuera el hijo de una familia noble que lo había perdido todo y había tenido que vender su espada al mejor postor. La diferencia con Sturm residía en que Orren había elegido la oscuridad en vez de la luz.

«Por los menos —continuó Raistlin con su hilo de pensamiento—, Talent Orren ha demostrado tener mejor olfato para los negocios.»

El guardia de la puerta les hizo un gesto para que avanzaran. El corazón de Raistlin latía a un ritmo trepidante y las orejas se le enrojecieron cuando tendió el salvoconducto falsificado al guardia. Iolanthe saludó al soldado por su nombre y le preguntó si lo vería más tarde en El Broquel Partido. Entre risas, le dijo que podía invitarla a algo. El guardia sólo tenía ojos para la hechicera. Apenas prestó atención al permiso de Raistlin y a él ni lo miró. Les dejó cruzar la puerta y se volvió hacia el siguiente de la cola.

—¿Ves qué fácil? —dijo Iolanthe.

—La próxima vez no te tendré conmigo —repuso Raistlin con sarcasmo.

—Bah, no tiene ninguna importancia. Estos hombres no están con el ejército del Señor de los Dragones, aunque aparentemente los Señores de los Dragones están a cargo de las puertas. Estos soldados pertenecen a la guardia de la ciudad de Neraka. Su función principal consiste en asegurarse de que no pase nadie que pueda ofender a la Iglesia. No les pagan lo suficiente para que se metan en problemas o se arriesguen más de la cuenta. Una vez vi cómo apuñalaban a un soldado en la calle, delante de otros dos. Los guardias de Neraka pasaron por encima del cuerpo y siguieron hablando sin inmutarse. Pero si hubiera sido a un peregrino oscuro a quien atacaban o robaban, eso habría sido una historia completamente diferente. Todos los soldados se habrían lanzado a la persecución del culpable.

Después de intercambiar estas pocas palabras, los dos caminaron en silencio. Raistlin estaba demasiado cansado y desanimado para mantener una conversación y parecía que la habladora de Iolanthe por fin había agotado todas sus palabras. Por su expresión, sus pensamientos eran tan sombríos como la oscuridad que paulatinamente los envolvía. Raistlin no tenía la menor idea de en qué estaría pensando la mujer, pues él estaba dándole vueltas a su futuro, y no tenía más remedio que admitir que pintaba muy crudo.

Volvieron a la Ringlera de los Hechiceros y Raistlin comprendió por qué la mayoría de las tiendas estaban tapiadas y abandonadas. Se admiró de que Snaggle consiguiera sobrevivir. Aunque, por otra parte, ser la única tienda de hechicería de Neraka debía de tener sus ventajas.

Raistlin se mostró firme ante los ruegos de Iolanthe para que se quedara a cenar. Estaba exhausto, lo invadía un agotamiento que provenía tanto de la desilusión y la tristeza como del cansancio físico. Quería estar solo para poder pensar en todo lo que había pasado y decidir qué hacer. Y ésa no era la única razón por la que no quería quedarse cerca de ella. No le gustaban las continuas referencias burlonas que Iolanthe hacía sobre las canicas. No le parecía probable que hubiera descubierto la verdad sobre el Orbe de los Dragones, pero prefería no arriesgarse.

Raistlin se mostró educado, pero firme en sus negativas a quedarse. Por desgracia, cuando Iolanthe comprendió que estaba decidido, anunció que ella no tenía nada mejor que hacer. Lo acompañaría a El Broquel Partido. Podían cenar juntos en la posada.

Raistlin trató de encontrar una forma de desalentar a Iolanthe sin herir sus sentimientos. Su amistad ya le había sido de provecho y preveía que podía volver a serle útil en el futuro. También podía ser un terrible enemigo.

Se preguntó por qué insistiría tanto en acompañarlo a todas partes. Acunado por su parloteo mientras iba de un lado a otro del apartamento, recogiendo sus cosas, cayó en la cuenta, sorprendido. Se sentía sola. Estaba ávida de hablar con otro hechicero, con alguien como ella, que comprendiera sus metas y sus aspiraciones. Sus pensamientos quedaron confirmados en ese mismo momento.

—Tengo la sensación de que tú y yo somos muy parecidos —le dijo Iolanthe, volviéndose hacia él.

Raistlin sonrió. Casi se echa a reír. ¿Qué podía tener en común él, un hombre joven y de salud delicada, con la piel de una extraña tonalidad y los ojos aún más raros, con una mujer hermosa, exótica, inteligente, poderosa y dueña de sí misma? No se sentía atraído por ella. No confiaba en ella y ni siquiera le gustaba mucho. Cada vez que sacaba a relucir las canicas con ese tonito burlón, sentía que se le erizaba el vello. Sin embargo, Iolanthe estaba en lo cierto. Él también sentía esa afinidad.

—Lo que nos une es el amor a la magia —prosiguió ella, respondiendo a sus pensamientos con tanta claridad como si los hubiera oído—. Y el amor al poder que la magia puede proporcionarnos. Ambos hemos sacrificado la comodidad, la seguridad y el bienestar por la magia. Y ambos estamos preparados para sacrificarnos todavía más. ¿Me equivoco?

Raistlin no respondió. Ella aceptó su silencio como una respuesta y entró en su dormitorio para cambiarse de ropa. El ya estaba resignándose a tener que pasar la velada con ella, lo que significaba tener que esforzarse en controlar todo lo que decía y hacía, cuando oyó unas pisadas en la escalera que conducía al apartamento.

Eran unos pasos pesados que terminaban en un sonido chirriante, como el que hacen unas garras al arañar la madera. Cuando Iolanthe salió de la habitación, puso mala cara, como si supiera lo que significaban esos sonidos.

—Maldita sea —murmuró, y abrió la puerta.

En el rellano estaba un corpulento draconiano bozak, cuyas alas rozaban el techo.

—¿Es ésta la casa de la señora Iolanthe? —preguntó el bozak.

—Sí —contestó Iolanthe con un suspiro—. Y yo soy Iolanthe. ¿Qué quieres?

—El emperador Ariakas ha regresado y bendice a Neraka con su augusta presencia. Solicita vuestra presencia, señora —anunció el bozak—. Yo debo escoltaros.

El draconiano paseó la mirada de la mujer a Raistlin y de nuevo a Iolanthe. Raistlin percibió el peligroso parpadeo de aquellos ojos serpentinos y se levantó prontamente, con las palabras de un hechizo mortal listas en su mente.

—Veo que tenéis compañía, señora —siguió diciendo el bozak en un tono muy grave—. ¿He interrumpido algo?

—Únicamente mis planes para la cena —repuso Iolanthe sin darle importancia—. Iba a cenar en El Broquel Partido en compañía de este joven, un aprendiz de hechicero que acaba de llegar a Neraka. Creo que al emperador le parecerá interesante conocerlo. Es Raistlin Majere, hermano de la Señora de los Dragones Kitiara.

La actitud recelosa del bozak se desvaneció. Estudió a Raistlin con interés y respeto.

—Tengo a vuestra hermana en gran estima, señor. Al igual que el emperador.

—Lo único que pasó fue que intentó ejecutarla —susurró Iolanthe a Raistlin, aprovechando que le daba sábanas y una manta, pues le había dicho que las necesitaría en su nuevo alojamiento.

Raistlin la miró, perplejo. ¿Qué quería decir? ¿Qué había pasado? ¿Ariakas y Kit eran enemigos? Y lo más preocupante: ¿cómo le afectaría eso a él?

Raistlin estaba ansioso por conocer todos los detalles, pero Iolanthe se limitó a sonreírle y guiñarle un ojo, muy consciente de que acababa de asegurarse de que Raistlin buscaría su compañía.

—¿Recuerda el camino a El Broquel Partido, maestro Majere?

—Sí, señora. Gracias —respondió Raistlin humildemente, representando su papel.

Iolanthe le hizo un gesto con la mano.

—Tal vez pase un tiempo hasta que volvamos a vernos. Adiós. Le deseo buena suerte.

Bajo la atenta mirada del bozak, Raistlin metió la ropa de cama en un saco y recogió sus pertenencias. No cogió el Bastón de Mago. Ni siquiera

echó una ojeada a la esquina donde lo dejaba. Iolanthe lo miró a los ojos y le hizo un leve gesto tranquilizador.

Raistlin hizo una profunda reverencia a Iolanthe y otra al bozak. Se colgó al hombro el saco con las sábanas, la manta, los libros de hechizos y todo lo demás. Sintiéndose como un proscrito, bajó la escalera apresuradamente. Iolanthe sostenía un farol en el rellano para alumbrarlo.

—Mañana pasaré por la torre para ver cómo va su trabajo —le dijo en voz alta, cuando ya había llegado al final de la escalera.

Cerró la puerta antes de que pudiera responderle. El bozak seguía esperándola en el rellano.

Raistlin salió a la calle, que a esa hora de la noche estaba desierta. Echaba de menos su bastón, la luz que salía de él y el apoyo que prestaba a sus pasos fatigados. El saco pesaba mucho y le dolían los brazos.

—Toma, Caramon, lleva esto...

Raistlin se detuvo. No podía creer que hubiera dicho eso. Ni siquiera que lo hubiera pensado. Caramon estaba muerto. Furioso consigo mismo, Raistlin recorrió la calle a paso ligero, iluminado por los rayos rojos de Lunitari y los rayos plateados de Solinari.

Ante él apareció el Templo de la Reina Oscura. La tenue luz de las lunas parecía incapaz de alcanzar el templo. Las torres tortuosas y las abultadas atalayas obligaban a las lunas a encogerse, a las estrellas a apagarse. Sus sombras caían sobre Raistlin y lo aplastaban.

Si la reina salía victoriosa de la guerra, su sombra caería sobre todos los seres del mundo.

«Yo no he venido a servir. Yo he venido a mandar.»

Raistlin se echó a reír. Rió hasta que la risa se le atravesó en la garganta y se atragantó.

11

Las Fuerzas de la Reina Oscura La búsqueda. El hallazgo

DÍA OCTAVO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Tratado sobre la conveniencia de la incorporación de los loros como animales de compañía, con especial énfasis en la enseñanza de las palabras de hechizos mágicos a dichas aves, así como anotaciones sobre las funestas consecuencias derivadas de tal actividad.

Raistlin lanzó un resoplido. Tiró el manuscrito a un cajón que había etiquetado como «Bodrios clasificables» y contempló con desesperación los montones de manuscritos, libros, pergaminos y documentos diversos que lo rodeaban. Había trabajado durante horas, todo el día anterior y gran parte de éste, sentado en un taburete y revolviendo entre todas aquellas porquerías. El cajón estaba casi lleno. El polvo a duras penas le dejaba respirar y ni siquiera podía jactarse de haber hecho algún progreso.

Iolanthe tenía razón. No había nada de valor en lo que sólo con mucha generosidad podía llamarse «biblioteca». Los Túnica Negras de más nivel debían de haberse llevado sus libros de hechizos y sus pergaminos cuando se habían ido. O eso o, como Iolanthe había dicho, se habían vendido todos los libros que podían tener interés.

Volvió al trabajo y creyó encontrar su recompensa cuando rescató un libro de hechizos elegantemente encuadernado en piel roja. Estaba seguro de haber dado con un tesoro, hasta que lo abrió y descubrió que se trataba de un manual, un libro para que los jóvenes aspirantes a hechiceros aprendieran el arte de los conjuros. Estaba hojeándolo, recordando sus días de estudiante —los tormentos que había tenido que soportar, la ineptitud de su profesor—, cuando lo sobresaltó un gran alboroto en la puerta principal de la torre. Alguien la estaba aporreando.

—¡Abrid en nombre de *Su* Majestad la reina!

En el salón, los tres viejos empezaron a chillar. Raistlin se levantó.

—¡Son los guardias del Templo! —gritó Nariz Torcida, espiando por una ventana mugrienta—. ¡Los guardias de élite del Templo! ¿Qué hacemos?

—Déjalos entrar —dijo Barrigón.

—No, no —se negó el tercero, al que Raistlin había apodado Flaco.

Raistlin se abrió camino entre los montones de legajos hasta la puerta, que estaba abierta de par en par. Lenta y sigilosamente, casi cerró la puerta, dejando una rendija por la que poder espiar.

Los golpes y los gritos no habían cesado, mientras discutían los Túnicas Negras. Al final, Nariz Torcida decidió que debían abrir. Su razonamiento consistía en que si no lo hacían, los guardias tirarían abajo la puerta y los Túnicas Negras tendrían que pagar los desperfectos al casero.

Raistlin seguía observando por la rendija de la puerta. Entró un destacamento de draconianos. Sus garras dejaban surcos en la madera de los escalones.

—Soy el comandante Slith —ladró uno de ellos—. Tengo órdenes de registrar este establecimiento.

—¿Registrar? ¿Para qué? Esto es un escándalo —protestó Nariz Torcida con voz temblorosa.

—Ha llegado al conocimiento de la reina Takhisis que un objeto mágico muy poderoso y potencialmente peligroso ha entrado en Neraka —anunció con voz retumbante el comandante Slith—. Como ya sabéis, la ley obliga a que todos los objetos mágicos sean llevados al templo para su evaluación y

registro. Aquellos objetos que se consideren una amenaza para las gentes de bien de Neraka serán confiscados en nombre de la seguridad pública.

Raistlin pensó inmediatamente en el Bastón de Mago y se alegró de que estuviera bien escondido en su habitación de El Broquel Partido, metido debajo del colchón. Parecía que el concepto de seguridad era un poco laxo por la zona de El Broquel Partido, y le preocupaban los ladrones. Sin embargo, estaba sorprendido. El Bastón de Mago tenía gran poder y podía ser peligroso, pero Raistlin no creía que lo fuera tanto como para llamar la atención de la Reina Oscura.

—Conocemos la ley —estaba diciendo Nariz Torcida en ese momento, enfadado—. Y siempre la hemos respetado. Aquí no tenemos ninguno de esos objetos.

—¿Habéis ido a ver la señora Iolanthe? —se apresuró a sugerir Barrigón—. Ella tiene objetos peligrosos. Pero nunca los guarda aquí.

—Debería ser a ella a quien registrarais —soltó Flaco.

—Hemos hablado con la señora Iolanthe —repuso el comandante Slith—. Nos reunimos con ella en los aposentos privados del emperador Ariakas. La señora Iolanthe asegura que ella no tiene constancia de ningún objeto de esa índole. Nos dio permiso para que registrásemos su apartamento. No encontramos nada.

—¿Por qué pensáis que íbamos a tenerlo nosotros? —quiso saber Nariz Torcida.

—Creemos que alguno de vosotros pertenece a La Luz Oculta —dijo el comandante sin disimulos.

Raistlin vio que el sivak guiñaba el ojo a los demás soldados.

—¡La Luz Oculta! ¡No, no, no! —A Nariz Torcida el terror le hacía tartamudear—. Todos nosotros somos leales vasallos de nuestra gloriosa reina, ¡os lo prometo!

—Perfecto. Entonces no os importará que registremos el edificio —respondió el comandante con frialdad.

—Por favor, adelante. No tenemos nada que esconder. ¿De qué tipo de objeto se trata? —preguntó Nariz Torcida con un servilismo repugnante—. Estaremos encantados de entregároslo si lo encontramos.

—Un Orbe de los Dragones —dijo el comandante Slith y ordenó a sus soldados que se separasen. Envío a algunos al primer piso, a otros al segundo y a los demás a la planta principal.

—¿Un Orbe de los Dragones? —Nariz Torcida miró a sus colegas.

—La primera vez que oigo ese nombre —contestó Barrigón, mientras Flaco negaba con la cabeza.

El comandante Slith recitó de memoria la descripción.

—Una bola de cristal del tamaño de la cabeza de un humano. Puede tener una apariencia anodina o ser de un color cambiante. —Se dirigió a sus hombres a gritos:— Si encontráis algo que encaje con la descripción, no lo toquéis. Llamadme al momento.

Raistlin se alejó de la puerta y, tropezando con los libros, volvió a su taburete. Apenas veía lo que tenía delante. Se bajó la capucha, cogió un fajo de pergaminos y fingió que los estudiaba con sumo interés. Las palabras bailaban ante sus ojos. Su mano se deslizó hasta la bolsita de piel que llevaba prendida del cinturón, la bolsa llena de canicas. Ninguna era del tamaño de la cabeza de un humano, pero en una de ellas se arremolinaban los colores.

Raistlin oyó el característico ruido de la madera al astillarse, los draconianos de la planta baja estaban dando patadas a las puertas. Su primer impulso, aterrorizado, fue esconder la bolsa debajo de un montón de libros o meterla detrás de un estante. Pero pronto recuperó el dominio y se paró a reflexionar más tranquilamente sobre la situación. Esconder la bolsa era lo peor que podía hacer. Si los draconianos la descubrían, adivinarían al instante que contenía algo valioso. No tardarían en deducir que un globo mágico de cristal con propiedades mágicas podía reducir su tamaño.

Sería mucho mejor conservar la bolsa consigo, escondida a plena vista. Oía a los draconianos conjurar hechizos. No entendía las palabras, pero tenía muy claro el tipo de hechizo que él recitaría si estuviera buscando un objeto mágico escondido. Utilizaría un hechizo que detectara la magia con el que el artefacto se descubriría a sí mismo, quizá iluminándose o emitiendo un zumbido.

Raistlin metió la mano en la bolsa. Sus finos dedos podían distinguir el Orbe de los Dragones por el tacto. Las canicas estaban frías. El orbe desprendía calor y su superficie era mucho más suave, su redondez más perfecta.

Otro grupo de draconianos estaba registrando la cocina. Tiraban las ollas y las sartenes al suelo, sacaban de sus goznes la puerta de la despensa y rompían la vajilla. A continuación llegarían a la biblioteca.

Raistlin cogió el orbe y lo apretó en su mano, encerrándolo en el puño. ¿Y si el orbe se descubría a sí mismo? ¿Y si el orbe quería que la reina Takhisis lo encontrara? ¿Y si el orbe le había dicho a Takhisis dónde encontrarlo?

El orbe subió de temperatura. La voz de Viper le habló en un susurro: *«Takhisis teme los orbes. Quiere destruirlos. Conoce el peligro que suponemos. Mantenme a salvo y yo te mantendré a salvo.»*

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe y entraron dos draconianos bozak. Se quedaron paralizados en el umbral.

Raistlin dejó caer el orbe en la bolsa y se levantó en señal de respeto. Se alisó la túnica con las manos y mantuvo la cabeza gacha, como si estuviera demasiado asustado para levantar la mirada.

—Comandante, será mejor que venga a ver esto —llamó uno de los bozak.

El comandante Slith entró en la habitación a grandes zancadas. Miró alrededor, a los montones, y las pilas de legajos, y resopló con malhumor.

—Parece que viviera aquí una familia de enanos gully —dijo. El sivak se fijó en Raistlin—, En nombre del Abismo, ¿quién eres tú?

Nariz Torcida apareció de inmediato, dándose importancia.

—No es nadie, comandante. Un aprendiz. Nos hace algún trabajillo. ¡Mira cómo lo has puesto todo, Majere! ¡Limpia todo esto ahora mismo!

—Sí, maestro —contestó Raistlin—. Lo siento, maestro.

—¿Tenemos que buscar entre toda esta basura, señor? —preguntó el bozak, mientras Nariz Torcida se quejaba a voz en grito de que los draconianos habían tirado harina por toda la cocina—. ¡Tardaríamos semanas!

—Conjura el hechizo y acabemos de una vez —decidió el comandante Slith—. La señora Iolanthe nos había advertido de que venir aquí no sería más que una pérdida de tiempo y tenía razón.

—¿Confiáis en la bruja, señor? —preguntó el bozak—. ¿Qué os hace creer que no es ella misma quien tiene el orbe?

El comandante Slith se echó a reír.

—La bruja tiene un instinto de supervivencia muy desarrollado. Sabe que su vida no tendría ningún valor si Takhisis la pilla con un Orbe de los Dragones.

—Por cierto, ¿qué es un Orbe de los Dragones? —El bozak dio una patada a un montón de libros, que se derrumbó entre una nube de polvo—. ¿Qué hace?

—Que me aspen si lo sé. Lo único que sé es que el orbe fue el responsable de que la Dama Azul perdiera la batalla en la Torre del Sumo Sacerdote, o eso he oído. —El comandante Slith se frotó las garras—. Me encantaría hacerme con él. Mucha gente que conozco estaría dispuesta a pagar un buen precio.

—¿Pagar un buen precio? —El bozak estaba perplejo—. Si lo encontramos, tenemos órdenes de entregárselo al Señor de la Noche de inmediato.

El comandante Slith sacudió la cabeza con tristeza y pasó un brazo alrededor de los hombros del bozak.

—Glug, hijo mío, estoy intentando enseñarte. Uno nunca tiene que «entregar» nada a nadie.

—Pero nuestras órdenes...

—¡Las órdenes, las órdenes! —repitió Slith con desprecio—. ¿Quién nos da órdenes a nosotros? Los humanos. ¿Y quién está perdiendo la guerra? Los humanos. Nosotros, los dracos, tenemos que empezar a pensar en nosotros mismos.

El bozak miró hacia la otra habitación con nerviosismo.

—Creo que no deberíais hablar así, señor.

Raistlin sudaba bajo la túnica. Lo único que podía hacer era estar plantado en medio de la biblioteca, sin levantar la cabeza. Le daba miedo

moverse y llamar la atención.

—Ese Orbe de los Dragones debe de ser muy poderoso —especuló Slith— y valer un buen fajo. Nunca antes habíamos recibido órdenes de registrar varias casas de la ciudad para encontrar un objeto mágico.

—Sólo con ese Hombre de la Joya Verde, el tal Berem —dijo Glug.

—Me gustaría dar con él y ganar la recompensa. —Slith se relamió los labios—. ¡Con el pago que promete la reina, compraría una ciudad pequeña!

—¿Una ciudad, señor? —Glug parecía interesado—. ¿Qué haríais con una ciudad?

Raistlin pensó que iba a volverse loco si se quedaban allí mucho más tiempo. Debajo de la túnica, apretaba las manos.

—Construiría una muralla alrededor —estaba explicando el comandante Slith—. Haría una ciudad sólo para dracos. Dentro no estarían permitidos ni los humanos, ni los enanos, ni los elfos, ni ninguna de esa escoria. Bueno, a lo mejor dejaba entrar a unos cuantos enanos —concedió—. Para que a mis amigos y a mí no nos faltase el aguardiente enano. La llamaría...

Un grito interrumpió sus palabras.

—¡Ya hemos acabado en el piso de abajo, comandante! Ni rastro de nada.

—¡Listos en el piso de arriba, señor! —gritó otra voz—. Nada interesante.

—Conjura tu hechizo, Glug, y vámonos de aquí —ordenó el comandante Slith—. Ese olor asqueroso que sale de la cocina está revolviéndome el estómago.

El bozak pronunció unas palabras y agitó la garra. En otras circunstancias, Raistlin se habría interesado en estudiar las técnicas de conjuros del bozak. Sin embargo, en ese momento estaba demasiado nervioso para prestar atención.

Contuvo la respiración, mantuvo la cabeza gacha, las manos dentro de las mangas y las mangas tapando la bolsa. Horrorizado, vio que de su brazo izquierdo emanaba un resplandor.

Raistlin sentía el corazón en la garganta. Se le secó la boca. Todo su cuerpo se estremeció. Rogó a todos los dioses de la magia, rezó a todos los dioses de los que logró recordar, para que los draconianos no se dieran cuenta. Por un momento, creyó que sus oraciones habían sido escuchadas, pues el bozak se dio media vuelta. El sivak estaba a punto de seguirlo cuando giró la cabeza. Se detuvo.

—Baja, Glug —ordenó el comandante Slith—. Reúne a la tropa. Yo bajaré en un momento.

Glug se fue. El comandante avanzó entre las columnas y los montones de libros, empujándolos, y se plantó delante de Raistlin.

—¿Me vas a entregar ese objeto mágico que llevas, muchacho, o tengo que quitártelo yo? —preguntó el comandante.

Antes de que Raistlin tuviera tiempo de contestar, el sivak lo agarró del brazo izquierdo y levantó la manga de la túnica negra. Una daga, sujeta a la muñeca con un cordel de piel, brillaba con una intensa luz plateada.

—¡Mira lo que tenemos aquí! —exclamó el comandante Slith con admiración—. ¿Cómo funciona?

Raistlin tenía que esforzarse para controlar el temblor de su brazo. Giró la muñeca y la daga se soltó del cordel y se deslizó en su mano.

El comandante Slith observó a Raistlin astutamente.

—Mi hipótesis es que eres algo más que un aprendiz. Los tienes a todos engañados, ¿verdad?

—Prometo, señor... —empezó a decir Raistlin.

El comandante Slith sonrió. Una lengua zigzagueante asomó entre sus dientes.

—No te preocupes. No es asunto mío. Pero creo que será mejor que confisque esta arma mágica. Podrías meterte en problemas por su culpa.

El comandante Slith le quitó la daga con un movimiento ágil.

—Por favor, no me la quites —pidió Raistlin, pensando que parecería sospechoso que no protestara—. Como puedes ver, no es más que una daga. No tiene gran valor, pero para mí significa mucho...

—Valor sentimental, ¿verdad? —El comandante Slith estudió la daga con ojo experto—. Puedo conseguir dos piezas de acero por ella, seguro. Te

diré lo que voy a hacer, muchacho, y sólo lo hago porque me parece que eres el tipo de humano que podría llegar a apreciar. ¿Conoces al viejo Snaggle de la Ringlera de los Hechiceros? Se la venderé a él y después tú puedes pasarte por allí y comprarla de nuevo.

El comandante Slith se guardó la daga, que ya había perdido su resplandor mágico. Se aseguró de que quedara bien escondida, después guiñó un ojo serpentino a Raistlin y salió tranquilamente, pisando los libros que cubrían el suelo.

Exhausto y aliviado, Raistlin se dejó caer en el taburete. Lamentaba haberse quedado sin la daga, que de verdad significaba mucho para él, pero el sacrificio merecía la pena. El brillo más intenso que desprendía la daga había evitado que el sivak se fijara en el tenue resplandor verdoso que salía de la bolsa.

Fuera de la biblioteca, los tres viejos se lamentaban por los destrozos y amenazaban con quejarse ante el Señor de la Noche. Pero ninguno se presentaba voluntario para presentar la queja, y acabaron decidiendo que delegarían en Iolanthe para que se encargara de sus protestas. Una vez tomada la decisión, todos se pusieron de acuerdo en que lo mejor era beber algo que les calmara los nervios. Nariz Torcida pasó por delante de la puerta de la biblioteca de camino al tonel donde guardaban la cerveza y reprendió a Raistlin por estar allí sentado. Ya debería haber empezado a limpiar el desastre de la cocina.

Raistlin no le hizo caso. Se quedó sentado en su taburete, rodeado de libros de hechizos para niños y pergaminos con la mitad de las palabras mal escritas y de tratados banales sobre loros. La certeza de que la Reina Oscura, la diosa más peligrosa y poderosa entre todos los dioses, lo buscaba a él y al Orbe de los Dragones lo había dejado paralizado. Sólo era cuestión de tiempo que diera con los dos.

Podía huir de la ciudad, pero casi no tenía piezas de acero. Su marcha, tan poco tiempo después de haber llegado, sería muy sospechosa. Quizá los miembros del Cónclave ya lo habían declarado un renegado. Todos los Túnicas Blancas habrían prometido que intentarían redimirlo. Todos los Túnicas Negras habrían prometido matarlo en cuanto lo vieran. Sería un

paria de la sociedad y sólo podría ganarse la vida recurriendo a las tareas más humillantes y desagradables. Se imaginaba el futuro que lo esperaba. Sería igual que esos viejos hechiceros, consumidos por la avaricia y alimentándose a base de repollo cocido.

—A no ser que Takhisis me encuentre primero, en cuyo caso no tengo que preocuparme por mi futuro, porque no tendré ninguno —murmuró Raistlin—. Podría estar en el fondo del Mar Sangriento con el idiota de mi hermano y no habría ninguna diferencia.

Se inclinó hacia delante, apoyó la cabeza entre las manos y dejó que lo inundara la desesperación.

En la sala de estar, los Túnicas Negras se habían apresurado a ahogar sus temores en cerveza y empezaban a mostrarse agresivos.

—Yo os voy a decir quién tiene el Odre de los Dragones ese —dijo Nariz Torcida.

—Orbe, idiota —lo corrigió Barrigón con tono desabrido—. Orbe de los Dragones.

—¿Qué más da? —gruñó Nariz Torcida—. Luz Oculta. ¡Ya oísteis al draco!

Raistlin levantó la cabeza. Era la tercera vez que oía mencionar el nombre de La Luz Oculta. Nariz Torcida lo había sacado a colación el día anterior, con Iolanthe, y había dicho que tenía miedo de que fueran sospechosos de formar parte de La Luz Oculta. El sivak también había hablado de La Luz Oculta.

Raistlin tenía la intención de preguntarle a Iolanthe de qué se trataba pero, con todas las preocupaciones que lo rondaban, se le había olvidado. Salió de la biblioteca y cruzó la sala en la que estaban reunidos los Túnicas Negras, bebiendo cerveza caliente y pensando en quién más podía cargar con sus problemas.

—¿Qué haces aquí, Majere? —preguntó Nariz Torcida, furioso, al ver a Raistlin—. Se supone que deberías estar limpiando la cocina.

—Me pondré con ello ahora mismo, señor —contestó Raistlin—. Pero no puedo dejar de preguntarme qué es eso de «La Luz Oculta» de lo que habláis.

—Una banda de traidores, asesinos y ladrones —repuso Nariz Torcida —, que pretenden la destrucción de nuestra gloriosa reina.

Raistlin se dio cuenta, asombrado, de que había un movimiento de resistencia trabajando en Neraka, en las mismísimas narices de Takhisis.

Quiso saber más detalles, pero ninguno de los viejos parecía dispuesto a hablar de la resistencia, más allá de denunciarla con grandes aspavientos. Raistlin supuso que, como los tres se miraban con recelo, cada uno de ellos tenía miedo de que los demás fueran informantes y lo entregaran al Señor de la Noche en cuanto tuviesen la más mínima oportunidad.

«Poco les costaría hacerme lo mismo a mí», pensó Raistlin mientras se dirigía a la cocina para empezar a limpiar. Se alegraba de tener un trabajo físico que hacer para poder descansar la mente. Las ideas y los planes se arremolinaban en su cabeza tan rápido que le costaba seguirlos. Un pensamiento se imponía sobre todos los demás.

«Si Takhisis gana la guerra, me convertiré en su esclavo y tendré que suplicar por las migajas de poder que tenga a bien dejarme. Mientras que si Takhisis pierde...»

Barriendo la harina y los platos rotos, Raistlin se preguntó cómo podría alguien entregado a la causa de la oscuridad comprometerse a luchar con las fuerzas de la luz.

12

El lugar equivocado El momento equivocado

DÍA OCTAVO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin pasó todo el día trabajando en la torre. Primero limpió la cocina y después fue habitación por habitación, colocando los muebles tirados y barriendo las astillas de las puertas que los draconianos habían abierto a patadas. Los Túnica Negra bebieron cerveza y discutieron, comieron lo que él les preparó y discutieron un poco más antes de irse a dormir.

Ya se había hecho de noche cuando Raistlin cerró aquella puerta con la runa que incluso un loro mágico que supiera hablar podría abrir. Estaba físicamente agotado, pues había sido un día largo y extenuante, pero sabía que no iba a poder dormir. Su cabeza seguía dando vueltas sin parar. No había nada que odiara más que estar tumbado sin poder dormir, con la mirada clavada en la oscuridad.

Se le ocurrió que podía hacer una visita a Snaggle para intentar recuperar su daga. El comandante sivak no parecía ser de los que pierden el tiempo, sobre todo si había dinero de por medio.

Raistlin pensó en pasar a saludar a Iolanthe cuando estuviera en el barrio. Le interesaba mucho la organización conocida como La Luz Oculta y parecía que la hechicera conocía a todo el mundo en la ciudad de Neraka.

Le había tomado el pulso al corazón oscuro de la ciudad. Pero desechó la idea. Hablar con ella sería demasiado arriesgado. Iolanthe tenía la extraña habilidad de saber lo que estaba pensando, y él tenía miedo de que adivinara cuáles eran sus pensamientos. Esa mujer era un misterio. No tenía la menor idea de cuáles eran sus lealtades. ¿Trabajaba por el bien de los objetivos de Takhisis? ¿De Ariakas? ¿De Kitiara, quizá? Iolanthe no había hablado mucho sobre Kit, pero Raistlin había percibido en su voz la calidez de la admiración siempre que mencionaba a su hermana.

«Puesto que Iolanthe es muy parecida a mí —se recordó Raistlin—, no cabe duda de que sólo es leal a ella misma, lo que significa que no es alguien en quien confiar.»

Entró en Neraka por la Puerta Blanca. A esas horas no había demasiada cola, aunque Raistlin tuvo que esperar a que los guardias acabaran de coquetear con una camarera de El Broquel Partido que les había llevado una jarra de cerveza fría, un detalle de parte de Talent Orren. Raistlin pensó que era muy inteligente por su parte tener contentos a los guardias de Neraka. La cerveza no le costaba mucho a Orren, pero le ganaba muchos favores.

Raistlin había entrado y salido por la Puerta Blanca en numerosas ocasiones y ningún guardia se había tomado más molestias que echar un vistazo a su documento falsificado. Ya había dejado de preocuparse. Tal como Iolanthe le había asegurado, la vigilancia de los guardias era bastante laxa. Los únicos a los que Raistlin había visto que se les obligaba a dar la vuelta eran kendens, y eso sólo cuando los guardias estaban lo suficientemente sobrios para atrapar a esos pequeños incordios.

Por fin cruzó la puerta y Raistlin se dirigió a buen paso a su destino, con los ojos bien abiertos y alerta. En la mano llevaba unos pétalos de rosa y no paraba de repetir para sí las palabras de un hechizo de sueño. No obstante, nadie se le acercó y llegó sin problemas a la Ringlera de los Hechiceros.

La única luz que iluminaba la calle provenía de la ventana de la tienda de Snaggle. La ventana de Iolanthe estaba a oscuras. Raistlin entró en la tienda, que estaba pulcramente ordenada y bien iluminada con varios faroles estratégicamente colocados. Snaggle estaba en un taburete detrás del mostrador, bebiendo un té de vainas.

Raistlin ya lo había conocido, y había observado cómo trataba Iolanthe con él.

—No verás ningún objeto apoyado en las paredes ni cubos llenos de pociones. Nada está a la vista, ya sabes cómo es esta ciudad —le había advertido la hechicera—. Snaggle guarda toda su mercancía en frascos y cajas etiquetados, y ordenados en estanterías que van del suelo al techo, detrás del largo mostrador. Ningún cliente puede pasar al otro lado del mostrador. Al último que lo intentó tuvieron que recogerlo con una esponja. Pídele a Snaggle lo que necesites y él te lo dará.

Snaggle le dedicó una sonrisa desdentada.

—Maestro Majere. ¿En busca de un poco de telaraña? Tengo una telaraña buenísima, señor. Me acaba de llegar. Tejida por arañas criadas por los enanos oscuros de Thorbardin. Llevan una buena vida, esas arañas. No hay nada como una araña con una buena vida para que teja telarañas de la mejor calidad.

—No, gracias, señor —contestó Raistlin—. He venido por una daga. Seguramente se la haya vendido hoy un guardia draconiano. Un comandante sivak de la guardia del templo...

—El comandante Slith —asintió Snaggle con seguridad—. Lo conozco bien, señor. Uno de mis mejores clientes. Es nuevo en la ciudad, pero ya se ha hecho un hueco. Hoy pasó por aquí, así es. Trajo una daga. Excelente calidad. Había pertenecido a Magius. Viene con un cordel de piel para que la puedas atar a la muñeca...

—Ya lo sé —lo interrumpió Raistlin secamente—. La daga era mía.

—¡Vaya con Slith! —rió Snaggle—. Llegará lejos. Supongo que le gustaría recuperar lo que es suyo, señor. Sólo para estar seguros, ¿podría describírmela? ¿Algún rasgo característico?

Raistlin describió la daga con paciencia, indicando que tenía una pequeña mella en la hoja.

—¿Recuerdo de alguna aventura arriesgada, señor? —preguntó Snaggle con interés—. ¿Un combate contra un trol? ¿Contra unos goblins?

—No —contestó Raistlin con una sonrisa al acordarse del incidente—. Mi hermano y yo estábamos jugando a ver quién tenía mejor puntería...

Se detuvo. No quería hablar de Caramon, ni siquiera pensar en él. Raistlin continuó describiendo el cordel, que él mismo había ideado.

Snaggle se levantó del taburete y fue hasta una de las cajas, la cogió y la llevó al mostrador. Abrió la tapa y aparecieron varias dagas. Raistlin vio la suya. Estaba a punto de cogerla, cuando Snaggle lo apartó con un gesto hábil.

—Ésa es su daga, ¿verdad? Cinco piezas de acero y se la devolveré encantado.

—¡Cinco piezas de acero! —exclamó Raistlin con voz entrecortada.

—Pertenece a Magius, eso me dijeron, señor —declaró Snaggle muy serio.

—Igual que otras cinco mil dagas que andan por Ansalon —repuso Raistlin.

Snaggle se limitó a sonreírle, devolvió la daga a la caja y cerró la tapa.

—Le voy a hacer una oferta —propuso Raistlin—. No tengo dinero, pero me consta que vende pociones. Llevo mucho tiempo preparando pociones y no se me da nada mal.

—Traiga un ejemplo de su trabajo, señor. Si la poción es tan buena como dice, haremos un trato.

Raistlin asintió y se dispuso a irse, con la idea de regresar a El Broquel Partido. El ejercicio le había sentado bien. Estaba cansado y seguro que podría dormir.

Mientras caminaba por la Ronda de la Reina, en dirección a la Puerta Blanca, vio que se dirigían hacia él tres hombres vestidos con las largas túnicas negras de los hechiceros oscuros. Los tres caminaban cogidos del brazo y estaban absortos en una animada conversación. Tal vez regresaran de El Broquel Partido, porque arrastraban las palabras y se chillaban unos a otros. Sus voces demasiado altas resonaban en la calma de la noche.

Dos de los hombres llevaban faroles y, a la luz que proyectaban, Raistlin reconoció el rostro tosco y los brazos musculosos del Ejecutor. El verdugo era quien más hablaba y, con voz de borracho, contaba los detalles más escabrosos de la agonía de una de sus víctimas. Los otros dos lo escuchaban ávidamente, adulándolo y riendo alegremente con cada vuelta

del tornillo o cada latigazo. Los tres hombres caminaban directamente hacia Raistlin y acabarían chocando con él.

Raistlin sabía perfectamente que lo más sensato era evitar el encuentro. El Ejecutor era un hombre peligroso incluso estando borracho. Raistlin debería desviarse por algún callejón o cruzar precavidamente al otro lado de la calle. Sin embargo, mirando al Ejecutor recordó los gritos de los pobres infelices de las salas de tortura y sintió que el calor de la ira ardía en su pecho. Siempre había odiado a los matones, seguramente porque en más de una ocasión había sido su víctima, y el término «matón» describía perfectamente al Ejecutor.

Raistlin se detuvo en medio de la acera. El Ejecutor y sus amigos, cogidos del brazo, caminaban directamente hacia él. Estaban demasiado borrachos para darse cuenta, o sencillamente daban por hecho que él se apartaría.

Raistlin se quedó donde estaba. Los tres hombres tendrían que detenerse o pasar por encima de él.

Por fin, el Ejecutor lo vio. Él y sus acompañantes se pararon, tambaleantes.

—Apártate, escoria, y deja pasar a los que están por encima de ti —ordenó el Ejecutor con un ladrido.

Raistlin agachó su cabeza encapuchada.

—Si vosotros tres fueseis tan amables de apartaros a un lado, estimados señores, podría pasar...

—¡Cómo te atreves a pedirnos a nosotros que nos apartemos! —gritó uno de los clérigos—. ¿Acaso no sabes quién es?

—Ni lo sé ni me importa —contestó Raistlin sin inmutarse.

—Conozco esa voz. Ya he visto antes a este comemierda —dijo el Ejecutor—. Levanta la luz para que pueda verlo...

De repente, el Ejecutor se puso tenso. Arqueó la espalda y parecía que se le iban a salir los ojos de sus órbitas. Lanzó un grito que murió en un balbuceo agónico. Emitió una especie de gorgoteo y cayó hacia delante, con los brazos estirados. Se desplomó de morros en la acera. De la boca del Ejecutor salía un hilo de sangre. La luz de los dos faroles iluminaba el

mango del cuchillo de carnicero que sobresalía de la espalda del Ejecutor. Raistlin adivinó con el rabillo del ojo una silueta negra que desaparecía a la vuelta de la esquina.

Los dos peregrinos contemplaban al muerto con un asombro ebrio. Raistlin estaba tan atónito como los peregrinos oscuros. Fue el primero en recobrarse y se arrodilló junto al cuerpo para buscar un latido de vida en el cuello de toro del Ejecutor. Pero era evidente que el hombre estaba muerto. De repente, uno de los peregrinos oscuros lanzó un chillido.

—¡Tú! —gritó, señalando a Raistlin—. ¡Está muerto por tu culpa!

Balanceó el farol con la intención de derribar a Raistlin de un golpe en la cabeza, pero no se acercó siquiera a su objetivo.

El otro peregrino oscuro empezó a llamar a los guardias a voces.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

Raistlin comprendió que corría un grave peligro. Los peregrinos oscuros creían que había hecho detenerse al Ejecutor de forma deliberada y que lo había entretenido para que el asesino tuviera tiempo de matarlo. Raistlin podía defender su inocencia todo lo que quisiera, pero todo apuntaba en su contra. Nadie lo creería.

Raistlin se levantó torpemente. Había estado acariciando los pétalos de rosa entre los dedos. Tenía en la cabeza las palabras del hechizo de sueño y, en menos de un segundo, acudieron a su boca.

—*¡Ast tasarak sinuralan krynawi!*

Lanzó los pétalos al rostro de los dos peregrinos oscuros y los hombres se desplomaron. Uno rodó a un lado y el otro cayó a los pies de Raistlin. Uno de los faroles también cayó y se rompió. La luz se apagó. Por desgracia, el otro farol seguía iluminando. A Raistlin le habría gustado tener tiempo para apagar la llama, pero no se molestó en hacerlo. Se oían silbidos y gritos, y recordó lo que Iolanthe le había dicho sobre la seriedad con la que los guardias de Neraka se tomaban el asesinato de un peregrino oscuro. Tratándose del asesinato del Ejecutor, toda la guarnición se pondría en marcha.

Raistlin vaciló un momento, pensando qué podía hacer. Podía retirarse rápidamente a los corredores de la magia y volver sano y salvo a su

habitación. Alzó la vista al cielo y le pareció ver que Lunitari le guiñaba uno de sus ojos rojos. La diosa siempre había sentido cierto aprecio por él. Ésa podía ser la oportunidad que estaba esperando. Aunque se pudiera en peligro, no podía desperdiciarla.

Raistlin recordó la figura vestida de negro que había desaparecido tras la esquina y siguió el mismo camino. El brillo plateado de Solinari se mezclaba con el resplandor rojo de Lunitari y, bajo su luz, Raistlin vio de inmediato que el asesino había cometido un error. En su apresurada carrera, se había metido en un callejón sin salida. Al final del callejón se alzaba una alta pared de piedra. El asesino tenía que seguir allí. A no ser que tuviera alas, no habría podido escapar.

Raistlin aminoró el paso y avanzó con cuidado, escudriñando las sombras y atento al menor sonido. Quizá el asesino llevara más de un cuchillo y Raistlin no quería sentir su filo entre las costillas. Oyó una especie de arañazo y lo vio. Iba todo vestido de negro y estaba intentando trepar por la pared de piedra. El muro era demasiado alto y las piedras eran tan lisas que sus pies y sus manos no encontraban apoyo. El asesino se deslizó hasta caer en el suelo con un golpe seco y se quedó allí agazapado, maldiciendo en voz baja.

Bañado por la luz de la luna y medio oculto entre las sombras, el asesino parecía bajo y delgado. Al principio Raistlin pensó que era un niño. Se acercó más y, con la ayuda del resplandor de Lunitari, descubrió con asombro que se trataba de la kender que Talent Orren había echado de El Broquel Partido. No llevaba la ropa de colores brillantes que tanto gustan a los kenders, sino que iba completamente vestida de negro, con un blusón y unos pantalones. Escondían sus rubias trenzas bajo un gorro también negro.

El acero destelló en su mano. Sus ojos brillaban. La expresión de su rostro era lo menos kender que pudiera imaginarse: seria, decidida, fría y resuelta.

—Si llamas a los guardias, te corto el cuello —le amenazó la kender—. Puedo hacerlo. Soy rápida con el cuchillo. Ya lo has visto.

—No voy a llamarlos. Puedo ayudarte a saltar la pared.

—¿Un alfeñique como tú? —La kender resopló—. No podrías levantar ni a un gato.

Detrás de ellos, los guardias gritaban y tocaban los silbatos. La kender no parecía nerviosa ni asustada. En eso, actuaba como un kender normal y corriente.

—Puedo utilizar mi magia —dijo Raistlin—. Pero te costará algo.

—¿Cuánto? —preguntó la kender, frunciendo el entrecejo.

—No estás en situación de regatear —repuso Raistlin fríamente, y le tendió la mano—. Lo coges o lo dejas.

La kender vacilaba, mirándolo con recelo. El sonido de más silbatos y de fuertes pasos sobre el empedrado le ayudó a tomar una decisión. Le dio la mano. Raistlin pronunció las palabras del hechizo y los dos se separaron del suelo y flotaron por encima del muro. Llegaron a la calle que había al otro lado y se posaron en ella con la delicadeza de una pluma.

Tasslehoff habría exclamado y hecho muchos aspavientos, habría querido que le explicase el truco y habría insistido en que Raistlin le hiciera flotar otra vez. Pero esa kender mantuvo la boca cerrada. En cuanto tocaron el suelo, salió disparada como la flecha de un arco.

Mejor dicho, intentó salir disparada. Raistlin la tenía bien cogida de la mano y, acostumbrado a los trucos de los kenders, no la soltó, ni siquiera cuando ella retorció el brazo y estuvo a punto de romperse la muñeca y dislocarse el hombro.

A juzgar por los sonidos que se oían al otro lado del muro, habían llegado más guardias a la escena del crimen y estaban empezando a organizar la búsqueda del asesino.

—Tienes que pagarme —dijo Raistlin, sin soltar a la kender.

—No tengo dinero.

—No quiero dinero. Quiero información.

—Tampoco tengo —contestó la kender y trató de zafarse de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

—A ti qué te importa.

—Mi nombre es Raistlin Majere —le dijo él—. Ahora ya lo sabes. Dime el tuyo. Eso no puede ser tan malo, ¿no?

La kender se lo pensó un momento.

—Supongo que no. Me llamo Marigold Featherwinkle.

Raistlin pensó que, a lo largo de toda la historia de Krynn, seguramente aquél era el nombre más extraño para un asesino a sangre fría.

—Me llaman Mari —añadió la kender—. ¿A ti te llaman Raist?

—No —contestó Raistlin. Únicamente una persona lo llamaba así—. Eres miembro de La Luz Oculta, ¿verdad, Mari? —añadió, dándolo por cierto más que preguntándose.

—¿La Luz Oculta? Nunca he oído hablar de eso.

—No te creo. Conozco a los kenders y sé que no ideaste tú sola todo este arriesgado plan.

—¡Claro que lo hice! —exclamó Mari indignada.

Raistlin se encogió de hombros.

—Siempre puedo devolverte al otro lado del muro con mi magia.

Los dos oían a los guardias agolpándose en el callejón. Mari hizo un mohín y se sumió en un terco silencio.

—Puedo ser de ayuda —insistió Raistlin—. Acabas de verlo.

—Llevas la túnica negra —repuso ella.

—Y tú eres una alegre kender con sangre en la cara —dijo Raistlin.

—¿De verdad? —Mari se llevó un pañuelo al rostro y se frotó las mejillas.

—Me parece que ese pañuelo es mío —dijo Raistlin al verlo.

—Supongo que se te habrá caído. —Mari lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Quieres que te lo devuelva?

Raistlin sonrió. Al menos siempre habría algunas cosas en el mundo que nunca cambiarían. Se sintió extrañamente reconfortado.

—Dime cómo contactar con La Luz Oculta, Mari, y dejaré que te vayas.

Mari lo observó, como si intentara llegar a alguna conclusión sobre él. Al otro lado del muro se oía a los guardias revolviendo entre los montones de basura y aporreando las puertas traseras de los edificios.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Raistlin—. A alguien se le acabará ocurriendo registrar esta calle. Y no voy a dejar que te vayas hasta que me digas lo que quiero saber.

—Está bien, puede ser que haya oído algo de esa banda de La Luz Oculta —concedió Mari de mala gana—. Por lo que he oído, tienes que ir a una taberna llamada Pelo de Trol, pedir algo de beber y decir: «Yo escapé de El Remolino» y esperar.

—«¡Yo escapé de El Remolino!» —repitió Raistlin, atónito y alarmado. La apretó con más fuerza—. ¿Cómo sabes eso?

—¿El qué? ¡Para! Estás haciéndome daño —dijo Mari.

Raistlin dejó de apretar tanto. Estaba comportándose como un idiota. Era imposible que supiera nada de *lo de El Remolino*, del hundimiento del barco y del Mar Sangriento. El Remolino era una contraseña, nada más. Soltó a la kender. Estaba a punto de darle las gracias, pero Mari ya había echado a correr calle adelante. Desapareció en la noche.

Raistlin se dejó caer contra la pared. Pasados el nerviosismo y el peligro, se sentía agotado. Y todavía le quedaba un buen trecho hasta El Broquel Partido. En los edificios que lo rodeaban cada vez se encendían más luces, a medida que los gritos de los guardias despertaban a la gente y los curiosos se asomaban a las ventanas, queriendo saber qué sucedía. La confusión era cada vez mayor y los guardias daban órdenes de que se cerraran las puertas de la ciudad y que no se dejara entrar ni salir a nadie.

A Raistlin todavía le quedaban las fuerzas necesarias para un último hechizo. Cerró el puño alrededor del Orbe de los Dragones, pronunció las palabras y se internó en los corredores de la magia. Apareció en su habitación de El Broquel Partido. Se quitó las bolsas y las colocó debajo de la almohada, después se desnudó y se derrumbó en la cama. Un segundo después, estaba dormido.

Soñó con Caramon, como ya era costumbre. La diferencia esta vez fue que Caramon estaba con una kender que no dejaba de pinchar a Raistlin en las costillas con un cuchillo de carnicero.

13

La mañana después La coartada

DÍA NOVENO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

A Raistlin lo despertaron unos golpes en la puerta. Se incorporó de un salto, con el corazón a punto de salirse del pecho. Miró por la ventana. La ciudad todavía estaba envuelta en las sombras de la noche. No había dormido más que un rato.

—¡Abre la maldita puerta! —susurró Iolanthe por la cerradura. Uno de sus vecinos chilló que dejaran de hacer ruido. Raistlin se tomó un momento más para considerar su situación. Después, cogiendo el Bastón de Mago, pronunció la palabra «*Shirak*», y el cristal que coronaba el bastón empezó a brillar con una luz tenue.

—Deja que me vista —gritó.

—Estoy segura de que no tienes nada que no haya visto ya en un hombre —contestó Iolanthe con impaciencia—. Con la diferencia de que será dorado.

A Raistlin eso no le hizo ninguna gracia. Se vistió rápidamente y después abrió la puerta.

Iolanthe, envuelta en una amplia capa azul como la noche, entró apresuradamente en la habitación.

—Cierra la puerta —le dijo—. Con llave.

Raistlin obedeció y se quedó allí parado, mirándola con cara de sueño.

»Te he traído una taza de té de vainas. —Iolanthe le alargó una taza humeante—. Necesito que estés bien despierto.

—¿Qué hora es?

—Cerca del amanecer.

Raistlin cogió la taza sin prestar atención y se quemó la mano. La dejó en el suelo. Iolanthe ocupó la única silla de la habitación. Raistlin no tuvo más remedio que sentarse en el borde de la cama. Se frotó los ojos velados por el sueño.

Iolanthe cruzó las manos sobre su regazo y se inclinó hacia delante.

—¿Ya han estado aquí? —quiso saber, nerviosa.

—Que si ha estado aquí... ¿quién?

—Los guardias del templo. Así que no han estado. No saben dónde vives. Eso es bueno. Nos da más tiempo. —Lo observó atentamente—. ¿Dónde has estado esta noche?

Raistlin parpadeó con aire aturdido.

—¿En la cama? ¿Por qué?

—No has estado en la cama toda la noche. Responde a mis preguntas —ordenó Iolanthe con voz áspera.

Raistlin se pasó la mano por el pelo.

—Estuve en la torre hasta tarde, limpiando después de la visita de los draconianos, que vinieron a buscar no sé qué...

—Todo eso ya lo sé —lo interrumpió Iolanthe—. ¿Dónde fuiste cuando te marchaste de la torre?

Raistlin se levantó.

—Estoy cansado. Creo que deberías irte.

—¡Y yo creo que tú deberías responderme! —exclamó Iolanthe con los ojos encendidos como brasas—. A no ser que quieras que el Espectro Negro venga a por ti.

Raistlin la miró fijamente y volvió a sentarse.

—Hice una visita a tu amigo Snaggle. Uno de los lagartos confiscó mi daga...

—El comandante Slith. Eso también lo sé. ¿Viste a Snaggle?

—Sí, hicimos un trato. Voy a venderle pociones...

—¡Al Abismo tus pociones! ¿Qué pasó después?

—Estaba cansado. Vine a casa y me acosté —contestó Raistlin.

—¿No oíste el jaleo ni viste la conmoción en las calles?

—No estuve en la calle —recalcó Raistlin—. Cuando salí de la tienda de hechicería, estaba tan cansado que no me apetecía caminar. Recorrí los corredores de la magia.

Iolanthe lo miraba fijamente. Le sostuvo la mirada.

—Bien, bien —dijo la hechicera, relajándose y dedicándole una leve sonrisa—. Me alegro de oír eso. Tenía miedo de que estuvieras implicado.

—¿Implicado en qué? —preguntó Raistlin, perdiendo la paciencia—. ¿A qué se debe tanto misterio?

Iolanthe se levantó de la silla y fue a sentarse en la cama, junto a él.

—Esta noche han asesinado al Ejecutor —le dijo bajando la voz, hablando apenas en un susurro—. Iba caminando por la calle cerca del templo, no muy lejos de la Ringlera de los Hechiceros, cuando lo abordó un Túnica Negra. Mientras éste lo distraía hablando, el asesino se acercó sigilosamente y lo apuñaló por la espalda. Tanto el asesino como el hechicero huyeron.

—El Ejecutor... —dijo Raistlin con el ceño fruncido, como si hiciera esfuerzos por recordar.

—Ese montón de músculos que hacía el trabajo sucio del Señor de la Noche —explicó Iolanthe—. El Señor de la Noche estaba furioso. Ha puesto toda la ciudad patas arriba.

Iolanthe se levantó y empezó a recorrer la habitación, golpeando el puño de una de sus manos en la palma de la otra sin descanso.

—¡Esto no podía haber pasado en peor momento! ¡Los hechiceros ya estaban en el punto de mira y ahora esto! Primero los guardias vinieron a buscarme a mí. Por suerte, tenía una coartada. Estaba en la cama de Ariakas.

—Así que crees que vendrán a por mí —dijo Raistlin, intentando adoptar un tono indiferente, mientras no dejaba de pensar que estaba metido

en un buen lío. Había olvidado que en la ciudad había muy pocos Túnicas Negras.

Iolanthe se detuvo y se volvió para mirarlo.

—Yo les dije a quién estaban buscando.

—¿Se lo dijiste? —preguntó Raistlin, cada vez más alarmado.

—Sí. Todos los culpables están muertos —repuso Iolanthe sin alterarse—. Acabo de volver de la torre. Yo misma vi los cadáveres.

—¿Muertos? —repitió Raistlin, desconcertado—. ¿Cadáveres? ¿Quién...?

—Los Túnicas Negras de la Torre —contestó Iolanthe. Y suspiró antes de añadir:— ¿Quién habría adivinado que esos viejos eran tan peligrosos? Ahí los tienes, trabajando para La Luz Oculta ante nuestras propias narices. Debo de haber estado ciega para no haberme dado cuenta.

Raistlin la miraba fijamente.

—¿Cómo murieron? —preguntó al fin, lentamente.

—El Señor de la Noche envió al Espectro Negro. —Iolanthe se estremeció—. Una imagen espeluznante. Los tres viejos en la cama, los cuerpos acartonados...

Raistlin sacudió la cabeza.

—Me parece muy raro. ¿Por qué el Señor de la Noche no los arrestó? ¿Por qué no los torturó? ¿Por qué no les preguntó quiénes fueron sus cómplices?

—¿Acaso te parezco el Señor de la Noche? —repuso Iolanthe bruscamente. Volvió a dar vueltas por la habitación—. Es sólo cuestión de tiempo que acaben descubriendo dónde vives. Los guardias del Señor de la Noche vendrán a interrogarte, quizá incluso te arresten. Tengo que llevarte a algún lugar seguro, fuera de su alcance.

Siguió caminando y dándose golpes en la palma de la mano con el puño. De repente, se volvió hacia él.

—Has dicho que viniste aquí a través de los corredores de la magia. Tu puerta estaba cerrada. No has recogido la llave, ¿verdad?

—No, vine directamente a mi habitación.

—¡Perfecto! Ahora vendrás conmigo.

—¿Adonde?

—Al Palacio Rojo. Esta noche no has utilizado tu llave. Talent Orren puede corroborarlo. Nadie te vio entrar en la posada. Puedes decir que estuviste trabajando hasta tarde. Yo responderé por ti, y Ariakas también.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Raistlin, frunciendo el entrecejo.

—Aunque sólo sea por tocar las narices al Señor de la Noche. El emperador no está de buen humor y siempre que algo va mal, echa la culpa a los clérigos. Por suerte para ti, tu hermana Kitiara vuelve a gozar de su favor. Tuvo una reunión con ella y por lo visto ha ido bien. Estará encantado de poder ayudar a su hermanito. Será mejor que traigas el Bastón de Mago, porque registrarán tu habitación, por supuesto.

Mientras hablaba, hacía la cama para que pareciera que no había dormido allí.

—¿Dónde está ese palacio? —preguntó Raistlin.

—Cerca del campamento del Ejército Rojo de los Dragones. Fuera de las murallas de la ciudad, lo que es otra ventaja. La Guardia de Neraka cerró las puertas a cal y canto después del asesinato. Nadie puede entrar ni salir. Por tanto, si estabas fuera, no podías estar dentro. Y si estabas dentro, no podrías haber salido.

Raistlin pensó en su plan y llegó a la conclusión de que era bueno. Además, hacía tiempo que quería tener la oportunidad de conocer a Ariakas. Tal vez el emperador le hiciera una oferta. Raistlin seguía abierto a todo tipo de posibilidades. Se ató al cinturón las bolsas que contenían sus ingredientes para hechizos.

—¿Tienes todas tus «canicas»? —preguntó Iolanthe con una sonrisa pícar—. Los draconianos no te confiscaron ninguna, ¿verdad? Me han contado que conjuraron hechizos para detectar objetos mágicos.

—No, no me las quitaron —contestó Raistlin—. Al fin y al cabo, no son más que canicas.

Iolanthe le sonrió.

—Si tú lo dices.

Metió la mano en una de sus bolsitas y sacó una especie de bola de arcilla negra. Le dio vueltas entre las manos para ablandarla, mientras

murmuraba unas palabras mágicas. Raistlin hizo esfuerzos para oírla, pero ella tuvo cuidado de no alzar la voz. Cuando terminó el conjuro, tiró la arcilla contra la pared. La sustancia se pegó a la superficie y empezó a crecer, como si fuera la masa de un pan que se esponjaba rápidamente. La arcilla negra se extendió, alargándose sobre la pared, hasta que cubrió una superficie tan larga como alta era Iolanthe.

La hechicera pronunció una palabra y la arcilla se disolvió, y lo mismo sucedió con la pared. Delante de ellos se abrió un pasillo a través del tiempo y el espacio.

—Esa pasta me costó una fortuna —dijo Iolanthe. Agarró a Raistlin por la muñeca. Instintivamente él intentó apartarse, pero ella lo sujetaba con fuerza.

—No te gusta nada que te toquen, ¿verdad? —dijo la hechicera en voz baja—. No te gusta que la gente se acerque demasiado a ti.

—Acabo de oír lo que sucede a aquellos que se acercan demasiado a ti, señora —repuso Raistlin con frialdad—. Sabes tan bien como yo que esos viejos no estaban implicados en el asesinato.

—Escúchame —contestó Iolanthe, acercándose tanto que Raistlin podía sentir su aliento en la mejilla—. Esta noche había cinco Túnica Negras en la ciudad. Sólo cinco. Ni uno más. Sé dónde estaba yo. Sé dónde estaban esos tres idiotas de la torre. Eso sólo deja uno. Tú, amigo mío. Lo que hice, lo hice por salvarte ese pellejo dorado que tienes.

—Podría haber sido alguien disfrazado de Túnica Negra —dijo Raistlin—. O un Túnica Negra que estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado y que es totalmente inocente.

—Podría haber sido. —Iolanthe le apretó la mano—. Pero los dos sabemos que no fue así. No te preocupes. Para mí, has ganado puntos. Si alguna vez hubo un hombre que se merecía un cuchillo entre las costillas, ése era el Ejecutor. Sólo pido una cosa a cambio de mi silencio.

—¿De qué se trata? —preguntó Raistlin.

—Cuéntale a Kitiara lo que estoy haciendo por ti.

Se metió en el pasillo mágico, arrastrando a Raistlin detrás. Cuando ya estaban dentro, lo soltó y alargó el brazo para coger la arcilla y despegarla

de la pared, que en realidad no había desaparecido, sino que se había vuelto invisible. La entrada al corredor se cerró detrás de ellos. Delante se abrió una puerta. Raistlin se encontró en un dormitorio repleto de lujos y comodidades, en el que flotaba un intenso olor a gardenias.

—Ésta es mi habitación —dijo Iolanthe—. No puedes quedarte aquí. Nuestras vidas no valdrían nada si me pillas con otro hombre.

Condujo a Raistlin a la puerta. La abrió una rendija y espió el vestíbulo que había al otro lado.

—Bien. No anda nadie cerca. ¡Date prisa y apaga esa luz de tu bastón! Hay una habitación libre, la tercera puerta a la izquierda.

Lo empujó al oscuro vestíbulo y cerró la puerta con llave a sus espaldas.

14

El Palacio Rojo La Reina Oscura

DÍA DECIMOCTAVO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin llevaba más de una semana en el Palacio Rojo, preocupado e incapaz de quedarse quieto por culpa de la impaciencia, aburrido hasta el borde de la locura, solo y aparentemente olvidado por todos. El Palacio Rojo, a pesar de su nombre, era negro tanto por su color como por su espíritu. Se llamaba Palacio Rojo porque se encontraba en un acantilado desde el que se dominaba el campamento del Ejército Rojo de los Dragones. Si miraba desde lo alto del pórtico que recorría la fachada posterior del palacio, Raistlin podía ver una hilera tras otra de las tiendas en las que vivían los soldados. A lo lejos se alzaba la muralla de la ciudad y la Puerta Roja. Detrás, las horrendas agujas retorcidas del templo.

La mansión había sido la gran obra de un clérigo de Takhisis de alto rango. El Espiritual se había visto implicado en una conspiración para derrocar al Señor de la Noche. Había quien decía que Ariakas también formaba parte del complot y que éste había fracasado porque había cambiado de bando en el último momento, traicionando a sus cómplices.

Nadie sabía si el rumor era cierto. Lo que sí sabía todo el mundo era que una noche el Espiritual había desaparecido de su suntuosa mansión y que al

día siguiente Ariakas se había instalado en ella. El palacio estaba construido con mármol negro y era muy grande, muy oscuro y muy frío. Raistlin pasaba el tiempo en la biblioteca, leyendo, o vagando por los salones, a la espera de una audiencia con el emperador.

Iolanthe le aseguraba que había hablado a Ariakas en su nombre. Decía que Ariakas estaba impaciente por conocer al hermano de su querida amiga Kitiara y que seguro que encontraba un puesto para él.

Sin embargo, parecía que Ariakas controlaba perfectamente su impaciencia. Pasaba muy poco tiempo en el palacio, pues prefería trabajar en el puesto de mando situado en el campamento del Ejército Rojo de los Dragones. Raistlin se lo había cruzado alguna vez y el emperador ni siquiera lo había mirado.

Después de verlo y de oír lo que la gente decía de él, Raistlin ya no estaba tan seguro de querer que se lo presentaran, y mucho menos de servirle. Ariakas era un hombretón orgulloso de su fuerza bruta y acostumbrado a utilizar su tamaño como herramienta intimidatoria. Era igual de hábil con la espada y la lanza, y tenía la habilidad de inspirar y liderar a los soldados. Era un militar muy eficaz y, como tal, había demostrado ser de gran utilidad para su reina.

Ariakas debería haberse contentado con dirigir las batallas, pero su ambición le había empujado a abandonar la relativa seguridad del campo de batalla y adentrarse en el ruedo político, mucho más peligroso. Había exigido la Corona del Poder y Takhisis se la había concedido. Había sido un error.

En cuanto Ariakas se puso la Corona del Poder, se convirtió en un objetivo a derribar. Sus compañeros, los Señores de los Dragones, empezaron a conspirar contra él. Él estaba convencido de ello, y no se equivocaba. Él mismo había hecho todo lo que se le había ocurrido para alimentar la rivalidad y los celos entre ellos, por lo que él era el único culpable de que al final se hubieran vuelto en su contra.

En muchos aspectos, a Raistlin Ariakas le recordaba a su hermano Caramon, en una versión arrogante y de alma oscura. En realidad, Ariakas no era más que un simple soldado luchando por sobrevivir en el lodazal de

las intrigas y la política. El peso de su propia armadura empezaba a hundirle hacia el fondo y acabaría arrastrando consigo a todos los que colgaban de él.

Después de tres días, Raistlin le dijo a Iolanthe que se marchaba. Ella lo animó a que fuese paciente.

—Ariakas está concentrado en su guerra —dijo Iolanthe—. No le interesa nada más, y eso incluye a los jóvenes hechiceros llenos de ambición. Tienes que destacar. Llama su atención.

—¿Y cómo lo consigo? —preguntó Raistlin en tono agresivo—. ¿Choco con él cuando pase por el pasillo?

—Reza a la reina Takhisis. Pídele que interceda por ti.

—¿Por qué iba a hacerme caso? —Raistlin se encogió de hombros—. Tú misma dijiste que había dado la espalda a todos los hechiceros desde que Nuitari la abandonó.

—Sí, pero parece que la Reina Oscura te tiene en cierta estima. Te salvó del Señor de la Noche, ¿ya no te acuerdas? —repuso Iolanthe con una sonrisa maliciosa—. Porque fue la Reina Oscura quien te salvó, ¿verdad?

Raistlin murmuró algo y se fue.

Las preguntas y las insinuaciones de Iolanthe lo sacaban de sus casillas. Nunca sabía qué pensar de aquella mujer. Ciertamente, ella había evitado que los arrestaran. Los guardias del templo habían ido a interrogar a Raistlin poco después de que los dos huyeran de El Broquel Partido. Pero Raistlin tenía la sensación de que Iolanthe lo había salvado por la misma razón por la que un dragón perdona a sus víctimas: lo mantenía con vida para devorarlo más tarde.

Raistlin no tenía la menor intención de hablar con Takhisis. La Reina Oscura seguía buscando el Orbe de los Dragones. Aunque esperaba tener la suficiente entereza para ocultárselo, no querría correr riesgos. Ésa era otra de las razones por las que se marchaba. Takhisis tenía un altar en el Palacio Rojo y podía percibir su presencia en el edificio. Hasta ese momento, había conseguido no acercarse al altar.

El día que había decidido partir pasó la mañana en la biblioteca del palacio. Dado que Ariakas practicaba la magia, Raistlin había albergado la

esperanza de encontrar sus libros de hechizos. Pero, por lo visto, la magia no era algo por lo que Ariakas se preocupara mucho, pues no tenía libros de hechizos y, en general, no era muy dado a la lectura. Los únicos volúmenes de la biblioteca eran los que había dejado el Espiritual y estaban dedicados a las glorias de Takhisis. Raistlin se aburrió de leer unos cuantos de esos libros al cabo de los días y abandonó la búsqueda.

Únicamente dio con un tomo de cierto interés, un libro delgado que Ariakas sí había leído, pues Raistlin encontró sus burdas anotaciones garabateadas en los márgenes. Se titulaba *La Corona del Poder: una crónica*. Lo había redactado algún escribano al servicio de Beldinas, el último Príncipe de los Sacerdotes, y relataba la creación de la corona, que, según el Príncipe de los Sacerdotes, databa de la Era de los Sueños.

La corona era obra de un dirigente de los ogros y supuestamente se había perdido y encontrado en varias ocasiones a lo largo de los tiempos. Según la crónica del libro, la corona había estado en posesión de Beldinas antes de la caída de Istar. Una nota añadida por Ariakas al final indicaba que la corona había vuelto a descubrirse poco después de que Takhisis desenterrara la Piedra Angular. También había anotada una lista de algunos de los poderes mágicos de la corona, aunque, para desilusión de Raistlin, Ariakas no daba muchos detalles. El emperador no parecía interesado en los poderes de la corona, a excepción de aquel que protegía de los ataques físicos a quien la llevara. Ariakas había subrayado esa parte.

Raistlin devolvió el libro a su estante y salió de la biblioteca. Recorrió los salones del palacio, mirando al suelo e inmerso en sus pensamientos. Cuando llegó a lo que creía que era su habitación, abrió la puerta. Lo recibió un intenso olor a incienso que le hizo toser. Miró alrededor, sorprendido, y descubrió que no estaba en su dormitorio. Estaba en el último lugar de Krynn en el que desearía estar. No sabía cómo, había llegado al santuario de Takhisis. Era una estancia extraña, pues su forma recordaba a la de un huevo. Tenía el techo abovedado y decorado con las cinco cabezas del dragón, todas con la mirada fija en Raistlin. Los ojos de la bestia estaban pintados de tal manera que parecía que lo seguían, así que daba igual hacia dónde caminara, pues no podía escapar de su escrutinio.

En el centro de la habitación se encontraba el altar a Takhisis. El incienso ardía de forma perpetua y el humo se alzaba desde un origen desconocido. El olor resultaba empalagoso, se metía por la nariz y atascaba los pulmones. Raistlin empezó a sentirse mareado y, temiendo que fuera venenoso, se tapó la nariz y la boca con la manga, y trató de respirar lo menos posible.

Raistlin se volvió para salir, pero la puerta se había cerrado a su espalda. Su nerviosismo se acrecentó. Buscó otra salida. Al final de la estancia había otra puerta abierta. Para llegar a ella, Raistlin tendría que pasar junto al altar, que estaba envuelto en el humo que, sin lugar a dudas, estaba produciéndole aquellas molestias. La estancia se encogía y se alargaba, el suelo se ondulaba bajo sus pies. Aferrándose al Bastón de Mago para que sostuviera sus pasos vacilantes, avanzó tambaleante entre los bancos, en los que los devotos debían sentarse para reflexionar sobre su insignificancia.

Una voz de mujer lo detuvo.

Te arrodillarás ante mí.

Raistlin se quedó paralizado, la sangre se le congeló en las venas. Se apoyó en el Bastón de Mago para recuperar el equilibrio. La voz no volvió a hablar y, después de un largo silencio, dudó de si realmente la habría oído o sólo la habría imaginado.

Dio otro paso.

¡Arrodíllate ante mí! Entrégate a mí —oyó la voz, y añadió con voz cautivadora—: *Ofrezco generosas recompensas a aquellos que se subyugan.*

Raistlin no podía seguir dudando. Levantó la vista hacia el techo. Una luz turbia, como la luz de la luna oscura, ardía en los ojos de las cinco cabezas de dragón. Cayó de hinojos y humilló la cabeza.

—Su Majestad —dijo Raistlin—, ¿cómo puedo servirlos?

Deja el Orbe de los Dragones en el altar.

A Raistlin le temblaron las manos. Se le encogió el corazón. Los humos ponzoñosos le embotaban la mente y le costaba pensar. Metió la mano en la bolsa y apretó el Orbe de los Dragones, sin querer soltarlo. Le pareció estar oyendo la voz de Fistantilus, que pronunciaba las palabras mágicas con furia y desesperación, con la vana esperanza de destruir al dragón y liberarse de su prisión.

—Os serviré en todo menos en eso, mi reina —dijo Raistlin.

Un peso aplastante cayó sobre él. Era el peso del mundo, y Raistlin se hundía bajo él. Takhisis iba a desintegrarlo, a pulverizarlo. Raistlin apretó los dientes, se aferró al Orbe de los Dragones y no se movió.

Entonces, el peso, de repente, se aligeró.

Haré que cumplas tu promesa.

Raistlin se encogió en el suelo, tembloroso. La voz no volvió a hablar. Lentamente, se levantó con movimientos vacilantes. La luz oscura brillaba en los ojos de las cabezas. Todavía podía sentir la maldad de la reina, un aliento frío que silbaba a través de unos afilados colmillos.

Raistlin se sentía aliviado, pero le confundía haber salido entero del encuentro. Takhisis podía haberlo aplastado como a una hormiga. Se preguntaba por qué no lo había hecho.

De golpe comprendió la razón y lo recorrió un escalofrío. Había sentido el peso del mundo, pero no el peso de Takhisis.

—No puede tocarme —se dijo, conteniendo el aliento.

Al regresar los Dragones del Mal, los sabios habían dado por hecho que Takhisis también había vuelto. Pero Raistlin ya no estaba tan seguro. Takhisis podía alcanzar a los mortales con su mano espiritual, pero no con la física. No podía ejercer el poder con toda su fuerza e ímpetu, lo que significaba que todavía no había entrado completamente en el mundo. Algo la detenía, le bloqueaba el paso.

Cavilando sobre esa cuestión, Raistlin casi echó a correr hacia la salida. Sentía la crueldad de los ojos y su oscuro odio clavados en su espalda. Parecía que la puerta de doble hoja estaba tan lejos como el final de los tiempos, pero por fin logró llegar a ella. Empujó y se abrió en cuanto la tocó. Salió del santuario y oyó el suspiro de las hojas cerrándose a su espalda. Llenó sus pulmones de aire fresco, aliviado. La sensación de mareo desapareció.

Se encontró en un vasto salón cuyo ornamentado techo se sostenía sobre unas imponentes columnas de mármol negro. Nunca había estado en esa parte del palacio, y estaba preguntándose cómo salir de allí cuando oyó que

alguien se acercaba. Al levantar la vista, vio a Ariakas. Por primera vez, Ariakas también lo vio a él.

«Esto no es ninguna coincidencia», pensó Raistlin, y se puso tenso.

Ariakas le preguntó por su habitación, si la encontraba de su gusto. Raistlin contestó que así era, sin mencionar que tenía la intención de abandonarla en cuanto tuviera ocasión. Ariakas mencionó que Raistlin tenía que estar agradecido a Kit por su «puesto», lo que significaba, dado que Raistlin todavía no tenía ningún puesto, que no tenía nada que agradecerle. Raistlin se limitó a decir que era mucho lo que debía a su hermana.

A Ariakas no debió de gustarle el tono que empleó, pues frunció el entrecejo y dijo algo sobre que la mayoría de los hombres se humillaban y acobardaban delante de él. Después de haberse negado a humillarse y acobardarse ante la reina, Raistlin no estaba dispuesto a arrastrarse ante el lacayo de ésta. No obstante, no pudo evitar mostrarse un poco adulator y, más o menos, le contestó que sentirse impresionado no le hacía sentirse temeroso, y añadió que sabía que a Ariakas no le servían para nada los hombres temerosos.

—Preferiría que me admirarais —replicó Raistlin.

Ariakas se echó a reír y dijo que todavía no lo admiraba, pero que quizá lo hiciera algún día, cuando demostrara que lo merecía. Después, Ariakas siguió su camino.

Ese mismo día Raistlin se fue del Palacio Rojo. Recorrió los corredores de la magia para no tener que cruzar una de las puertas de la ciudad. No obstante, no tuvo más remedio que caminar por las calles de la ciudad, y se le aceleró el pulso cuando vio a dos draconianos con la insignia de la guardia del templo.

Por suerte para él, el alboroto provocado por la muerte del Ejecutor había ido apaciguándose. El Señor de la Noche creía que los Túnica Negra de la Torre habían tenido algo que ver con el asesinato y, como los tres estaban muertos, había dejado de dar caza a los hechiceros. Había arrestado a numerosos «cómplices», había torturado a las víctimas hasta que habían confesado, les había dado muerte y después había anunciado que el caso estaba cerrado.

Raistlin temió que un pececillo tan pequeño como Mari hubiera quedado atrapado en las amplias redes del Señor de la Noche. Preguntó por la calle y descubrió que todos los sospechosos habían sido humanos, cosa que lo dejó más tranquilo. Se dijo a sí mismo que su preocupación por la kender sólo se debía a que había sido tan estúpido como para decirle su verdadero nombre.

Con la certeza de que no sabría nada de un puesto ofrecido por Ariakas, Raistlin tenía que ganarse la vida, recuperar su daga y pagar la habitación y su manutención. La forma más rápida de ganarse unas cuantas piezas de acero era vender sus pociones a Snaggle, concluyó Raistlin.

Regresó a El Broquel Partido. Recogió la llave y abrió la puerta de su habitación. Se encontró con el colchón destripado, los muebles despedazados y un agujero en la pared.

Raistlin también encontró una nota de Talent Orren sujeta a una pata de la cama, en la que le exigía dos piezas de acero en concepto de daños. Raistlin lanzó un profundo suspiro y se puso manos a la obra.

15

Pelo de Trol *Un especial de El Remolino*

DÍA DECIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin pasó los dos días siguientes trabajando con sus pociones en la soledad de la torre. Había llegado la mañana del día decimotercero y se había encontrado con los draconianos, que, por fin, se llevaban los cadáveres de los Túnicas Negros asesinados. Raistlin pidió que le dejaran ver el último cuerpo antes de que lo sacaran arrastrándolo. No habría podido decir quién era por los despojos secos que quedaban de él. Quizá fuera Barrigón, al fin al cabo aquel montón de huesos cubiertos por una piel seca como el pergamino se encontraba en su cama.

En el cuerpo no había quedado ningún líquido. Debía de haber sido una muerte lenta, dolorosa y cruel. El cadáver tenía la boca abierta, las mandíbulas se le habían desencajado en un último grito. Los dedos descarnados se aferraban a las sábanas. Las piernas habían quedado retorcidas. Los ojos semejaban dos uvas pasas.

Los draconianos se movían nerviosamente por la habitación mientras Raistlin estudiaba el cadáver. Los soldados miraban constantemente repiqueteando los dedos sobre sus armas. Cuando Raistlin anunció que

había acabado, envolvieron apresuradamente el cuerpo con la sábana, lo sacaron y lo lanzaron al carro en el que ya estaban los otros dos.

Raistlin se puso a recoger la cocina. Mientras frotaba una olla, repasó las pruebas mentalmente y llegó a la conclusión de que había descubierto la identidad del Espectro Negro.

—Pero no tiene sentido...

Tuvo una idea. Raistlin se detuvo cuando estaba a punto de tirar un repollo podrido, volvió a pensarlo y se dijo a sí mismo, encogiéndose de hombros: «Kitiara. No hay duda.»

Raistlin no había olvidado su interés en La Luz Oculta. A lo largo de dos días, apenas pensó en otra cosa mientras trabajaba. La decisión sobre la que tanto reflexionaba le cambiaría la vida, quizá incluso terminara con ella, y no quería precipitarse. Al final decidió que al menos llevaría a cabo algunas investigaciones a ver qué podía sacar en claro. Cuando acabó el trabajo de ese día, se encaminó a El Pelo de Trol.

La taberna estaba en las afueras del Barrio Verde. A Raistlin no le costó mucho dar con ella, pues era el único edificio, de cualquier tipo, que se levantaba en esa parte de la ciudad. A diferencia del Barrio Blanco, donde se encontraban almacenes, curtidurías y todo tipo de artesanos necesarios para abastecer a un ejército, en el Barrio Verde sólo se daban cita las peores alimañas, ya fueran de dos o de cuatro patas.

La Reina Oscura no habría podido declarar la guerra sin la lealtad y el sacrificio de las razas que la veneraban: goblins, hobgoblins, ogros, minotauros y la recientemente creada raza de los draconianos. Pero eran los humanos quienes, excepto en contadas ocasiones, lideraban las tropas de Takhisis, y los oficiales humanos no disimulaban el desprecio que sentían por la «escoria» que combatía y moría en las filas.

Los goblins y los hobgoblins, los ogros y los minotauros estaban acostumbrados a ese trato, pero eso no significaba que les gustase. Y los draconianos ni siquiera estaban acostumbrados a ese desprecio. Se consideraban a sí mismos muy superiores a los humanos en cuanto a fuerza, inteligencia y destreza. En cuanto rompían el huevo, los draconianos eran adoctrinados para convertirse en guerreros, por lo que estaban empezando a

rebelarse contra sus oficiales humanos y a provocar tensiones entre los goblins y los hobgoblins, que ya estaban más que hartos de derramar su sangre y no obtener a cambio nada más que latigazos y mala comida.

Como consecuencia, la moral en las filas de los ejércitos de los Dragones estaba peligrosamente baja. En el campo de batalla cada vez se encontraban más cadáveres de oficiales humanos con flechas clavadas en la espalda, lo que significaba que sus propios soldados les habían disparado por detrás. Numerosas divisiones de hobgoblins habían abandonado las armas y se negaban a luchar hasta no recibir la paga. Como las fuerzas se segregaban por razas, los «hobs y gobs, dracos y vacas», como se les llamaba de forma despectiva, se concentraban en el Barrio Verde, el único en el que eran bienvenidos.

Abarrotaban las calles, la mayoría en diferentes estados de embriaguez. La cerveza era una forma barata de levantar los ánimos. Los soldados siempre andaban en busca de pelea, ansiosos por vengar todos sus males, y los humanos eran sus objetivos favoritos. Los humanos que se veían obligados a cruzar la Puerta Verde y a adentrarse en el Barrio Verde habían aprendido que era mejor llevar unos cuantos amigos que les cubrieran la espalda.

Raistlin había dado por hecho que tendría que pasar alguna prueba para demostrar su valía, pero no se le había pasado por la cabeza que la primera dificultad fuera llegar sano y salvo a El Pelo de Trol. En cuanto puso los pies en el Barrio, quedó rodeado por una muchedumbre que lo abucheaba. El hecho de que vistiera la túnica negra de hechicero no significaba nada para los draconianos. Raistlin se quitó la capucha para que los últimos rayos del sol realzaran el dorado de su tez y el blanco de su larga melena. Su aspecto inquietante hizo que la multitud se apartase y le dejase pasar, aunque no dejaron de gritarle y amenazarle.

Se obligó a caminar con paso tranquilo. Clavó la mirada en su destino y no mostró reacción alguna cuando una bola de barro lo golpeó en medio de la espalda. No tenía la menor intención de que lo arrastraran a una pelea. Todavía tenía que recorrer otra manzana, pero empezaba a albergar serias dudas sobre si lo lograría.

Lo alcanzó otro proyectil de barro, esta vez en la cabeza. No fue un golpe muy duro ni especialmente doloroso, pero se daba perfecta cuenta de que la situación empeoraba por momentos.

Un grupo de goblins babeantes, armados con puñales, no bolas de barro, se acercaba a él. Raistlin estaba empezando a admitir que no le quedaba más remedio que luchar. Cogió un trozo de piel de una bolsa y se preparó para pronunciar las palabras de un hechizo que dispararía un rayo de su mano, hasta acabar uno a uno con todos los goblins. Pero entonces sintió que le tiraban de la manga. Bajó la vista y allí estaba Mari.

—Hola, hola, Raist —le saludó la kender alegremente.

Ya no vestía de negro, sino con los colores brillantes que preferían los kenders. Parecía que había cogido «prestadas» la mayoría de las prendas, porque ninguna era de su talla. La blusa era demasiado grande y las mangas se le escurrían sobre las manos cada dos por tres. Los calzones eran demasiado cortos y dejaban al aire los calcetines, desparejados y andrajosos. Se había atado las trenzas rubias en lo alto de la cabeza, de forma que los dos extremos parecían las orejas de un conejo.

Dijo algo más que Raistlin no pudo oír por culpa del ruido. Mari meneó la cabeza.

—¡Callaos, cabrones! —chilló, volviéndose hacia los goblins. Los goblins se contentaron con emitir un bramido—. ¿Qué te trae a esta parte de la ciudad? —Mari le hizo la pregunta a gritos. Raistlin se asombró de que la kender le preguntara eso a pleno pulmón, en nombre del Abismo, pero entonces recordó la respuesta correcta.

—Acabo de escapar de El Remolino —respondió, con un ojo en los goblins. Después, añadió fríamente—: Y no me llamo Raist.

Mari le sonrió.

—Ahora mismo diría que te llamas Hombre Muerto. Tiene toda la pinta de que no te iría mal que te echaran una mano. —Antes de que pudiera responder, Mari anunció a voces—: ¡Cerveza gratis en El Trol Peludo! ¡Nuestro amigo Raist paga la ronda!

Los abucheos se convirtieron en ovación. Los goblins salieron disparados, empujándose y poniéndose la zancadilla para ser los primeros

en llegar a la taberna.

Raistlin contempló su loca carrera. Volvió a meter el trozo de piel en la bolsa.

—¿Por cuánto me va a salir? —preguntó con una sonrisa compungida.

—Lo apuntaremos en tu cuenta —contestó Mari.

Lo cogió de la mano y tiró de él en dirección a la taberna. Raistlin no estaba muy seguro de que entrar en aquella estructura de maderas tambaleantes fuese buena idea, pues bastaría un buen estornudo para echarla a tierra. El local tenía dos pisos, pero Mari lo informó de la suerte que había corrido un goblin que se había aventurado a subir al segundo: había caído a través de las tablas podridas del suelo y se había quedado encajado en el agujero, lo que hizo las delicias de la clientela que abarrotaba el piso inferior. Los parroquianos todavía señalaban alegremente el agujero del techo y contaban cómo se agitaban las piernas del desafortunado goblin, hasta que alguien tiró de él y cayó estrepitosamente sobre las mesas.

Tiempo atrás había habido una chimenea, pero se había derrumbado y nadie se había tomado la molestia de rehacerla. Los muros de la taberna estaban decorados con dibujos obscenos y palabrotas. En algún tiempo remoto, en la fachada delantera colgaba un cartel grande con el dibujo de un trol muy peludo. Pero ahora el cartel estaba apoyado en el edificio, o quizá el edificio se apoyaba en el cartel. Raistlin no estaba muy seguro. Los asiduos del lugar aseguraban que si no fuera por el letrero, el edificio ya se habría caído.

Por lo visto, también había habido una puerta que cerraba la entrada, pero lo único que quedaba de ella eran las bisagras, oxidadas. Según Mari, de todos modos no se necesitaba una puerta para nada, porque El Trol Peludo nunca cerraba. Siempre estaba atestado, fuera de día o de noche.

El tufo a cerveza rancia, a vómito y a sudor de goblin recibió a Raistlin como una bofetada en cuanto cruzó el umbral. El hedor era malo, pero el estruendo resultaba ensordecedor. El bar estaba lleno de soldados. Los barriles vacíos de cerveza servían como mesas. Los clientes se agolpaban alrededor, de pie, o se sentaban en unos bancos vacilantes. No se veía la

barra por ningún sitio. El propietario de la taberna, un medio ogro llamado Slouch, estaba sentado junto a un barril de cerveza, llenando las jarras y cogiendo las piezas de acero, que dejaba caer en una caja de hierro que tenía al lado. Slouch nunca hablaba y era raro verlo lejos de su caja de hierro. No prestaba ninguna atención a nada de lo que sucediera en el bar. A su lado podía estallar la más sangrienta de las peleas, que él ni siquiera levantaba la vista. Toda su atención se concentraba en la cerveza que vertía en las jarras y en las monedas de acero que pasaban a su cofre.

La norma era que el cliente pagaba su bebida por adelantado (Slouch no confiaba en sus clientes, y con razón) y después buscaba un sitio. También servían cerveza unos enanos gully, que se abrían camino entre las piernas de los parroquianos, esquivando patadas y sorteando puñetazos. Mari escoltó a Raistlin hasta un banco y le dijo que se sentara. Raistlin hizo como que no había visto la mugre y obedeció.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó la kender.

Raistlin miró los vasos sucios que pasaban de las manos inmundas de los gully a las manos mugrientas de los clientes y respondió que no tenía sed.

—¡Oye, Maelstrom! —voceo Mari. Su voz chillona se alzaba sobre los aullidos, los gruñidos y las carcajadas—. ¡Dile a Slouch que mi amigo Raist, aquí presente, quiere un especial!

Su grito iba dirigido a uno de los hombres más corpulentos y más feos que Raistlin había visto jamás. Maelstrom era alto y ancho de espaldas como un minotauro. Era muy moreno. Sus ojos negros apenas se veían bajo sus cejas espesas y oscuras, y sujetaba su melena larga y grasienta en una cola. Vestía completamente de piel: chaleco, pantalones y botas. Nadie lo había visto nunca vestir otra cosa: ni camisa, ni capa, e incluso en los días más gélidos del invierno iba a cuerpo gentil.

Maelstrom había clavado sus ojos negros en Raistlin en el mismo momento en que éste había entrado y, tras el grito de Mari, asintió con un gesto impreciso y dijo algo a Slouch. El medio ogro desplazó su gran mole y llenó dos jarras bajo la espita de una barrica. Maelstrom se dignó a acercarles las jarras en persona, avanzando sin problemas entre la

muchedumbre. A su paso, daba codazos a los draconianos, empujones a los goblins y tales puntapiés a los enanos gully que los dejaba patas arriba. No apartó los ojos de Raistlin ni un solo segundo.

Maelstrom se sentó en un extremo del largo banco, que gimió bajo su peso descomunal. El otro extremo se levantó. Los pies de Raistlin se despegaron del suelo. El hombre plantó una jarra delante del hechicero y se quedó con la otra.

—Éste es mi amigo Raist —dijo Mari—. Aquel del que te hablé. Raist, te presento a Maelstrom.

—Raist —lo saludó Maelstrom, haciendo un gesto impreciso con la cabeza.

—Me llamo Raistlin.

—Raist —repitió Maelstrom, frunciendo el entrecejo—, bebe.

Raistlin reconoció el olor acre y áspero del aguardiente enano, y no pudo evitar acordarse de su hermano, al que tanto le gustaba aquel licor tan fuerte. Raistlin apartó la jarra de sí.

—Gracias, pero no.

Maelstrom se bebió su jarra de aguardiente de un solo trago, echando la cabeza hacia atrás. Pero no por eso dejó de mirar fijamente a Raistlin. Dejó la jarra en la mesa con un golpe sordo.

—He dicho «bebe, Raist». —Las dos espesas cejas del hombre se juntaron en una sola. Con una mirada maliciosa, se inclinó hacia Raistlin—. O a lo mejor como eres uno de esos hechiceros melindrosos que están por encima de todo, te crees demasiado bueno para beber con gentuza como yo y mi amiga.

—Qué va, Raist no piensa eso —intervino Mari—. ¿A que no, Raist? —Volvió a empujar la jarra de aguardiente enano hacia él.

Raistlin la cogió, la olió y echó un trago. El líquido abrasador le quemó la garganta, le cortó la respiración, le llenó los ojos de lágrimas y le provocó un ataque de tos. Mari, muy considerada, le ofreció su propio pañuelo, que de alguna forma había ido a parar al calcetín de la kender. Raistlin tosió más, consciente de que los ojos de Maelstrom no se despegaban de él, mientras Mari le daba golpecitos en la espalda.

Maelstrom propinó una patada a un gully que pasaba por allí y pidió otras dos jarras.

—Bebe, Raist. Viene otra de camino.

Raistlin levantó la jarra, pero parecía que los dedos no le respondían. La taza se le resbaló y cayó estrepitosamente al suelo. Dos gully se encargaron de limpiar el estropicio. Se pusieron de rodillas sin esperar un segundo y empezaron a lamer el aguardiente derramado.

Raistlin se derrumbó allí mismo. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo inerte.

Maelstrom gruñó.

—Largo y flaco —fue su comentario—. Yo digo que lo tiremos en medio de la calle.

—No pasa nada, Raist está perfectamente. Es que no está acostumbrado a lo bueno —lo defendió Mari.

Maelstrom levantó la cabeza de Raistlin cogiéndolo por el pelo y lo enderezó. Miró atentamente los ojos del hechicero.

—¿Está haciéndose el muerto?

—No creo —contestó Mari. Le dio un buen pellizco en el brazo. Raistlin no se movió. Ni siquiera le temblaron los párpados—. Está fuera de combate.

Maelstrom agarró a Raistlin y se lo echó a la espalda sin esfuerzo aparente, como si fuera un gully.

—Ten cuidado con él, Mal —le advirtió Mari—. Lo encontré yo. Es mío.

—Vosotros, los kenders, siempre estáis «encontrando» cosas —masculló Maelstrom—. Y la mayoría estaría mejor en las cloacas.

El gigantón le hundió bien la capucha a Raistlin, lo cogió por las piernas y lo arrastró fuera de El Pelo de Trol, entre risotadas y comentarios groseros sobre lo poco que aguantaban los humanos un buen licor.

16

El Botín de Lute Una oferta de trabajo

DÍA DECIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La noche era agradable, al menos todo lo agradable que podía ser una noche en Neraka, que siempre parecía envuelta en una nube eterna hecha de bruma, humo y polvo. Talent Orren estaba de buen humor y cruzó despacio la Puerta Roja, silbando una cancioncilla alegre. Los guardias que estaban de servicio lo saludaron con entusiasmo, lanzando miradas sedientas al odre que llevaba consigo, el cual se apresuraron a «confiscar». Talent les entregó el vino con una sonrisa y les dijo que esperaba que fuese de su agrado.

Como aquella noche ninguna luna iluminaba el cielo, Talent llevaba un farol para que alumbrara su camino. Giró a la izquierda en la primera calle y después se dirigió a un edificio en forma de «T» que se encontraba al final. No estaba solo. Soldados humanos y draconianos patrullaban las calles del Barrio Rojo con aire eficiente. El contraste con el Barrio Verde era evidente. Aquella calma relativa también podía tener algo que ver con el hecho de que el comandante en jefe del Ejército Rojo de los Dragones, Ariakas, estuviera en la ciudad.

Los draconianos ignoraban a Talent, pues tendían a menospreciar a todos los humanos. En cambio, la mayoría de los soldados humanos lo

conocían y lo apreciaban, por eso le dedicaban sus mejores insultos. Orren les correspondía como buenamente podía. Más tarde los vería a todos en su taberna, donde, en un acto de generosidad, los libraría de la carga de su paga.

El destino de Talent era una casa de empeño conocida como El Botín de Lute. Al llegar abrió la puerta y entró. Se detuvo un momento para acostumbrarse a la intensa luz, señal de la buena marcha del negocio. De las vigas del techo colgaban siete lámparas de cristal de una belleza deslumbrante. Lute contaba que se las había comprado a un señor elfo desesperado por huir de Qualinesti antes de que el ejército de los Dragones atacara. Lute había pagado a la bruja del emperador, Iolanthe, una cantidad irrisoria para que conjurara las lámparas con un hechizo de luz mágica. La luz tenía una tonalidad muy blanca, y algunos clientes la encontraban demasiado intensa y protestaban porque les hacía llorar los ojos, pero a Talent le parecía tranquilizadora, incluso reconfortante.

Cuando sus ojos se adaptaron a la luz y vio cómo podía pasar entre el batiburrillo de objetos sin romperse la crisma, dio las buenas noches a los guardianes de Lute, dos mastines enormes. Los animales respondían a los nombres de *Shinare* y *Hiddukel*, y devolvieron el saludo a Talent con unos cuantos latigazos de sus colas y una inundación de babas. Uno de ellos, sentado sobre los cuartos traseros, apoyó las patas delanteras en el pecho del hombre y le lamió las mejillas. El perro era varios centímetros más alto que Talent.

Talent jugó con los perros mientras esperaba a poder hablar con Lute, quien, sentado en un taburete alto detrás del mostrador, cerraba un trato con un soldado del Ejército Rojo de los Dragones. Al ver a Talent, Lute olvidó un momento el regateo para refunfuñar algo a su amigo.

—Oye, Talent, ¿qué era esa comida para cerdos que me mandaste para cenar?

Lute era un tipo rechoncho con una cabezota considerable. Con expresión hosca, siempre presumía de que era la persona más vaga de Ansalon. Todas las mañanas se desplazaba desde la cama, que estaba en una habitación situada justo detrás del mostrador, hasta el taburete, donde se

pasaba sentado el día entero, excepto en los momentos en que visitaba la bacinilla. Cuando llegaba la hora de cerrar la tienda, bien entrada la noche, Lute se deslizaba del taburete y, balanceándose, recorría los pocos pasos que lo separaban de la cama. Sobre los ojos le caía una mata de pelo rizado y negro que se unía con la tupida barba, negra y rizada, en algún punto cerca de la nariz, así que no era fácil definir dónde empezaba la barba y terminaba la melena. Unos ojos pequeños y penetrantes brillaban a través de la espesura.

—Estofado de conejo —contestó Talent.

—¡Menuda porquería! ¡Más bien parecía un enano gully al vapor! —exclamó Lute.

—Haberlo devuelto —sugirió Talent.

—Aquí el amigo tiene que alimentarse de algo. —Lute gruñó y volvió a concentrarse en el regateo.

Talent sonrió. Su estofado de conejo era bueno, no había otro mejor en esa parte del mundo. Lute siempre estaba quejándose de algo.

Si Lute tenía apellido, nadie lo sabía. Afirmaba que era humano, pero a Talent no lo engañaba. Una noche, cuando no hacía mucho que se conocían, Lute se había adentrado algo más de la cuenta en los caminos traicioneros del aguardiente enano y le había contado a Talent que su padre era un enano del reino de Thorbardin. Cuando Talent lo mencionó a la mañana siguiente, Lute se puso hecho una furia y negó que él hubiera dicho tal cosa. Se pasó una semana sin hablar con él. Talent nunca había vuelto a sacar el tema.

Talent paseó entre los montones de trastos que abarrotaban el almacén. En el Botín de Lute había objetos provenientes de todo Ansalon. Talent solía decir que podía seguir los avances de la guerra por los artículos expuestos en la tienda. En la misma habitación había pinturas y tapices de Qualinesti; un juego de sillas que se decía que venía de la famosa posada de El Ultimo Hogar de Solace; alguna que otra cosa del reino de los enanos, pero no demasiadas, porque Thorbardin había rechazado a los ejércitos de los Dragones. No había nada procedente del reino elfo de Silvanesti, pues se decía que esa tierra estaba maldita y nadie se acercaba. En cambio, se acumulaba un sinfín de objetos de la zona oriental de Solamnia, que había

caído bajo el yugo de la Dama Azul, aunque hasta donde sabía Talent, Palanthas todavía resistía.

Esperó pacientemente a que el soldado cerrara su negocio. Al final el hombre aceptó el precio, aunque afirmaba que estaba muy por debajo del valor de lo que fuera que estaba intentando vender. El soldado se fue de muy mal humor, apretando las monedas en la mano. Talent lo reconoció, porque era un habitual de su taberna, y supuso que aquellas monedas no tardarían en acabar en su caja fuerte.

Después de que el soldado saliera dando un portazo, Lute levantó su bastón negro y lo agitó en el aire. Era la señal para que Talent cerrara la puerta y la atrancara. Si Talent no hubiera estado allí para atrancarla, lo habría hecho *Shinare*, pues Lute lo había adiestrado para tal menester. Después, su compañero *Hiddukel* empujaría una barra de hierro con el morro, hasta que la puerta quedara bien atrancada y no pudiera abrirse desde fuera. De esa manera, Lute se ahorraba la fatigosa tarea de caminar desde el mostrador hasta la puerta y vuelta al mostrador.

La principal misión de los mastines consistía en disuadir a los ladrones. Saludaban a los clientes a la entrada y los escoltaban por toda la tienda, gruñendo cada vez que osaban tocar algo sin tener el permiso de Lute. En caso de que alguien se arriesgara a robar algo y saliera corriendo, Lute no tenía más que recurrir a la pequeña ballesta que tenía en el mostrador, junto a la taza de té de vainas, que le gustaba muy fuerte y con un buen chorro de miel. Si alguien dudaba de la destreza de Lute con la ballesta, él señalaba la calavera de un goblin sujeta a la pared con una flecha que le atravesaba un ojo.

Talent estaba a punto de colocar la barra de la puerta, cuando oyó que alguien llamaba. Escudriñó las sombras pero al principio no vio nada.

—Aquí abajo, cegato —dijo Mari.

Talent bajó la vista a la altura de la kender.

—Ya se ha hecho la entrega —anunció ella.

—Muy bien, gracias —respondió Talent.

Mari le hizo un gesto de despedida con la mano y echó a correr en la noche. Talent volvió a cerrar la puerta.

—¿Era la kender? —preguntó Lute, ceñudo—. No ibas a dejar entrar a esa ladronzuela, ¿verdad?

Talent sonrió.

—No, estás a salvo. Ha venido a informar de que la mercancía se ha entregado.

—Bien. Tú te ocupas de eso.

Lute inició las complicadas maniobras de descenso del taburete. Talent, acompañado por los dos mastines, se abrió camino a través del laberinto de cosas y por fin llegó junto al mostrador.

—¿Alguna noticia del tal Berem? —preguntó.

—Por el momento, ninguna —contestó Lute—. Dos hombres, ambos llamados Berem, han entrado en la ciudad a lo largo de la semana. Nuestros chicos estaban esperando en las puertas y lograron hacerse con ellos antes que los guardias de Neraka. Maelstrom los llevó a El Trol Peludo y los interrogó.

—Entiendo que ninguno de los dos tenía una gema verde incrustada en el pecho o un «rostro de anciano con ojos de joven».

—Uno tenía cara de viejo con mirada esquiva y el otro, rostro joven con ojos de joven. Aunque eso no les habría librado de que el Señor de la Noche los torturara. ¿Te acuerdas del Berem al que cogieron el otoño pasado? El Señor de la Noche le abrió el pecho y le rompió el esternón para asegurarse de que no escondía allí una esmeralda.

—¿Qué pasó con los dos últimos Berem?

—Uno era un ratero. Maelstrom le advirtió que si pensaba quedarse en Neraka, sería mejor que no se acercara por El Trol Peludo y que seguramente le iría bien cambiarse de nombre. El otro Berem era un muchacho de catorce años, el hijo de un granjero que se había escapado de casa y había venido a la ciudad a probar fortuna. Al mocoso no hubo necesidad de advertirle de nada. Después de ver nuestra hermosa ciudad, el pobre estaba muerto de miedo. Maelstrom le dio una pieza de acero y lo mandó de vuelta con su mamá.

—Me pregunto qué tendrá tan especial ese Berem —dijo Talent con aire meditabundo, como tantas otras veces.

Lute gruñó.

—¿Aparte del hecho de que le asoma una esmeralda entre los pelos del pecho?

—Hay que ser tan ingenuo como un goblin para creer esa historia. Lo más probable es que lleve un colgante con una esmeralda o algo así. Una piedra preciosa incrustada en el pecho, ¡por favor!

—No sé —repuso Lute en voz baja—. Cosas más raras se han visto, amigo mío. ¿Qué vas a hacer con la mercancía que acaba de llegar?

—Tener una charla con él. Tal vez le ofrezca un trabajo si me gustan sus pintas.

Lute frunció el entrecejo y, con ese gesto, lo poco que se le veía de la cara desapareció entre el pelo y la barba.

—¿Para qué demonios quieres ofrecerle un trabajo? Para empezar, es un hechicero, y son todos unos...

—Excepto la encantadora Iolanthe —dijo Talent con astucia.

Quizá Lute se sonrojó. Era difícil saberlo, debajo de tanto pelo. Fuera como fuese, dejó pasar la insinuación de Talent.

—Para seguir con nuestro tema, es un agente del Señor de la Noche.

—Entonces, ¿por qué le salvó la vida a Mari?

—¿Se te ocurre una forma mejor para que lo aceptásemos en nuestras filas? ¿Para descubrir nuestros secretos?

Talent sacudió la cabeza.

—Los agentes del Señor de la Noche no suelen ser tan listos. Pero si de verdad lo es, no tardaré en descubrirlo. Rechazará el trabajo que le voy a ofrecer porque implicará que se vaya de Neraka, y no estará dispuesto si el Señor de la Noche lo ha enviado espiarnos. Si acepta, puede ser un buen trato.

—¿De qué trabajo se trata?

—De lo que estuvimos hablando la otra noche, ya sabes. Precisamente él es su hermano.

—¿Y confías en él? —Lute fruncía el entrecejo—. Estás mal de la cabeza, Orren. Siempre lo he dicho.

—Confío en él tanto como en una noche sin luna en compañía de varios Túnicas Negras —repuso Talent—. Pero a Mari le gusta y los kenders suelen tener buen olfato con las personas. Incluso le gustas tú, ¿qué más quieres?

Lute resopló con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse. Recuperó el equilibrio y, apoyándose en el bastón, cogió el té y la ballesta, y echó a caminar hacia la cama. A medio camino, se volvió.

—¿Qué pasa si tu hechicero rechaza el trabajo?

Talent se pasó un dedo por el bigote.

—¿Ya has dado de comer a los mastines esta noche?

—No.

—Pues no lo hagas.

Lute asintió, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Talent silbó a los dos perros, que lo siguieron trotando obedientemente. Se dirigió al fondo de la tienda, apartando cajas e incluso a veces trepando por encima de ellas, escalando cajones y barriles, montones de ropa, herramientas de todo tipo y ruedas de carro de todos los tamaños.

Lute había construido una especie de caseta para los perros en una esquina del local. Los perros, pensando que había llegado la hora de acostarse, se tumbaron dócilmente en dos cajones enormes y se acomodaron sobre unas mantas. Empezaron a roer unos huesos.

—No tan rápido, amigos míos —dijo Talent—. Esta noche tenemos trabajo.

Silbó y los perros salieron de sus cajones. Talent se agachó sobre el cajón de *Hiddukel*. El perro observó sus movimientos con cierto recelo.

—Tranquilo, amigo. Yo ya he cenado —dijo Talent, acariciándole la cabeza.

Por lo visto *Hiddukel* no lo creyó. Agarrando su hueso entre los dientes, *Hiddukel* profirió un gruñido de advertencia.

Talent empujó el cajón a un lado. Debajo había una trampilla. Talent tiró de ella para abrirla, sonriendo al pensar en qué haría el mastín si un desconocido se atrevía a invadir su «guarida». Una escalera toscamente

construida bajaba hacia las tinieblas. En algún lugar alejado, un farol daba una tenue luz amarilla.

Talent cerró la trampilla y bajó por la escalera. Los mastines lo acompañaban, olfateando el aire, con el hocico arrugado y las orejas tiesas. *Hiddukel* dejó caer el hueso y los dos perros empezaron a ladrar, meneando la cola. Habían visto a un amigo.

Maelstrom estaba montando guardia delante de «la mercancía», un hombre desplomado sobre una silla. Talent no podía verlo bien, porque el sujeto tenía la cabeza agachada. Le habían atado los brazos a la espalda y amarrado los pies a la silla. Vestía una túnica negra y llevaba varias bolsas colgando del cinturón.

—Hola, Maelstrom —lo saludó Talent.

La manaza del gigantón atrapó la de Talent y se la apretó afectuosamente. Talent no pudo evitar un gesto de dolor.

—Oye, con cuidado. Quién sabe cuándo necesitaré mis dedos —se quejó Talent. Bajó la vista hacia el hombre de la silla, con expresión ceñuda y de interés—. Así que éste es el hechicero de Mari. Es huésped mío, sabes. Me sorprendió cuando me dijo que se trataba de él.

—Es un enclenque. —Maelstrom se sorbió la nariz—. Casi se desmaya sólo con oler un buen aguardiente enano. Sin embargo, parece que tiene talento para hacer lo que hace. El viejo Snaggle dice que sus pociones son las mejores que ha utilizado jamás.

—¿Y dónde estaba metido? Lleva muchas noches sin dormir en su habitación.

—En el Palacio Rojo.

Talent frunció aún más el entrecejo.

—¿Con Ariakas?

—Más probablemente con la bruja. Parece que Iolanthe ha adoptado al tipo. Quería que Ariakas lo contratara. Pero estos días el emperador anda pensando en otras cosas y Raist no consiguió el trabajo. Se marchó enfurruñado. Desde entonces ha estado trabajando en la torre, preparando mejunjes y vendiéndoselos al viejo Snaggle.

—O sea, que intentó venderse a Ariakas y, cuando eso no funcionó, pensó que nosotros podríamos ofrecerle algo.

—Eso, o se vendió a Ariakas —gruñó Maelstrom— y está aquí para espiarnos.

Talent observó a Raistlin, cavilando en silencio. Los perros se habían echado a los pies del hechicero. Maelstrom estaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Despiértalo —dijo Talent.

Maelstrom lo agarró por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás de un tirón y le pegó un par de bofetadas.

Raistlin se estremeció. Sus párpados temblaron. Hizo una mueca de dolor y parpadeó bajo la luz vacilante. Después, sus ojos se centraron en Talent, y en su rostro se adivinó el asombro. Enarcó una ceja y asintió levemente, como si pensara que todo encajaba.

—Todavía me debes los gastos de los daños de tu habitación, Majere —dijo Talent.

El posadero arrastró una silla, la giró y se sentó apoyando los brazos en el respaldo.

—Lo siento —contestó Raistlin—. Si se trata de eso, tengo el dinero...

—Olvidalo —repuso Talent—. Salvaste la vida a Mari. Podemos decir que estamos en paz. He oído que podrías estar interesado en trabajar para La Luz Oculta.

—¿La Luz Oculta? —Raistlin sacudió la cabeza—. La primera vez que oigo ese nombre.

—Entonces, ¿por qué fuiste esta noche a El Pelo de Trol?

—A tomar algo...

Talent se echó a reír.

—Nadie va a El Pelo de Trol a tomar algo, a no ser que seas uno de los pocos entusiastas del meado de caballo. —Frunció el entrecejo—. Déjate de tonterías, Majere. Mari te dio la contraseña. Por alguna razón, le has gustado.

—Allá cada uno con sus gustos —comentó Maelstrom, con un coscorrón le giró la cara a Raistlin—. Responde a las preguntas del jefe. No

le gusta andarse con rodeos.

Talent esperó a que a Raistlin dejaran de pitarle los oídos por el golpe y después volvió a insistir.

—¿Lo intentamos otra vez? ¿Por qué fuiste a El Pelo de Trol?

—Admito que estoy interesado en trabajar para La Luz Oculta —dijo Raistlin, lamiéndose la sangre que le manaba de un corte en el labio.

—Un hechicero que viste la túnica negra quiere ayudar a combatir a Takhisis... ¿Por qué tendríamos que confiar en ti?

—Porque visto la túnica negra —contestó Raistlin.

Talent lo miró pensativamente.

—Tendrás que explicarte mejor.

—Si Takhisis gana la guerra y se libera de su prisión en el Abismo, ella será la señora y yo seré su esclavo. No quiero convertirme en un esclavo. Prefiero ser el señor.

—Por lo menos eres sincero —dijo Talent.

—No veo ningún motivo para mentir —repuso Raistlin, encogiéndose de hombros en la medida en que las ataduras se lo permitían—. No me avergüenzo de vestir la túnica negra. Tampoco me avergüenzo de mi ambición. Tú y yo luchamos contra Takhisis por diferentes razones, o al menos eso es lo que supongo. Tú combates por el bien de la humanidad. Yo combato por mi propio bien. Lo importante es que los dos combatimos.

Talent sacudió la cabeza, asombrado.

—He conocido todo tipo de hombres y mujeres, Majere, pero ninguno como tú. No estoy seguro de si tendría que abrazarte o cortarte la cabeza.

—Yo sí sé lo que haría —murmuró Maelstrom, tocando un gran cuchillo que llevaba colgado del cinto.

—Seguro que entenderás que te pidamos que demuestres tus buenas intenciones —dijo Talent, volviendo a los negocios—. Tengo un trabajo para ti, uno para el que tienes unas cualidades únicas. He oído que Kitiara Uth Matar, conocida como la Dama Azul, es tu hermana.

—Sólo somos medio hermanos —contestó Raistlin—. ¿Por qué?

—Porque la Dama Azul está tramando algo y necesito saber qué es.

—No veo a Kitiara desde hace años pero, por lo que he oído, es comandante en jefe del Ejército Azul de los Dragones, el ejército que está arrasando Solamnia y poniendo a los caballeros solámnicos en un aprieto. Seguro que lo que trama es acabar definitivamente con la caballería.

—Deberías hablar de los Caballeros de Solamnia con más respeto —dijo Talent.

Raistlin esbozó una media sonrisa.

—Me parecía haberte notado un ligero acento solámnico. No me lo digas. Puedo imaginar tu historia. Eras un caballero pobre al que no le quedó más remedio que vender su espada. Se la vendiste a la gente equivocada y, durante un breve período de tiempo, te sumaste a la oscuridad. Pero cambiaste de idea y ahora estás en el bando de la luz. ¿Me equivoco?

—No cambié de opinión —contestó Talent en voz baja—. Tenía un buen amigo que hizo que cambiase. Me salvó de mí mismo. Pero no estamos hablando de mí. En realidad, Kitiara no está tan preocupada por dirigir la guerra en Solamnia. Eso lo ha dejado en manos de sus oficiales. Hace semanas que no se la ve en el campo de batalla.

—Quizá esté herida —sugirió Raistlin—. Quizá esté muerta.

—Nos habríamos enterado. De lo que sí nos hemos enterado es de que está trabajando en un proyecto secreto. Queremos saber de qué proyecto se trata y, si fuera posible, evitar que se lleve a cabo.

—Y como yo soy su hermano, esperáis que a mí me lo cuente todo. Por desgracia, no sé dónde está Kit.

—Por suerte, nosotros sí —repuso Talent—. ¿Has oído hablar del Caballero de la Muerte, lord Soth?

—Sí —respondió Raistlin con cautela.

—Soth está vivo, por decirlo de alguna manera. El Caballero de la Muerte vive en un castillo maldito conocido como el Alcázar de Dargaard. Y tu hermana, Kitiara, está con él.

Raistlin lo miraba fijamente, sin poder creerlo.

—No hablas en serio.

—Nunca he hablado tan en serio. La entrada de los dragones de la luz en la guerra cogió a Takhisis desprevenida. Ahora tiene miedo de perder. Kitiara está en el Alcázar de Dargaard con lord Soth y creemos que están planeando algo para apagar esa chispa de esperanza. Quiero que averigües lo que traman. Quiero que lo descubras y vuelvas para decírmelo.

—¿Y si me niego?

—No recuerdo haberte dado esa opción —contestó Talent, acariciándose el bigote—. Tú viniste a mí, Majere. Y ahora sabes demasiado sobre nosotros. O aceptas viajar al Alcázar de Dargaard o tus huesos serán la cena de *Hiddukel* de esta noche. *Hiddukel*, el perro —añadió Talent a modo de aclaración, acariciando la cabeza del mastín—, no el dios.

Raistlin miró al mastín. Después volvió la cabeza para mirar a Maelstrom. Se encogió de hombros.

—Necesitaré un día o dos para poner mis asuntos en orden e inventar alguna excusa para mi ausencia. Habrá quien piense que una desaparición repentina es muy sospechosa.

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo —dijo Talent. Se levantó de la silla. Los perros, que habían estado tumbados a su lado, se pusieron de pie de un salto—. Maelstrom se encargará de que llegues a casa sano y salvo. Espero que no te importe que te vendemos los ojos.

—Prefiero eso a que me droguéis —contestó Raistlin con ironía.

Maelstrom desenfundó su cuchillo y cortó las cuerdas que ataban a Raistlin de pies y brazos.

—Hay una cosa que quería preguntarte —dijo Talent—. Los guardias de las puertas han recibido la orden de buscar a un hombre llamado Berem que tiene una gema verde incrustada en el pecho. Suena al tipo de hombre que un hechicero podría conocer. No dará la casualidad de que lo conoces, ¿verdad? ¿Sabes algo acerca de él?

—Me temo que no —repuso Raistlin con el rostro inexpresivo.

Se levantó con movimientos rígidos, frotándose las muñecas. Estaba empezando a hinchársele el labio y un cardenal le teñía la piel dorada del

rostro de una tonalidad verdosa no demasiado bonita. Maelstrom sacó una cinta de tela negra. Talent levantó una mano, para indicarle que esperara.

—¿Y puedes decirme algo sobre un objeto mágico que están buscando los guardias? Una Bola de los Dragones o algo así...

—Orbe de los Dragones —lo corrigió Raistlin.

—¿Has oído hablar de él? —Talent fingió sorpresa.

—No llegaría ni a estudiante de magia si no fuera así.

—No sabes dónde está, ¿verdad?

Los inquietantes ojos del joven hechicero centellearon.

—Créeme, si te digo que no querías que lo encontrase. —Se chupó la sangre del labio.

Talent lo observó y después se encogió de hombros.

—Avisa a Mari cuando partas hacia el Alcázar de Dargaard —dijo. Silbó a los perros y se dio media vuelta.

—Un momento —lo detuvo Raistlin—. Yo también tengo una pregunta para ti. ¿Cómo corrompiste a la kender?

—¿Corromper? —repitió Talent enfadado—. ¿Qué quieres decir? Yo no corrompí a Mari.

—La convertiste en una asesina a sangre fría. ¿Cómo llamarías a eso?

—Yo no la corrompí —insistió Talent—. No conozco la historia de Mari. Nunca habla sobre eso. Y sólo para que quede claro, jamás le ordené que asesinara al Ejecutor. Ella decidió matarlo. No supe nada sobre ese asesinato hasta que ya lo había cometido, y entonces me quedé perplejo.

Raistlin frunció el entrecejo, dudando.

»Lo juro por Kiri-Jolith —añadió Talent con total sinceridad—. Si hubiera sabido lo que Mari tenía pensado hacer, la habría encadenado en el sótano. Nos ha puesto a todos en peligro. —Se quedó en silencio y después agregó:— Por cierto, gracias por ayudarla, Majere. Mari significa mucho para nosotros. La maldad del mundo ha destruido muchas cosas hermosas e inocentes. Mírate a ti, por ejemplo. Supongo que antes de que te entregaras al mal, fuiste un niño feliz y despreocupado...

—Supones mal —lo interrumpió Raistlin—. ¿Puedo irme ya?

Talent asintió. Maelstrom cubrió los ojos del hechicero con la venda, le puso la capucha y lo condujo fuera de la cámara subterránea.

Cuando salieron, uno de los perros se estremeció y se le erizó todo el pelo. El mastín se sacudió entero.

—Lo sé, pequeña —dijo Talent, poniéndole la mano en la cabeza para tranquilizarla—. A mí también me da escalofríos.

17

Un encuentro con Ariakas Otra oferta de trabajo

DÍA DECIMOQUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La mañana después de su encuentro con Talent, Raistlin estaba trabajando en el laboratorio de la torre, mezclando las últimas pociones para Snaggle. Ya había comprado su daga. Lo único que necesitaba era las piezas de acero suficientes para pagar la habitación de la posada. No iba a ir a visitar a Kitiara debiéndole dinero. Ni lo que era mucho peor: no iba a espiarla y al mismo tiempo aceptar su caridad.

—Estarías orgulloso de mí, Sturm —comentó Raistlin mientras revolvía un brebaje para el dolor de garganta—. Parece que algo de honor me queda.

En el piso de abajo se oyó el sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose. Luego, unos pasos ligeros subieron la escalera a la carrera. Raistlin no interrumpió su trabajo. Aunque no hubiese percibido el leve aroma a gardenia, habría sabido que su visitante era Iolanthe. Nadie más se acercaba a la torre, porque se había extendido el rumor por toda la ciudad de que por ella vagaban los fantasmas de los Túnica Negras muertos.

—¿Raistlin? —gritó Iolanthe.

—Aquí —respondió él, alzando la voz.

Iolanthe entró en la habitación. Respiraba trabajosamente por el esfuerzo. Tenía el pelo revuelto y la mirada encendida.

—Deja lo que estés haciendo. Ariakas quiere reunirse contigo.

—¿Reunirse conmigo? —preguntó Raistlin, sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

—¡Sí, contigo! ¡Quiere hablar contigo ahora mismo! Deja eso —dijo Iolanthe, quitándole la cuchara de las manos—. No le gusta que le hagan esperar.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Raistlin fue que Ariakas había descubierto su relación con La Luz Oculta. Pero si ése fuera el caso, razonó, enviaría a los draconianos a buscarlo, no a su amante.

—¿Qué quiere de mí?

—Pregúntaselo tú mismo —repuso Iolanthe.

Raistlin tapó el tarro.

—Iré, pero ahora no puedo dejar esto. —Se inclinó sobre una olla pequeña que había puesto al fuego—. Tengo que esperar a que hierva.

Iolanthe olfateó la olla y arrugó la nariz.

—¡Puaj! ¿Qué es eso? —Un experimento.

Raistlin se acordó del dicho que afirmaba que si se mira la olla, ésta nunca hierve, y se volvió a hacer otra cosa. Con cuidado, metió el tarro de medicina para el dolor de garganta en un cajón, junto con otras muchas pociones y ungüentos que ya estaban listos. Iolanthe lo observaba, dando golpecitos con el pie y repiqueteando los dedos en el brazo. Apenas podía contener la impaciencia.

—Eso ya está hirviendo —anunció.

Raistlin cogió la olla por las asas con un trapo y la apartó del fuego. La dejó sobre la mesa y se quitó el delantal con el que se protegía la túnica.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Iolanthe, mirando el mejunje con una mueca.

—Tiene que fermentar —repuso Raistlin, doblando cuidadosamente el delantal—. En la Noche del Ojo, haré...

—¡La Noche del Ojo! ¡Es verdad! —exclamó Iolanthe, dándose una palmada en la frente—. Qué tonta soy. Ya no falta mucho, ¿verdad? ¿Vas a

ir a la celebración de la Torre de Wayreth?

—No, pienso quedarme aquí y trabajar en mis experimentos —contestó Raistlin—. ¿Y tú?

—Te lo contaré mientras vamos a ver al emperador.

Lo agarró de la mano y tiró de él presurosa, para que bajara la escalera y saliera de la torre.

—¿Por qué no vas a Wayreth? —preguntó Iolanthe.

Raistlin la miró fijamente.

—¿Por qué no vas tú?

Iolanthe se echó a reír.

—Porque me lo voy a pasar mejor en Neraka. Ya sé que cuesta creerlo. En la Noche del Ojo, Talent siempre organiza una fiesta impresionante en El Broquel Partido y hay otra fiesta en El Trol Peludo. La cerveza es gratis. Todo el mundo se emborracha... o más bien se emborrachan más de lo acostumbrado. La gente enciende hogueras en la calle y todo el mundo se disfraza de hechicero y finge que lanza conjuros. Es la única diversión de esta ciudad.

—Nunca habría creído que el Señor de la Noche lo permitiera —dijo Raistlin.

—Claro que no lo aprueba. Y eso forma parte de la diversión. Todos los años el Señor de la Noche hace público un edicto prohibiendo la celebración y amenaza con mandar los soldados a cerrar las tabernas. Pero como todos los soldados están en la fiesta, sus amenazas siempre se quedan en nada.

Le sonrió con aire coqueto.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué no vas tú a la torre?

—No sería bienvenido. No pedí permiso al Cónclave para cambiar mi lealtad de los Túnicas Rojas a las Negras.

—Eso fue una estupidez —repuso Iolanthe con franqueza—. Parece que te esforzaras por crearte enemigos. Lo único que tendrías que haber hecho es presentarte ante el Cónclave, explicar tus razones y pedir su bendición. No es más que una formalidad. ¿Por qué saltársela?

—Porque no me gusta pedirle nada a nadie —fue la respuesta de Raistlin.

—Y de esa forma desprecias todas las ventajas de las que podrías disfrutar si mantuvieras una buena relación con tus colegas hechiceros, sin mencionar que pones tu propia vida en peligro. ¿Para qué? ¿Qué ganas con eso?

—Mi libertad.

Iolanthe puso los ojos en blanco.

—Libertad para acabar muerto. Juro por las tres lunas que no te entiendo, Raistlin Majere.

Raistlin no estaba seguro de ni siquiera entenderse él mismo. Incluso en el mismo momento en que, encogiéndose de hombros, desechaba la idea de acudir a la Torre de Wayreth para celebrar la Noche del Ojo, sintió una punzada de remordimientos por no estar allí. Nunca había estado en una de aquellas celebraciones.

Después de pasar la Prueba, no tenía medios para viajar hasta la torre. Pero sabía lo que sucedía allí y en más de una ocasión había suspirado por participar.

En La Noche del Ojo las tres lunas de la magia se alineaban y formaban un «ojo» en el cielo. La luna plateada conformaba la parte blanca del ojo, la roja era el iris y la negra, la pupila. Aquella noche, los poderes de los hechiceros estaban en su cénit. Los magos de todos los rincones de Ansalon viajaban a la Torre de Wayreth para utilizar sus poderes mágicos, que cruzaba la noche como rayos de luna. Se dedicaban a crear objetos mágicos o a imbuirlos de magia, escribir hechizos, preparar pociones o invocar demonios de planos inferiores. Esa noche se practicaba la magia más asombrosa y él se la perdería.

Le quitó importancia. Había tomado una decisión y no lo lamentaba. Se quedaría allí y se concentraría en su propia magia.

Es decir, si Ariakas no tenía otros planes para él.

* * *

Iolanthe no llevó a Raistlin al Palacio Rojo, como él esperaba. Ariakas se encontraba en su cuartel general en el campamento del Ejército Rojo de los Dragones, un edificio sencillo y bajo en el que podía colgar los mapas en la pared, perfeccionar su manejo de la espada con los soldados si le apetecía y decir lo que pensaba, sin miedo a que sus palabras fueran repetidas de inmediato ante el Señor de la Noche.

Ante la puerta del despacho de Ariakas montaban guardia dos ogros enormes con armadura, los más corpulentos que Raistlin hubiera visto jamás. Raistlin no era de los que se impresionaban fácilmente, pero se le pasó por la cabeza que sólo su armadura debía de pesar el doble que él. Los ogros conocían a Iolanthe y era evidente que la admiraban porque, en cuanto la vieron, en sus rostros peludos se dibujó una sonrisa. No obstante, la trataron de forma muy formal y le pidieron que se quitara todas las bolsas que llevara.

Iolanthe afirmó que no llevaba ninguna, como ellos bien sabían. Después levantó los brazos, invitándoles a que la registraran en busca de armas.

—¿A quién dio suerte hoy la pieza de acero? —les preguntó con tono burlón.

Uno de los ogros sonrió y después la recorrió con las manos. Ni que decir tiene que el ogro estaba disfrutando con su obligación, pero Raistlin se fijó en que, de todos modos, actuaba de forma profesional y concienzuda. El guardia era muy consciente del terrible destino que le esperaba si alguien le clavaba un puñal a su superior.

El ogro terminó con Iolanthe y se volvió hacia Raistlin. Iolanthe ya le había advertido que no se permitía entrar a ningún hechicero con ingredientes mágicos, así que había dejado todas sus bolsas y el bastón en la torre. La bolsita con las canicas y el Orbe de los Dragones estaba escondida desde hacía mucho tiempo en un saco de harina infestada de gorgojos.

Los ogros lo registraron y, al no encontrar nada, le dijeron que podía pasar.

Iolanthe lo apremió para que cruzara el umbral, pero ella se quedó fuera.

—No te preocupes —le dijo—. Estaré en la habitación de al lado, escuchando a escondidas.

Raistlin tuvo la sensación de que no estaba bromeando.

Entró en una habitación pequeña y con pocos muebles. Varios mapas decoraban las paredes. Una ventana se abría sobre un patio, en el que las tropas de draconianos practicaban sus maniobras.

Ariakas iba vestido mucho más informalmente que la vez que Raistlin se había encontrado con él en el palacio. Era un día cálido, con el anuncio de la primavera en el aire. Ariakas se había quitado la capa y la había dejado en una silla. Vestía un jubón de cuero de la mejor calidad. Olía a sudor y a piel curtida. El recuerdo de Caramon volvió a acosar a Raistlin.

El emperador estaba ocupado leyendo despachos y no pareció percatarse de la presencia de Raistlin en la habitación. No le ofreció asiento. Raistlin se quedó de pie, esperando con las manos metidas en las mangas de la túnica a que el gran hombre se dignara a fijarse en él.

Por fin, Ariakas terminó de leer.

—Siéntate.

Señaló una silla junto a su mesa.

Raistlin obedeció. No dijo nada, sino que esperó en silencio a oír la razón por la que le había hecho llamar. Estaba seguro de que se trataría de algún encargo trivial y aburrido, y ya estaba preparado para rechazarlo.

Ariakas lo miró fijamente un momento, con actitud grosera, antes de dirigirse a él.

—Maldita sea, sí que eres feo. Iolanthe me ha contado que tu enfermedad de la piel es consecuencia de la Prueba.

Raistlin se puso tenso, y furioso. Su única respuesta visible fue un gesto frío de asentimiento, o al menos eso pretendía. Al parecer, no lo consiguió, pues Ariakas esbozó una sonrisa.

—Ahora ya veo a tu hermana en ti. Ese brillo en tus ojos lo he visto en los suyos y sé lo que significa: de un momento a otro podrías clavarme un

puñal en el corazón o algo así. En tu caso, creo que me asarías en una bola de fuego.

Raistlin siguió en silencio.

»Hablando de tu hermana y de puñales —dijo Ariakas en tono afable—, quiero que te encargues de un trabajo para mí. Kitiara tiene algo entre manos, junto con ese Caballero de la Muerte suyo, y quiero saber de qué se trata.

Raistlin se quedó perplejo. Talent Orren había utilizado prácticamente las mismas palabras al referirse a Kit. No había hecho mucho caso de lo que había dicho Orren sobre el presunto complot de Kit. Después de que Ariakas también lo mencionara, empezó a pensar que quizá hubiera algo de cierto en todo aquello y se preguntó qué estaría tramando su hermana.

A Raistlin no le gustaba la forma en que Ariakas estaba mirándolo. Aquello podía no ser más de lo que parecía: el encargo de que espíara a su hermana. O podía tratarse de un intento de descubrir si Raistlin estaba involucrado. Vadeaba aguas peligrosas y tenía que remar con cuidado.

—Como ya dije a Su Majestad Imperial —habló Raistlin por fin—, llevo bastante tiempo sin ver a mi medio hermana, Kitiara, y no he tenido contacto con ella...

—Eso cuéntaselo a quien le importe —lo interrumpió Ariakas, perdiendo la paciencia—. Vas a tener contacto con ella. Vas a hacerle una visita como buen hermano. Vas a descubrir lo que están haciendo ella y ese Caballero de la Muerte maldito, y vas a volver para informarme. ¿Entendido?

—Sí, mi señor —repuso Raistlin sin alterarse.

—Eso es todo —dijo Ariakas, haciendo un gesto para que se retirara—. Iolanthe te llevará al Alcázar de Dargaard. Tiene una especie de hechizo mágico con el que se desplaza. Ella te ayudará.

Raistlin se sintió menospreciado.

—No necesito su ayuda, mi señor. Soy perfectamente capaz de viajar utilizando mi propia magia.

Ariakas cogió un despacho y fingió que lo leía.

—No dará la casualidad de que utilizas un Orbe de los Dragones para lograrlo, ¿verdad? —preguntó el emperador como si tal cosa.

Había tendido la trampa con tanta sutileza, había planteado la pregunta tan despreocupadamente, que Raistlin estuvo a punto de caer. Se contuvo en el último momento y logró responder sin alterarse y, al menos eso esperaba, con convicción.

—Lo siento, señor, pero no tengo la menor idea de lo que habláis.

Ariakas enarcó una ceja y le clavó su mirada penetrante. Después volvió a concentrarse en el despacho y llamó a los guardias.

Los ogros abrieron la puerta y esperaron a que Raistlin saliera. El hechicero estaba sudando, tembloroso por el encuentro. Con todo, no estaba dispuesto a que Ariakas lo despachara como a un adulator más.

—Ruego que me disculpéis, vuestra señoría —dijo Raistlin con el corazón a punto de salirse del pecho y la sangre agolpándosele en las orejas—, pero todavía debemos decidir cuánto me pagaréis por mis servicios.

—¿Qué te parece como pago que no te corte esa lengua insolente que tienes? —contestó Ariakas.

Raistlin sonrió sin ganas.

—Es un trabajo peligroso, señor. Los dos conocemos a Kitiara. Los dos sabemos lo que me haría si descubriese que me han enviado a espiarla. Mi recompensa debería guardar relación con el riesgo que asumo.

—¡Hijo de puta! —Ariakas fulminó a Raistlin con la mirada—. Te doy la oportunidad de servir a tu reina y me regateas como un mercader cualquiera. ¡Debería matarte aquí mismo!

Raistlin se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se maldijo por haber sido tan increíblemente idiota. No tenía ingredientes para ningún hechizo, pero uno de sus oficiales, en la época en que había sido mercenario, le había enseñado a conjurar hechizos sin necesidad de componentes. Un hechicero tenía que estar muy desesperado para intentarlo. Raistlin pensó que «desesperado» era el adjetivo que mejor definía su situación. Recordó las palabras...

—Cien piezas de acero —le ofreció Ariakas.

Raistlin parpadeó y abrió la boca para hablar.

»Si te atreves a pedir más —añadió Ariakas con un brillo peligroso en sus ojos oscuros—, fundiré esa piel dorada que tienes en un montón de monedas, y será con eso con lo que te pague. ¡Fuera de aquí!

Raistlin se marchó sin esperar un segundo más. Buscó a Iolanthe con la mirada y, al no verla, decidió que no era muy prudente quedarse allí. Ya había recorrido la mitad de la calle cuando Iolanthe lo alcanzó. Al sentir que alguien lo tocaba, Raistlin estuvo a punto de pegar un brinco.

—¡Debes de tener ganas de morir! —Iolanthe se le colgó del brazo una vez más, para su profundo disgusto—. ¿En qué estabas pensando? Casi logras que nos maten a los dos. Ahora está furioso conmigo, me echa la culpa de tu «descaro». Podría haberte matado. Ha asesinado a más de uno por mucho menos. Espero que esas cien piezas de acero realmente sean tan importantes.

—No lo he hecho por dinero —contestó Raistlin—. Ariakas podría enterrar sus piezas de acero en el fondo del Mar Sangriento si por mí fuera.

—Entonces, ¿por qué te arriesgaste así?

«Realmente, ¿por qué?», Raistlin consideró la pregunta.

—Yo te voy a decir por qué —respondió Iolanthe—. Siempre tienes que ponerte a prueba. Nadie puede ser más alto que tú. Si lo es, le cortas las piernas. Algún día te encontrarás con alguien que te las corte a ti.

Iolanthe meneó la cabeza.

—La gente tiende a pensar que, como Ariakas es fuerte, también es bobo. Cuando se dan cuenta de su equivocación, ya es demasiado tarde.

Raistlin tuvo que admitir que había infravalorado a Ariakas y que a punto había estado de pagarlo muy caro. Sin embargo, no le gustaba que se lo recordaran y deseó, molesto, que Iolanthe se fuera y le dejara pensar. Intentó deslizar el brazo para librarse del de la hechicera, pero ella lo apretó con más fuerza.

—¿Vas a ir al Alcázar de Dargaard?

—Me pagan cien piezas de acero para que vaya.

—Necesitarás mi ayuda para llegar, con o sin ese Orbe de los Dragones.

Raistlin la miró con recelo, preguntándose si sólo estaría burlándose de él. Nunca estaba seguro con ella.

—Gracias —respondió—, pero soy perfectamente capaz de hacerlo solo.

—¿En serio? Lord Soth es un Caballero de la Muerte. ¿Sabes lo que es eso?

—Por supuesto —contestó Raistlin, que prefería no hablar sobre eso, ni siquiera pensarlo.

De todos modos, Iolanthe se hizo escuchar.

—Un Caballero de la Muerte es un muerto viviente tan aterrador y poderoso que puede paralizarte con sólo rozarte o matarte pronunciando una única palabra. No le gustan las visitas. ¿Conoces su historia?

Raistlin le dijo que había leído sobre la desgracia de Soth e intentó cambiar de tema, pero Iolanthe parecía tener un macabro empeño en recordar aquel suceso pavoroso. Sin más remedio que escucharla, Raistlin intentó pensar en cómo viviría Kitiara en un castillo horrendo con la compañía de un demonio sangriento. Un demonio con el que seguramente él tendría que verse las caras en no mucho tiempo. Pensó con amargura que Ariakas podía haber encontrado mil maneras más sencillas de acabar con su vida.

—Antes del Cataclismo, Soth era un caballero solámnico, respetado y admirado. Era un hombre de carácter apasionado y violento, y tuvo la desgracia de enamorarse de una elfa. Hay quien dice que los elfos tuvieron algo que ver, pues ellos eran leales al Príncipe de los Sacerdotes de Istar y Soth se oponía a su gobierno dictatorial.

»Soth estaba casado, pero violó sus votos y sedujo a la doncella elfa, que quedó embarazada. Su esposa desapareció muy oportunamente por aquella misma época y eso permitió a Soth casarse con su amante. Cuando se trasladó al Alcázar de Dargaard, la joven elfa descubrió el terrible secreto: el caballero había asesinado a su primera esposa. Consternada, le echó en cara su crimen. En un primer momento, él demostró sus mejores sentimientos y le rogó a su esposa que lo perdonara y a los dioses que le concedieran la oportunidad de redimirse. Los dioses atendieron sus

plegarias y le dieron el poder de detener el Cataclismo, aunque sería a cambio de su propia vida.

»Soth se dirigía a Istar cuando lo abordó un grupo de elfas. Le contaron que su esposa le había sido infiel y que el niño al que había dado luz no era hijo suyo. Sus pasiones lo dominaron. La cólera lo invadió. Cabalgó de nuevo hacia su alcázar. Acusó a su esposa en el mismo momento en que se desató el Cataclismo. El techo se derrumbó, o quizá fuera una lámpara de araña que se cayó, no me acuerdo bien. Soth podría haber salvado a su esposa y al niño, pero la ira y el orgullo ganaron la batalla. Contempló la muerte de ambos, envueltos en las mismas llamas que arrasaron el castillo.

»Las últimas palabras que pronunció su esposa fueron para maldecirlo. Viviría eternamente con la conciencia de su culpa. Sus caballeros se transformaron en guerreros espectrales. Las elfas que habían provocado su desgracia también fueron maldecidas y se convirtieron en *banshees*, que una noche tras otra le recitan sus crímenes.

Raistlin vio que Iolanthe se estremecía.

»Yo he estado delante de lord Soth. Lo miré a los ojos. Por todos los dioses, ojalá no lo hubiera hecho.

Un escalofrío recorrió a Raistlin ahora.

—¿Cómo puede Kitiara vivir en el mismo castillo que él?

—Tu hermana es una mujer única. No teme a nada, ni a este lado de la tumba ni al otro.

—Tú has estado en el Alcázar de Dargaard. Has visitado a mi hermana allí. ¿Sabes qué está haciendo? ¿A qué se debe la desconfianza de Ariakas? Hace pocos días me dijiste que se habían reunido y que todo iba bien entre ellos.

Iolanthe sacudió la cabeza.

—Creía que así era.

—Ariakas sabe que has ido a ver a Kit. Me dijo que tú me llevarías. ¿Por qué no te ha encargado a ti esta misión?

—No confía en mí —contestó Iolanthe—. Sospecha que siento demasiada simpatía por Kit. Él la ve como una rival.

—Sin embargo, me envía a mí y Kitiara y yo somos familia. ¿Por qué cree que yo traicionaría a mi hermana?

—Quizá porque sabe que has traicionado a tu hermano —repuso Iolanthe.

Raistlin se detuvo para mirarla atentamente. Sabía que debería negarlo, pero no le salían las palabras. No lograba pronunciarlas.

—Te lo digo como una advertencia, Raistlin. No subestimes a lord Ariakas. Conoce todos tus secretos. A veces no puedo evitar pensar que el mismo viento es su espía. He recibido la orden de acompañarte al Alcázar de Dargaard. ¿Cuándo quieres partir?

—Tengo que entregar mis pociones y hacer algunos preparativos —dijo Raistlin, y añadió con acritud—: Pero no sé para qué te lo digo. Sin duda, tú y Ariakas sabéis lo que voy a hacer antes de que lo haga.

—Puedes enfadarte tanto como quieras, amigo mío, pero ¿qué esperabas cuando elegiste servir a la Reina Oscura? ¿Que ella te daría una generosa recompensa y no pediría nada a cambio? Nada más lejos de la verdad, querido —dijo Iolanthe con voz melosa como un ronroneo—. Takhisis exige que se le sirva en cuerpo y alma.

«Iolanthe sabe que tengo el Orbe de los Dragones —pensó Raistlin—. Ariakas también lo sabe y, por supuesto, Takhisis.»

—La reina se toma su tiempo —prosiguió Iolanthe, como si respondiera a los pensamientos de Raistlin, como si pudiera verlos reflejados en sus ojos—. Espera su oportunidad para poder golpear. Un tropiezo, un solo error...

Iolanthe le soltó el brazo.

—Mañana a primera hora iré a buscarte a la torre. Trae el Bastón de Mago, porque en el Alcázar de Dargaard vas a necesitar su luz. —Se quedó callada un momento.

»Aunque no existe luz, mágica o de cualquier otra naturaleza, que pueda desvanecer esa eterna noche abominable.

«Un tropiezo... Un error... Me envían al Alcázar de Dargaard para que me enfrente a un Caballero de la Muerte. Soy un idiota —pensó Raistlin—. Un perfecto idiota...»

18

La transformación de la oscuridad

DÍA DECIMOQUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO año 352 DC

Esa tarde, cuando el sol ya se ponía, Raistlin envolvió cuidadosamente los tarros de las pociones con una tela de algodón, para que no se rompieran, y los metió en un cajón. Así ya podría llevarlos a la tienda de Snaggle. Agradecía la oportunidad de andar, de pensar mientras caminaba, tratando de decidir qué hacer. Ahora la vida en Palanthas le parecía muy sencilla. El camino que llevaba a la realización de sus ambiciones se le había presentado llano y recto. Pero en algún lugar de su andadura se había desviado, había tomado la bifurcación equivocada y había terminado en un pantano mortal de mentiras e intrigas. Un solo paso en falso lo precipitaría hacia su propia muerte. Se hundiría bajo esas aguas putrefactas como...

Como yo me hundí en el Mar Sangriento —dijo una voz.

—¿Caramon? —Raistlin se detuvo, atónito. Miró en derredor. Era la voz de Caramon. Estaba seguro.

—Sé que estás aquí, Caramon —dijo Raistlin—. Sal de tu escondite. No estoy de humor para tus jueguecitos.

Se había parado en la Ringlera de los Hechiceros y el lugar estaba desierto, como siempre. El viento barría la calle, arrancaba un susurro de las hojas muertas del otoño y levantaba la basura, haciéndola girar en el aire y

volver a caer. No había nadie. Raistlin sintió que lo bañaba un sudor helado. Las manos le temblaban tanto que estuvo a punto de dejar caer el cajón. Lo dejó en el suelo.

—Caramon está muerto —dijo, pues necesitaba oírse a sí mismo pronunciando esas palabras.

—¿Quién es Caramon?

Raistlin se volvió, con un hechizo en la punta de la lengua, y vio a Mari sentada en el escalón de un portal. Raistlin olvidó el hechizo con un suspiro. Al menos la voz había sido real y no había resonado sólo en su cabeza..., o en su corazón.

—Olvidalo. ¿Qué quieres? —preguntó a la kender.

—¿Qué hay en ese cajón? —preguntó Mari, al tiempo que alargaba una mano para tocar uno de los frascos.

Raistlin levantó el cajón, justo a tiempo para alejarlo de la kender. Prosiguió su camino hacia la tienda de Snaggle.

—¿Quiere que te ayude a llevar eso? —se ofreció Mari, trotando a su lado.

—No, gracias.

Mari hundió las manos en los bolsillos.

—Supongo que ya sabrás por qué estoy aquí.

—Talent quiere una respuesta.

—Bueno, por eso también. Primero quiere saber por qué fuiste a ver a Ariakas.

Raistlin sacudió la cabeza.

—¿Hay alguien en esta ciudad que no sea un espía?

—No creo —contestó Mari, encogiéndose de hombros—. Cuando un ratón come una miga en Neraka, Talent se entera de inmediato.

Raistlin vio que la kender estaba a punto de abrir la tapa de uno de sus tarros para meter el dedo en la impoluta poción. Raistlin dejó el cajón en el suelo, le quitó el tarro y lo cerró de nuevo.

—¿Se supone que tiene que oler así? —preguntó Mari.

—Sí —contestó Raistlin, mientras se preguntaba qué hacer.

Podía traicionar a La Luz Oculta y entregarlos a Ariakas. Se había dado cuenta de que el aguardiente que le habían dado tenía una droga, había olido el opiáceo en cuanto se había acercado la jarra a los labios. Había fingido que bebía y después había simulado que caía inconsciente. Podría guiar a los guardias del emperador hasta El Botín de Lute y, luego, por los túneles que se abrían debajo. Recibiría una recompensa más que digna.

O podía traicionar a Ariakas y unir sus fuerzas a la batalla de La Luz Oculta para derrotar al emperador y a la Reina Oscura. Por lo que Raistlin había oído y visto de los enemigos a los que se enfrentaría, aquélla sería la opción más peligrosa y con menos probabilidades de éxito.

Ambos bandos querían que espicara a su hermana. De repente, le asaltó la duda de lado de quién estaría Kit.

«Ella es como yo —dedujo—. Kit estará de su lado.»

—Ariakas me hizo llamar para preguntarme si sabía algo de ese hombre al que todos quieren dar caza —contestó Raistlin—. Ése de la gema verde.

—¿Te refieres a Berem? Dime, ¿tú sabes por qué todo el mundo lo busca? —preguntó Mari con gran interés—. Quiero decir, ya sé que no te cruzas todos los días con un tipo con una esmeralda clavada en el pecho, pero ¿qué lo hace tan especial? Aparte de la esmeralda, quiero decir. Me preguntó cómo acabaría ahí clavada. ¿Tú lo sabes? ¿Y qué pasaría si alguien intentara arrancársela? ¿Se desangraría hasta morir? ¿Sabes lo que creo yo? A mí me parece...

—No sé nada sobre Berem —logró decir Raistlin en medio del torrente de palabras de la kender—. Lo único que sé es que ésa era la razón por la que Ariakas quería verme.

—¿Eso es todo? —dijo Mari, y silbó aliviada—. Menos mal. Así ya no tengo que matarte.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía ser graciosa. ¿Así que vas a aceptar el encargo de Talent? ¿Puedo ir contigo? Hacemos un equipo increíble, tú y yo.

—Talent no te ha contado adonde me envía, ¿verdad? —preguntó Raistlin alarmado. Si lo sabía un kender, lo sabría media Neraka.

—Qué va, Talent nunca me cuenta nada, lo que seguramente sea una actitud muy inteligente. No se me da demasiado bien guardar un secreto. Pero, oye, sea donde sea, te vendrá bien mi ayuda.

Ya había oído eso antes, otro kender le había dicho lo mismo. Raistlin recordó a Tasslehoff hurgando entre sus componentes de hechizos, estropeando la mitad y robando la otra; probando las pociones a escondidas (a veces con consecuencias catastróficas); escapando con diferentes utensilios de la casa, desde una cuchara hasta una cazuela; y, en definitiva, siempre metiéndose a sí mismo y a sus amigos en problemas.

El otoño anterior, sin ir más lejos, Tasslehoff había cogido un bastón normal y corriente en apariencia, pero que se había transformado en un báculo de cristal azul con la capacidad de hacer milagros...

«¿De verdad fue el otoño pasado? —se preguntó Raistlin—. Parece que hubiera sido en otra vida.»

—Oye, Raistlin, vuelve de donde te hayas ido —dijo Mari, tirándole de la manga y agitando una mano delante de él—. ¿Ibas a ver al viejo Snaggle? Porque si la respuesta es sí, ya hemos llegado.

Raistlin se detuvo. Dejó el cajón en el escalón y se sentó junto a él.

—No puedes venir conmigo, Mari. De hecho, deberías irte de Neraka —le dijo a la kender—. Deja de trabajar para Talent. Es demasiado peligroso.

—Ya, Talent no se cansa de decírmelo. Y ya ves, ¡todavía no me ha pasado nada!

—Sí que te ha pasado algo —le contradijo Raistlin con dulzura—. Los kenders pertenecen a la luz y no a la oscuridad, Mari. Si te quedas aquí, la oscuridad acabará destruyéndote. Ya ha empezado a cambiarte.

—¿De verdad? —Mari tenía los ojos abiertos como platos.

—Asesinaste a un hombre. Tienes las manos manchadas de sangre.

—Tengo las manos manchadas de restos de la comida de hoy y una gotita de esa poción asquerosa, y un poco de babas de goblin de la taberna, pero nada de sangre. Mira, puedes comprobarlo tú mismo. —Mari levantó las manos, con las palmas hacia arriba listas para la inspección.

Raistlin sacudió la cabeza y suspiró. Mari le dio una palmadita en el hombro.

—Ya sé lo que quieres decir. Sólo estaba bromeando. Te referías a que tengo las manos manchadas de la sangre del Ejecutor. Pero no es verdad. Me las lavé.

Raistlin se puso de pie. Cogió el cajón.

—Será mejor que te vayas ya, Mari. Tengo que tratar un asunto serio aquí.

—Aquí todos tenemos asuntos serios —replicó Mari.

—Dudo que ni siquiera sepas el significado de esa palabra.

—Claro que lo sé. Lo que pasa es que nosotros, los kenders, no queremos ser serios, pero podemos serlo si nos lo proponemos. Mi pueblo está luchando contra la Reina Oscura en todo el mundo. En Kendermore y en Kenderhome y en Flotsam y Solace, y en Palanthas y en otros muchos sitios de los que nunca he oído hablar, los kenders están luchando y, en algunas ocasiones, muriendo. Y eso es muy triste, pero debemos seguir luchando porque tenemos que ganar pues, si no ganamos, pasarán cosas horribles. Takhisis odia a los kenders. Nos pone al mismo nivel que los elfos, una auténtica ofensa para nosotros, los kenders, aunque tal vez no lo sea para los elfos. Así que ya ves, Raist, la oscuridad no nos está cambiando. Nosotros estamos cambiando a la oscuridad.

Mari tenía los ojos brillantes y una alegre sonrisa.

—¿Qué le digo a Talent?

—Dile que acepto el trabajo —contestó Raistlin. Sonriendo, extendió el brazo y le quitó otro frasco de la mano, justo cuando la kender iba a metérselo en un bolsillo—. No quería que tuvieras que matarme.

TERCERA PARTE

19

Hermano y hermana, hermana y hermano

DÍA VIGESIMOTERCERO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

A primera hora de la mañana, Iolanthe y Raistlin recorrieron los corredores de la magia para llegar al Alcázar de Dargaard. Ambos emergieron la única habitación del alcázar en ruinas que era habitable: el alojamiento de Kitiara. Incluso allí, Raistlin apreció manchas negras en las paredes, recuerdo del fuego que había asolado el alcázar tanto tiempo atrás.

Los cristales de las ventanas emplomadas habían estallado y jamás se habían restituido. Un viento helado se colaba a través de lo que habían sido hermosas celosías, como el aliento que silba entre unos dientes podridos. Raistlin miró por la ventana y vio un paisaje desolado de muerte y destrucción. Guerreros espectrales con rostros de fuego mantenían una estremecedora vigilia, recorriendo los parapetos que habían lucido orgullosos el color encarnado de la rosa y se habían teñido del cruento rojo de la sangre.

Según decía la leyenda, el Alcázar de Dargaard había sido una de las maravillas del mundo. Su diseño había querido recordar el emblema de la familia, la rosa. Las paredes de piedra imitaban la forma de los pétalos y antaño habían resplandecido bajo el sol de la mañana. Las torres rojas, a imagen de las rosas, apuntaban orgullosas al cielo azul. Pero la rosa se

había marchitado, su esencia había sido destruida por las pasiones oscuras del caballero. El fuego, la muerte y el deshonor mancharon los muros encarnados. Las torres desmoronadas quedaron atrapadas entre nubes de tormentas. Se decía que Soth se había envuelto a sí mismo y a su alcázar en una tempestad perpetua, pues había decidido ocultar el sol para proteger sus ojos de la luz, que tan odiosa se había vuelto para él.

Raistlin miró largamente los despojos de un hombre noble, cuya incapacidad para controlar sus pasiones le había empujado a la ruina, y se sintió agradecido al dios que lo había bendecido al nacer y le había concedido verse libre de tal debilidad.

Apartó los ojos de aquella vista desazonadora y los volvió hacia su hermana. Kitiara estaba sentada en su mesa, redactando algunas órdenes que no podían esperar. Había pedido a sus visitantes que tuvieran paciencia hasta que hubiera terminado.

Raistlin aprovechó la oportunidad para observarla. Había visto a Kit un momento en Flotsam, pero no podía tenerse en cuenta, porque en aquella ocasión su hermana montaba su Dragón Azul y llevaba la armadura y el casco propios de una Señora del Dragón. Habían pasado cinco años desde la última vez que habían estado juntos, cuando habían prometido volver a encontrarse en la posada de El Último Hogar, promesa que Kit no había cumplido. Raistlin, que había cambiado más allá de lo imaginable en esos cinco años, se sorprendió al ver que su hermana seguía igual.

Kitiara era delgada y ágil, y tenía el cuerpo fibrado y musculoso propio de un guerrero. Aunque ya pasaba de la treintena, estaba igual que a los veinte años. Su maliciosa sonrisa seguía resultado irresistible. Los rizos cortos y negros le enmarcaban la cara, tan brillantes e indómitos como cuando era joven. Su rostro estaba limpio, no lo surcaban arrugas de penas ni de alegrías.

Ninguna emoción había afectado nunca demasiado a Kitiara. Aceptaba la vida tal como se presentaba, exprimía cada momento y al instante lo olvidaba para vivir el siguiente. No se arrepentía jamás. Raramente pensaba en los errores del pasado. Su mente siempre estaba demasiado ocupada en urdir planes para el futuro. Desconocía el aguijón de la conciencia o el

estorbo de la moral. La única grieta en su armadura, su único punto débil, era su obsesión por Tanis, el semielfo, el hombre al que no había querido hasta que él le había dado la espalda y se había alejado.

Iolanthe paseaba nerviosamente por la habitación, con los brazos cruzados bajo de capa. La estancia estaba gélida y la hechicera temblaba, aunque quizá no se debiera tanto al frío como al miedo. Había insistido en que tenían que llegar a primera hora del día para poder irse antes del atardecer. Raistlin no se cansaba de observar a Kit, que seguía peleándose con la misiva.

Escribir nunca había sido una tarea fácil para Kitiara. Siempre le habían atraído la acción y las aventuras y pronto perdía el interés, así que no había sido buena estudiante. Además, nunca había tenido la oportunidad de ir a la escuela. Rosamun, su madre, no había sabido sobrellevar el don. Para ella, el don se convirtió en una enfermedad. Después de que nacieran los gemelos, había navegado a la deriva en una marea de sueños y fantasías extravagantes, y apenas conservaba la cordura. Cuando murió su marido, Rosamun se alejó de la última parcela de realidad que habitaba y que la había salvado de la locura en la que acabó por hundirse. Kit se había encargado de criar a sus dos hermanos pequeños. Se había quedado junto a los niños hasta que decidió que ya eran lo suficientemente mayores para cuidar de sí mismos. Entonces se fue y dejó que los hermanos se valiesen por sí mismos.

Sin embargo, Kitiara no había olvidado a sus medio hermanos. Unos años más tarde, había regresado a Solace para comprobar cómo les iba. Fue entonces cuando conoció a su amigo Tanis, el semielfo. Ambos se entregaron a una apasionada aventura. Ya entonces, Raistlin se había dado cuenta de que esa relación no podía acabar bien.

La última vez que Raistlin la había visto, Kitiara volaba a lomos de su Dragón Azul, Skie, y él navegaba en un barco hacia su destino en el Mar Sangriento. Caramon había arrancado a Tanis la confesión de que había estado perdiendo el tiempo con Kit en Flotsam, que había traicionado a sus amigos por la Señora del Dragón. Raistlin recordó a Caramon, enfurecido,

lanzando un sinfín de acusaciones a Tanis mientras el barco era arrastrado al corazón de la tormenta.

«—Así que ahí era donde estabas. Con nuestra hermana, ¡la Señora del Dragón!...»

«Sí, la amaba —había contestado Tanis—. No espero que tú lo entiendas.»

Raistlin dudaba mucho que Tanis se entendiera a sí mismo. Era como el hombre que nunca sacia su sed de aguardiente enano. Kitiara lo intoxicaba y el semielfo no lograba limpiar su organismo de su veneno. Había sido su ruina.

Kitiara iba vestida para ir al combate. Llevaba la espada, calzaba las botas, se cubría con la armadura de escamas de Dragón Azul y en los hombros lucía una capa azul. Estaba totalmente concentrada en su trabajo, inclinada sobre la mesa como un niño al que obligan en la escuela a terminar un ejercicio odiado. Su cabeza, cubierta por una maraña de rizos negros, casi rozaba el papel. Se mordía el labio y fruncía el entrecejo. Escribía, sin dejar de murmurar, después tachaba lo escrito y volvía a empezar.

Al final, Iolanthe, consciente de que el tiempo iba pasando, carraspeó.

Kitiara levantó la mano del papel.

—Sé que estás esperando, amiga mía. —Kit estornudó. Se frotó la nariz y estornudó de nuevo—. ¡Es ese perfume repugnante que llevas! ¿Qué haces? ¿Te bañas en él? Dame un momento. Estoy a punto de terminar. Vaya, ¡en nombre del Abismo! ¡Mira lo que he hecho!

Con las prisas, Kit había pasado la mano por la hoja y emborronado la última frase que había escrito. Entre juramentos tiró la pluma, y la tinta se derramó por el papel, lo que acabó de estropear su esforzado trabajo.

—¡Desde que ese idiota de Garibaus consiguió que lo mataran, yo misma tengo que escribir todas las órdenes!

—¿Y tus draconianos? —preguntó Iolanthe, lanzando una mirada hacia la puerta cerrada, a través de la que podía oírse el roce de las garras y las voces ahogadas de los escoltas de Kit. Los draconianos estaban rezongando.

Por lo visto, hasta los lagartos se encontraban a disgusto en el Alcázar de Dargaard.

Raistlin se preguntaba cómo podía soportar Kit vivir allí. Quizá, como todo lo demás en su vida, la tragedia y el horror que envolvían el Alcázar de Dargaard le resbalaran, como los patinadores que se deslizan sobre el hielo.

Kitiara sacudió la cabeza.

—Los draconianos son buenos guerreros, pero unos chapuceros como escribanos.

—Quizá yo pueda serte de ayuda, hermana —propuso Raistlin con su suave voz.

Kitiara se volvió para mirarlo.

—Ay, hermanito. Me alegra ver que sigues vivo. Pensaba que habías muerto en El Remolino.

«No gracias a ti, hermana», habría querido responder Raistlin con ironía, pero se quedó callado.

—Tu hermanito le sacó cien monedas de acero a Ariakas por venir a espiarte —dijo Iolanthe.

—¿De verdad? —Kitiara esbozó su sonrisa pícar—. Bien hecho.

Las dos mujeres se echaron a reír con aire confabulador. Raistlin sonrió entre las sombras de su capucha, que no se quitaba a propósito, para poder observar sin ser observado. Se sintió satisfecho al ver comprobadas sus sospechas sobre Iolanthe. Decidió probar qué más lograba descubrir.

—No lo entiendo —dijo, paseando la mirada de una mujer a otra—. Pensaba que...

—Pensabas que Ariakas te había contratado para que me espieras —terminó la frase Kitiara por él.

—Eso era precisamente lo que queríamos que pensaras —dijo Iolanthe.

Raistlin meneó la cabeza, como si estuviera realmente perplejo, aunque en realidad lo había sospechado todo.

—Te lo explicaré más tarde —dijo Kit—. Como ya te he dicho, me alegré al saber por Iolanthe que seguías vivo. Tenía miedo de que tú, Caramon y los demás hubierais muerto en El Remolino.

—Yo escapé —explicó Raistlin—. Los demás no. Murieron en el Mar Sangriento.

—Entonces no sabes que... —empezó a decir Kitiara, pero se detuvo.

—¿No sé el qué? —preguntó Raistlin con aspereza.

—Tu hermano no murió. Caramon sobrevivió, al igual que Tanis y esa camarera pelirroja cuyo nombre nunca logro recordar, lo mismo que esa otra mujer del bastón de cristal azul y el bruto de su marido.

—¡Es imposible! —exclamó Raistlin.

—Te lo prometo —contestó Kitiara—. Ayer estaban todos en Kalamán. Y según mis espías, allí se reunieron con Flint, Tas y esa elfa Laurana. Tú también la conocías, creo.

Kit siguió hablando sobre Laurana, pero Raistlin no estaba escuchándola. Menos mal que la capucha le tapaba el rostro, pues todo le daba vueltas y bailaba ante sus ojos como si fuera un vulgar borracho. Había estado tan seguro de que Caramon estaba muerto... Se había convencido a sí mismo, repitiéndoselo una y otra vez, todas las mañanas, todas las noches... Cerró los ojos para que la habitación dejara de darle vueltas y se agarró a los reposabrazos de la silla para mantener el equilibrio.

«¿Qué me importa que Caramon esté vivo o muerto? —se preguntó Raistlin, apretando los dedos sobre la madera—. Para mí, es lo mismo.»

Pero no lo era. En lo más profundo de su ser, una parte de sí mismo débil y que siempre había despreciado, una parte que siempre había tratado de eliminar, sentía ganas de llorar.

Kitiara estaba mirándolo, esperando que le respondiera a algo que Raistlin ni siquiera había oído.

—No sabía que mi hermano estuviera vivo —dijo Raistlin, luchando consigo mismo para mantener sus emociones a raya—. Es raro que estuviera en Kalamán. Esa ciudad queda al otro extremo del mundo desde Flotsam. ¿Cómo llegó allí nuestro hermano?

—No pregunté. No era el momento ni el lugar para celebrar una reunión familiar —repuso Kitiara, riéndose—. Estaba demasiado ocupada diciendo al populacho lo que tendría que hacer para rescatar a su Áureo General.

—¿Quién es ése? —preguntó Raistlin.

—Laurana, la elfa.

—Ah, sí —repuso Raistlin—. Cuando estaba en Palanthas oí que los caballeros la habían elegido. Parece que fue una decisión acertada. Ha estado cosechando victorias.

—Pura chiripa —dijo Kitiara, enojada—. Ya he puesto fin a sus victorias. Ahora es mi prisionera.

—Y ¿qué piensas hacer con ella?

Kitiara se quedó en silencio.

—Pienso utilizarla para hacerme con la Corona del Poder —dijo al fin—. Les dije a los habitantes de Kalamán que si querían recuperarla, debían entregarla a Berem, el Hombre Eterno.

Raistlin empezaba a entenderlo todo. Recordó al hombre al timón del barco. El hombre que había dirigido la embarcación hacia el Mar Sangriento. Un viejo de mirada joven.

—Berem está con Tanis, ¿verdad?

Kit lo miró, sorprendida.

—¿Cómo lo has sabido?

Raistlin se encogió de hombros.

—Sólo ha sido una corazonada. ¿Crees que Tanis intercambiará a Berem por Laurana?

—Estoy segura —dijo Kitiara—. Y yo intercambiaré a Berem por la corona.

—Así que ése es tu plan secreto. ¿Dónde están ahora Tanis y mi hermano?

—Intentando encontrar la forma de rescatar a la elfa. Mis espías les seguían la pista, pero los perdieron, aunque encontraron a alguien que recordaba a un kender parecido a Tasslehoff y que andaba preguntando cómo llegar a un lugar llamado La Morada de los Dioses.

—Morada de los Dioses... —repitió Raistlin con aire pensativo.

—¿Has oído hablar de ese sitio?

Raistlin negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Pero claro que había oído hablar de él. La Morada de los Dioses era un lugar sagrado, dedicado a los dioses. No estaba dispuesto a compartir esa información con su hermana. El conocimiento era poder. Se preguntó por qué Tanis, su hermano y los demás se dirigirían allí.

—Se dice que se encuentra en algún lugar cerca de Neraka, en las montañas Khalkist —prosiguió Kit—. Tengo patrullas en su busca. No tardarán en encontrarlos y Tanis me conducirá hasta Berem.

—¿Por qué es tan importante ese hombre? —quiso saber Raistlin—. ¿Por qué anda medio ejército en su busca? ¿Qué hace que sea tan valioso como la Corona del Poder?

—No necesitas saberlo.

—Si quieres mi ayuda, sí necesito saberlo.

—Mi hermanito es un cabrón que siempre piensa en sí mismo. —Kitiara le dedicó una sonrisa—. Pero así fue como te eduqué. Te contaré una historia.

Acercó una silla y se sentó. Como sólo había dos sillas en la habitación, Iolanthe se acomodó en la cama, con las piernas cruzadas.

»Esta historia va a parecerte muy interesante —dijo Kitiara, esbozando una sonrisa maliciosa—. Es sobre dos hermanos, y uno de ellos mata al otro.

Si esperaba alguna reacción por parte de Raistlin, Kitiara debió de sentirse decepcionada. El hechicero permaneció inmóvil en su silla, esperando.

»Según la leyenda, ese hombre llamado Berem y su hermana iban caminando y se encontraron con una columna caída, cubierta de piedras preciosas, unas gemas únicas. Los dos hermanos eran pobres y el hombre, Berem, decidió robar una esmeralda. Su hermana quiso impedirselo y, resumiendo, él le dio un golpe en la cabeza.

—La hermana se cayó y se golpeó la cabeza con una piedra —la corrigió Iolanthe.

Kitiara hizo un gesto con la mano.

—Da igual. Lo que importa es que Berem terminó maldito por los dioses y con la esmeralda incrustada en el pecho. Desde entonces, vaga por

el mundo, intentando escapar de su culpa. Mientras tanto, su hermana lo perdonó y su bondadoso espíritu entró en la piedra. Cuando Takhisis quiso entrar en el mundo por ella, no pudo. Su entrada estaba cerrada.

Raistlin se habría mostrado escéptico ante una historia tan difícil de creer, a no ser porque había visto con sus propios ojos la esmeralda incrustada en el pecho de Berem.

«No me equivocaba —pensó el hechicero—. Takhisis no puede entrar en el mundo con todo su poder. Mejor. Si no, esta guerra habría terminado antes de empezar.»

—La columna caída es la Piedra Angular del Templo de Istar —aclaró Iolanthe—. Takhisis la encontró y la llevó a Neraka para construir su templo alrededor. Busca a Berem para destruirlo, pues si se une a su hermana, la puerta del Abismo se cerrará.

—¿Y qué se espera de mí en toda esta historia? —preguntó Raistlin—. ¿Por qué involucrarme en algo así? Parece que vosotras ya habéis pensado en todo.

Kitiara miró a Iolanthe con los ojos sombreados por largas pestañas. Esa mirada no iba dirigida a ella en realidad. Con esa mirada intentaba decir a Raistlin «Tú y yo hablaremos sobre este tema en privado». Kitiara cambió de tema.

—¿Tienes mucha prisa por marcharte? Hace años que no te veo. Dime, ¿qué piensas de esa elfa?

—Kitiara —dijo Iolanthe en tono de advertencia—, las paredes tienen oídos. Eso incluye las paredes chamuscadas.

Kit no le hizo caso.

—Todo el mundo pone su belleza por las nubes. Es tan pálida como un pan empapado en leche. Pero cuando yo la vi fue en la Torre del Sumo Sacerdote, justo después de la batalla. No estaba en su mejor momento.

—Kitiara, tenemos asuntos más importantes de los que... —empezó a decir Iolanthe, pero Kit le hizo callar.

—¿Que piensas de ella? —insistió Kit.

¿Qué pensaba Raistlin sobre Laurana? Que era la única belleza que quedaba para él en el mundo. Ni siquiera la maldición que le nublaba la

vista, por la cual veía todas las cosas viejas, marchitas y sin vida, había logrado alterar esto. Los elfos eran muy longevos y la edad trataba con delicadeza a la doncella elfa. Los años no hacían más que realzar su belleza, si es que eso era posible.

Laurana se sentía un poco intimidada ante su presencia, un poco asustada. Sin embargo, había confiado en él. Raistlin no sabía por qué, pero parecía que ella veía algo en él invisible para los demás, algo que ni siquiera él lograba descubrir. La había amado... No, amar no era la palabra, la había ansiado, como un hombre acosado por la sed y perdido en el desierto ansia un sorbo de agua fresca.

—Ella es todo lo que tú eres, hermana, y todo lo que no eres —contestó Raistlin en voz baja.

Su hermana se echó a reír, satisfecha. Se lo tomó como un cumplido.

—Kitiara, tengo que hablar contigo —dijo Iolanthe, al límite de su paciencia—. En privado.

—Quizá yo pueda terminar de escribir la carta por ti —sugirió Raistlin.

Kitiara le hizo un gesto y ella se acercó a la ventana. Allí, Iolanthe y ella juntaron las cabezas y empezaron a hablar con tonos apagados.

Raistlin se sentó. Dejó el Bastón de Mago al alcance de la mano. Con la mente en otra parte, empezó a copiar mecánicamente las palabras escritas en el papel emborronado y lleno de tachones en una hoja en limpio. Escribía con suavidad y destreza, con una letra mucho más legible que la de Kit.

Mientras trabajaba, se apartó disimuladamente la capucha para intentar oír lo que hablaban las dos mujeres. Sólo entendió algunas palabras, pero las suficientes para hacerse una idea general del tema que trataban.

—... Ariakas sospecha de ti... Por eso mandó a tu hermano... Tenemos que pensar en algo que decirle...

Raistlin siguió con la carta. Concentrado en la conversación ajena, apenas había prestado atención a las palabras que estaba escribiendo, hasta que un nombre se iluminó y dejó el resto de la hoja sumido en la oscuridad.

«Laurana.» Las órdenes trataban sobre ella.

Raistlin se olvidó por completo de Kit e Iolanthe. Todo su ser se concentró en la carta y repasó lo que había escrito. Kit enviaba la misiva a un subordinado, al que le decía que las órdenes habían cambiado. Ya no tenía que llevar a la «cautiva» al Alcázar de Dargaard. Debía conducirla directamente a Neraka. El subordinado tenía que asegurarse de que Laurana siguiera viva e ilesa, al menos hasta que se hubiera realizado el intercambio por el Hombre Errante. Después, cuando Kitiara estuviera en posesión de la corona, Laurana se ofrecería como sacrificio ante la Reina Oscura.

Raistlin se quedó pensando. Kitiara tenía razón. No cabía duda de que Tanis iría a Neraka para intentar salvar a Laurana. ¿Había alguna forma de que Raistlin pudiera ser de ayuda? Kitiara lo quería allí por algún motivo, pero no lograba descubrir cuál. No lo necesitaba para capturar a Berem. La conspiración estaba muy avanzada y no quedaba nada que él pudiera hacer. Ariakas lo había enviado para traicionar a Kit. La Luz Oculta lo había enviado para traicionar a Kit y a Ariakas. Iolanthe tenía preparado algún complot por su cuenta. Todos tenían el puñal preparado, listos para clavarlo en la espalda que hiciera falta. Raistlin se preguntó si no acabarían matándose entre sí.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por unas fuertes pisadas que resonaban sobre el suelo de piedra. Iolanthe se quedó pálida como una muerta.

—Debo irme —anunció apresuradamente, envolviéndose en su capa—. Raistlin, ven a verme cuando vuelvas a Neraka. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Antes de que pudiera decir nada, Iolanthe lanzó la arcilla mágica contra la pared, se coló por el portal antes siquiera de que hubiera acabado de abrirse y lo cerró rápidamente tras de sí.

Las pisadas se acercaban, lentas, resueltas, osadas. El aire de la habitación se volvió gélido como la muerte.

—Estás a punto de conocer al señor del Alcázar de Dargaard, hermanito —dijo Kitiara, intentando dedicarle una de sus sonrisas maliciosas, pero Raistlin vio que se borraba de sus labios antes de nacer.

20

El Caballero de la Rosa Negra *El reloj de estrellas*

DÍA VIGESIMOTERCERO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La frialdad de la muerte reptaba por el suelo, se filtraba por las grietas de las paredes de piedra, exhalaba su aliento por las ventanas rotas. Raistlin tembló envuelto por aquella gelidez espectral, dejó la pluma en la mesa y escondió las manos en las mangas de la túnica para calentárselas. Se levantó para estar preparado.

—Soth es atroz —dijo Kitiara, con la mirada clavada en la puerta—. Pero no te hará daño mientras estés bajo mi protección.

—No necesito tu protección, hermana —contestó Raistlin, molesto por el tono paternalista con que le había hablado.

—Simplemente ten cuidado, ¿entendido, Raistlin? —repuso Kitiara ásperamente.

Se quedó sorprendido. Era muy raro que lo llamase por su nombre.

»Soth podría matarnos a los dos con una sola palabra —añadió Kitiara en un tono más suave.

La puerta se abrió y entró el terror.

El Caballero de la Muerte se quedó en el umbral. Resultaba imponente con aquella armadura de un caballero solámnico de la época del alzamiento

de Istar. Era una armadura hermosamente trabajada y que antaño había brillado con orgullo plateado. Ennegrecida y manchada de sangre, sólo quedaría limpia si se lavaba con las aguas de la redención, pero Soth no tenía el menor anhelo de encontrar el perdón. De los hombros le caía una capa negra, un harapo cubierto de sangre.

Por las rendijas del yelmo se adivinaba el resplandor carmesí de sus ojos, enrojecidos por la pasión que no había podido controlar y que había sellado su destino. Lanzaba su ira contra su sino, contra los dioses; incluso contra sí mismo, en algunos momentos. Únicamente con las sombras de la noche, cuando las *banshees* entonaban para él el cántico lastimero de su propia caída, el fuego abrasador de su mirada quedaba reducido a las brasas incandescentes del amargo remordimiento. Cuando el canto se apagaba con la llegada de un nuevo día, la ira de Soth se avivaba de nuevo.

Raistlin había recorrido muchos lugares oscuros a lo largo de su vida, quizá ninguno más tenebroso que su propia alma. Se había sometido a la temida Prueba de la torre. Había atravesado el Bosque Oscuro. Se había quedado atrapado en la pesadilla que era Silvanesti. Había sido prisionero en las mazmorras de Takhisis. En todos aquellos lugares había tenido miedo. Pero cuando miró el fuego infernal que consumía la mirada del Caballero de la Muerte, Raistlin sintió un miedo tan abrumador, tan paralizador, que creyó que podría morir de terror.

Podía aferrarse al Orbe de los Dragones, pronunciar las palabras mágicas y desaparecer tan rápido como había hecho Iolanthe. Estaba buscando con dedos temblorosos el orbe, cuando se dio cuenta de que Kitiara lo observaba.

Los labios de su hermana se curvaron. Estaba poniéndolo a prueba, provocándolo como cuando era un niño y quería que aceptara un reto.

La furia actuó en Raistlin como si fuera una poción y le devolvió la valentía y la capacidad de pensar. Se dio cuenta de algo de lo que se habría podido percatar antes si no hubiera sentido tal pavor: el miedo era mágico, un hechizo que Soth había lanzado sobre él.

Ojo por ojo. No era el único que podía jugar a ese juego.

—*¡Delu solisar!* —dijo Raistlin sin perder un momento. Soltó el orbe y levantó la mano para trazar una runa en el aire.

La runa se envolvió en llamas y brilló intensamente. Los hechizos rivales quedaron suspendidos en el aire, temblorosos. Kitiara observaba la escena, con una mano en la cadera y la otra aferrada a la empuñadura de su espada. Estaba disfrutando con el enfrentamiento.

La magia de Soth se quebró. Raistlin detuvo su hechizo. La runa abrasadora desapareció, dejando una sombra azulada y una voluta de humo.

Kitiara asintió en señal de aprobación.

—Lord Soth, Caballero de la Rosa, tengo el honor de presentarte a Raistlin Majere. —Kitiara, en parte burlona y en parte orgullosa, añadió—: Mi hermanito.

Raistlin hizo una reverencia para corresponder a la presentación y después levantó la cabeza y se irguió cuan alto era, obligándose a mirar a las rendijas de los ojos del yelmo del Caballero de la Muerte. Miró fijamente las llamas que consumían esa alma atormentada, aunque su mera visión hacía estremecerse horrorizada al alma de Raistlin.

—Eres muy diestro con la magia para ser tan joven —dijo lord Soth. Su voz sonaba hueca y profunda, con ecos de una ira eterna, de un remordimiento sin consuelo.

Raistlin volvió a hacer una reverencia. Todavía no estaba seguro de poder pronunciar palabra alguna.

—Proyectas dos sombras, Raistlin Majere —dijo de repente el Caballero de la Muerte—. ¿Por qué?

Raistlin no tenía la menor idea de a qué se refería.

—No proyecto ni una sola sombra en este lugar espantoso, mi señor, mucho menos dos.

Los ojos de color carmesí del Caballero de la Muerte parpadearon.

—No hablo de sombras proyectadas por el sol —aclaró lord Soth—. Habito dos planos. Estoy obligado a morar en el plano de los vivos y condenado a morar en el plano de los muertos que no pueden morir. Y en ambos veo tu sombra más oscura que la oscuridad.

Raistlin lo comprendió.

Kitiara no entendía lo que Soth quería decir.

—Raistlin tiene un hermano gemelo... —empezó a decir.

—Ya no —la interrumpió Raistlin, lanzándole una mirada airada. A veces podía ser tan tonta como Caramon.

Tras el hechizo, el miedo y las intrigas, de repente Raistlin se sintió desfallecer.

—Me trajiste aquí porque necesitabas mi ayuda, hermana. Os he jurado lealtad a ti y a Takhisis. Si deseas que te sirva de alguna otra forma, dime cómo puedo hacerlo. Si no, permite que me vaya.

Kitiara miró a lord Soth.

—¿Qué crees?

—Es peligroso —contestó Soth.

—¿Quién? ¿Raistlin? —se burló Kitiara, sorprendida y divertida al mismo tiempo.

—Será tu sino. —El Caballero de la Muerte miraba fijamente a Raistlin, las llamas danzaban en sus ojos.

Kitiara vaciló. Miraba a Raistlin y, con el ceño fruncido, repiqueteaba los dedos en la empuñadura de su espada.

—¿Quieres decir que debería matarlo?

—Quiero decir que no deberías intentarlo —dijo Raistlin, paseando la mirada de uno a otro. Tenía un trozo de ámbar entre los dedos.

Kitiara clavó la mirada en él y de pronto se echó a reír.

—Ven conmigo —dijo, y cogió una antorcha encendida que colgaba de la pared—. Tengo que enseñarte una cosa.

—¿Y él? —preguntó Raistlin sin moverse de donde estaba.

El Caballero de la Noche se había acercado a la ventana. Paseó la mirada por la desolación que se extendía a sus pies.

—Se acerca el atardecer —dijo Kitiara—. Soth tiene cosas que hacer. Démonos prisa —añadió, estremecida—. Preferirás no estar cerca.

El lamento era lejano, pero el sonido aterrador y penetrante se clavó en Raistlin y le atravesó el corazón. Frenó sus pasos, giró la cabeza, y recorrió con la mirada el pasillo. El canto era horrendo, pero sentía que algo le obligaba a escucharlo.

Kitiara lo cogió por la muñeca.

—¡Tápate los oídos! —le advirtió.

—¿Qué es? —preguntó Raistlin. Sintió que se le erizaba el vello.

—Las *banshees*. Las elfas que lo acompañan en su maldición. Su sino es cantar para él todas las noches, recitar la historia de sus crímenes. Él se sienta en la habitación donde murieron su esposa y su hijo, contempla las manchas de sangre en el suelo y escucha.

Apretaron el paso y recorrieron apresuradamente el pasillo. El cántico lúgubre no los abandonaba. El lamento golpeaba a Raistlin con alas negras y lo desgarraba con zarpas afiladas. Intentó taparse las orejas con las manos, pero el cántico resonaba en su sangre. Vio que Kitiara estaba muy pálida y sudaba.

—Todas las noches es igual. No logro acostumbrarme.

De repente, el pasillo por el que iban moría en una pared. Raistlin supuso que no habrían recorrido toda esa distancia para nada y esperó pacientemente a ver qué pasaba.

Kit le tendió la antorcha para que la sujetase. Raistlin podría haberse ofrecido para utilizar la luz de su bastón, pero no le gustaba descubrir su poder a la gente a no ser que hubiera una buena razón. Levantó la antorcha para que Kitiara pudiera ver lo que hacía.

Kitiara apoyó la mano izquierda en una piedra del muro y la derecha sobre otra, y apretó una tercera piedra del suelo con el pie. Por pura costumbre, Raistlin anotó mentalmente la situación exacta de cada piedra. En lo más profundo de sí deseaba no tener que volver jamás al Alcázar de Dargaard, pero nunca se podía estar seguro. Rechinando sobre sus goznes, la pared, que en realidad era una puerta, se abrió lentamente. Kit, de un salto, se metió en la oscuridad que los esperaba al otro lado. Raistlin miró en derredor y la siguió con cautela.

Kitiara puso la mano en una piedra del otro lado y la puerta se cerró. El lamento de las *banshees* casi se apagó. Kitiara y Raistlin compartieron un suspiro de alivio.

Kitiara le cogió la antorcha y echó a caminar por delante, alumbrando sus pasos. Una escalera de caracol excavada en la roca, cerrada entre toscas

paredes de piedra, se hundía en las entrañas de la tierra. Kitiara bajaba rápidamente, y el repiqueteo de sus botas sobre la piedra acababa de ahogar el lamento distante de las *banshees*. Raistlin la siguió. Se fijó en que la escalera no estaba quemada ni había rastro de humo o muerte.

—Esta obra es nueva —dijo, pasando la mano por la piedra. Los dedos se le cubrieron de polvo—. Se ha construido hace poco.

—Lo ha hecho nuestra reina —contestó Kitiara.

Raistlin dejó de caminar.

—¿Dónde me llevas? ¿Qué hay ahí abajo?

Kitiara le sonrió con malicia.

—¿Quizá prefieras volver a subir para escuchar los cánticos?

Raistlin siguió bajando. La escalera, con los cuarenta y cinco escalones que contó, llevaba a una puerta de impenetrable acero. Raistlin se quedó mirándola, impresionado. Sólo aquella puerta valía toda la riqueza de Neraka. No podía imaginar siquiera el tesoro que guardaría al otro lado.

Kitiara apoyó la mano derecha, con la palma abierta, en el centro de la puerta, cuya superficie era perfectamente lisa. Raistlin no veía que tuviera ni una sola marca. Kit pronunció una única palabra: «Takhisis.» Bajo su mano destelló una luz blanca. Volvió a invocar el nombre de la Reina Oscura y brilló una luz verde. Kitiara repitió el nombre tres veces más y en las tres ocasiones la luz cambió de color, pasando del rojo al azul y después al negro.

Se iluminó el perfil de un dragón de cinco cabezas, grabado en la puerta, y ésta se elevó lenta y silenciosamente, hasta que desapareció en el techo.

Kitiara hizo un gesto a Raistlin para que entrara. Él se quedó fuera, mirándola fríamente.

—Tú primero.

Kitiara se rió y sacudió la cabeza, luego pasó delante de él. Mantenía la antorcha en alto, para que pudiera verse bien la cámara. La llama iluminó las paredes excavadas en la roca. La cripta no era demasiado grande, tendría unos veinte pasos por veinte. El techo era bajo. Raistlin podría tocarlo con la mano si estiraba el brazo.

En la cripta sólo había tres objetos: un reloj de arena en un armazón de oro, el pedestal de oro que lo sostenía y una vela con rayas rojas numeradas en intervalos regulares, desde el uno hasta el veinticuatro. La vela contaba las horas del día. Casi se había consumido.

Raistlin seguía sin confiar en Kitiara, pero la curiosidad se impuso a la precaución. Entró en la cámara y se acercó al reloj de arena para estudiarlo. No necesitaba conjurar un hechizo para darse cuenta de que estaba encantado.

La parte superior del reloj estaba llena de arena; en la inferior reinaba la oscuridad, impenetrable y eterna. Raistlin lo observó con más atención y vio que un grano de arena estaba atrapado en el estrecho paso que dividía las dos partes. El grano no había caído. Cortaba el paso al resto de los granos de arena, que no podían pasar a la mitad inferior.

—Está atascado —dijo Raistlin.

—¡Espera! —exclamó Kitiara en un susurro.

—¿A qué?

—A la Vigilia Oscura —repuso Kitiara.

Raistlin observó como la llama de la vela consumía la cera y derretía la parte blanca hasta llegar a la raya roja que marcaba el final del día. Cuando la banda roja empezó a fundirse, miró el reloj de arena y contuvo el aliento.

El único grano de arena atrapado en el cuello estrecho que comunicaba las dos partes empezó a brillar. El grano se iluminó y, como si fuera una estrella, cayó al fondo del reloj. Centelleó un momento en la negrura y después la luz se debilitó y acabó por apagarse. Otro grano minúsculo bajó por el cuello estrecho y se quedó cerrándolo.

Kitiara sustituyó la vela que marcaba las horas por otra nueva y la encendió con la llama agonizante de la anterior. La llama se encendió, intensa y firme, en la atmósfera inmóvil de la cripta.

—¿Qué es esto? —preguntó Raistlin con la voz timbrada por el asombro.

—El Reloj de Arena de las Estrellas —dijo Kitiara—. Empezó a contar el tiempo el primer día de la creación. Cuando se termine la arena, el tiempo llegará a su fin.

Raistlin ansiaba acariciar la superficie brillante del cristal, pero mantuvo las manos entrelazadas bajo las mangas de la túnica. Había que ser precavido con los objetos mágicos.

—¿Y qué hace aquí? ¿Cómo se hizo con él Takhisis?

—Ella lo creó —contestó Kitiara.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Ariakas?

—Nada.

Raistlin la miró, perplejo.

—Sí, ya sé que eso fue lo que le dije a Iolanthe. Tenía que decirle algo que le hiciera traerte, pues de lo contrario sospecharía algo. ¿Cómo crees que escapó esa hechicera, Ladonna? Iolanthe la ayudó. Esa bruja no es de confianza, hermanito.

Raistlin no se sorprendió. Todo encajaba con sus propias sospechas.

—Yo no confío en ella —dijo Raistlin—. No confío en nadie.

—¿Ni siquiera en mí? —quiso saber Kitiara con un tono juguetón. Alargó la mano como si quisiera echarle el pelo hacia atrás, como hacía cuando era un niño y lo consumía la fiebre.

Raistlin se echó hacia atrás para esquivar su caricia.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quieres de mí?

Kitiara bajó la mano y la apoyó en la parte superior del armazón del reloj de arena.

—El Ladino. Así te llamaban. Tal vez por eso siempre fuiste mi preferido. Parece que Nuitari ha traicionado por última vez a su madre. Takhisis ha decidido librarse del dios de la magia y de sus dos primos traidores. Va a traer tres dioses nuevos, los dioses del gris. Responderán directamente ante su reina y ella les concederá la magia.

Raistlin se tambaleó, como si acabaran de propinarle un puñetazo en la cara. Si no hubiera tenido el apoyo del bastón, se habría desplomado. Cualquier pensamiento de rescatar a Laurana se borró de su mente. Tenía que pensar en sí mismo. Corría un peligro de muerte. Kit estaba hablando de destruir a los dioses de la magia, acabar con la magia, que para él era su vida.

Podía sentir a la Reina Oscura muy cerca de él. Podía sentir su aliento en la nuca. Oyó la voz como la había oído en su altar del Palacio Rojo.

«¡Sírvenme! ¡Inclínate ante mí!»

Ésa era su forma de castigarlo por su desobediencia. Tendría que tener cuidado con ella, mucho cuidado.

—Una idea interesante —comentó Raistlin fríamente—. Eliminar tres dioses no puede ser fácil, ni siquiera para Takhisis. ¿Cómo piensa conseguirlo?

—Con tu ayuda, hermanito. —La mirada de Kitiara se perdió en la llama de la vela—. Mañana por la noche, en la Noche del Ojo, los hechiceros más poderosos de Ansalon se reunirán en un mismo lugar: la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. Tú vas a destruir la torre y a aquellos que estén en ella.

—¿Y si me niego? —preguntó Raistlin.

—¿Por qué ibas a negarte? No les debes nada a esos hechiceros. Te hicieron sufrir —contestó Kitiara—. Takhisis te hará mucho más poderoso de lo que haya sido Par-Salian jamás, más poderoso que todos los hechiceros del mundo juntos. Únicamente tienes que pedirselo.

Raistlin contempló la llama de la vela devorando la cera.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó al fin.

—Sirve a Takhisis y ella te concederá todo lo que tu corazón desea —dijo Kitiara. Acarició la parte superior del armazón del reloj de arena—. Traiciónala, y terminará contigo.

—Veo que no tengo muchas opciones.

—Tienes suerte de que te deje al menos una. No sé lo que habrás hecho, pero nuestra reina no está contenta contigo. Te concede esta oportunidad para que demuestres lo que vales. ¿Qué respondes?

Raistlin se encogió de hombros.

—Me inclino ante mi reina.

Kitiara sonrió con esa sonrisa maliciosa tan suya.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer.

21

La puerta rota Cuestión de confianza

DÍA VIGÉSIMO CUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La Vigilia Oscura había pasado hacía tiempo. Había empezado el nuevo día, el día que cambiaría su vida. Raistlin volvía a estar en su habitación de El Broquel Partido y no recordaba cómo había llegado allí. Se quedó atónito al darse cuenta de que había conjurado hechizos y recorrido los corredores de la magia sin ser consciente. Se alegró al pensar que al menos una parte de su cerebro seguía actuando de forma racional, mientras el resto corría a lo loco, lanzando chillidos histéricos y agitando los brazos.

—¡Tranquilo! —se dijo, paseando por la pequeña habitación—. Tengo que estar tranquilo. Tengo que pensarlo bien.

Alguien dio unos golpes en el suelo desde la habitación de abajo.

—¡Estamos en mitad de la puta noche! —gritó una voz a través de las tablas de madera—. ¡Deja de ir de un lado a otro o tendré que subir y hacer que pares!

Por un momento, a Raistlin se le pasó por la cabeza lanzar una bola de fuego a través del suelo, pero lo único que iba a conseguir con eso era quemar la posada. Se tiró en la cama. Estaba agotado. Necesitaba dormir. Intentó cerrar los ojos, pero cada vez que lo hacía, veía el diminuto grano

de arena encendiéndose y cayendo en la oscuridad. Veía la vela consumiendo las horas.

«Esta noche... la Noche del Ojo.

»Esta noche debo destruir la magia.

»Esta noche debo destruirme a mí mismo.»

Porque de eso se trataba. La magia era su vida. Sin ella, no era nada, menos que nada. Sí, era cierto que Takhisis había prometido que recibiría la magia de ella, como Ariakas. Raistlin tendría que dedicarle sus oraciones, tendría que suplicarle. Y ella decidiría si le tiraba las migajas o no.

Y si se negaba, si se enfrentaba a ella, ¿dónde, en todo el ancho mundo, podría esconderse de la diosa?

Raistlin sintió que se ahogaba. Se levantó de la cama, se acercó a la ventana y abrió los postigos para que pasara el aire fresco de la noche. A lo lejos, la silueta oscura del templo dominaba Neraka y parecía borrar las estrellas. Las torres y los chapiteles se retorcían bajo su mirada febril. Se convertían en una garra que se cernía sobre él, que se alargaba hacia su cuello...

Raistlin volvió en sí ahogando un gemido. Se había quedado dormido de pie. Volvió con pasos vacilantes a la cama y se derrumbó en ella. Cerró los ojos y llegó el sueño, abalanzándose sobre él como un animal salvaje que le quisiera hundir en las profundidades más lúgubres.

Mientras dormía, la parte más lógica de su cerebro debió de seguir trabajando, ya que, cuando se despertó unas horas después, ya sabía lo que tenía que hacer.

* * *

Amanecía un nuevo día y era el momento del cambio de guardia. Los soldados que acababan su turno estaban de buen humor y se dirigían a las tabernas. Los soldados que lo comenzaban gruñían y maldecían. La bruma, de un gris plomizo, retiraba sus tentáculos de la ciudad. Las nubes se

disiparían. La Noche del Ojo estaría despejada. La Noche del Ojo siempre estaba despejada. Los dioses se encargaban de que así fuera.

Raistlin caminaba rápido, las manos dentro de las mangas, la cabeza gacha, la capucha echada. Chocó contra unos soldados que lo miraron enfadados y que le gritaron unos cuantos insultos a los que no prestó atención. Los soldados siguieron su camino, pues acudían tarde a su deber o los empujaba la impaciencia por un buen trago.

Raistlin entró en el Barrio Rojo. Sólo había estado allí una vez antes, era de noche y fingía que estaba inconsciente.

Siguió el camino que había tomado Maelstrom y encontró lo que creyó que era la entrada a los túneles que discurrían bajo la tienda de Lute. La entrada estaba bien escondida y Raistlin no estaba seguro. Rodeó el edificio hasta la parte delantera y levantó la vista hacia el emblema: un laúd colgado de una cuerda sobre la puerta. El viento jugaba con las cuerdas y arrancaba de ellas un murmullo.

Raistlin aporreó la puerta. Los perros ladraron.

—¡Todavía no está abierto! —gritó una voz profunda desde el interior.

—Ahora sí lo está —dijo Raistlin. Cogió un poco de estiércol de una bolsa y empezó a darle vueltas entre los dedos, mientras entonaba las palabras del hechizo—. *¡Daya laksana banteng!*

El vigor se apoderó de su cuerpo. Raistlin pegó una patada a la pesada puerta de madera y ésta se rompió en trozos. La barra de hierro se desprendió y cayó al suelo. Raistlin apartó a un lado unos cuantos trozos de madera con su bastón y entró en la tienda.

A su encuentro salieron dos mastines. Los perros no lo atacaron. Se plantaron delante de él, con las cabezas gachas y las orejas echadas hacia atrás. La hembra enseñó los colmillos amarillos.

—Llama a los perros —dijo Raistlin.

—¡Vete al Abismo! —aulló un hombre con barba negra que estaba sentado en un taburete al fondo de la abarrotada habitación—. ¡Mira cómo has dejado mi puerta!

—Llama a los perros, Lute —repitió Raistlin—. Y no se te ocurra tocar esa ballesta. Si lo haces, lo único que va a quedar sobre el taburete será un

montón de carne grasienta y peluda de enano quemado.

Lute alejó la mano de la ballesta lentamente.

—*Shinare* —llamó en un tono hosco—. *Hiddukel*. Venid aquí.

Los perros gruñeron a Raistlin y regresaron junto a su dueño.

—Enciérralos en esa habitación —ordenó Raistlin, señalando el dormitorio del medio enano.

Lute mandó a los perros a su habitación y, entre jadeos y maldiciones, se bajó del taburete y cerró la puerta detrás de los animales. Raistlin se abrió paso entre los montones de trastos hasta el fondo de la tienda.

—¿Qué quieres? —preguntó Lute, mirándolo con odio.

—Necesito hablar con Talent.

—Has venido al lugar equivocado. Está en El Broquel Partido...

Raistlin pegó un puñetazo en el mostrador.

—No estoy de humor para oír mentiras. ¡Dile a Talent que tengo que hablar con él ahora!

Lute resopló.

—No soy tu recadero...

Raistlin agarró la tupida barba de Lute y le pegó un tirón que hizo asomar las lágrimas a los ojos del medio enano.

Lute aulló y trató de zafarse de Raistlin desesperadamente. Sus esfuerzos fueron tan vanos como si hubiera querido partir una de las vigas de roble que sostenían el techo. Raistlin todavía estaba bajo los efectos del hechizo vigorizante. Dio otro tirón a la barba de Lute y le arrancó unas gotas de sangre y un quejido de dolor. Al oír los gritos de su señor, los perros ladraron furiosamente y se lanzaron contra la puerta.

—Te arrancaré la barba de raíz —lo amenazó Raistlin entre dientes—, a no ser que hagas lo que te digo. Irás a buscar a Talent ahora. Le dirás que nos encontraremos en el mismo sitio que la última vez: en los túneles de debajo de este edificio.

Lute maldijo entre dientes.

Raistlin tiró con más fuerza.

—¡Haré lo que dices! —chilló Lute, dando torpes golpes a la mano de Raistlin—. ¡Suéltame ya! ¡Suelta!

—¿Hablarás con Talent? —preguntó Raistlin sin soltar al medio enano. Lute asintió. Las lágrimas le caían por las mejillas. Raistlin lo soltó y Lute estuvo a punto de caer de espaldas. El medio enano se masajeó la dolorida barbilla.

—Tendré que enviar a Mari. No puedo ir yo en persona. Me has roto la puerta. Me robarían la tienda.

—¿Dónde está Mari?

—Normalmente se pasa por aquí a esta hora.

Como si esas palabras la hubiesen hecho aparecer, la kender se asomó por la puerta.

—Oye, Lute, ¿qué le ha pasado a tu puerta? —preguntó—. Vaya, hola, Raist. No te había visto.

—No te preocupes por nada —gruñó Lute—. Y no se te ocurra poner un pie en la tienda. Corre a buscar a Talent. Dile que vaya a los túneles.

—Claro, Lute, ahora voy. Pero ¿qué le pasado a la puerta...?

—¡Vete, estúpida! —aulló Lute.

—Tienes que darte mucha prisa, Mari —dijo Raistlin—. Es urgente.

La kender miró a uno y después al otro, y echó a correr.

—¡Y trae a un carpintero! —gritó Lute.

—¿Cómo llego al túnel? —preguntó Raistlin.

—Ya que eres tan listo, adivínalo —repuso Lute. Todavía estaba frotándose la barbilla.

Raistlin echó un vistazo a la tienda repleta de cachivaches.

—Claro... la trampilla está debajo del cajón del perro. No puede decirse que sea demasiado original. ¿Está cerrada? ¿Tiene llave?

Lute murmuró algo.

—Siempre me queda la opción de abrir un agujero en tu suelo —dijo Raistlin.

—No tiene llave. Simplemente levanta la maldita trampilla y baja la puta escalera. Mira bien dónde pisas. La escalera tiene mucha pendiente. Sería una pena que te cayeras y te rompieras la crisma.

Raistlin se acercó al cajón del perro y lo apartó. Debajo, encontró la trampilla. El hechizo estaba empezando a desvanecerse, pero por suerte le

quedaba la fuerza suficiente para tirar de la pesada puerta de madera. En momentos como aquél era cuando echaba de menos a Caramon.

Raistlin escudriñó la oscuridad, que sería aún más impenetrable cuando cerrara la trampilla.

—*Shirak* —dijo Raistlin y el cristal del extremo del bastón empezó a brillar.

Se recogió las faldas de la túnica y empezó a bajar con cuidado. La trampilla se cerró de golpe. La cámara subterránea estaba en silencio y olía a barro. A lo lejos se oía un goteo. Movi6 la luz alrededor y, un momento después, descubrió la silla a la que lo habían encadenado y aquella en la que Talent se había sentado.

Raistlin cogió la silla de Talent y se sentó a esperar.

* * *

Talent no tardó en llegar. Raistlin oyó las pisadas de unas botas resonando sobre el suelo sucio y al instante vio la luz de un farol brillando en la oscuridad. Raistlin tenía unos pétalos de rosa en la mano y las palabras de un hechizo en los labios, por si acaso Talent había decidido enviar a alguien en su lugar, por ejemplo, Maelstrom.

Fue Talent en persona quien apareció en el círculo de luz que proyectaba el bastón.

—Siéntate —le ordenó Raistlin y arrastró una silla con el pie.

Talent se quedó de pie. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy aquí, pero no porque quiera estar. Nos podrías haber puesto a todos en peligro...

—Ya estáis en peligro —lo interrumpió Raistlin—. He estado en el Alcázar de Dargaard. He hablado con mi hermana. Por favor, siéntate. No me gusta tener que estirar el cuello para mirarte.

Talent vaciló y al final se sentó. A un costado le colgaba la espada. La punta de metal dibujó un surco en el polvo del suelo.

—¿Y bien? —preguntó con voz tensa—. ¿Qué tenía que decir la Dama Azul?

—Muchas cosas, pero la mayoría no son de tu incumbencia. Una sí lo es. Os han traicionado. Takhisis lo sabe todo. Ha ordenado a Ariakas que te mate a ti a Mari y al resto de la banda.

Talent frunció el entrecejo.

—No es que no te crea, Majere, pero si Ariakas lo sabe, ¿por qué no nos ha arrestado?

—Porque en Neraka vosotros sois mucho más populares que el emperador —contestó Raistlin—. Habría disturbios en las calles si os arrestan y cierran El Broquel Partido. Lo mismo sucede con tu amigo peludo del piso de arriba. Su negocio es vital para muchos de los habitantes de esta ciudad, sobre todo ahora que las tropas no reciben su paga. Y después están los clérigos del templo, que a la mitad los tienes en el bolsillo. Tendrían que renunciar a todos los lujos del mercado negro a los que se han acostumbrado.

Talent sonrió sarcásticamente.

—Supongo que todo eso es verdad. Así que Ariakas no tiene pensando arrestarnos...

—No. Sencillamente va a hacer que os maten —repuso Raistlin.

—¿Cuándo se supone que va a ser eso?

—Esta noche.

—¿Esta noche? —Talent se levantó, alarmado.

—La Noche del Ojo. Iolanthe me dijo que tú y tus amigos de El Trol Peludo siempre organizáis una fiesta en la calle con hogueras. Esta noche las hogueras se van a descontrolar. Las llamas se extenderán hasta El Trol Peludo y El Broquel Partido. Mientras intentáis apagar el incendio, ocurrirá un desgracia accidente. Tú, Mari y otros miembros de La Luz Oculta quedaréis atrapados en el interior del edificio en llamas. Moriréis abrasados.

—¿Y qué pasa con Lute? —preguntó Talent ásperamente—. Él no estará en la fiesta. Nunca sale de su tienda.

—Encontrarán su cuerpo por la mañana. Por un extraño infortunio, sus propios perros se volverán contra él y lo despedazarán.

—Entiendo —dijo Talent con expresión sombría—. ¿Quién es el traidor? ¿Quién nos ha traicionado?

Raistlin se levantó.

—No lo sé. Tampoco me importa. Tengo mis propios problemas y son mucho más graves que los vuestros. Lo que me lleva a mi última petición. Hay dos personas más destinadas a morir esta noche. Una de ellas es Iolanthe...

—¿Iolanthe? ¿La bruja de Ariakas? —se sorprendió Talent—. ¿Por qué iba a querer matarla?

—No es el emperador quien quiere matarla, sino la Dama Azul. La segunda persona es Snaggle, el dueño de la tienda de hechicería de la Ringlera de los Hechiceros. No querrá abandonar su tienda. Habrá que «convencerlo».

—En nombre del Abismo, ¿qué está pasando? —quiso saber Talent, horrorizado.

—No puedo contarte la conspiración de principio a fin. Lo que puedo decirte es que esta noche, la reina Takhisis tomará el control de la magia. Bajo sus órdenes, la Dama Azul va a mandar escuadrones de muerte para que acaben con todos los hechiceros que puedan. Tanto Snaggle como Iolanthe están en la lista.

Talent lo miraba, sumido en un silencio atónito.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué no se lo cuentas a Iolanthe? —preguntó al Fin.

—Porque no puedo confiar en ella —contestó Raistlin—. Ni siquiera ahora sé de qué lado está.

Talent sacudió la cabeza.

—Iolanthe supone una amenaza para ti y, de todos modos, quieres protegerla. Creía que más bien eras de los que se reirían mientras contemplabas cómo la devoraban las llamas. No te entiendo, Majere.

—Supongo que hay muchas cosas en el mundo que no entiendes —repuso Raistlin mordazmente—. Por desgracia, no tengo tiempo para explicártelas. Baste con decir que tengo una deuda con Iolanthe y Snaggle. Y yo siempre pago mis deudas.

Recogió el bastón coronado por la luz y se dispuso a marcharse.

—¡Oye! —exclamó Talent—. ¿Adónde vas?

—Me voy por el otro camino. Tu amigo Lute no se alegrará de verme de nuevo.

—Seguramente tengas razón. He oído algo sobre una puerta destrozada —dijo Talent, echando a andar detrás de Raistlin—. Pero vas a perderte. Tendré que enseñarte el camino.

—No te molestes. Lo recuerdo de la última vez que estuve aquí.

—¿Lo recuerdas? Es imposible. Estabas... —Talent se detuvo. Miró fijamente al mago—. Sólo estabas fingiendo que estabas drogado. Pero ¿cómo supiste que la bebida contenía...?

—Tengo un sentido del olfato muy fino —contestó Raistlin.

Los dos caminaron juntos. Los únicos sonidos en el túnel eran el golpe apagado del bastón sobre el suelo, el susurro de la túnica negra y las pisadas de las botas de Talent. Talent andaba con la cabeza agachada, las manos a la espalda, inmerso en sus pensamientos. Raistlin miró alrededor con interés, fijándose en el sinfín de túneles que partían desde su posición. Dibujó mentalmente un plano de la ciudad e intentó calcular adonde llevaría cada uno de los pasillos.

—Esta red es muy amplia —comentó Raistlin—. Diría, por ejemplo, que este túnel lleva al Templo de la Reina Oscura —dijo, señalando un pasillo con su bastón. Señaló otro y añadió—: Y éste conduce a El Broquel Partido.

—Y éste —dijo Talent con gesto serio, apoyando la mano en la empuñadura de la espada— lleva a la puerta a la gente que hace demasiadas hipótesis.

Raistlin sonrió e inclinó la cabeza.

»Estaba preguntándome una cosa —dijo Talent de repente—. No confías en Iolanthe, una hechicera como tú. Los dioses son testigos de que yo no confío en ti. Sin embargo, tú confías en mí. Así debe de ser, ya que me has contado todo esto... ¿Por qué?

—Me recuerdas a alguien —contestó Raistlin tras un momento—. Como tú, era un solámnico. *Est Sularus uth Mithas*. Vivía según ese lema.

Su honor era su vida.

—La mía no —dijo Talent.

—Razón por la cual sigues con vida y Sturm no. Y por eso confío en ti.

* * *

Talent acompañó al mago hasta la calle. Talent no dejó de mirar a Raistlin hasta que su túnica negra se confundió entre el gentío. Incluso cuando Raistlin ya había desaparecido, Talent siguió parado en el callejón, repitiendo mentalmente las palabras del hechicero.

Parecía demasiado increíble para ser cierto. ¡Takhisis intentando destruir a los dioses de la magia! Bueno, ¿y qué? De todos modos, ¿quién iba a echar de menos a un puñado de hechiceros? El mundo sería un lugar mejor sin hechiceros, o al menos eso creía la mayor parte de la gente, incluido Talent Orren.

«Por ejemplo, ese muchacho —pensó Talent—. Me pone la piel de gallina. ¡Sólo fingía que estaba drogado! Maelstrom deberá tener más cuidado la próxima vez. Aunque quizá no haya una próxima vez. No, si lo que dice Majere es cierto. ¿Confío en él? Todo esto podría ser una trampa.»

Talent enfiló hacia la tienda de Lute. Una vez allí, se encontró con que su amigo, por primera vez que él recordara, había reunido las fuerzas necesarias para salir del mostrador hasta la parte delantera de la tienda. Lute miraba enfadado los restos de su puerta, empujando los trozos con la muleta y maldiciendo. Mari estaba sentada en el escalón, con la barbilla apoyada entre las manos, escuchando el imaginativo lenguaje de Lute con evidente satisfacción.

—Mari —dijo Talent, arrodillándose junto a la kender para mirarla a los ojos—. ¿Qué piensas de ese hechicero, Majere?

—Es mi amigo —contestó Mari sin vacilar—. Tuvimos una larga conversación, él y yo. Vamos a cambiar la oscuridad.

Talent la miró en silencio. Después se levantó.

—Tenemos un problema.

—¡Vaya si lo tenemos! —exclamó Lute furioso—. ¡Mira lo que ha hecho ese hijo de puta con mi puerta!

—Un problema más grave que ése —dijo Talent Orren—. Vayamos adentro, los tres. Tenemos que hablar.

22

Dios del blanco

Dios del rojo

Dios del negro

DÍA VIGÉSIMO CUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

—Piel de cordero —dijo Raistlin—. La mejor. Y una pluma.

—¿De qué tipo? —preguntó Snaggle, cogiendo una caja. La dejó en el mostrador y la abrió—. Tengo unas plumas de cisne preciosas. Acaban de llegar. De cisne negro y de cisne blanco.

Raistlin estudió las plumas y después escogió una. Observó la punta con mucha atención, porque tenía que ser perfecta, y acarició la suavidad de las barbillas del astil. Su mente retrocedió hasta aquel día en clase del maestro Theobald, el día que había cambiado su vida. No, eso no era cierto. Ese día no había cambiado su vida. Había confirmado lo que era su vida.

—Me llevaré la pluma de cuervo —decidió Raistlin. Snaggle torció la boca.

—¿De cuervo? ¿Estás seguro? Puedes permitirte algo mejor. Esas pociones que haces son una maravilla. Se me agotan enseguida. Estaba pensando en encargarte más.

Agitó la pluma de cisne tentadoramente.

—También tengo de pavo real. Iolanthe sólo utiliza plumas de pavo real.

—No me sorprende —dijo Raistlin—. Gracias, pero ésta es la que quiero.

Dejó la modesta pluma de cuervo sobre el mostrador. Eligió la pieza de piel de cordero con atención. En ese caso, sí se decantó por la de mejor calidad.

Snaggle calculó el importe de las compras y se dio cuenta de que sumaban la misma cantidad que debía a Raistlin por las pociones. Hizo un nuevo encargo al hechicero. Pero jamás llegaría a recibirlo. Raistlin albergaba la esperanza de salvar al viejo, pero no podría salvar la tienda, que sería devorada por las llamas. Raistlin miró las cajas pulcramente etiquetadas y colocadas en los estantes, las cajas donde se guardaban los ingredientes de los hechizos y objetos, pergaminos y pociones. Pensó en la casa de Iolanthe sobre la tienda, todos sus libros de hechizos y manuscritos, sus ropas y joyas, y un sinfín de objetos de valor. Todo se perdería en el incendio.

Cuando ya se marchaba, Raistlin volvió la mirada hacia Snaggle y vio al viejo sentado en su taburete, sorbiendo tranquilamente su té de vainas, ajeno totalmente a la ira que se precipitaba contra él.

—¿Cómo celebras la Noche del Ojo, señor? —preguntó Raistlin.

Snaggle se encogió de hombros.

—Para mí es igual que cualquier otra noche. Me bebo mi té, cierro la tienda y me voy a dormir.

Por un momento, Raistlin imaginó las llamas devorando la tienda y rodeando la cama del viejo. Escondió sus preciadas compras en las mangas largas y amplias de su túnica y salió a la calle. Se dirigía a su próximo destino, la Torre de la Alta Hechicería de Neraka.

* * *

Raistlin conjuró el hechizo más poderoso que pudo para cerrar la torre. No le parecía probable que alguien llamara a su puerta, pero no quería correr el riesgo de que lo molestaran. Subió la escalera lentamente. El tiempo transcurría. Podía ver el grano de arena atrapado en el cuello del reloj de arena. A cada momento que pasaba, el grano se acercaba un poco más al olvido.

Raistlin estaba cansado. Se había puesto en marcha antes del amanecer y no se había quedado tranquilo hasta que no había hablado con Talent y se había asegurado de que todo iba bien por esa parte. Primero se había ocupado de las cosas menos importantes. Al acercarse al momento de la verdadera decisión, sus pasos iban haciéndose más lentos. Ni siquiera al advertir a Talent del peligro que corría, Raistlin se había comprometido a luchar contra Takhisis. Siempre podría dar marcha atrás, hacer lo que se suponía que tenía que hacer, lo que había asegurado a Kitiara que haría.

Raistlin siguió subiendo.

Al llegar a la cocina pequeña y cochambrosa, que seguía oliendo a repollo, se sentó en un taburete. Desenvolvió el paquete y extendió cuidadosamente la piel de cordero sobre la mesa, delante de él. La alisó con delicadeza, como hacía cuando era niño. Cogió la pluma de cuervo y la mojó en la tinta. Miró su mano, y era la mano de un niño. Oyó una voz, y era la voz de su maestro, Theobald, tan odiado y despreciado.

«Escribirás en esta piel de cordero las palabras: "Yo, Mago". Si tienes el don, pasará algo. Si no, nada sucederá.»

El Raistlin adulto escribió las palabras con letra angulosa, grande e inclinada.

«Yo, Mago.»

No pasó nada. Tampoco había pasado nada aquella primera vez.

Raistlin se volvió hacia sí mismo, a la misma esencia de su ser, y prometió: «Voy a hacerlo. Nada importa en mi vida excepto esto. No existe ningún otro momento excepto éste. Nazco en este momento y, si fracaso, moriré en este momento.»

Recordó su oración, las palabras que se habían grabado para siempre en su corazón.

Dioses de la magia, ¡ayudadme! Os dedicaré mi vida. Os serviré por siempre. Cubriré de gloria vuestros nombres. ¡Ayudadme, por favor, ayudadme!

La oración que entonó como adulto era diferente.

—Dioses de la magia —dijo—, prometí que os dedicaré mi vida. Os prometí servirlos por siempre. En esta ocasión, cumpliré mi promesa.

Bajó la mirada hacia las palabras que había escrito, las palabras sencillas de la prueba de un niño, y pensó en los sacrificios que había hecho, el dolor que había soportado y el dolor que seguiría soportando hasta el final de sus días. Pensó en las bendiciones que le habían sido concedidas y cómo eso compensaba tanto dolor. Pensó en que la magia, el dolor y las bendiciones podían desaparecer y dejarlo como el niño que había sido: débil y enfermizo, solitario y asustado. Pensó en Antimodes, su mentor, un mago de mentalidad práctica, un auténtico hombre de negocios; en Par-Salian, sabio y visionario, pero tal vez no lo suficientemente sabio y visionario; en Justarius, quien se había quedado cojo en la Prueba y sólo quería vivir en paz para poder cuidar de su familia; en Ladonna, que había creído la promesa de la Reina Oscura y había acabado traicionada y consumida por la ira.

Todos morirían esa noche si no detenía a Takhisis.

Raistlin alzó la voz y miró al cielo.

—Sé que os he decepcionado a todos. Sé que no aprobáis lo que soy. Sé que he infringido vuestras leyes. Eso no significa que no os venere o que no os guarde respeto. Esta noche estoy demostrándolo. Al acercarme a vosotros, pongo en riesgo mi vida.

—No es mucho lo que está en riesgo —repuso Nuitari—. Despojado de la magia, no tienes vida.

El dios se cernía sobre Raistlin. Su rostro era redondo como una luna y sus ojos, vacío y oscuridad, lo que hacía que la furia que ardía en ellos fuera aún más terrible. Vestía una túnica negra y en la mano sostenía un azote de tentáculos negros.

—Tal como has dicho, quebrantaste nuestras leyes —dijo Solinari, situándose junto a su primo. Ataviado con una túnica blanca, el dios

sostenía un azote de hielo—. El Cónclave de Hechiceros se creó con un fin: gobernar la magia y a aquellos que la utilizan. No sólo infringiste las leyes, sino que las despreciaste, te burlaste de ellas.

—No obstante, lo entiendo —concedió Lunitari, hermosa y horrible, con su cabellera negra veteada de blanco. Su túnica era roja y llevaba un azote de fuego—. No justifico tus acciones, pero las entiendo. ¿Qué quieres de nosotros, Raistlin Majere?

—Salvar lo que se va a perder esta noche. En el Alcázar de Dargaard hay una cámara subterránea. En esa cámara se encuentra el Reloj de Arena de las Estrellas. Takhisis lo creó. La arena que metió dentro es el futuro que ella desea, un futuro dominado por ella. Con cada grano que cae, ese futuro está más cerca de hacerse realidad.

»Esta noche, Takhisis traerá a tres dioses. Son los dioses del gris, unos dioses de la "nueva magia" que protegerán el Reloj de Arena. Su intención es que esos dioses sin color os reemplacen. Sus nuevos dioses le serán leales. Toda la magia pasará por ella. Vosotros tres ya no seréis necesarios.

Los tres primos lo miraban en silencio, tan atónitos que no podían decir nada.

—Esta noche —prosiguió Raistlin— podéis tender una emboscada a esos tres dioses y romper el Reloj de Arena. Esta noche podéis salvaros. Podéis salvar la magia.

—Si lo que dices es cierto... —empezó a decir Solinari.

—Mirad en mi corazón —dijo Raistlin con sequedad—. Comprobad que digo la verdad.

—Es cierto —confirmó Lunitari, y su voz temblaba de ira.

Solinari frunció el entrecejo.

—Para luchar contra dioses debemos aplicar todo nuestro poder. Tendremos que retirar nuestra magia del mundo. ¿Qué les pasará a nuestros hechiceros? Se quedarán indefensos.

—La mayoría de los hechiceros estará en la Torre de la Alta Hechicería. Yo me encargaré de protegerlos.

—¡Y se supone que debemos confiar en ti!

Raistlin esbozó una tímida sonrisa.

—No tenéis otra opción.

—Si haces lo que dices, Takhisis sabrá que la traicionaste. Se convertirá en tu enemiga no sólo en esta vida, sino también en la ulterior —le advirtió Lunitari.

—Únete al Cónclave de Hechiceros. Sométete a la ley —dijo Solinari—. Te protegeremos.

—De lo contrario, estarás solo —concluyó Nuitari.

—Tendré en cuenta vuestra propuesta —contestó Raistlin.

¿Qué otra cosa podía decir, agostándose al calor del azote de llamas, abrasándose en el frío del azote de hielo y retorciéndose de dolor bajo las mordeduras de los tentáculos negros?

Solinari y Nuitari no estaban satisfechos, pero tenían cosas que hacer y no se quedaron para discutir o convencerlo con promesas. Ambos partieron y sólo se quedó Lunitari.

—No tienes la menor intención de unirte al Cónclave, ¿verdad?

Raistlin bajó la vista hacia las palabras escritas en tinta negra sobre la piel de cordero. Recorrió los trazos con el dedo.

—Yo, Mago —dijo en voz baja.

Se sobresaltó al ver que las palabras se volvían rojas, como si estuvieran escritas con sangre. Se estremeció y arrugó la piel con la mano.

Cuando levantó la vista, Lunitari había desaparecido.

Raistlin suspiró profundamente, cerró los ojos y hundió la cabeza entre las manos. Tenían razón. Estaba jugando a un juego peligroso, un juego mortal. No estaba arriesgando sólo su vida, sino también su alma. Sin embargo, tal como había dicho Nuitari, no era mucho lo que ponía en riesgo.

Raistlin se sentía exhausto, pero todavía quedaban muchas cosas por hacer antes de que el día diera paso a la noche crucial. Salió de la Torre de la Alta Hechicería de Neraka para no volver jamás.

* * *

Raistlin entró en la ciudad, utilizando su salvoconducto falso para poder cruzar la puerta. Tuvo que esperar una cola interminable, pues el paso estaba atestado de soldados. Recordó que Kitiara había dicho algo sobre que Ariakas había convocado a todos los Señores de los Dragones en Neraka. Ella misma iba a acudir, en cuanto el asunto de los dioses de la magia estuviera resuelto.

Raistlin se dirigió directamente al templo. Entró por la puerta principal, pidiendo humildemente a un peregrino oscuro que le hiciese de guía.

El peregrino lo llevó al santuario. Raistlin se postró ante el altar, con la frente tocando el suelo, y rezó a Takhisis.

—Mi reina, he hecho lo que me pedisteis. Suplico vuestra bendición.

23

La oración

DÍA VIGESIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La Noche del Ojo era el momento en el que las lunas que representaban a los dioses de la magia se alineaban y formaban un ojo impertérrito en el cielo y concedían poder a sus hechiceros a lo largo y ancho de todo Ansalon.

Pero aquella noche no salieron las lunas. La luz de Solinari no prestó su resplandor plateado a los lagos. La luz roja de Lunitari no prendió fuego a los cielos. La luz negra de Nuitari, que sólo era visible para los devotos al dios, se mantuvo oculta para todos. Las lunas habían desaparecido. Y lo mismo había sucedido con la magia. El Ojo se había cerrado.

En todo el continente, los escuadrones de la muerte de la reina Takhisis se lanzaron a la búsqueda de los desventurados hechiceros, despojados de su poder, para destruirlos. Los escuadrones de draconianos, armados con espadas y cuchillos, salieron disciplinadamente del templo de Neraka. Uno de los escuadrones fue a la destartalada Torre de la Alta Hechicería. Al no encontrar a nadie, le prendieron fuego. Otro se dirigió a la tienda de hechicería de Snaggle, en la Ringlera de los Hechiceros. El viejo no estaba, para su asombro, pues nunca nadie había visto que Snaggle abandonara su negocio hasta entonces.

Furiosos y frustrados, los draconianos saquearon la tienda, sacaron las cajas pulcramente etiquetadas de los estantes y las vaciaron en la calle. Después, el fuego se ocupó del resto. Los draconianos lanzaron las botellas, rompieron los frascos y confiscaron objetos para llevarlos al templo. Cuando la tienda quedó vacía, también prendieron fuego al edificio. Otros escuadrones habían recibido órdenes de ir a El Broquel Partido y a El Trol Peludo para ocuparse de los incendios que arrasarían las tabernas «por accidente» y que, por si eso fuera poca desgracia, acabarían con la vida de sus propietarios.

El escuadrón enviado a El Broquel Partido estaba liderado por el comandante Slith, y el draconiano no estaba contento con su misión. Slith no daría ni una de sus escamas por los hechiceros y no le importaría rajarlos de arriba abajo. Pero apreciaba a Talent Orren. A Slith le gustaba Talent y, sobre todo, el acero que Talent le pagaba. Slith no sólo abastecía a Talent de gran parte de la mercancía que éste vendía en el mercado negro, además recibía una comisión por cada cliente que enviaba a la taberna.

Slith caminaba inmerso en lúgubres cavilaciones, dado que si esa fuente de ingresos estaba a punto de quedar reducida a cenizas y sólo contaba con su paga del ejército, que ni siquiera había recibido todavía, ya no tenía ninguna razón para permanecer en Neraka. Slith no pertenecía a aquel lugar. Era un desertor que había abandonado el ejército mucho tiempo antes, y la única razón por la que había parado en Neraka era que le habían dicho que allí se hacía buen acero. El sivak caminaba pesadamente, estrujándose el cerebro, intentando encontrar la manera de desobedecer las órdenes sin llegar a desobedecerlas. Se dio cuenta de que uno de sus subordinados intentaba llamar su atención.

—Sí, ¿qué? —gruñó Slith.

—Señor, algo va mal —dijo Glug.

—Si te refieres a que Takhisis olvidó darte un cerebro, lo sabemos todos —masculló Slith.

—No es eso, señor —repuso Glug—. Mire la taberna. Está... Es que está muy tranquila, señor. Demasiado tranquila. ¿Dónde está la fiesta?

Slith frenó en seco. Aquélla sí que era una buena pregunta. ¿Dónde diantres estaba la fiesta? Se suponía que tenía que haber hogueras, gentes agolpadas en las calles, gentes que habían sido pagadas para prender fuego a la taberna. Slith veía luces en El Broquel Partido, pero no se oían carcajadas salvajes, conversaciones escandalosas ni la jarana típica de los borrachos. El Broquel Partido estaba silencioso como una tumba.

Eso lo intranquilizó. Miró calle arriba y calle abajo. No se veía a nadie.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Glug.

—Seguidme —ordenó Slith.

Echó a andar y tras él fue su escuadrón, arañando el pavimento.

Slith se acercó a la puerta de El Broquel Partido. Un humano gigantesco, que respondía al nombre de Maelstrom y que era bien conocido por Slith, hacía guardia en la entrada.

—Dracos no —dijo Maelstrom, señalando el cartel—. Sólo humanos.

—Hemos venido en nombre de la Reina Oscura —dijo Slith.

—Vaya, eso lo cambia todo —contestó Maelstrom. Sonrió y abrió la puerta—. Entrad sin más.

—Vosotros esperad —ordenó Slith, dejando al escuadrón en la calle.

Entró en la taberna y se quedó paralizado. Parpadeó varias veces, perplejo.

La taberna estaba atestada. Todos los sitios estaban ocupados, incluso había gente apoyada en las paredes. La mayoría de los clientes eran soldados, pero también había un buen número de peregrinos oscuros, ocupando los lugares de honor, cerca de la puerta principal. Slith reconoció a algunos de los mejores clientes del mercado negro de Talent. Mientras el sivak estaba allí, plantado con la boca abierta, una de las peregrinas oscuras se levantó y empezó a dirigir los rezos de la muchedumbre.

—Perdonadnos, Nuestra Oscura Majestad —exclamó la peregrina, levantando las manos—. ¡Te rogamos que nos devuelvas las lunas que habéis borrado del cielo! ¡Oíd nuestra plegaria!

Mientras los soldados y los peregrinos empezaban a entonar el nombre de Takhisis, Talent Orren, que había visto a Slith, se abrió camino entre la multitud.

—En nombre del Abismo, ¿qué está pasando? —preguntó Slith, mirando fijamente aquel gentío.

—Bienvenido seas, comandante —saludó Talent con gran solemnidad—. Tú y tus hombres. Entrad, uníos a nuestras súplicas a la Reina Oscura.

Slith soltó un bufido. Su lengua puntiaguda asomó entre sus colmillos y volvió a esconderse.

—Corta el rollo, Talent —dijo con aspereza.

—La Reina Oscura ha borrado las lunas del cielo —prosiguió Talent en voz alta y teñida de respeto—. Nos hemos reunidos para solicitar su perdón. —Bajó la voz—. Nos hemos reunidos todos, por si no entiendes lo que quiero decir.

Slith vio al viejo Snaggle, que parecía totalmente fuera de sí. A juzgar por el modo en que se retorció, debía de estar atado a la silla. A su lado estaba sentada una kender que lucía una enorme sonrisa. Y allí estaba Lute, con su corpachón descansando sobre un taburete y los dos perros tumbados a sus pies.

—Os han dado el soplo —dijo Slith.

—¡Únete a mis ruegos! —gritó Talent.

Agarró a Slith por el hombro y lo atrajo hacia sí para susurrarle al oído:

—Creo que es justo que te advierta de que estos hombres píos, que esta noche han venido a rezar, están armados hasta los dientes y os superan tres a uno. Van a tomarse muy mal que interrumpáis sus oraciones, y todavía se tomarían peor que quemarais la taberna.

Slith se dio cuenta de que todos los ojos estaban clavados en él; vio las manos descansando sobre los puñales y las mazas, las empuñaduras de las espadas o los medallones sagrados.

—Supongo que en El Trol Peludo también están celebrándose servicios esta noche —dijo Slith.

—Así es —confirmó Talent.

Slith sacudió la cabeza.

—No te librarás, Talent. El Señor de la Noche se pondrá furioso cuando se entere. Vendrá él mismo en persona para arrestaros.

—Se encontrará con que los pájaros han volado del nido. Maelstrom, Mari, Snaggle y yo mismo.

El rostro de Talent se ensombreció y, aprovechando una serie de exhortaciones más altas, se dirigió al draconiano en voz baja:

—¿Has visto a Iolanthe?

—¿La bruja? No.

—No sé dónde está. Se suponía que tenía que reunirse aquí conmigo.

Slith estudió a su amigo. El sivak no era especialmente hábil a la hora de interpretar los sentimientos de los humanos, seguramente porque no le importaban lo más mínimo, pero la aflicción de Talent era tan evidente que ni siquiera el draconiano podía pasarla por alto. Como no existían draconianos hembra, Slith nunca había sentido esa emoción en sus propias carnes. Aunque en ciertas ocasiones lamentaba esa carencia, en otros momentos como aquél, al adivinar el pesar de la preocupación y el miedo en el rostro de Talent, Slith se consideraba muy afortunado.

—Seguro que Iolanthe está bien —dijo el sivak flemáticamente—. La bruja sabe cuidar de sí misma. Si te sirve de consuelo, no estaba en casa cuando le prendimos fuego.

Como Talent no parecía alegrarse demasiado por la noticia, Slith decidió cambiar de tema.

—¿Adónde iréis?

—A cualquier sitio en el que las fuerzas de la luz estén luchando contra la Reina Oscura. El ejército irá detrás de nosotros. Necesitamos una ventaja de un par de horas.

Talent puso un monedero grande en la mano del draconiano. Se oyó el tintineo de las monedas de acero. Slith lo sopesó e hizo un rápido cálculo mental.

—Me han dicho que en El Trol Peludo están sirviendo aguardiente enano gratis —dijo Talent.

Slith sonrió. Asomó la lengua entre los labios.

—Supongo que debería ir a investigarlo.

Se guardó el monedero y dejó escapar un suspiro.

»Supongo que esto significa que nuestra pequeña aventura comercial llega a su fin.

—Todo está llegando a su fin, Slith —repuso Talent calmadamente—. La larga noche se termina.

Slith palpó el monedero.

—Estoy pensando que por aquí se van a desatar todos los infiernos. Tal vez debería aprovechar esta oportunidad para retirarme de la vida militar, una vez más. Unirme a unos cuantos compinches.

—Y construir esa ciudad de la que siempre estás hablando —dijo Talent.

Slith asintió.

»Buena suerte, Talent. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—Lo mismo digo. Buena suerte para ti también.

Estrecharon mano y garra. Slith hizo un gesto de despedida a Talent, se volvió con un movimiento brusco muy militar, girando sobre los talones, y salió a la calle. Lanzó una mirada y una sonrisa a Maelstrom, quien le guiñó un ojo.

Las tropas de Slith se quedaron decepcionadas al oír que no iban a quemar El Broquel Partido, pero los ánimos subieron en cuanto supieron que se dirigían a El Trol Peludo.

—Parece que podrían estar sirviendo aguardiente enano en mal estado —dijo Slith—. Tendréis que probarlo para descubrirlo.

—¿Adónde va usted, señor? —quiso saber Glug.

—Yo iré ahora. Coge a los chicos y salid para allá. Nos encontraremos en la taberna. No os bebáis todo el aguardiente enano antes de que llegue.

Glug saludó y echó a correr. El escuadrón se lanzó a la carrera tras él.

Slith se quedó parado en medio de la calle, contemplando la silueta retorcida del templo, que se alzaba a lo lejos. Levantó la garra para despedirse, se dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria.

—Buena suerte, Su Majestad —gritó, volviendo la cabeza—. Tengo el presentimiento de que la vais a necesitar.

24

La noche sin lunas

DÍA VIGESIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La Torre de Wayreth era la Torre de la Alta Hechicería más antigua de Ansalon, una de las dos únicas torres que quedaban en pie y la única que seguía utilizándose.

Construida después de la Segunda Guerra de los Dragones, la Torre de Wayreth se elevó por encima del desastre. En aquella época, la magia era salvaje y bronca. Tres poderosos hechiceros habían conjurado un hechizo con la intención de poner fin a la guerra, pero se escapó de su control y devastó gran parte del mundo. Los dioses de la magia se dieron cuenta de que había que hacer algo para gobernar la magia y a aquellos que la practicaban. Nuitari, Lunitari y Solinari enseñaron la disciplina de la magia a tres hechiceros y los enviaron a establecer las tres Ordenes de la Alta Hechicería, que estarían dirigidas por un organismo llamado Cónclave.

Los hechiceros necesitaban un cuartel general, un lugar donde acudieran los estudiantes de magia para aprender las destrezas de su arte; donde se celebrara la Prueba de la Alta Hechicería que se había instaurado recientemente; donde se crearan y guardaran los objetos, se pusieran a prueba los hechizos, se escribieran y clasificaran los libros. Al mismo

tiempo, debería ser una fortaleza y un refugio, pues eran muchos los que no confiaban en los hechiceros y buscaban hacerles daño.

Los tres hechiceros se unieron para erigir la Torre de Wayreth. Las dos agujas de la torre, que se alzaban sobre la bóveda y estaban unidas por una pared triangular, estaban hechas a partir de una bruma plateada mágica, que lentamente se había convertido en piedra. En esa época la torre había sufrido el ataque de una tribu de bárbaros, que querían hacerla suya. La torre y los hechiceros que la habitaban se habían salvado gracias a un Túnica Negra que había conjurado un bosque mágico que rodeaba la torre.

El hechicero murió, pero el bosque de Wayreth se extendió y expulsó a los bárbaros. Desde aquel día lejano, la magia del bosque ocultaba la torre y la protegía de sus enemigos.

«Tú no encuentras la Torre de Wayreth. La torre de Wayreth te encuentra a ti», rezaba el dicho.

La torre de Wayreth estaba muy ocupada encontrando a la multitud de hechiceros que viajaban hasta ella para celebrar la Noche del Ojo. Normalmente sólo se permitía la entrada a los hechiceros que ya habían pasado la Prueba o a aquellos que se presentaban al examen. Pero la Noche del Ojo era una ocasión especial y por eso también se permitía el paso a los estudiantes más brillantes, acompañados por sus maestros.

La torre rebosaba de practicantes de la magia que habían llegado desde todos los rincones de Ansalon. Hasta la última cama de la última celda estaba ocupada, y más de uno dormía sobre mantas en el suelo o había levantado una tienda en el patio. Se respiraba un ambiente de fiesta. Los viejos amigos se saludaban con abrazos afectuosos y se ponían al día de las últimas novedades. Los estudiantes vagaban de un lado a otro, invadidos por la admiración y la excitación, y se perdían en los laberínticos salones, para acabar apareciendo por error en las zonas restringidas. Animales de todo tipo corrían y volaban, reptaban y andaban a cuatro patas por los salones, con el peligro constante de acabar debajo de algún pie o de enredarse en la melena de algún hechicero.

Algunos hechiceros estaban en los laboratorios, concentrados en preparar los ingredientes para las pociones y otros brebajes, listos para

mezclarlos cuando el poder de las lunas estuviera en su culmen. Otros hechiceros se habían encerrado en las bibliotecas para estudiar los hechizos que querían llevar a cabo esa noche. Los Túnicas Negras y los Túnicas Rojas trabajaban codo con codo con los Túnicas Blancas. Todos olvidaban sus diferencias para hablar de magia, aunque de vez en cuando estallaba alguna disputa.

Todavía quedaban algunos Túnicas Blancas, por ejemplo, enojados porque los Túnicas Negras se habían rendido ante la reina Takhisis. Esos Túnicas Blancas no creían que los Túnicas Negras debieran ser perdonados y aprovechaban la menor oportunidad para plantear su punto de vista. Los Túnicas Negras se sentían ofendidos, y el resultado era que acababan todos gritando. Aquellas disputas quedaban rápidamente apaciguadas por los monitores. Estos eran un grupo de Túnicas Rojas que estaban encargados de patrullar la torre, mantener los ánimos tranquilos y asegurarse de que ningún incidente estropeará esa gran noche. En la mayor parte de los casos, los hechiceros de las tres órdenes se alegraban de volver a estar unidos por su amor a la magia, aunque eso fuera lo único que los unía.

Aquella Noche del Ojo no se celebraría una reunión del Cónclave, algo que rompía con la tradición. Se decía que los jefes del Cónclave habían decidido prescindir del encuentro porque quitaba mucho tiempo al trabajo más importante. Como esa reunión sólo tenía como aliciente el tradicional discurso de Par-Salian, el cual, según los hechiceros más jóvenes, tenía un magnífico efecto soporífero, la noticia fue bienvenida.

Únicamente unos pocos, un grupo muy reducido, sabían la verdadera razón de la cancelación del encuentro. Los jefes de las tres órdenes no iban a estar en la Torre de Wayreth aquella noche. Ladonna, Par-Salian y Justarius planeaban acometer una misión arriesgada y peligrosa en Neraka. Acompañándolos irían seis guardaespaldas. Eran hechiceros jóvenes y fuertes que habían dedicado varios días a armarse de hechizos de combate, pensados para rechazar a casi cualquier tipo de enemigo, vivo o muerto viviente, y de hechizos de protección para sí mismos y para sus líderes.

Cuando caía la noche, los demás hechiceros asistieron a un espléndido banquete servido en el patio. Ladonna, Justarius y Par-Salian se

encontraban encerrados en una de las cámaras superiores de la torre, discutiendo sus planes. Estaban sentados en penumbra, con los rostros invisibles entre las sombras y los ojos brillantes a la luz del fuego. Al ver que las llamas se apagaban y sentir la caricia fría del aire de la noche, Par-Salian se levantó para echar otro tronco.

Sobre la repisa de la chimenea ardía una vela de una hora. La llama imperturbable consumía lentamente el tiempo, hasta que las tres lunas se alinearan y los hechiceros pudieran emprender el peligroso viaje, a través del tiempo y el espacio, hasta el Templo de la Reina Oscura.

—La coordinación es esencial —dijo Ladonna. Vestía una túnica ribeteada en piel y lucía colgantes y anillos. Ninguna de las joyas se debía a la vanidad. Todas eran objetos mágicos o podían utilizarse como ingredientes para los hechizos—. Primero hay que quitar el espíritu de Jasla de la Piedra Angular con mi hechizo de nigromancia.

Lanzó una mirada gélida a Par-Salian.

—Amigo mío, esto responde a una razón totalmente lógica —añadió, en referencia a una discusión que se había alargado durante días—. Si levantas tus barreras para sellar la piedra antes de que yo conjure mi hechizo, encerrarás el espíritu de la muchacha dentro.

—Lo que me preocupa es lo que pasará con el alma de Jasla —dijo Par-Salian—. Su espíritu es bondadoso, no lo olvides, Ladonna. Quiero tener garantías de que la dejarás libre y no la harás tu prisionera.

—Tienes que admitir que descubrir cómo ese espíritu bloqueó la entrada a la reina Takhisis sería una información increíblemente valiosa —repuso Ladonna con frialdad—. Sólo quiero hacerle unas cuantas preguntas. Somos mayoría. Justarius está de acuerdo conmigo.

—Se trata de hacer lo mejor para todos —dijo Justarius. Llevaba varios pergaminos en el cinturón, además de las bolsas con los componentes de los hechizos.

Par-Salian sacudió la cabeza, no acababa de estar convencido.

—Puedes estar presente en el interrogatorio —concedió Ladonna, aunque no parecía muy contenta por decir eso—. Y podrás comprobar con tus propios ojos que la dejo libre.

—Ya está. ¿Así te quedas más tranquilo? Esta discusión nos está costando un tiempo precioso —dijo Justarius.

—Está bien —aceptó Par-Salian—. Siempre que pueda estar presente. Primero Ladonna conjurará su hechizo, quitaremos el espíritu de Jasla y lo llevaremos a un lugar seguro. Justarius, tú lanzarás tus hechizos para modificar la naturaleza de la Piedra Angular...

—Para lo que servirá eso... —murmuró Ladonna.

Justarius se irguió.

—Ya lo hemos hablado más de cien veces...

—Y lo hablaremos otras cien si es necesario —lo interrumpió Ladonna con dureza—. Esto es demasiado importante para tomárselo a la ligera.

—Tiene razón —dijo Par-Salian—. No todos los que vayan a Neraka esta noche volverán con vida. Cada uno de nosotros debe estar completamente comprometido. Plantea tus razones.

—¿Otra vez? —preguntó Justarius, exasperado.

—Otra vez —ordenó Par-Salian.

Justarius suspiró.

—La piedra original, que era de mármol blanco, estaba bendita y santificada por los dioses. Takhisis le dio su propia «bendición», en un intento de corromperla. Pero tanto Par-Salian como yo estamos de acuerdo en que la piedra sigue siendo pura en esencia, lo que explica que el espíritu de Jasla pudiera encontrar un santuario en su interior. Si eliminamos la parte corrupta y la piedra puede volver a su forma original y Par-Salian la protege con poderosos hechizos defensivos, Takhisis no logrará pervertirla nunca más.

—Y como su templo se apoya en la Piedra Angular, si ésta se transforma, el templo quedará derruido y la Reina Oscura quedará atrapada en el Abismo por siempre jamás —concluyó Par-Salian.

Todos se sumieron en el silencio, con la preocupación reflejada en el rostro. Los tres eran conscientes de que sus argumentos eran inútiles, estériles, encaminados a evitar lo que todos tenían en la cabeza. Finalmente, Ladonna se atrevió a decir lo que sabía que todos pensaban.

—He buscado la bendición de Nuitari para este plan. El dios de la luna oscura no me presta atención. No creo haberle ofendido, pero si lo he hecho...

—No es por ti, Ladonna. Yo he acudido a Solinari y el resultado ha sido el mismo —dijo Par-Salian—. No he obtenido respuesta alguna. ¿Y tú, amigo mío?

Justarius negó con la cabeza.

—Lunitari no me habló. Y es algo muy preocupante, porque a la diosa le gusta charlar sobre los temas más triviales. Este plan nuestro es la empresa más arriesgada llevada a cabo por un hechicero desde que los Tres Sagrados pusieron fin a la Segunda Guerra de los Dragones, y mi diosa no me dice ni una palabra. Algo va mal.

—Tal vez deberíamos paralizarlo todo —dijo Par-Salian.

—¡No seas una vieja llorica! —se burló de él Ladonna.

—Lo que soy es práctico. Si los dioses no...

—¡Ssh! —les hizo callar Justarius, levantando una mano. Desde el otro lado de la puerta llegaban gritos y voces—. ¿A qué se debe todo ese jaleo?

—A un exceso de vino elfo —contestó Par-Salian.

—No suena como una fiesta —dijo Ladonna, alarmada—. ¡Suena más como un motín!

Las voces cada vez llegaban más altas y los hechiceros oían a gente correr por el pasillo, víctimas del pánico. Empezaron a golpear la puerta, cada vez más puños, hasta que la madera tembló bajo aquella lluvia de golpes. Los hechiceros empezaron a llamar a sus líderes a gritos, algunos aullaban el nombre de Par-Salian, otros el de Ladonna o el de Justarius.

Enfadado por aquel comportamiento tan impropio, Par-Salian se puso de pie, atravesó la habitación a zancadas y abrió la puerta bruscamente. Se quedó sorprendido al encontrar el vestíbulo a oscuras. Por lo visto, las luces mágicas que iluminaban todos los pasillos de la torre habían fallado. Al ver que unos cuantos hechiceros llevaban velas y faroles, Par-Salian tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó con voz áspera, mirando con fiereza a la muchedumbre de hechiceros que se agolpaba en el vestíbulo—.

¡Que cese este tumulto de inmediato!

Los hechiceros que se hacinaban en la sala a oscuras quedaron en silencio, pero no duró mucho.

—Decídselo —dijo una voz.

—¡Sí, decídselo! —exclamó otra.

—¿Decirme el qué?

Muchas voces empezaron a hablar al mismo tiempo. Par-Salian las hizo callar con un gesto impaciente y miró en derredor en busca de un portavoz entre todas aquellas sombras.

—¡Antimodes! —dijo Par-Salian, al descubrir a su amigo—. Dime qué está pasando.

La multitud se apartó para dejar que Antimodes se acercara a su líder. Antimodes era un hechicero mayor, muy respetado y querido. Provenía de una buena familia y él mismo contaba con sus propias riquezas. Su gran pasión era conseguir que la causa de la magia se abriera paso en el mundo y muchos magos jóvenes habían disfrutado de su generosidad. Antimodes era un hombre de negocios y todo el mundo reconocía su sensatez y su sentido práctico. Cuando Par-Salian vio su rostro pálido y apesadumbrado, sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿Has mirado por la ventana, amigo mío? —preguntó Antimodes. Hablaba en voz baja, pero la muchedumbre escuchaba con los cinco sentidos. Recogieron sus palabras y las repitieron.

—¡Mira por la ventana! ¡Sí, mira afuera!

—¡Silencio! —ordenó Par-Salian, y la multitud volvió a callarse, pero no del todo. Muchos mascullaban y murmuraban una cadena de palabras susurrantes y teñidas de miedo.

—Deberías mirar por la ventana —dijo Antimodes solemnemente—. Tienes que verlo con tus propios ojos. Y mira esto también. —Levantó una mano, señaló con un dedo y pronunció unas palabras mágicas—. *¡Sula vigis dolibix!*

—¿Estás loco? —exclamó Par-Salian, alarmado, esperando que unas runas ardientes salieran disparadas de la mano de su amigo. Pero no pasó nada. Las palabras del hechizo cayeron al suelo como hojas muertas.

Antimodes suspiró.

—La última vez que me falló este hechizo, amigo mío, tenía dieciséis años y estaban pensando en una chica, no en mi magia.

—¡Par-Salian! —llamó Ladonna con voz temblorosa—. ¡Tienes que ver esto!

Estaba apoyada en el alféizar de la ventana y poco le faltaba para caer, con la espalda arqueada y la cabeza vuelta hacia el cielo.

—Las estrellas relucen. La noche está despejada. Pero...

Se volvió hacia él, pálida.

—¡Las lunas han desaparecido!

—Y lo mismo puede decirse del Boque de Wayreth —añadió Justarius con voz lúgubre, mirando por encima del hombro de Ladonna.

—¡Hemos perdido la magia! —aulló una mujer desde el vestíbulo. Su grito aterrorizado despertó el pánico de la multitud.

—¿Acaso sois unos locos gullys para comportaros así? —bramó Par-Salian—. Todos a vuestras habitaciones. Debemos mantener la calma y descubrir qué está pasando. Monitores, quiero que los pasillos queden despejados ahora mismo.

Los gritos cesaron, pero los hechiceros seguían dando vueltas sin saber adonde dirigirse. Antimodes quiso dar ejemplo retirándose a sus habitaciones y llevándose consigo a sus amigos y a sus discípulos. Volvió la vista para mirar a Par-Salian, quien sacudió la cabeza y suspiró.

Los monitores, con sus túnicas rojas, empezaron a moverse entre el gentío, apremiando a todos para que obedeciesen al jefe del Cónclave. Par-Salian esperó en la puerta hasta que vio que el vestíbulo empezaba a vaciarse. La mayoría de los hechiceros no fue a sus habitaciones. Se agolpaban en las zonas comunes para lanzar sus especulaciones y ponerse nerviosos unos a otros.

Par-Salian cerró la puerta y se volvió para mirar a sus compañeros. Ambos estaban asomados a la ventana, observando el cielo con la vana esperanza de descubrir que estaban equivocados. Quizá una nube solitaria hubiera ocultado las lunas o tal vez hubieran calculado mal el tiempo y las

lunas aparecieran más tarde. Pero la prueba del bosque desaparecido era espeluznante e imposible de negar.

Mientras Par-Salian contemplaba el paraje desnudo e inhóspito, las colinas despojadas de árboles, intentó conjurar un hechizo sencillo, un simple truco. En el mismo momento en que estaba pronunciando las palabras, que salieron de sus labios como un galimatías, supo que no funcionaría.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ladonna con voz hueca.

—Debemos rezar a los dioses...

—No van a responderos —dijo una voz desde la oscuridad. En el centro de la habitación había un hechicero ataviado con la túnica negra.

—¿Quién eres tú? —preguntó Par-Salian.

El hechicero se quitó la capucha. La piel dorada centelleó bañada por la luz de las llamas. Unos ojos con pupilas en forma de reloj de arena los miraban con indiferencia.

—Raistlin Majere —dijo Justarius con voz áspera.

Raistlin hizo una inclinación de cabeza como saludo.

—¡Todo esto es obra tuya! —exclamó Ladonna, colérica.

Raistlin sonrió mordazmente.

—A pesar de que considero un halago que pienses que tengo el poder necesario para hacer desaparecer las lunas, señora, debo desengañarte. Yo no hice que las lunas desaparecieran. Tampoco eliminé yo su magia. Lo que teméis es cierto. Vuestra magia ha desaparecido. Los dioses de la magia han perdido su poder.

—Entonces, ¿cómo has venido tú aquí si no ha sido con magia? —preguntó Par-Salian con voz airada. Raistlin le hizo una inclinación.

—Una observación muy inteligente, jefe del Cónclave. He dicho que vuestra magia ha desaparecido, pero no la mía.

—¿Y de dónde procede tu magia si puede saberse?

—De mi dios. De mi reina —repuso Raistlin en voz baja—. De Takhisis.

—¡Traidor! —gritó Ladonna.

Cogió uno de los colgantes que llevaba y arrancó un poco de piel del cuello de su túnica.

—*Ast kiranann kair Gardurn...* —titubeó y volvió a empezar—. *Ast kianann kair...*

—Es inútil —la interrumpió Justarius con amargura.

—No soy yo el traidor —dijo Raistlin—. No soy yo quien delató vuestro complot para entrar en el templo y bloquear la Piedra Fundacional para la Reina Oscura. Si no fuera por mí, ahora mismo estaríais todos muertos. El Señor de la Noche y sus peregrinos están esperándoos allí.

—¿Quién fue entonces? —quiso saber Ladonna, furiosa.

—Las paredes oyen —repuso Raistlin en voz baja.

Ladonna cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a dar vueltas por la habitación. Justarius seguía junto a la ventana, contemplando la noche.

—¿Has venido a regodearte? —preguntó Par-Salian.

Raistlin entrecerró los ojos.

—Me elegiste como tu «espada», Maestro del Cónclave. Y quién ignora que una espada corta por los dos filos... Si tu espada te ha hecho sangrar, la culpa es sólo tuya. Pero para responder a tu pregunta: no, no he venido aquí a regodearme.

Señaló hacia la ventana.

»El bosque de Wayreth ha desaparecido. En este mismo momento, un Caballero de la Muerte llamado Soth y sus guerreros espectrales cabalgan hacia la torre. Nada se impone en su camino. Y cuando lleguen aquí, no habrá nada que los detenga y evite que tiren abajo estos muros y maten a todos los que se refugian tras ellos.

—¡Que Solinari nos proteja! —murmuró Par-Salian.

—Solinari está luchando por su propia supervivencia —dijo Raistlin—. Takhisis ha traído unos dioses nuevos al mundo, los dioses del gris, así los llama ella. Planea deponer a nuestros dioses y hacerse con el control de la magia, que repartirá entre sus favoritos. Como yo.

—No te creo —repuso Justarius con aspereza.

—Cree lo que te dicen tus ojos, entonces —dijo Raistlin—. ¿Cómo vais a luchar contra lord Soth? Su magia es poderosa y no procede de las lunas.

Nace de la maldición a la que lo condenaron los dioses. Puede abrir un boquete en estos muros con un simple gesto. Puede levantar a los muertos de sus tumbas. Con sólo pronunciar una palabra, las personas caen muertas. El terror que desata su aparición es tan intenso que ni siquiera el más aguerrido puede resistirlo. Temblaréis detrás de estos muros, esperando la muerte. Rezando para que la muerte os llegue.

—No todos actuaremos así —dijo Justarius con voz lúgubre.

—Vosotros también lo haréis, señor —se burló Raistlin—, ¿Dónde están las espadas, los escudos y las hachas? ¿Dónde están los guerreros invencibles que os defenderán? Sin vuestra magia, no podéis defenderos. Tenéis vuestros cuchillitos, eso es cierto, pero ¡apenas sirven para untar mantequilla!

—Evidentemente, tú tienes la respuesta —intervino Par-Salian—. De lo contrario, no habrías venido.

—Así es, Maestro del Cónclave. Yo puedo ayudar.

—Y si trabajas para Takhisís, ¿por qué ibas a hacerlo? ¿Y por qué deberíamos confiar en ti? —preguntó Ladonna.

—Porque, señora, no os queda otra opción —contestó Raistlin—. Puedo salvaros... pero eso tiene su precio.

—¡Faltaría más! —exclamó Justarius amargamente. Se volvió hacia Par-Salian—. Sea cual sea el precio, es demasiado alto. Prefiero arriesgarme a vérmelas con ese Caballero de la Muerte.

—Si únicamente se tratara de nuestras vidas, me inclinaría a pensar como tú —contestó Par-Salian con pesar—. Pero tenemos cientos de vidas bajo nuestro cuidado, desde nuestros discípulos hasta algunos de los hechiceros con más talento y sabiduría de todo Ansalon. No podemos condenarlos a muerte por nuestro orgullo herido. —Se volvió hacia Raistlin—. ¿Cuál es tu precio?

Raistlin se quedó en silencio un momento.

—He elegido seguir mi propio camino, libre de ataduras —contestó al final con voz suave—. Lo único que pido, maestros, es que me permitáis seguir por él. El Cónclave no tomará medidas contra mí ni ahora ni en el futuro. No enviaréis hechiceros para intentar matarme, hacerme prisionero o

darme sermones. Dejaréis que siga mi camino y yo os ayudaré a conservar la vida, para que podáis seguir el vuestro.

Par-Salian frunció el entrecejo.

—Si dices eso, implica que nuestra magia volverá, que los dioses de la magia volverán. ¿Cómo es eso posible?

—Eso es asunto mío —repuso Raistlin—. ¿Aceptáis el trato?

—No. Son demasiadas las cosas que desconocemos —dijo Ladonna.

—Estoy de acuerdo con ella —se sumó Justarius.

Raistlin, las manos entrelazadas bajo las mangas de la túnica negra no perdía la calma.

—Mirad por la ventana. Veréis un ejército de soldados muertos vivientes cubiertos con armaduras abolladas y ennegrecidas, marcadas por la rosa. Mientras cabalgan, las llamas devoran su carne. Sus rostros se contorsionan atormentados por el fuego sagrado que los consume infinitamente. Son portadores de la muerte, y la muerte dirige sus pasos. Soth echará abajo los muros de esta torre con sólo tocarlos. Su ejército pasará por encima de los restos humeantes, y vuestros discípulos y vuestros amigos y colegas estarán indefensos ante ellos. Ríos de sangre bajarán por los pasillos...

—¡Basta! —gritó Par-Salian, conmocionado. Miró a sus compañeros—. Os lo pregunto directamente: ¿podemos enfrentarnos a ese Caballero de la Muerte sin nuestra magia?

Ladonna se había puesto mortalmente pálida. Con los labios apretados en una línea tensa, se dejó caer en una silla.

Justarius parecía desafiante, pero después su rostro se demacró y sacudió la cabeza con brusquedad.

—Yo soy de Palanthas —dijo—. He oído historias de lord Soth y si la décima parte de ellas es verdad, sería peligroso enfrentarnos a él incluso si contáramos con nuestra magia. Sin ella..., no tenemos ninguna posibilidad.

—Recordad lo que voy a decir. Si hacemos este trato con Majere, viviremos para lamentarlo —dijo Ladonna.

—Pero al menos viviréis —murmuró Raistlin.

Soltó de su cinturón una bolsa de piel y repartió el contenido por el suelo. Canicas de todos los colores rodaron por la mullida alfombra. Ladonna se quedó mirándolas y soltó una carcajada incrédula.

—Nos está tomando el pelo —dijo.

Par-Salian no estaba tan seguro. Observó el movimiento de los dedos largos y delgados de Raistlin, delicados y sensibles, buscando entre las canicas hasta que encontró la que quería. La cogió, la sostuvo sobre la palma de la mano y empezó a recitar unas palabras.

La canica creció hasta ser tan grande como la mano de Raistlin. Dentro del globo de cristal se arremolinaban y titilaban los colores. Par-Salian miró el centro de la bola y vio unos rojos de reptil que miraban hacia fuera.

—¡Un Orbe de los Dragones! —exclamó, asombrado.

Par-Salian se acercó, fascinado. Había leído mucho sobre los famosos Orbes de los Dragones. Durante la Era de los Sueños, varios magos de las tres órdenes, que se habían unido entonces para combatir a la Reina Oscura habían creado cinco orbes. Dos de los objetos se habían quedado en las tristes Torres de Losarcum y de Daltigoth, y habían sido destruidos en las explosiones que también habían acabado con las torres.

Otro de los orbes había desaparecido hasta que los Caballeros de Solamnia lo habían encontrado en la Torre del Sumo Sacerdote. El Áureo General, Laurana, lo había utilizado para proteger la torre de un ataque de dragones malignos. En la batalla, se había perdido el orbe.

El cuarto orbe había sido entregado al hechicero Feal-thas para que lo guardara y éste lo había encerrado en el Muro de Hielo durante muchos siglos. El orbe había tenido una vida trágica y azarosa que lo había llevado a su destrucción a manos de un kender en el Consejo de la Piedra Blanca.

El orbe que en ese momento contemplaba Par-Salian, el único que quedaba, estaba en poder de Raistlin Majere. ¿Cómo era posible? Par-Salian era un hechicero poderoso, quizá uno de los más poderosos que hubiera vivido jamás, y se preguntaba si tendría la valentía de posar las manos sobre el orbe. Aquel objeto podía apoderarse de la mente de un hechicero y mantenerlo cautivo, atrapado para siempre en una pesadilla viva y atormentadora, tal como le había sucedido al infeliz Lorac. El joven mago

Raistlin Majere se había atrevido a hacerlo y había logrado someter al orbe a su voluntad.

Mientras Par-Salian observaba el orbe, fascinado y asqueado al mismo tiempo, se le reveló la respuesta. Vio la figura de un hombre, un hombre que cargaba con el peso de muchos años, apenas piel y huesos, más muerto que vivo. El hombre apretaba los puños furioso y parecía que gritaba fuera de sí, pero sus gritos eran mudos.

Par-Salian miró a Raistlin admirado y asombrado, y éste le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No te equivocas, Maestro del Cónclave. El prisionero es Fistandantilus. Me encantaría contarte la historia, pero no hay tiempo. Debéis quedaros callados. No digáis nada. No os mováis. No respiréis siquiera.

Raistlin posó las manos sobre el Orbe de los Dragones. Lanzó un aullido de dolor cuando del orbe salieron unas manos y se aferraron a él. Cerró los ojos y jadeó.

—Te lo ordeno, Viper, convoca a Cyan Bloodbane —dijo Raistlin con un hilo de voz. Temblaba, pero mantenía las manos obstinadamente sobre el orbe.

—¡Bloodbane es un Dragón Verde! —exclamó Ladonna—. ¡Nos mintió! ¡Quiere matarnos!

—¡Silencio! —ordenó Par-Salian.

Raistlin estaba concentrado en el orbe, escuchando una voz muda para ellos, la voz del orbe, y parecía que no le gustaba lo que le decía.

—¡No puedes bajar la guardia! —dijo enfadado, dirigiéndose al dragón que estaba en el orbe—. ¡No debes dejarlo libre!

Las manos del orbe apretaron con más fuerza las de Raistlin y el hechicero ahogó un grito de dolor, ya fuera por el ímpetu con que lo aprisionaban o por la dureza de la decisión que le pedían que tomara.

—Así será —dijo Raistlin al fin—. ¡Llama al dragón!

Par-Salian, con los ojos clavados en el orbe, vio que los colores se agitaban con violencia. La figura diminuta de Fistandantilus desapareció. El rostro de Raistlin se deformó en una mueca, pero no separó las manos del

orbe. Toda su voluntad se centraba en el objeto y era ajeno a lo que sucedía alrededor.

—Ladonna, ¿estás loca? ¡Detente! —gritó Justarius.

Ladonna no le hizo caso. Par-Salian distinguió el destello del acero y pegó un salto hacia ella. Consiguió agarrarla por la muñeca e intentó quitarle el cuchillo. Ladonna se volvió hacia él, forcejeando, y le hizo un corte profundo en el pecho. Par-Salian se tambaleó hacia atrás, sangrando, y bajó la vista hacia la mancha roja que empezaba a empaparle la túnica blanca.

Ladonna se abalanzó sobre Raistlin. El hechicero no le prestó atención. El orbe empezó a brillar con una luz intensa, verde y vaporosa. Unos tentáculos brumosos salieron sinuosos del orbe y envolvieron el cuerpo de Ladonna. La mujer gritó y se retorció. El olor era sofocante. Par-Salian se cubrió la boca y la nariz con la manga. Justarius boqueaba en busca de aire fresco y, tambaleante, se acercó a la ventana.

—No les hagas daño, Viper —murmuró Raistlin.

Los tentáculos soltaron a su presa, y Ladonna se desplomó sobre una silla. Justarius intentaba recuperar el aliento, asomado a la ventana.

—Par-Salian —dijo Justarius, señalando hacia fuera. Par-Salian miró hacia allí.

Un dragón planeaba alrededor de la Torre de la Alta Hechicería. Su cuerpo gigantesco emitía un resplandor gris verdoso aterrador bajo la luz tenue del cielo sin lunas.

25

El Dragón Verde El Caballero de la Muerte.

DÍA VIGESIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

El anciano Dragón Verde Cyan Bloodbane despreciaba a todos los seres con los que se había encontrado en su vida, la cual abarcaba varios siglos. Mortales e inmortales, muertos y muertos vivientes, dioses o dragones; a todos los había odiado. Sin embargo, a algunos los había odiado con más ardor: a los elfos, por una parte; y a los caballeros solámnicos, por la otra. Había sido un Caballero de Solamnia, un tal Huma Dragonbane, quien le había arruinado la diversión a Cyan. Él era entonces un dragón joven y participaba en la Segunda Guerra de los Dragones.

Aquel caballero abominable con su Dragonlance, esa arma que perforaba el cerebro y quemaba los ojos, había arrojado a la reina de Cyan, a Takhisis, al Abismo. Antes, le había arrancado la promesa de que todos sus dragones tendrían que abandonar el mundo, esconderse en sus cubiles y caer en un sueño eterno.

Cyan había hecho todo lo posible por escapar de tan terrible destino, pero no podía enfrentarse a los dioses y, como todos los demás, había sucumbido a un sueño forzoso que había durado un sinfín de años. Pero

primero se había tomado la molestia de decirle a su reina lo que pensaba de ella.

Varios siglos después, se despertó, con la furia todavía ardiendo en su interior. Takhisis lo había apaciguado prometiéndole que podría vengarse de los infames elfos, que una vez se habían atrevido a asaltar su cubil durante la Segunda Guerra de los Dragones y le habían infligido unas heridas que estaba convencido que todavía le mermaban sus capacidades.

El imbécil de Lorac, rey de Silvanesti, había robado un Orbe de los Dragones y, cuando intentó utilizarlo para invocar al dragón y salvar su amada tierra de los ejércitos del Señor del Dragón Salah-Kahn, Cyan respondió a su llamada.

El dragón verde fue a Silvanesti y encontró a Lorac atrapado en los terribles tentáculos del Orbe de los Dragones. Cyan podría haber acabado con el maldito elfo, pero ¿qué diversión podía encontrar en eso? Por tanto decidió infligir unas heridas que dolerían profundamente a todos los elfos del mundo, hasta el final de los tiempos. Se había apoderado de su amada tierra. Había tomado la belleza deslumbrante de Silvanesti y la había corrompido y apuñalado, desgarrado y quemado.

Torturó a los árboles hasta que sangraron y se retorcieron en su agonía. Volvió negras las verdes praderas y transformó los lagos cristalinos en ciénagas malolientes. Pero lo más divertido había sido susurrarle a Lorac en el oído todas aquellas pesadillas y obligarle a contemplar aquel horror con sus propios ojos. Le hizo creer que tales atrocidades eran obra suya.

Atormentar a Lorac no había estado nada mal durante un tiempo, pero Cyan no tardó en aburrirse. Silvanesti era una ruina doliente. Lorac se había vuelto loco. El dragón verde se animó con la llegada a Silvanesti de una banda de criminales y ladrones, liderados por Alhana Starbreeze, la hija de Lorac. Cyan se entretuvo algún tiempo atormentándolos. Pero el placer terminó cuando un joven hechicero que todavía tenía la cáscara del huevo pegada a la cabeza, como solían decir los dragones, había logrado romper el control que el orbe, y Cyan, ejercían sobre Lorac.

Al principio Cyan se había entretenido observando los torpes intentos del joven hechicero por hacerse con el dominio del Orbe de los Dragones,

disfrutando anticipadamente de la posibilidad de torturar a un nuevo mortal. Pero se llevó una cruel decepción. Raistlin no sólo había controlado el orbe, además había ordenado al objeto que subyugara a Cyan.

El dragón verde se resistió y luchó, pero el Orbe de los Dragones era poderoso y ni siquiera él pudo resistir su llamada. Y ésa era la razón de que se encontrara en el oeste de Ansalon, volando sobre la torre abandonada por los dioses, obligado a cumplir la voluntad de su odiado amo. Cyan no tenía la menor idea de por qué estaba allí, pues su amo todavía no se había dignado a informarlo. El dragón volaba alrededor de la torre sin un objetivo claro, considerando que siempre le quedaba la opción de entretenerse lanzando el gas venenoso de su aliento sobre los hechiceros indefensos que se arremolinaban en el patio.

Entonces, Cyan oyó el clamor de las trompetas. Conocía aquel sonido y lo odiaba. Miró a través de las colinas y vio que un caballero solámnico cabalgaba hacia él.

Cyan no sabía nada de los Caballeros de la Muerte. Si alguien le hubiera dicho que aquel caballero estaba maldito, que era malvado y que ambos luchaban en defensa de la misma causa, el dragón se habría limitado a dejar escapar un resoplido mortal. Un condenado caballero solámnico, estuviera maldito o bendito, muerto o vivo, seguía siendo un condenado caballero solámnico, y debía ser eliminado.

Cyan se lanzó en picado desde las alturas. Utilizaría el terror que inspiraba para espantar al caballero, después lo mataría con su aliento venenoso.

Lord Soth estaba concentrado en liderar a sus guerreros espectrales en el ataque a los muros de la torre. Con los cinco sentidos puestos en la carga, Soth no prestaba atención a lo que sucedía sobre su cabeza. Apenas lanzó una mirada hacia donde estaba el dragón.

Cyan se decepcionó. Contaba con el terror que inspiraba para que el caballero saliera corriendo y gritando, y así disfrutar de un poco de ejercicio, persiguiendo al caballero por el campo antes de matarlo.

Poco a poco, Cyan empezó a darse cuenta de que aquél no era un caballero normal y corriente, y entonces lo descubrió: ¡el condenado

caballero ya estaba muerto! Eso restaba gran parte de la emoción de matarlo. Cyan lanzó unos cuantos hechizos al azar contra el caballero, así como un par de rayos mágicos e intentó atraparlo en una telaraña, pero no consiguió nada. El dragón hizo rechinar los dientes, frustrado. Tal vez no pudiera acabar con el caballero, pero iba a asegurarse de que su vida de no muerto fuese insoportable.

Soth, al ver que impactaban unos rayos mágicos alrededor y que del cielo caía una telaraña, se quedó sorprendido, preguntándose quién podría estar utilizando esa magia. No podía ser obra de los hechiceros. Las lunas habían desaparecido. Levantó la cabeza a tiempo para ver que el dragón verde se lanzaba en picado sobre él. Parecía un halcón dispuesto a cazar, con las garras extendidas. Asombrado más allá de lo imaginable, Soth se preguntó de dónde había salido aquel dragón y por qué estaba empeñado en atacarlo. Pero no tuvo tiempo de encontrar una respuesta. En realidad no tuvo tiempo para mucho más que desenvainar su espada. Y quedó demostrado que eso no servía de nada.

Cyan atrapó a Soth entre sus garras y lo arrancó de su montura. El dragón elevó a Soth por los cielos mientras éste lo punzaba con la espada, y después lo soltó. A continuación, Cyan se lanzó sobre las filas de los caballeros espectrales. Cayó sobre ellos con todo su peso, los desgarró con sus garras y los mordió con sus colmillos. Arrancó, trituró y escupió huesos con sus poderosas mandíbulas.

Para entonces, Soth ya se había recuperado y volvía a estar sobre su caballo. Con su espada envuelta en llamas malignas, cabalgó tras el dragón.

La bestia alzó el vuelo y volvió a lanzarse al ataque. El Caballero de la Muerte abrió un tajo salvaje en el cuello del animal y Cyan aulló iracundo, mientras giraba en el aire. Describiendo círculos amenazadores, el dragón volvió a descender para un nuevo ataque.

Lord Soth, de pie sobre su montura negra, alzó la espada.

* * *

—Así se vuelve el mal contra sí mismo —dijo Raistlin.

Par-Salian se apartó de la ventana desde la que había estado presenciando aquella insólita batalla y se volvió. Raistlin tenía la mirada clavada en la vela que marcaba la hora, de la que apenas quedaba un montoncito de cera. Parecía agotado. Par-Salian no lograba imaginar siquiera el desgaste que supondría para la mente y el cuerpo controlar el orbe.

—Tengo que marcharme —dijo Raistlin—. Casi es la hora.

—¿La hora de qué? —preguntó Par-Salian.

—Del final. —Se encogió de hombros—. O del principio.

Sostenía el Orbe de los Dragones entre las manos. La movediza luz multicolor bañaba su tez dorada y se reflejaba en sus pupilas con forma de reloj de arena. Mientras Par-Salian observaba el Orbe de los Dragones, lo asaltó un pensamiento. Tomó aire, pero antes de que pudiera decir nada, Raistlin se fue. Desapareció tan silenciosa y rápidamente como había llegado.

—¡El Orbe de los Dragones! —exclamó Par-Salian y los otros dos hechiceros dejaron de mirar la batalla para mirarlo a él—. De todos los objetos jamás creados, Takhisis teme a éste por encima de todo. Si supiera que Majere posee uno, jamás le permitiría que lo utilizara.

—En concreto, jamás permitiría que utilizase la magia del orbe —convino Justarius, sintiendo que nacía en él la comprensión y la esperanza.

—¿Y eso qué significa, si es que significa algo? —preguntó Ladonna, mirando a los dos hombres.

—Significa que nuestra supervivencia está en manos de Raistlin Majere —dijo Par-Salian.

Y le pareció oír, susurrantes a través de la oscuridad, las palabras del joven mago.

—¡Recuerda nuestro trato, Maestro del Cónclave!

26

El Remolino Negro

DÍA VIGESIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Los dioses de la magia, con sus lunas ausentes del cielo, entraron en el Alcázar de Dargaard. Lord Soth no estaba allí. El caballero y sus guerreros cabalgaban sobre las alas de la furia hacia la Torre de Wayreth. El bosque de Wayreth había desaparecido. Los hechiceros que se habían reunido en la torre para la Noche del Ojo estaban desprovistos de su magia y eran vulnerables al abrumador ataque del Caballero de la Muerte. Sus jubilosas celebraciones bien podrían terminar en una masacre y con la destrucción de su torre.

Sin embargo, no había nada que pudiera hacerse al respecto. Tenían que hacer creer a Takhisis que los dioses de las lunas habían caído víctimas de su conspiración, que se habían enfrentado a los tres nuevos dioses del gris y que éstos los habían asesinado. Advertidos por Raistlin Majere, los tres habían acudido a la torre para tender una emboscada a esos nuevos dioses cuando intentaran entrar en el mundo.

—Nuestro mundo —dijo Lunitari, y los otros dos dioses repitieron sus palabras.

Las *banshees* huyeron despavoridas al ver llegar a los dioses. Kitiara estaba en su dormitorio, dormida, soñando con la Corona del Poder.

Los dioses se dirigieron de inmediato a la cámara que Raistlin les había descrito, atravesando la piedra y la tierra para llegar a ella. Entraron en la cripta y se reunieron alrededor del único objeto que había en la habitación, el Reloj de Arena de las Estrellas. Observaron que los granos de arena del futuro relumbraban y brillaban en la parte superior del reloj. La otra mitad estaba oscura y vacía. De repente Nuitari señaló.

—¡Un rostro en la oscuridad! —dijo el dios—. ¡Uno de los intrusos está llegando!

—Yo también veo a uno —dijo Solinari.

—Yo ya veo al tercero —dijo Lunitari.

Los dioses invocaron toda su magia, retirándola de todos los rincones del mundo, atraparon el fuego y el rayo, la tempestad y el huracán, la oscuridad y la luz cegadoras, y entraron en el reloj de arena para enfrentarse a sus enemigos.

Pero cuando estuvieron dentro de esa negrura, los dioses de la magia no vieron enemigo alguno. Sólo se veían a sí mismos, y las estrellas que brillaban por encima. Mientras las contemplaban, las estrellas empezaron a dar vueltas, primero lentamente, después más rápido; giraban alrededor de un vórtice negro y, describiendo una espiral, empezaron a alejarse de ellos.

Y alrededor sólo había silencio y oscuridad, impenetrables y eternos. Ya no podían oír el canto del universo. No podían oír las voces de los otros dioses. No podían oírse entre ellos. Pero se veían caer, arrastrados por el vacío. Los tres intentaron agarrarse, sujetarse entre sí, pero caían demasiado rápido. Buscaron, desesperados, una forma de escapar, pero se dieron cuenta de que no existía.

Habían caído en un remolino, un remolino en el tiempo que giraría una y otra vez, arrastrando las estrellas, una a una, hasta el final de todas las cosas.

Sus manos no podían entrar en contacto, pero sí sus pensamientos.

«Una imagen en el espejo —pensó Solinari amargamente—. No hay otros dioses... Miramos el reloj de arena y nos vimos a nosotros mismos...»

«Estamos atrapados en el tiempo —pensó Nuitari enfurecido—. Atrapados por toda la eternidad. Raistlin Majere nos engañó. ¡Nos

traicionó por Takhisis!»

«No —pensó Lunitari en medio del dolor y la desesperanza—. *Raistlin también ha sido engañado.*»

Hermano y hermana
El Reloj de Arena de las Estrellas

DÍA VIGESIMOCUARTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin abandonó los corredores de la magia y entró en el Alcázar de Dargaard. El resplandor de los colores del Orbe de los Dragones se desvanecía rápidamente en su mano. El orbe se había encogido hasta tener el tamaño de una canica. Raistlin abrió la bolsa y dejó caer el orbe dentro.

La habitación estaba a oscuras y, por suerte, en silencio. Las *banshees* no tenían motivo para entonar su terrible canto, pues el señor del alcázar estaba fuera. Soth estaría ausente una buena temporada, o eso imaginaba Raistlin. Cyan no era de los que se rendía, sobre todo cuando el enemigo se había cobrado su sangre.

El dragón jamás lograría derrotar al Caballero de la Muerte. Soth jamás lograría matar al dragón, pues Cyan se tenía en demasiada estima así mismo como para ponerse en una situación de auténtico peligro. Mientras pudiera hostigar y atormentar a su enemigo, no abandonaría la batalla. En cuanto el combate empezara a ponerse en su contra, el dragón optaría por la solución menos arriesgada y dejaría solo a su enemigo.

Raistlin entró en el dormitorio de Kitiara. Kit estaba en la cama. Tenía los ojos cerrados y respiraba profunda y acompasadamente. Raistlin

percibió el cargante olor del aguardiente enano y supuso que su hermana, más que dormirse, había caído redonda, pues ni siquiera se había desvestido. Lucía una camisa de hombre, abierta por el cuello, de mangas amplias y largas, y unos pantalones ajustados de piel. Hasta llevaba todavía las botas.

Tenía buenas razones para haberse regalado con ese aguardiente. No tardaría mucho en abandonar el Alcázar de Dargaard. Unos pocos días antes, la reina Takhisis había convocado a sus Señores de los Dragones en Neraka para celebrar un consejo de guerra.

—Se dice que es posible que Takhisis decida que Ariakas ha cometido demasiados errores dirigiendo la guerra —había contado Kitiara a su hermano—. Elegirá a otra persona para ponerla al frente del imperio, alguien en quien confíe más. Alguien que realmente haya hecho algo por hacer avanzar nuestra causa.

—Alguien como tú —había dicho Raistlin.

Kitiara le había dedicado una de sus sonrisas torcidas.

Raistlin se acercó a su hermana. Kitiara yacía boca arriba, despatarrada, con los rizos negros hechos una maraña y un brazo apoyado sobre la frente. A Raistlin le sobrevino el recuerdo de cuando la miraba dormir, siendo niños. La observaba las noches en que estaba enfermo, cuando la fiebre consumía su cuerpo débil, las noches en que Caramon lo entretenía con sus estúpidos juegos de sombras. Raistlin volvió a ver a Kitiara despertarse y acercarse a él para humedecerle la frente o darle de beber. La recordó diciéndole, molesta, que tenía que esforzarse en ponerse bien.

Kit siempre se había mostrado impaciente con sus achaques y dolencias. Ella no había estado enferma ni un solo día de su vida. Desde su punto de vista, si Raistlin realmente ponía todo su empeño, lograría sanarse. A pesar de esa convicción, lo trataba con una especie de delicadeza ruda. Ella había sido quien había sabido ver su talento para la magia. Ella había sido quien había buscado un maestro para que le enseñara. Le debía muchas cosas, seguramente hasta la vida.

«Y estoy perdiendo el tiempo», se dijo Raistlin a sí mismo.

Cogió unos pétalos de rosa.

A Kit, aún sumida en un profundo sueño, le temblaron los párpados cerrados, masculló algo y, se revolvió. De repente, dejó escapar un grito aterrador y se sentó en la cama. Raistlin maldijo en voz baja y se alejó, creyendo que la había despertado. En los ojos abiertos como platos de su hermana se reflejaba el miedo.

—¡Mátenlo lejos, Tanis! —gritó Kitiara. Alargó las manos, suplicante—. ¡Siempre te he querido!

Raistlin se dio cuenta de que seguía dormida. Meneó la cabeza y resopló.

—¿Querer a Tanis? ¡Jamás!

Kitiara gimió y se desplomó sobre la almohada. Se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con la manta arrugada, como si pudiera esconderse de la pesadilla que la perseguía.

Raistlin se deslizó a su lado y, extendiendo los dedos, dejó que los pétalos de rosa cayeran sobre su rostro.

—*Ast tasarak sinuralan krynawi* —dijo el hechicero.

Mientras decía estas palabras, se dio cuenta de que algo no iba bien. Carecían de vida, estaban secas. Lo achacó a su propio cansancio. Esperó hasta estar seguro de que su hermana había caído bajo el efecto del encantamiento, y se fue.

Estaba a punto de cruzar sigilosamente la puerta cuando una voz lo detuvo. La misma voz que había deseado olvidar y que en sus oraciones había rogado no volver a oír jamás.

—*Los sabios dicen que dos soles no pueden girar en la misma órbita. Ahora estoy débil, después de mi cautiverio, pero cuando me haya recuperado, por fin quedará resuelto el asunto que tú y yo tenemos pendiente.*

Raistlin no respondió a Fistandantilus. No había nada que decir. Estaba totalmente de acuerdo.

* * *

Raistlin había memorizado el camino que Kitiara había seguido para llegar a la cámara secreta bajo el Alcázar de Dargaard. Recorrió los pasillos silenciosos y sumidos en la oscuridad, siguiendo el mapa que tenía en la cabeza. Llevaba consigo el Bastón de Mago, que había dejado en el alcázar confiando en su retorno.

—*Shirak* —dijo, y aunque la palabra sonó queda y sin fuerza, la bola de cristal empezó a brillar.

Raistlin se alegró de contar con esa luz. El alcázar estaba desierto, su señor y los guerreros espectrales se habían ido y las *banshees* habían enmudecido. Pero el miedo y el horror eran moradores permanentes de la fortaleza. Los dedos descarnados de la muerte tiraban de su túnica o le acariciaban la mejilla, fríos y heladores. El suelo temblaba, caían piedras de las paredes y las mismas paredes se derrumbaban. Oía los aullidos de una mujer agonizante, suplicando a Soth que salvara a su pequeño, y los lloros desgarradores del bebé quemándose vivo.

El pavor se apoderaba de él. Le temblaban las manos y se le nublaba la vista. Jadeando, se apoyó en una pared. Se obligó a respirar profundamente, para despejar su mente y recuperar el sentido.

Cuando se recobró, siguió bajando por la escalera de caracol excavada en la piedra. Apagó la luz del bastón al llegar a la puerta de acero para no delatar su entrada. Se hizo una oscuridad impenetrable, y tanteó el vacío hasta tocar con la mano la puerta. Con los dedos, descubrió los surcos grabados de la imagen de la diosa. Invocó el nombre de Takhisis y relumbró una luz blanca. Pronunció el nombre cuatro veces más, tal como había hecho Kitiara, y en cada ocasión se iluminó una luz de color diferente bajo la palma de su mano. La puerta se abrió con un chasquido.

Raistlin no cruzó el umbral de inmediato. Permaneció silencioso, inmóvil, conteniendo la respiración para no hacer ni el más mínimo ruido.

Parecía que la habitación estaba vacía, a no ser por el Reloj de Arena de las Estrellas. Mientras lo contemplaba, un diminuto grano de arena cayó por la estrecha abertura que unía las dos mitades del reloj y se quedó allí suspendido.

Raistlin suspiró aliviado. La noche estaba a punto de terminar. Los dioses de la magia debían de haber ganado la batalla. Sin embargo, era extraño que no hubieran destruido el reloj de arena...

Sintió que se le encogían las entrañas. Algo no iba bien. Entró en la habitación, los faldones de su túnica negra aletearon. Apoyó el Bastón de Mago contra una pared y se acercó al reloj de arena para observarlo. Tres lunas, la plateada, la roja y la negra, brillaban con luz trémula cercadas por la oscuridad de la mitad inferior del reloj. Su luz seguía luciendo, pero era tenue y no brillaría mucho más tiempo. ¿Qué había pasado?

Raistlin no lo entendía y alargó la mano hacia el reloj de arena.

Una voz lo detuvo y a punto estuvo también de detenerle el corazón.

—Te equivocas, hermanito. Sí quiero a Tanis.

Kitiara apareció entre las sombras, con una espada al cinto.

Raistlin bajó la mano y la deslizó entre los pliegues de su túnica.

—Tú eres incapaz de querer a nadie, hermana mía. En eso, somos iguales —logró decir con voz tranquila, y se encogió de hombros.

Kitiara lo contempló largamente, en sus ojos negros se reflejaba el resplandor titubeante de las estrellas del reloj de arena.

—Quizá tengas razón, hermanito. Parece que somos incapaces de sentir amor. O lealtad.

—Al hablar de lealtad, supongo que te refieres a tu traición a Iolanthe —repuso Raistlin.

—En realidad me refería a tu traición a nuestra reina —dijo Kitiara—. En cuanto a Iolanthe, sí que sentí una pequeña punzada de remordimiento cuando la entregué a los escuadrones de la muerte. Ella me salvó la vida, ¿lo sabías? Me rescató de la prisión cuando Ariakas me había condenado a muerte. Pero no se podía confiar en ella. Como ocurre contigo, hermanito. No se puede confiar en ti.

Kitiara se acercó más. Caminaba con aire arrogante, la mano apoyada en la empuñadura de la espada con un gesto descuidado.

Una mano de Raistlin, oculta entre los pliegues de la túnica, se deslizó hasta una de las bolsas.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —contestó—. Hice lo que prometí que haría.

—Ahora mismo se suponía que debías estar en la Torre de Wayreth, traicionando a tus amigos los hechiceros y ayudando a lord Soth.

Raistlin esbozó una sonrisa sombría.

—Y también se suponía que tú debías estar dormida.

Kitiara se echó a reír.

—Menuda pareja formamos, ¿verdad, hermanito? Takhisis te concedió el don de su magia y tú lo utilizas para traicionarla. Ariakas me entregó un puesto de mando y yo planeo hacer lo mismo con él. —Suspiró y añadió:— Tú dejaste morir al pobre Caramon. Y ahora yo tengo que matarte.

Desvió los ojos hacia el reloj de arena y, al ver las tres lunas agonizantes reflejadas en sus pupilas negras, Raistlin comprendió la verdad. No estaba dormida porque el hechizo que había conjurado no había funcionado. Y no había funcionado porque no había magia. Lo habían engañado. Observó cómo se deslizaba el grano de arena por el estrecho cuello del reloj, acercándose cada vez más a la oscuridad.

—Nunca hubo unos dioses del gris, ¿verdad? —dijo Raistlin.

Kitiara negó con la cabeza.

—Takhisis tenía que encontrar la forma de atraer a Nuitari y a sus primos hacia su trampa. Sabía que la idea de que unos dioses nuevos iban a suplantarlos sería más de lo que podrían resistir.

Pasó la mano por la superficie límpida y suave del cristal.

»Tus dioses han caído en El Remolino y no pueden escapar de él.

Raistlin miró fijamente el cristal.

—¿Cómo sabías que advertiría a los dioses? ¿Por qué sabías que los traería aquí?

—Si no lo hacías tú, lo habría hecho Iolanthe. Así que realmente no importaba mucho. —Kitiara deslizó su mano hacia un costado. Se oyó el

sonido susurrante de la espada al salir de la vaina.

Kitiara sostenía la espada con gesto experto, agarraba la empuñadura con facilidad y destreza. Era implacable, despiadada. Quizá sintiera el escozor del remordimiento por tener que matar a Raistlin. Pero lo superaría, a él no le cabía ninguna duda, porque eso sería lo que le habría pasado de estar en su caso.

Raistlin no se movió. No intentó huir. ¿Qué sentido tendría? Se imaginó a sí mismo corriendo por los pasillos, presa del pánico, con los faldones de su túnica aleteando. Correría hasta que le fallasen las piernas y se quedase sin aliento, caería al suelo y su hermana le hundiría la espada entre los hombros...

—Recuerdo el día que nacisteis tú y Caramon —dijo Kitiara de repente—. Caramon era fuerte y vigoroso. Tú eras débil, a duras penas estabas vivo. Habrías muerto de no ser por mí. Te di la vida. Supongo que eso me concede el derecho a quitártela. Pero sigues siendo mi hermanito. No te resistas y te daré una muerte rápida y limpia. Será sólo un instante. Lo único que tienes que hacer es entregarme el Orbe de los Dragones.

Raistlin metió la mano izquierda en la bolsa. Sus dedos se cerraron alrededor del orbe y lo atraparon en su puño. Tenía los ojos clavados en Kit, le sostenía la mirada.

—¿Para qué sirve ya el Orbe de los Dragones? —preguntó—. Está muerto. La magia nos ha abandonado.

—Quizá te haya abandonado a ti —repuso Kitiara—, pero no el Orbe de los Dragones. Iolanthe me contó cómo funciona el orbe. Una vez que un objeto está encantado, seguirá encantado para siempre.

—¿Quieres decir, así? —Raistlin pronunció una palabra:— *Shirak*.

El Bastón de Mago se iluminó con una luz cegadora.

Por un momento, Kit no pudo ver nada. Intentó protegerse los ojos del repentino destello y levantó la espada, hundiéndola en las sombras con estocadas frenéticas. Raistlin rechazó el ataque sin mucho esfuerzo y sacó un puñado de canicas para lanzarlas a los pies de Kit.

Kitiara todavía no veía bien y pisó las canicas. Resbaló y perdió el equilibrio. Cayó pesadamente al suelo y se golpeó la cabeza.

Raistlin alcanzó su bastón y se acercó a su hermana, listo para darle en la cabeza en cuanto moviera un solo párpado. Sin embargo, Kitiara yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Pensó que tal vez estuviera muerta y se agachó para tomarle el pulso en el cuello. Sintió sus latidos fuertes. Se despertaría con un dolor de cabeza insoportable y la visión un poco borrosa, pero se despertaría.

Seguramente debería matarla, pero como ella misma había dicho, le había dado la vida. Raistlin se dio media vuelta. Otra deuda que quedaba saldada.

Se concentró en el Reloj de Arena de las Estrellas. Las tres lunas titilaban tras el cristal como luciérnagas atrapadas en un frasco. Oyó el grito de Fistandantilus.

—¡Rómpelo!

Raistlin levantó el reloj de arena. Esperaba que fuese muy pesado. Pero se encontró con que era decepcionantemente ligero. Estaba a punto de estrellarlo contra el suelo, como el viejo le apremiaba que hiciera. Entonces se detuvo. ¿Por qué Fistandantilus querría ayudarlo a él?

La idea de Raistlin era romperlo y liberar a los dioses. Pero ¿y si no sucedía eso? ¿Qué pasaría si, al romper el reloj de arena, los encerraba en la oscuridad para siempre?

Raistlin miró fijamente el reloj. El reluciente grano de arena temblaba, a punto de caer. Y entonces se alzó el pavoroso canto de las *banshees*, un lamento aterrador con el que daban la bienvenida más pavorosa que pueda imaginarse a su señor.

Lord Soth había regresado al Alcázar de Dargaard.

Raistlin oía, por debajo del cántico, las pisadas del Caballero de la Muerte bajando la escalera a la carrera. Se le pasó por la cabeza intentar esconderse, y estaba a punto de colocar el reloj de arena sobre el pedestal cuando el grano de arena empezó a deslizarse...

Raistlin se quedó mirándolo y, de pronto, un fogonazo estalló en su mente, como la luz que se había encendido en el bastón. Con la esperanza de que no fuera demasiado tarde, rápidamente dio la vuelta al Reloj de Arena de las Estrellas.

El grano de arena volvió a caer en la parte superior del reloj, que había pasado a ser la inferior.

Las tres lunas desaparecieron.

Raistlin ya no veía la luz bendita de las lunas. No sabía si su acto desesperado había funcionado o había fracasado. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—*¡Kair tangas miopair!* —exclamó con voz temblorosa.

Por un momento sólo sintió que el corazón le dejaba de latir, aterrorizado. Después, aquella calidez tan familiar, apaciguadora y a la vez enervante, le ardió en la sangre y de sus manos nacieron llamas. Vio como el fuego lamía las palmas de sus manos y lo invadió un alivio inmenso. Los dioses eran libres.

Raistlin lanzó el Reloj de Arena de las Estrellas contra una pared. El cristal estalló en una cascada de esquirlas punzantes. La arena relució en el aire como una constelación de estrellas diminutas.

Raistlin recogió el Orbe de los Dragones de entre las canicas. La puerta ya se abría, empujada por la mano del Caballero de la Muerte. Apenas le quedaban fuerzas para pronunciar las palabras del hechizo...

... apenas.

28

No hay descanso para el hechicero La venganza.

DÍA VIGÉSIMO QUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin salió de los corredores de la magia y apareció en su habitación de El Broquel Partido. Estaba agotado y sólo podía pensar en su cama, donde caería redondo al instante. Para su sorpresa, su cama ya estaba ocupada.

—Bienvenido a casa —lo saludó Iolanthe.

Estaba sentada en la cama. Cuando levantó la cabeza, Raistlin vio que tenía el rostro magullado e hinchado. Los dos ojos amoratados, uno ni lo podía abrir. El labio partido. Su lujosa ropa desgarrada. Marcas violáceas en el cuello.

—Gracias por salvarme la vida esta noche, querido —dijo en un murmullo—. Siento mucho no poder devolverte el favor.

Giró la cabeza hacia el hombre que estaba de pie junto a la ventana, mirando fijamente las tres lunas, que acaban de unirse para formar el ojo imperturbable. Fue sólo un vistazo. Su rostro estaba sombrío, carente de expresión.

Raistlin no sentía nada. Iba a morir en pocos minutos y se sentía demasiado cansado, demasiado exhausto, como para que le importase. Supuso que debería intentar defenderse, conjurar algún tipo de hechizo

mortal. Unas palabras cargadas de magia revolotearon por su cabeza y se alejaron antes de que pudiera atraparlas.

—Si vas a matarme, hazlo ya —dijo con un hilo de voz—. Al menos así podré descansar.

Iolanthe intentó sonreír, pero ese mero gesto le provocó una punzada de dolor. Hizo una mueca y se llevó los dedos a los labios.

—Mi señor quiere el Orbe de los Dragones —dijo la hechicera.

Raistlin se arrancó la bolsa del cinturón y la tiró al suelo. La bolsa se abrió. Las canicas y el Orbe de los Dragones rodaron por el suelo hasta detenerse, relucientes bajo la luz de la luna. Las tres lunas empezaban a alejarse, pero siempre se mantenían unidas.

Los rayos de luna, plateados y rojos, se reflejaron en el orbe y, como si quisiera empaparse de su magia, el orbe pareció crecer. Sus luces de colores se agitaron.

Ariakas miraba fijamente el orbe, como si hubiera entrado en trance. Se separó de la ventana y se acuclilló para observarlo. Las manos del orbe se extendieron hacia él. Ariakas movió los dedos con nerviosismo. Debía de ansiar tocarlo, comprobar si podía dominarlo. Empezó a alargar la mano hacia el objeto. Con una sonrisa lúgubre, retiró la mano.

—Buen intento, Majere —dijo Ariakas, levantándose—. Pero yo no soy tan estúpido como el rey Lorac...

—Oh, sí que lo eres, querido —dijo Iolanthe.

Una ráfaga de aire helado, tan gélido como las ruinas congeladas del Muro de Hielo, golpeó a Ariakas por detrás. Ese frío mágico le tiñó de azul la carne y le robó el aliento. La escarcha se colgó de su pelo, de su barba y su armadura. Se le congeló la sangre. Una expresión de furia y sorpresa se heló en su rostro. Sin capacidad para moverse, cayó al suelo con un golpe seco, como el de un bloque de hielo.

—Nunca des la espalda a un hechicero —le advirtió Iolanthe—. Sobre todo a uno al que acabas de propinar una paliza.

Raistlin lo observaba todo con una expresión estúpida provocada por el cansancio. Iolanthe se acercó a Ariakas. Se arrodilló, apoyó la mano en su cuello y empezó a maldecir.

—¡Maldito sea el Abismo una y mil veces! ¡Este cabrón sigue vivo! Creía que lo había matado. Takhisis debe quererlo mucho.

Iolanthe se guardó en el escote un pequeño cono de cristal y tendió la mano a Raistlin.

—Sé que estás cansado. Yo te llevaré. ¡De prisa! Tenemos que salir de aquí antes de que los guardias vengan a ver qué le ha pasado.

Raistlin la miraba fijamente. Estaba demasiado cansado para pensar. Tenía que convencer a su cerebro para que volviera a ponerse en marcha. Sacudió la cabeza, sin hacer caso a la mano que se tendía hacia él, y recogió el reluciente Orbe de los Dragones. Éste se encogió al entrar en contacto con sus dedos.

—Vete tú —dijo Raistlin.

—¡No puedes quedarte en Neraka! Ariakas no está muerto. Mandará al Espectro Negro a por ti...

—Eso fue lo que intentó hacer esta noche, ¿verdad? —repuso Raistlin, mirando a Iolanthe fijamente.

La hechicera se sonrojó. Era hermosa y seductora. No era raro que los Túnicas Negras se confiaran a ella y a sus palabras cautivadoras susurradas en mitad de la noche.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Iolanthe.

—Cuento los escalones, recuerda. ¿Hace cuánto que trabajas para La Luz Oculta?

—Desde que... —Iolanthe se interrumpió y sacudió la cabeza—. Es una larga historia, perfecta para contar una noche de invierno, sentados alrededor del fuego. Ahora no tenemos tiempo. Mis amigos y yo abandonamos Neraka. Ven con nosotros.

Raistlin miraba el orbe, contemplando sus colores. Negro y verde, rojo y blanco y azul se entrelazaban, giraban y se agitaban.

—Tengo que cambiar la oscuridad —dijo el hechicero.

Iolanthe lo miró, sin comprender. Después le apretó la mano y le besó dulcemente en la mejilla.

—Gracias, Raistlin Majere. Has salvado a las personas que más quiero.

Lanzó su arcilla mágica contra la pared. La puerta se abrió, creció e Iolanthe la atravesó.

»Que vayas con los dioses —le dijo al despedirse.

El portal se cerró tras ella.

—Ese es mi plan —dijo Raistlin.

Levantó el Orbe de los Dragones entre sus manos y miró a las tres lunas.

»Me lo debéis —dijo, dirigiéndose a la ventana.

Las manos del Orbe de los Dragones se alargaron hacia él, lo asieron y se lo llevaron consigo.

La Morada de los Dioses
Viejos amigos.

DÍA VIGESIMOQUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin se despertó sobre la dura piedra, fría y pulida, como si estuviera descansando sobre la superficie de un lago helado de aguas negras y relucientes. Lo rodeaba un círculo formado por veintiuna columnas de piedra, informes y sin tallar. Las columnas se alzaban tan juntas entre sí que Raistlin no podía ver lo que había al otro lado.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba dormido. Recordó momentos de una semiinconsciencia somnolienta, en los que pensaba que debería despertarse, que los granos de su reloj de arena estaban cayendo muy rápido y que él no estaba allí para darles forma. Varias veces intentó aferrarse a las riberas de la conciencia y salir del profundo pozo del sueño, pero siempre descubría que le fallaban las fuerzas.

Ya despierto, le costaba hacerse a la idea de moverse, como quien se resiste a abandonar el abrigo de la cama en una mañana gris en la que las gotas de lluvia golpean suavemente la ventana. El aire era puro y calmo, y llevaba hasta él el aroma de la primavera. Pero era un aroma lejano, como si se tratara de una estación remota, distante; como si allí, en aquel valle, el transcurso del año no importase.

Raistlin levantó la vista hacia el cielo y vio que el alba estaba cercana. Sin embargo, no tenía la menor idea de qué día podía ser. Sobre su cabeza, el cielo estaba negro como la muerte. Una luz tenue, que se asomaba titubeante por el este, prometía un amanecer rosado. Las estrellas brillaban intensamente, pero ninguna superaba a la estrella roja, el fuego de la fragua de Reorx. Las constelaciones de los otros dioses también eran visibles, todas al mismo tiempo, algo imposible.

El otoño anterior, Raistlin había mirado hacia el cielo y había visto que faltaban dos constelaciones: la de Paladine y la de Takhisis. ¡Qué lejano le parecía aquel momento! Las hojas del otoño se habían consumido en el fuego y se habían convertido en humo. El invierno había honrado a los muertos con su nieve blanca y pura. La nieve se fundía y la nueva vida, nacida de la muerte y el sacrificio, luchaba con obstinación para abrirse camino a través de la tierra helada.

—La Morada de los Dioses —se dijo Raistlin a sí mismo, en voz baja.

Había dormido sobre la dura piedra sin ni siquiera una manta, pero no se sentía entumecido ni dolorido. Se puso de pie, se sacudió la túnica y se aseguró de que el Bastón de Mago seguía a su lado. Podía ver las constelaciones reflejadas en la superficie, negra y brillante.

Las estrellas estaban por encima y por debajo, como en un reloj de arena.

Las columnas que lo rodeaban podían parecerse a los barrotes de una prisión. No vio ningún hueco por el que pudiera pasar entre ellas.

«Para algunos, la fe es una prisión —reflexionó—. Para otros, la fe conlleva la libertad.»

Raistlin caminó con paso resuelto hacia las columnas y, sin saber cómo había ido a parar allí, se encontró en el otro lado.

—Interesante —murmuró.

Sentía sed y hambre. Ni en sus mejores tiempos había comido mucho, pero en los últimos días había soportado tanta tensión y una confusión interna tan profunda, que se había olvidado por completo de comer. Como si hubiera aparecido allí por sólo pensarlo, encontró un arroyo de aguas cristalinas que bajaba de las montañas. Raistlin bebió hasta hartarse y,

mojando un pañuelo, se lavó la cara y el cuerpo. El agua tenía propiedades reconstituyentes, o eso parecía, pues se sintió más fuerte y vigoroso. Ya no sentía hambre.

Raistlin había leído algo sobre La Morada de los Dioses, pero no mucho, pues no se había escrito gran cosa. El Esteta que había viajado a Neraka había intentado encontrar aquel lugar, que estaba muy cerca de la temida ciudad, pero no lo había conseguido. La Morada de los Dioses era el lugar más sagrado del mundo. Se desconocía quién lo había creado y por qué. El Esteta planteaba varias teorías. Había quien decía que cuando los dioses habían terminado de crear el mundo se habían reunido en aquel lugar para regocijarse con su obra. Otra teoría sostenía que La Morada de los Dioses era obra de los hombres, un santuario en honor a los dioses que había erigido alguna civilización perdida y olvidada mucho tiempo atrás. Lo que sí se sabía con certeza era que sólo los elegidos por los dioses tenían permitida la entrada.

A Raistlin lo invadió una sensación de premura... el aliento de los dioses sobre su nuca.

«Todo sucede por alguna razón. Necesito asegurarme de que la razón es mía.»

Raistlin se sentó en el suelo de piedra, cerca del arroyo, y sacó el Orbe de los Dragones de su bolsa. Dejó el orbe delante de él y, recitando las palabras, tendió las manos hacia las manos que se alargaban hacia las suyas. No tenía ni idea de si su plan iba a funcionar, pues todavía estaba descubriendo la capacidad del orbe. Por lo que había leído, los hechiceros que crearon el orbe lo utilizaban para ver el futuro. Si los ojos del orbe podían ver el futuro, ¿por qué no el presente? Parecía mucho más fácil.

—Estoy buscando a alguien —le dijo al orbe—. Quiero saber qué está haciendo esa persona, oír lo que está diciendo y ver lo que está viendo en este mismo momento. ¿Es eso posible, Viper?

Lo es. Piensa únicamente en esa persona. Concéntrate en esa persona y destierra todos los demás pensamientos. Di su nombre tres veces.

—Caramon —dijo Raistlin, y pensó en su gemelo. Mejor dicho, sencillamente dejó de esforzarse por apartarlo de su mente.

»Caramon —repitió Raistlin y miró fijamente el orbe, en el que empezaban a arremolinarse los colores.

»¡Caramon! —pronunció Raistlin por tercera vez, alzando la voz, como cuando eran más jóvenes y quería despertarle. A Caramon siempre le había gustado dormir.

Los colores del orbe se desvanecieron como las brumas de la mañana. Raistlin vio la lluvia caer con fuerza y la superficie mojada de una pared de piedra. Empapados, sus amigos formaban un círculo: Tanis, Tika Waylan, Tasslehoff Burrfoot, Flint Fireforge y su hermano gemelo, Caramon. Con ellos estaba un hombre vestido con una túnica parda y un sombrero que había conocido tiempos mejores.

—Fizban —dijo Raistlin en voz baja—. Por supuesto.

Tanis y Caramon llevaban la armadura negra y el emblema de los oficiales del ejército de los Dragones. Tanis se cubría la cabeza con un yelmo demasiado grande para él, no tanto para protegerse como para esconder las orejas puntiagudas que delataban su sangre elfa. Caramon no llevaba yelmo. Seguramente no había encontrado ninguno lo suficientemente grande. El peto le quedaba muy apretado; las cinchas que lo sujetaban se estiraban al máximo sobre su torso enorme.

Mientras Raistlin los observaba, Tanis, con el rostro deformado por la ira, miraba agitadamente en derredor del pequeño grupo. Sus ojos se clavaron en Caramon.

—¿Dónde está Berem? —preguntó con voz alterada.

Raistlin se puso tenso al oír ese nombre.

Su hermano enrojeció.

—Yo... no lo sé, Tanis. Es que yo... pensaba que estaba junto a mí.

Tanis estaba furioso.

—Es nuestra única forma de entrar en Neraka y es la única razón por la que mantienen a Laurana con vida. Si lo cogen...

—No te preocupes, compañero. —Ésa era la voz de Flint, siempre consolando a Tanis—. Lo encontraremos.

—Lo siento, Tanis —murmuraba Caramon—. Estaba pensando en..., en Raist. Ya..., ya sé que no debería...

—¿Cómo es posible que ese condenado hermano tuyo estropee las cosas incluso sin estar presente?

—Sí, ¿cómo lo hago? —preguntó Raistlin, con una sonrisa y un suspiro.

Así que Tanis había capturado a Berem y, por lo que parecía, su idea era intercambiarlo por Laurana. El único inconveniente era que Caramon lo había perdido. Raistlin se preguntó si Tanis sabría el motivo por el que la Reina Oscura quería a Tanis con tal desesperación. Si lo supiera, ¿estaría tan ansioso por entregarlo? Raistlin no se atrevía a suponer nada. No conocía a esa gente. Habían cambiado; la guerra y las penalidades los habían cambiado.

Caramon, siempre con su buen carácter, alegre y sociable, estaba perdido y solo, buscando esa parte de sí mismo que había desaparecido. Tika Waylan estaba junto a él, intentando apoyarle, pero sin lograr comprenderlo.

También estaba la coqueta y guapa de Tika, con sus indomables rizos pelirrojos y su risa franca. Tal vez sus rizos de color carmesí estuvieran mojados y alicaídos, pero su brillo de fuego seguía ardiendo bajo la tormenta primaveral. Llevaba una espada, no las jarras de cerveza, y se cubría con partes de diferentes armaduras. Raistlin se había sentido molesto por el amor que Tika profesaba a su hermano. O quizá estuviera celoso de ese amor. No se debía a que Raistlin estuviera enamorado de Tika, sino a que Caramon había encontrado a alguien a quien amar, aparte de su gemelo.

—Te hice un favor yéndome, hermano —dijo Raistlin a Caramon—. Ha llegado el momento de que me dejes ir.

Después se fijó en Tanis, el líder del grupo. Antes era sereno y tranquilo, pero, bajo la atenta mirada de Raistlin, empezaba a desmoronarse. Le habían arrebatado a la mujer que amaba y estaba desesperado por salvarla, aunque eso significara destruir el mundo.

Fizban, el hechicero viejo y de mente confusa que se cubría con la túnica parda, se mantenía aparte, observando y esperando tranquila, pacientemente.

Raistlin recordó una pregunta que Tanis le había hecho en una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando soplaban los vientos fríos del otoño: «¿*Crees*

que hemos sido elegidos, Raistlin?... ¿Por qué? No somos el prototipo de héroes...»

Raistlin recordaba también su contestación: *«Pero ¿elegidos por quién? ¿Y con qué finalidad?»*

Miró a Fizban y obtuvo la respuesta que buscaba. Al menos, parte.

Tasslehoff Burrfoot se veía imparable, irresponsable, irritante. Si Berem era el Hombre Eterno, Tas era el Niño Eterno. Pero el niño se había hecho mayor. Como Mari. Realmente triste.

Mientras Raistlin los observaba, Tanis, enfadado, ordenó al resto del grupo que buscara a Berem. Volvieron sobre sus pasos, cansados, estudiando el camino para encontrar el punto en el que Berem lo había abandonado. Fue Flint quien descubrió las huellas de Berem en el barro y echó a correr, mientras los demás se quedaban atrás.

—¡Flint! ¡Espera! —gritó Tanis.

Raistlin levantó la cabeza, sobresaltado. El grito no provenía del orbe. ¡Venía del otro lado de la pared de piedra! Raistlin miró hacia donde se oía la voz de Tanis y vio un paso estrecho en la piedra. Habría jurado que antes allí no había nada.

No tenía tiempo para muchas elucubraciones y, por lo que se veía, ya no necesitaba el Orbe de los Dragones. Kitiara tenía razón. Sus amigos habían estado buscando La Morada de los Dioses y parecía que habían dado con ella.

Raistlin volvió a guardar el orbe en su bolsa. Recogió el bastón y recitó apresuradamente las palabras de un hechizo, con la esperanza de que la magia funcionase en un lugar sagrado como aquél.

—*Cermin shirak dari mayat, kulit mas ente bentuk.*

Raistlin había conjurado un hechizo para hacerse invisible. Miró hacia el arroyo y no vio su propio reflejo. Si él mismo no se veía, tampoco lo verían sus amigos. La magia había funcionado.

Fizban podría ser la única excepción. Raistlin no quería correr riesgos, así que se deslizó entre dos columnas de piedra y se escondió detrás, justo en el mismo momento en que un hombre aparecía gateando por la abertura en la roca.

Aquél era el hombre del rostro de anciano y los ojos jóvenes, el hombre que estaba a bordo del barco en Flotsam, el hombre que los había conducido a El Remolino. Cuando Berem se puso de pie, en su pecho relució una esmeralda, bañada por los primeros rayos del sol.

Berem, el Hombre Eterno. El Hombre de la Joya Verde. El hermano de Jasla. El hombre que liberaría a la reina Takhisis o la dejaría cautiva para siempre en el Abismo.

Berem miró alrededor, asustado. Su rostro tenía la expresión de un hombre acosado, como un zorro que huye de los perros. Cruzó corriendo la superficie de piedra del valle. Flint y los demás no debían de estar muy lejos pero, por el momento, Berem y Raistlin estaban solos en La Morada de los Dioses.

Unas sencillas palabras mágicas y Raistlin podría inmovilizar a Berem, hacerlo su prisionero. Podría utilizar el Orbe de los Dragones para que fueran ambos a Neraka. Podría presentar ante Takhisis una ofrenda de valor incalculable. La diosa se lo agradecería. Le concedería cualquier cosa que su corazón ansiara. Incluso podría negociar la liberación de Laurana. Pero jamás podría volver a dormir tranquilo...

Raistlin vio que Berem pasó corriendo a su lado. El Hombre Eterno había descubierto lo que parecía ser otro paso en una pared que había más lejos. Y allí llegaba Flint, persiguiéndolo. El enano tenía el rostro colorado por el esfuerzo y la excitación. Berem le sacaba una buena ventaja. No parecía demasiado probable que Flint ganara aquella carrera.

Raistlin oyó un grito detrás de él y, al darse la vuelta, descubrió a Tasslehoff, a gatas por el estrecho túnel. El kender salió al valle y empezó a expresar su asombro ante las columnas de piedra, el suelo de piedra y otras maravillas, mediante sonoras exclamaciones. Raistlin podía oír también las voces del resto de sus amigos al otro lado del túnel. Sin embargo, no distinguía lo que decían.

—¡Tanis, date prisa! —exclamó Tas.

—¿No hay otro camino? —La voz de Caramon sonaba desesperada a través del angosto paso.

Tasslehoff recorría el valle, intentando dar con Flint, pero entre el enano y el kender se alzaban las columnas, que les impedían verse. Tas volvió corriendo al túnel y se agachó para mirar hacia el interior.

Gritó algo por el hueco y otro grito le respondió. Por los sonidos que llegaban, todos habían intentado entrar gateando, y parecía que Caramon se había quedado atascado.

Flint estaba cada vez más cerca de Berem. Los primeros rayos de sol de la mañana proyectaban lentas sombras sobre las paredes de piedra, y Berem ya no encontraba el paso. Corría de un lado a otro, como un conejo que ha caído en la trampa y busca la salida frenéticamente. Por fin, encontró la abertura y se lanzó hacia ella.

Berem estaba a punto de desaparecer a gatas por el agujero. Raistlin reflexionaba sobre qué debería hacer, preguntándose si sería mejor detenerlo, cuando de repente Flint lanzó un chillido terrible. El enano se llevó las manos al pecho y, aullando de dolor, cayó de rodillas.

—Su corazón. Lo sabía —dijo Raistlin—. Lo había avisado.

El instinto le llevaba a ir a socorrer al enano, pero se detuvo. Ya no formaba parte de sus vidas. Ellos ya no formaban parte de la suya. Raistlin se quedó observando y esperando. De todos modos, no podía hacer nada.

Berem oyó el grito de Flint y se volvió, temeroso. Al ver que el viejo enano se desplomaba, el hombre vaciló. Miró la abertura en la pared, miró a Flint y echó a correr para ayudarlo. Berem se arrodilló junto al enano, que se había quedado pálido.

—¿Qué te pasa? ¿Qué puedo hacer? —preguntó Berem.

—No es nada. —Flint boqueaba en busca de aire. Se apretaba el pecho con las manos—. Tengo la digestión un poco pesada, eso es todo. Algo que he comido. Sólo... ayúdame a ponerme de pie. Me cuesta respirar. Si camino un poco...

Berem ayudó al enano a levantarse.

Desde el otro extremo del valle, Tasslehoff por fin los había visto. Pero, como no podía ser de otra manera, el kender interpretó mal toda la situación. Creyó que Berem estaba atacando a Flint.

—¡Allí está Berem! —gritó fuera de sí el kender—. ¡Y está haciéndole algo a Flint! ¡Corre, Tanis!

Flint dio un paso y se tambaleó. Se le pusieron los ojos en blanco. Le fallaron las piernas. Berem cogió al enano en brazos y lo tumbó delicadamente sobre las rocas. Se quedó inclinado sobre él, sin saber qué hacer.

Al oír las pisadas que corrían hacia él, Berem se incorporó. Parecía aliviado. Por fin llegaba ayuda.

—¿Qué has hecho? —aullaba Tanis enfurecido—. ¡Lo has matado!

Desenvainó la espada y hundió la hoja en el pecho de Berem.

El hombre se estremeció y dejó escapar un grito. Se tambaleó y, atravesado por la espada, cayó sobre Tanis. El peso de su cuerpo estuvo a punto de tirarlos a los dos al suelo.

Las manos de Tanis se cubrieron de sangre. El semielfo arrancó la espada de su víctima y se volvió, dispuesto a enfrentarse a Caramon, que intentaba apartarlo. Berem gemía en el suelo, mientras la sangre manaba de la herida mortal. Tika sollozaba.

Flint no había visto nada de lo sucedido. Estaba abandonando el mundo, su alma se disponía a emprender la próxima etapa del viaje. Tasslehoff cogió al enano de la mano e intentó que se incorporara.

—Déjame, cabeza de chorlito —protestó Flint con un hilo de voz—. ¿No ves que estoy muriéndome?

Tasslehoff gimió, sobrepasado por el dolor, y cayó de rodillas.

—¡No estás muriéndote, Flint! No digas eso.

—¡Sabré yo si estoy muriéndome o no! —repuso Flint iracundo, mirándolo ceñudo.

—Otras veces ya pensaste que te morías y sólo estabas mareado por las olas —dijo Tas, y sorbió por la nariz—. Quizá ahora estés..., estés... —Miró alrededor del valle de piedra—. Quizá ahora estés mareado por las rocas.

—¡Por las rocas! —bufó Flint. Pero al ver el dolor del kender, la expresión del enano se suavizó—. Vamos, vamos, amigo. No pierdas el tiempo lloriqueando como un enano gully. Corre a buscar a Tanis.

Tasslehoff resopló y fue a hacer lo que le decían.

A Berem le temblaban los párpados. Gimió de nuevo y se sentó. Se llevó la mano al pecho. La esmeralda, cubierta de sangre, lanzaba destellos bajo el sol.

Siempre hay esperanza. No importan los errores que cometamos, no importan nuestras faltas ni los malentendidos, no importan el dolor, la pena y las pérdidas, no importa lo impenetrable que sea la oscuridad, pues siempre hay esperanza.

Raistlin abandonó su escondite detrás de las columnas y se acercó, invisible, a Flint, que yacía en el suelo con los ojos cerrados. Por un momento, el enano estaba solo. Un poco más allá, Caramon intentaba que Tanis recuperara la razón. Tasslehoff tiraba de la manga de Fizban, intentando hacerse entender. Fizban lo entendía todo perfectamente.

Raistlin se arrodilló junto al enano. El rostro de Flint estaba muy pálido, deformado por el dolor. Apretaba los puños. El sudor le cubría la frente.

—Nunca te gusté —dijo Raistlin—. Nunca confiaste en mí. Y sin embargo, fuiste bueno conmigo, Flint. No puedo devolverte la vida. Pero puedo aliviar tu agonía y darte tiempo para que te despidas.

Raistlin metió la mano en una bolsa y sacó un frasco pequeño con zumo de semillas de adormidera. Vertió unas gotas en la boca del enano. La mueca de dolor desapareció. Flint abrió los ojos.

Cuando sus amigos se reunieron alrededor de Flint para despedirse, Raistlin se quedó acompañándolos, aunque ninguno llegó a saberlo jamás. Se dijo a sí mismo más de una vez que debería marcharse, que tenía muchas cosas que hacer, que sus ambiciosos planes de futuro pendían de un hilo. Pero permaneció junto a sus amigos y su hermano.

Raistlin se quedó hasta que Flint suspiró, cerró los ojos y el último aliento abandonó el cuerpo del enano. Raistlin pronunció un hechizo. El corredor se abrió ante él.

Se adentró en el pasadizo y no volvió la vista atrás.

El Cuchillo de Kitiara
La Espada de Par-Salian

DÍA VIGESIMOQUINTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Kitiara llegó a Neraka a primera hora de la mañana del día veinticinco, temiendo llegar demasiado tarde para el consejo, pero su sorpresa fue descubrir que el mismísimo Ariakas todavía no había aparecido. Los preparativos de la reunión eran cada vez más confusos, pues ninguno de los Señores de los Dragones ni sus ejércitos podían entrar en la ciudad antes que el emperador. Ariakas no confiaba en sus compañeros, los Señores de los Dragones. Si se les permitía la entrada a Neraka, tal vez cerraran las puertas de la ciudad, apostarán en las murallas a sus soldados e intentarían dejarlo fuera.

Kitiara había planeado alojarse en los lujosos aposentos que estaban esperándola en el templo. En vez de eso, no le quedó más remedio que acampar al otro lado de las murallas e instalarse en una tienda tan baja y estrecha que ni siquiera podía dar vueltas por ella, como tenía la costumbre de hacer cuando necesitaba pensar sobre algo.

Kitiara estaba de un humor de perros. Todavía le dolía la cabeza por el golpe que se había dado contra el suelo de piedra de la cámara. Se alegraba de tener una excusa para salir del Alcázar de Dargaard. A pesar de lo mal

que se sentía, había llamado a Skie y había volado a lomos del dragón para reunirse con su ejército. La idea de enfrentarse a Ariakas para conseguir la Corona del Poder mitigaba un poco su terrible dolor de cabeza. Pero cuando había llegado, había descubierto que nadie sabía dónde estaba Ariakas o cuándo se dignaría a honrarlos con su presencia. Así que a Kitiara sólo le quedaba enfadarse y quejarse a su asistente militar, un draconiano bozak llamado Gakhan.

—Ariakas está haciéndolo a propósito para ponernos nerviosos —murmuró Kitiara. Estaba encorvada sobre una mesita auxiliar, masajeándose las sienes—. Está intentando intimidarnos, Gakhan, y eso no voy a permitirlo.

Gakhan emitió un ruido, una mezcla de bufido y gruñido. El bozak sonrió y su lengua asomó entre los labios.

Kitiara levantó la cabeza y lo miró con interés.

—Tú has oído algo. ¿Qué pasa?

Gakhan acompañaba a Kitiara desde antes del estallido de la guerra. Aunque oficialmente era su asistente, su título extraoficial era el de «Cuchillo de Kitiara». El draconiano era leal a Kitiara y a su reina, en ese orden. Algunos decían que estaba enamorado de la Dama Azul, pero siempre tenían mucho cuidado de decirlo a sus espaldas, jamás cara a cara. El bozak era listo, reservado, ingenioso y extremadamente peligroso. Se había ganado su apodo.

Gakhan lanzó una mirada hacia la puerta de la tienda, después la cerró y la ató con cuidado. Se inclinó sobre Kitiara.

—Mi señor Ariakas llega tarde porque está herido. Estuvo a punto de morir —anunció en voz baja.

Kitiara se quedó mirando fijamente al bozak.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No alcéis la voz, mi señora —la previno el draconiano con gran seriedad—. Si se filtraran noticias como ésta, los enemigos del emperador podrían envalentonarse.

—Sí, es cierto, tienes razón —concedió Kitiara con la misma gravedad—. ¿Confías en la fuente de esta... esta información tan inquietante?

—Completamente —contestó Gakhan.

Kitiara sonrió.

—Necesito más detalles. Últimamente Ariakas no ha estado en el campo de batalla, así que imagino que alguien habrá intentado matarlo.

—Y estuvo a punto de conseguirlo.

—¿Quién fue?

Gakhan se quedó callado un momento para aumentar el suspense, después esbozó una sonrisa.

—¡Su bruja!

—¿Iolanthe? —preguntó Kitiara alzando la voz, tan sorprendida que olvidó que debía mostrarse circunspecta.

Gakhan la reconvino con la mirada y Kit volvió a bajar la voz.

—¿Cuándo fue?

—La Noche del Ojo, mi señora.

—Pero eso es imposible. Iolanthe murió esa noche. —Kitiara hizo un gesto hacia varios despachos—. Tengo los informes...

—Inventados, mi señora... Parece que Talent Orren...

Kitiara lo miró furiosa.

—¿Orren? ¿Qué tiene que ver con todo esto? Quiero saber lo que ha pasado con Iolanthe.

Gakhan inclinó la cabeza.

—Si tenéis paciencia, mi señora. Parece que Orren descubrió la conspiración para matarlo a él y a sus compañeros de La Luz Oculta. Propagó el rumor entre las tropas de que la Iglesia quería «limpiar» la ciudad de Neraka. Se habían dado órdenes de incendiar El Broquel Partido y El Trol Peludo. Evidentemente, los soldados no estaban muy contentos. Cuando llegaron los escuadrones de la muerte para llevar a cabo sus órdenes, encontraron soldados armados defendiendo las tabernas. Orren y sus amigos escaparon.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Iolanthe? —preguntó Kit con impaciencia.

—Es miembro de La Luz Oculta.

Kitiara se quedó estupefacta.

—Eso es imposible. ¡Me salvó la vida!

—Creo que en ese momento le rondaba la idea de servirlos, mi señora. Sin embargo, se sintió decepcionada cuando quisisteis eliminar la magia. Había estado haciendo trabajos ocasionales para Orren. Se convirtieron en amantes y ella se unió al grupo.

—¿Y cómo encaja Ariakas en toda esta historia? —quiso saber Kit, confusa.

—El emperador quería el Orbe de los Dragones que está en poder de vuestro hermano. Ariakas salvó a Iolanthe de los escuadrones de la muerte, pero no por amor. Le dijo que si tenía aprecio a su vida, tendría que matar a Raistlin. Ariakas fue con ella para asegurarse de que cumplía su orden y conseguir así el Orbe de los Dragones.

—Pero Iolanthe, en vez de atacar a Raistlin, se volvió contra Ariakas —dijo Kitiara.

—Me han dicho que si no llega a ser por la intervención del Señor de la Noche, por petición de Su Oscura Majestad, el emperador habría muerto congelado.

Kitiara echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Gakhan se permitió una sonrisa y un movimiento de cola, pero eso fue todo.

—¿Ariakas ya se ha descongelado? —preguntó Kitiara sin dejar de reírse.

—El emperador ha recuperado la salud, mi señora. Mañana llegará a Neraka.

—¿Qué pasó con Iolanthe?

—Huyó, mi señora. Se fue de Neraka con Orren y el resto de los miembros de La Luz Oculta.

—Es una vergüenza que la haya subestimado así. —Kitiara sacudió la cabeza—. Podría haberla utilizado. ¿Qué hay de Raistlin?

—Ha desaparecido, mi señora. Se supone que también abandonó Neraka, aunque nadie sabe adonde ha ido. Tampoco es que importe —añadió Gakhan, encogiéndose de hombros—. Está condenado. El emperador quiere verle muerto. La reina Takhisis quiere verle muerto. El

Señor de la Noche quiere verle muerto. Si Raistlin Majere sigue en Neraka es que es un tonto de campeonato.

—Y mi hermano puede ser cualquier cosa, pero nunca ha sido tonto. Gracias por la información, Gakhan. Tengo que pensar sobre todo esto —dijo Kitiara.

El bozak hizo una reverencia y se retiró. Uno de los ayudantes entró para encender el farol, pues ya había caído la noche, y le preguntó si deseaba cenar. Kit ordenó que se marchara.

—Pon un guardia fuera. No quiero que nadie me moleste esta noche.

Kitiara se quedó sentada contemplando la llama temblorosa de la vela, viendo el rostro embrutecido de Ariakas. El emperador creía que ella estaba conspirando contra él.

Bien, eso era cierto.

Y no podía echarse la culpa más que a sí mismo. Siempre había fomentado la rivalidad entre sus Señores de los Dragones. La certidumbre de que cada Señor del Dragón estaba permanentemente amenazado por los demás, que podían arrebatarse su puesto, los mantenía alerta. La parte negativa era que cualquiera de ellos podía decidir dar una puñalada por la espalda a otro de los Señores de los Dragones, y esa espalda también podía ser la de Ariakas.

Ariakas desconfiaba de todos los Señores de los Dragones, pero recelaba de ella especialmente. Kitiara era muy popular entre sus tropas, mucho más que Ariakas entre las suyas. Ella se preocupaba de que sus soldados recibieran su paga. Y más importante aún era que Kitiara gozaba del favor de la Reina Oscura, que últimamente no miraba a Ariakas con muy buenos ojos. Había cometido demasiados errores.

Debería haber ganado la guerra con un par de golpes certeros y brutales, haber acabado con todo antes de que los Dragones del Bien se unieran al bando de la luz. Debería haber tomado la Torre del Sumo Sacerdote antes de que los caballeros recibieran refuerzos. Debería haber confiado en los dragones, que podía atacar desde el aire, lo que les daba una gran ventaja, y apoyarse menos en las tropas de tierra. Y no debería haber permitido que Kitiara se aliara con el poderoso lord Soth.

No cabía duda de que Takhisis se arrepentía de haber elegido a Ariakas para liderar sus ejércitos de los Dragones. Kitiara creía sentir la mano de Su Oscura Majestad sobre su hombro, empujándola hacia el trono, apremiándola para que se apoderara de la Corona del Poder.

Qué raro... Kitiara realmente sintió una mano sobre el hombro.

—¿En nombre de...?

Kitiara se levantó de un salto y desenvainó la espada al mismo tiempo. Estaba a punto de atacar cuando descubrió de quién se trataba.

»¡Tú!

—El tonto de campeonato —dijo Raistlin.

Kitiara sostenía la espada en alto y lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido?

—No porque vaya a matarte, hermana, si eso es lo que temes. Tú ibas a matarme, eso es verdad, pero quisiera que nuestros problemas se limitasen a una pelea entre hermanos.

Kitiara sonrió, aunque no dejó de apuntarlo con la espada.

—Tendré el arma a mano, por si acaso la pelea entre hermanos sube de tono. Así que dime, ¿por qué estás aquí, hermanito? Te has ganado a los peores enemigos. El emperador quiere verte muerto. ¡Incluso una diosa quiere verte muerto! —Kit meneó la cabeza—. Si esperas que yo te proteja, no puedo hacer nada por ti.

—No espero absolutamente nada de ti, hermana. He venido para ofrecerte algo.

Raistlin estaba con las manos escondidas en las mangas de la túnica y la capucha echada hacia atrás. La llama del farol se reflejaba en sus inquietantes pupilas con forma de reloj de arena.

»Quieres la Corona del Poder —le dijo a su hermana—. Yo puedo ayudarte a conseguirla.

—Te equivocas —repuso Kitiara con gran seriedad—. Ariakas es mi emperador. Soy su seguidora más leal.

—Y yo soy el rey de los elfos —contestó Raistlin, resoplando.

Kitiara torció la boca.

—En serio, estoy preocupada por la salud del emperador.

Con el dedo índice, recorrió la ranura de la espada por la que se canalizaba la sangre.

—Ariakas está agotado de ocuparse de los asuntos del gobierno. Debería tomarse un descanso..., un descanso bien largo. Así que ¿cuál es tu idea? ¿Cómo puedes ayudarme?

—Tengo más de una flecha en el carcaj —repuso Raistlin fríamente—. La que decida utilizar dependerá de las circunstancias en que tenga que utilizarla.

—Dices las mismas tonterías que el rey de los elfos —dijo Kitiara, molesta—. No me lo dices porque no confías en mí.

—Menos mal que no lo hago, hermana, porque, si no, a estas alturas ya estaría muerto —respondió Raistlin con aspereza.

Kitiara lo miró un momento, después envainó la espada y volvió a sentarse.

—Digamos que acepto tu oferta. Me ayudas a deshacerme del emperador. ¿Qué esperas recibir a cambio?

—La Torre de la Alta Hechicería de Palanthas.

Kitiara se quedó perpleja.

—¿Esa monstruosidad? ¡Está maldita! ¿Por qué ibas a querer eso?

Raistlin sonrió.

—Que eso lo diga la mujer que vive en el Alcázar de Dargaard.

—No por mucho tiempo. Puedes quedarte con la maldita torre. No creo que haya nadie más que la quiera. —Apoyó los codos sobre la mesa y se quedó mirándolo, expectante—. ¿Cuál es tu plan?

—Tienes que meterme en el templo mañana, cuando se reúna el consejo.

Kitiara lo miró fijamente.

—¡Sí que eres un tonto de campeonato! Sería como si tú solito te metieras en el calabozo y echaras la llave. Todos tus enemigos van a estar allí, ¡incluida la reina Takhisis! Si ella o alguno de ellos te descubre, no vivirás ni siquiera el tiempo suficiente para exhalar tu último suspiro.

—Tengo la habilidad de esconderme de mis enemigos mortales. En cuanto a los inmortales, tienes que convencer a Takhisis de que soy más útil vivo que muerto.

Su hermana resopló.

—Estropeaste su plan para destruir a los dioses. Traicionaste su confianza en más de una ocasión. ¿Qué podría decirle yo a Takhisis para que te mantenga con vida?

—Sé dónde está Berem, el Hombre Eterno.

Kitiara contuvo el aliento. Lo miró con incredulidad. Se puso de pie de un salto y lo cogió por los brazos. Era hueso y pellejo, ni rastro de músculos, y se acordó de cuando era el niño enfermizo y débil que ella ayudó a criar. Y, como si fuera ese niño pequeño, lo sacudió con impaciencia.

—¿Sabes dónde está Berem? ¡Dímelo!

—¿Aceptas mi trato? —insistió Raistlin.

—¡Sí, sí, acepto tu trato, maldito seas! Encontraré la forma de meterte en el templo y hablaré con la reina. Pero ahora tienes que decírmelo: ¿dónde está ese Hombre Eterno?

—Nuestra madre sólo dio a luz a un hijo tonto, hermanita, y ése fue Caramon. Si te lo digo ahora, ¿qué iba a impedir que me matases? Para encontrar a Berem tienes que mantenerme con vida.

Kitiara le dio un empujón que por poco lo tira.

—¡Estás mintiendo! ¡No tienes ni idea de dónde está Berem! No hay trato.

Raistlin se encogió de hombros y se dio media vuelta para irse.

—¡Espera! ¡Quieto! —Kitiara se mordió el labio y lo miró fijamente.

—¿Por qué iba yo a unirme a ti? —preguntó por fin.

—Porque quieres la Corona del Poder. Y Ariakas es quien la lleva. He leído sobre esa corona y sé cómo funciona su magia. Aquel que la lleva es invencible ante...

—¡Todo eso ya lo sé! —Kitiara lo interrumpió, perdiendo la paciencia —. No necesito que un libro me lo cuente.

—Lo que iba a decir es que la corona es «invencible ante los ataques físicos y la mayoría de las agresiones mágicas comunes» —terminó Raistlin fríamente.

Kitiara frunció el entrecejo.

—No lo entiendo.

—Yo nunca he sido «común» —dijo Raistlin.

Los ojos de Kitiara centellearon bajo sus largas pestañas negras.

—Acepto tu trato, hermanito. Mañana será un día que siempre se recordará en la historia de Krynn.

31

El Espiritual El Templo de la reina Oscura.

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Amaneció el sol, parecía tener los ojos rojos y llorosos, la expresión huraña después de una noche caótica regada de alcohol. Las alcantarillas de las calles de Neraka eran arroyos de color carmesí que corrían hacia el comienzo de aquel día único y, sin embargo, el enemigo ni siquiera estaba a la vista. Las fuerzas de los Señores de los Dragones combatían entre ellas.

Como el emperador había llegado tarde, las tropas de los demás Señores de los Dragones tenían prohibida la entrada a la ciudad de Neraka, lo que significaba que les quedaba prohibido disfrutar de la cerveza, del aguardiente enano y de otros placeres que ofrecía la ciudad. Los soldados, que en muchos casos habían tenido que avanzar a marchas forzadas para llegar a Neraka a tiempo, habían soportado la marcha, los latigazos, el agua putrefacta y la mala comida porque les habían prometido unas buenas vacaciones en Neraka. Cuando les dijeron que no podían entrar en la ciudad y que tenían que seguir comiendo aquella bazofia y bebiendo únicamente agua, se amotinaron.

Dos Señores de los Dragones, Lucien de Takar, el líder semiogro del Ejército de los Dragones Negro, y Salah-Kahn, líder del Verde, llevaban un

mes enzarzados en su propia guerra. Los dos pretendían extender sus dominios con el territorio de su contrincante. Los humanos de Khur, bajo las órdenes de Salah-Kahn, siempre habían odiado a los ogros; éstos, por su parte, siempre habían odiado a los humanos. Las dos razas se habían aliado en la guerra sin mucho entusiasmo, pero cuando la guerra empezó a ir mal, cada Señor del Dragón se preocupó por sí mismo. Cuando estallaron las refriegas entre las tropas, los líderes se echaron la culpa entre sí pero ninguno hizo nada por poner paz.

El Ejército de los Dragones Blanco era el que estaba en peores condiciones, pues carecía de líder. El hobgoblin Toede, que era quien estaba al mando, no había aparecido y se rumoreaba que había muerto. Los oficiales draconianos y humanos empezaron a pelearse por el cargo y se esmeraban para caer en gracia al emperador, pero nadie se ocupaba de mantener la disciplina y el orden entre las filas.

Sólo uno de los Señores de los Dragones conseguía mantener a sus fuerzas bajo control, y se trataba de Kitiara, la Dama Azul. Sus oficiales y sus tropas le eran leales y mostraban gran disciplina. Se sentían orgullosos de su líder y de sí mismos, y aunque había alguna queja porque estaban perdiéndose la diversión, los soldados permanecían en su campamento.

Los soldados del Ejército de los Dragones Rojos ya estaban en la ciudad y habían recibido órdenes de mantener a los demás fuera hasta que llegara el emperador. Resultó una tarea complicada, porque los draconianos podían traspasar la muralla volando tranquilamente por encima y se amontonaban en El Broquel Partido y El Trol Peludo (ambas tabernas regentadas por nuevos dueños).

Cuando la guardia nerakiana, escoltada por los soldados del Ejército de los Dragones Rojo, intentó expulsar a los draconianos durante la noche, estallaron las peleas. El Señor de la Noche, al ver que la guardia estaba en desventaja al enfrentarse a aquella multitud amotinada, y temeroso de que los disturbios llegasen hasta el templo, envió en su ayuda a los guardias de ese recinto sagrado. Eso dejó el templo sin hombres de armas en un momento crítico, justo cuando el Señor de la Noche estaba preparando el consejo de guerra.

El Señor de la Noche estaba furioso y echaba toda la culpa a Ariakas, quien, según decían los rumores, había sido tan idiota como para casi dejarse liquidar por su propia furcia. El Señor de la Guerra ordenó a todos los peregrinos oscuros de la ciudad y de los alrededores que acudieran al templo para que colaboraran en la seguridad.

* * *

Raistlin se levantó antes del amanecer. Había pasado la noche en los túneles bajo la tienda de Lute. Esa mañana se quitó su túnica teñida de negro. Acarició el tejido con la mano. El tintorero no lo había engañado; el negro no se había descolorido ni se había tornado verdoso. La túnica le había hecho un buen servicio. La dobló y la dejó cuidadosamente en una silla.

Ató las bolsas de los ingredientes de hechizos y el Orbe de los Dragones en una tira de piel y se la colgó al cuello. Se colocó la daga de plata en la muñeca y se aseguró de que ésta le caería en la mano con un simple giro de muñeca. Por último, se vistió con la túnica de terciopelo negro de un Espiritual y se colgó el medallón de oro propio de un clérigo de alto rango de los dioses de la oscuridad. Kitiara era quien le había proporcionado el disfraz. Le contó que se había encontrado con el Espiritual cuando escapaba de la prisión de Ariakas.

La tela se deslizó por el cuello y los hombros de Raistlin. Colocó los amplios pliegues de forma que las bolsas quedaran debajo, ocultas a la vista. Los clérigos recibían su magia sagrada a través de sus oraciones a los dioses, no mediante pétalos de rosa y guano de murciélago.

Cuando estuvo listo, colocó el Orbe de los Dragones sobre la mesa y apoyó las manos sobre él.

—Muéstrame a mi hermano —ordenó.

Los colores del orbe empezaron a brillar y a girar en su interior. Aparecieron unas manos, pero no eran aquellas a las que ya estaba

acostumbrado. Eran unas manos huesudas, con los dedos largos, descarnados, y las uñas horrendas de los cadáveres...

Raistlin ahogó un grito y rompió abruptamente el hechizo. Apartó las manos. Le llegó el eco de las carcajadas y aquella voz odiada.

—Si tu armadura está hecha de despojos, yo encontraré una grieta en ella.

—Los dos queremos lo mismo —dijo Raistlin a Fistandantilus—. Yo tengo los medios para conseguirlo. Si interfieres, los dos perderemos.

Raistlin esperó la respuesta en tensión. Al ver que no llegaba, vaciló. Después, como no aparecía ninguna mano, cogió el orbe y lo metió en la bolsa. No volvió a utilizar el orbe, sino que recorrió los pasadizos que lo llevaron al otro lado de la muralla, a Neraka.

* * *

Cuando llegó Raistlin, delante del templo ya estaba reunida una multitud de clérigos oscuros. La cola bajaba toda la calle y daba la vuelta al edificio.

Raistlin estaba a punto de ponerse el último, cuando se le ocurrió que un Espiritual, como se suponía que era él, no esperaría en la cola como los peregrinos más humildes. Eso podría resultar un poco sospechoso. Golpeó en la espinilla a las personas que tenía delante con el Bastón de Mago y les ordenó que se apartasen.

Varios se volvieron hacia él, enfadados, pero tuvieron que cerrar la boca y tragarse el enfado al ver los destellos dorados del medallón. Con expresión huraña, los peregrinos oscuros se apartaron para dejar paso a Raistlin, que llegó al principio de la cola a base de empellones.

Raistlin se tapaba el rostro con la capucha. Llevaba guantes negros de cuero para ocultar su piel dorada y también la daga. Caminaba cojeando, para poder explicar la presencia del bastón. Y a pesar de que el Bastón de

Mago se ganó algunas miradas curiosas, tenía el aspecto anodino que las circunstancias requerían.

Al llegar a la entrada del templo, Raistlin presentó su salvoconducto, que también le había conseguido su hermana, y aguardó con impaciencia mal disimulada mientras el guardia draconiano lo estudiaba. Por fin, el draconiano le hizo un gesto con la garra.

—Tienes permiso para entrar, Espiritual.

Raistlin se disponía a cruzar la puerta de doble hoja ricamente decorada, en la que se veían representaciones de Takhisis en forma del dragón de las cinco cabezas, cuando lo detuvo otro guardia, esta vez humano.

—Quiero verte la cara. Quítate la capucha.

—Tengo un motivo para cubrirme con la capucha —contestó Raistlin.

—Y tendrás un motivo para quitártela —contestó el guardia, y alargó la mano hacia él.

—Está bien —aceptó Raistlin—. Pero estás advertido. Soy seguidor de Morgion.

Echó la capucha hacia atrás.

El guardia puso una mueca de miedo y asco. Se frotó la mano en el uniforme para eliminar cualquier posibilidad de contagio. Varios clérigos que esperaban su turno detrás de Raistlin se empujaron para alejarse lo máximo posible de él. De todos los dioses oscuros, Morgion, el dios de la enfermedad y la putrefacción, era el más abominado.

—¿Querías ver también mis manos? —preguntó Raistlin, y empezó a quitarse los guantes negros.

El guardia murmuró algo inteligible y señaló la puerta con el pulgar. Raistlin volvió a echarse la capucha sobre la cabeza y nadie más lo detuvo. Mientras entraba en el templo, oyó comentarios sorprendidos a sus espaldas.

—Tiras de carne desprendiéndose...

—...¡Tiene los labios comidos! Se veían los tendones y el hueso...

—...un cadáver viviente...

Raistlin se sentía orgulloso. Su hechizo había funcionado. Pensó en mantener la ilusión óptica, pero acabaría agotado si tenía que alimentar el

hechizo durante todo el día. Sencillamente no se quitaría la capucha.

Raistlin se unió a un numeroso grupo de clérigos que se agolpaba alrededor de la entrada. Preguntó a uno de ellos cómo podía encontrar la sala del consejo.

—Vengo del este. Ésta es la primera vez que visito el templo de Su Oscura Majestad —dijo como por explicación Raistlin—. No conozco el camino.

La peregrina oscura se sintió halagada por haber sido escogida por un clérigo de rango tan alto y se ofreció a acompañar personalmente al Espiritual. Mientras lo guiaba por los enrevesados pasillos que llevaban al salón del consejo, le fue contando los pasos planeados para el consejo de guerra, o el Gran Consejo, como Ariakas lo llamaba.

—La reunión de los Señores de los Dragones comenzará con la puesta del sol. Una hora más tarde —la voz de la peregrina se ahuecó por la admiración—, nuestra Reina Oscura, Takhisis, se unirá a los Señores de los Dragones para anunciar la victoria en la guerra.

«Un poquito prematuro», pensó Raistlin.

—¿Qué sucede durante el Gran Consejo? —preguntó a la peregrina.

—Primero ocuparán su lugar las tropas del emperador, a los pies de su trono. Después entrarán las tropas de los Señores de los Dragones y, por último, los Señores de los Dragones en persona. El último en aparecer será el emperador. Cuando todos estén reunidos, los Señores de los Dragones jurarán lealtad al emperador y a Su Oscura Majestad. Los Señores de los Dragones presentarán al emperador sus ofrendas para la diosa, como prueba de su devoción.

»Hemos oído —añadió la peregrina oscura en un tono confidencial— que una de las ofrendas será la elfa conocida como Áureo General. La sacrificarán en honor a Takhisis durante los rituales de la Vigilia Oscura. Espero que podáis asistir, Espiritual. Nos honraría mucho vuestra presencia.

Raistlin repuso que estaría encantado.

»Esta es la sala del consejo —anunció la peregrina, llevándolo hasta la puerta principal—. No se nos permite entrar, pero podéis echar un vistazo desde fuera. ¡Es impresionante!

Como todas las salas del templo, el salón circular del consejo existía entre el plano etéreo y el mundo real, y estaba diseñado para inquietar a aquel que lo mirara. Todo era como parecía ser y nada era lo que parecía. El suelo de granito negro se movía bajo los pies. Las paredes eran del mismo granito negro y daban la sensación de que se elevaban como una ola, a punto de tragarse el mundo.

Raistlin levantó la vista hacia el cielo abovedado y se quedó atónito al ver varios dragones sobre los aleros. Estaba mirando a los dragones y preguntándose cómo influirían en sus planes, cuando de repente tuvo la impresión de que el cielo se desplomaba sobre él. Sin querer, se encogió y oyó que la peregrina oscura dejaba escapar una risita seca. Raistlin clavó la mirada en el techo hasta que dejó de sentir el vacío en la boca del estómago que uno suele sentir cuando cae desde cierta altura.

—En esas cuatro plataformas están los tronos sagrados de los Señores de los Dragones —explicó su guía, señalando las tribunas—. La blanca es para lord Toede, la verde para Salah-Kahn, la negra para Lucien de Takar y la azul para la Dama Azul, Kitiara uth Matar.

—Las plataformas son bastante ridículas —comentó Raistlin.

La guía se puso tiesa, ofendida.

—Resultan imponentes.

—Ruego que me perdone —dijo Raistlin—. Lo que quería decir es que las plataformas no son lo suficientemente grandes para albergar a los Señores de los Dragones y a todos sus guardias. ¿No tenéis miedo de los asesinos?

—Ah, ya entiendo lo que queréis decir —repuso la guía con sequedad—. Sólo se permite acceder a las plataformas a los Señores de los Dragones. Los guardias se quedan en la escalera que lleva a la tribuna y rodean la plataforma. Es imposible que llegue hasta allí ningún asesino.

—Supongo que el trono grande y decorado con todas esas piedras preciosas en la parte de delante del salón es el del emperador, ¿verdad?

—Sí, ahí es donde se sentará Su Majestad Imperial. ¿Y veis el balcón oscuro sobre el trono?

A Raistlin le resultaba difícil mirar a ningún otro sitio. Sus ojos siempre acababan atraídos hacia esa zona en sombra, y ya sabía a qué estaba dedicado el balcón antes de que su guía se lo dijera.

—Ése es el lugar por el que nuestra reina hará su entrada triunfal en el mundo. Sois afortunado, Espiritual. Estaréis allí con ella.

—¿Estaré allí? —preguntó Raistlin, sorprendido.

—El emperador tiene su trono por debajo. Nuestro Señor de la Noche se quedará cerca de Su Oscura Majestad y los dignatarios como vos, Espiritual, estaréis de pie a su lado.

La peregrina suspiró con envidia.

»Sois muy afortunados de estar tan cerca de Su oscura Majestad.

—Ciertamente —contestó Raistlin.

Había planeado con su hermana que se uniría a ella en su plataforma. Desde allí podría utilizar su magia. Aquel plan no carecía de riesgos. Quedaría a la vista de todos los asistentes al consejo, incluido Ariakas. Y aunque Raistlin iba vestido como un clérigo, en cuando empezara a conjurar su hechizo, todos sabrían que era un hechicero. Cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que le iría mucho mejor la plataforma del Señor de la Noche.

«Estaré situado sobre Ariakas —pensó—. El emperador estará de espaldas a mí. Es verdad que tendré cerca a Takhisis, pero no me estará prestando ninguna atención. Todo su ser estará concentrado en sus Señores de los Dragones.»

—Deberíamos irnos —dijo la guía—. Es casi la hora de los rituales del mediodía. Podéis acompañarme.

—No querría ser una carga —contestó Raistlin, que llevaba rato preguntándose cómo podría librarse de la mujer, para poder ir a explorar por su cuenta—. Ya encontraré yo solo el camino.

—La asistencia es obligatoria —repuso la guía fríamente.

Raistlin maldijo para sí, pero no había nada que pudiera hacer. Su guía lo alejó del salón a través del laberinto del templo. Pronto se confundieron con una muchedumbre de clérigos oscuros y soldados que querían entrar en el salón del consejo. Los centenares de cuerpos desprendían un calor

asfixiante. Raistlin sudaba debajo de la túnica de terciopelo. Sentía las palmas de las manos húmedas por debajo de los guantes negros y lo acosaba un picor insoportable. Era una sensación muy molesta, estaba deseando quitarse los guantes, pero no se atrevió. Su piel dorada habría provocado un sinfín de comentarios y tenía miedo de que lo reconocieran por la vez que había estado prisionero.

Cuando parecía que la muchedumbre empezaba a dispersarse, un draconiano baaz enorme salió de la nada dando empujones.

—¡Dejad paso! —gritaba el draconiano—. Prisioneros peligrosos. ¡Dejad paso! ¡Dejad paso!

La multitud se apartó como se le ordenaba. Aparecieron los prisioneros. Uno de ellos era Tika, que avanzaba justo detrás del guardia. Los rizos rojos le caían sin vida y enredados sobre la espalda, y tenía los brazos cubiertos de cortes largos. En cuanto se quedaba un poco retrasada, un draconiano baaz le daba un empujón por la espalda.

Caramon era el siguiente, con Tasslehoff echado a la espalda. Caramon iba protestando a voces que no tenían ningún motivo para arrestarlo, era oficial de un ejército de los Dragones y estaban cometiendo un grave error. ¿Qué más daba si no tenía los papeles necesarios? Exigía hablar de inmediato con la persona al cargo.

Tas tenía la cara cubierta de sangre y magullada, y debía de estar inconsciente, pues estaba callado. Y Tasslehoff Burrfoot jamás estaría callado en una situación tan interesante.

«¿Dónde está Tanis?», se preguntó Raistlin. Caramon, siempre tan inseguro, jamás abandonaría a su líder. Quizá Tanis hubiera muerto. El hecho de que Tasslehoff estuviera herido daba a entender que había habido un combate. Los kendens nunca sabían cuándo tenían que mantener la boca cerrada.

En el grupo había otra persona, un hombre alto de barba larga y blanca. Al principio Raistlin no lo reconoció, hasta que Tika dio un traspié. El draconiano baaz la empujó y tropezó con el hombre alto. La barba falsa se desprendió y Raistlin supo quién era: Berem.

Tika tocó la cara de Berem, como si estuviera preocupada por él, pero lo que en realidad quería era arreglar el desaguizado y rápidamente volver a pegar la barba.

El grupo pasó tan cerca de Raistlin que le habría bastado con extender una mano para tocar a Caramon en el brazo, ese brazo fuerte en el que tantas veces se había apoyado, que tantas veces lo había sostenido, le había dado abrigo y lo había defendido. Raistlin se concentró en el hombre de la barba falsa.

Raistlin había prometido entregar a Takhisis a Berem, el Hombre Eterno, y allí estaba el Hombre Eterno, a un paso de él.

Raistlin soltó el aire lentamente. La idea estalló en su cabeza como una estrella fugaz, cegándolo. Su corazón latía con fuerza, las manos le temblaban. Sólo había pensado ver a su hermana, Kitiara, con la corona sobre la cabeza. Hasta allí había llegado su ambición, su deseo. Jamás había soñado con tener la capacidad de derrotar a la reina Takhisis. Rápidamente borró esa idea, consciente de la voz que resonaba en su mente. Fistantilus estaba allí, observando, esperando, tomándose su tiempo.

Dos soles no pueden girar en la misma órbita.

Raistlin se tapó bien el rostro con la capucha y se apartó. Se quedó junto a una pared. Los clérigos y los soldados pasaban a su lado, empujándose, y lo ocultaban. Los draconianos siguieron caminando, abriéndose paso a golpes entre la multitud, hasta que Raistlin los perdió de vista.

—¿Adónde llevan a los prisioneros? —preguntó a su guía.

—A los calabozos que hay debajo del templo —contestó ella. Hizo una mueca de desaprobación—. No sé por qué los idiotas de los guardias han traído a esa escoria al piso principal. Los dracos tendrían que haber entrado por la puerta que les corresponde. Pero ¿qué puede esperarse de esos lagartos? Siempre he dicho que fue un error crearlos.

«Verdaderamente», pensó Raistlin. Pero no por la razón que su guía imaginaba. Los draconianos de la Reina Oscura, llevados al mundo para ayudarla a conquistarlo, estaban llevando al único hombre del mundo que podía hacer que la diosa lo perdiera. Y lo llevaban al único lugar del mundo en el que el hombre necesitaba estar: La Piedra Angular.

*Una especie de reunión
La trampa del hechizo*

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Los servicios del mediodía se celebraban en varios lugares del templo. La guía de Raistlin lo condujo por una escalera de veintiséis peldaños hasta un lugar que se conocía sencillamente como el Santuario.

—Un espacio de adoración y meditación —según su guía—, donde ninguna imagen ni ningún sonido interfieren a los sentidos, para no distraernos de nuestra adoración a la reina.

Por lo visto, eso incluía la luz. Entraron en un pasadizo serpenteante donde la oscuridad era total, impenetrable. Raistlin tenía que avanzar a ciegas, palpando una pared de piedra con una mano y arrastrando los pies por el suelo para no tropezar con nada. Su guía otorgaba un gran valor simbólico a la oscuridad.

—Nosotros, los mortales, estamos ciegos y tenemos que confiar en nuestra reina para que nos guíe. Estamos sordos y sólo oímos su voz —le dijo la peregrina antes de adentrarse en el lugar sagrado—. En el Santuario no se permite ninguna luz. Está prohibido hablar. Los hechizos sagrados protegen la oscuridad y el silencio.

Raistlin lo encontró todo muy incómodo.

Se dio cuenta de que el pasadizo acababa porque se pegó de bruces contra una pared. No veía nada, no oía nada. Sin embargo, sí olía y sentía, y ambos sentidos le dijeron que estaba en una habitación llena de gente. La guía de Raistlin le apretó el hombro para indicarle que tenía que postrarse de hinojos. Raistlin hizo como que se arrodillaba y, en cuanto la mujer lo soltó, se separó de ella sigilosamente. No quería perderse, así que se mantuvo cerca de la puerta, de pie junto a la entrada, apoyado en el Bastón de Mago.

Pensó que por lo menos así tendría tiempo para reflexionar, estudiar su plan, repasarlo. Estaba empezando a disfrutar del silencio cuando lo sorprendieron unas voces que entonaron una oración. Aquel sonido destruyó la paz reinante. Sintió un escalofrío. La sala seguía tranquila, pero las voces subían de tono y se le clavaban en los oídos.

—Todo sucede por una razón, porque Takhisis quiere que suceda —entonaban los clérigos.

—Todo lo que hago es por gracia de Su Oscura Majestad. Todo lo que hago es merced a Su Oscura Majestad. La libertad es una ilusión.

Mientras escuchaba los cánticos, aquel terrible pensamiento asaltó a Raistlin. «¿Y si tienen razón? ¿Y si estoy haciendo esto porque Takhisis me dicta que lo haga? ¿Y si es ella quien me ha traído a Neraka? ¿Y si es ella quien me ha protegido, me ha salvado y me ha guiado? Me está llevando a mi destrucción...»

Estaba de pie junto a la puerta y lo único que tenía que hacer era darse media vuelta y salir. Se dio la vuelta y se encontró con un muro. Se deslizó a lo largo de la pared, con la esperanza de estar avanzando en el sentido correcto, pero los bultos de los clérigos devotos no le dejaban pasar. Intentó seguir en la otra dirección, pero se encontró dando vueltas en medio de la noche más ciega y asfixiante que jamás hubiera podido imaginar. No encontraba la salida.

Estaba sudando. El medallón de oro que le colgaba del cuello parecía una piedra que quisiera hundirlo en la tierra con su peso. Empezó a dar vueltas sin separar los pies del suelo y a cada paso tropezaba con los

cuerpos. Una mano lo agarró por el tobillo y estuvo a punto de parársele el corazón.

«Éste será mi futuro si me entrego a ella —se dio cuenta Raistlin de repente—. Estaré perdido en la oscuridad, separado de mi cuerpo, como Fistandantilus. Estaré solo y asustado, asustado para siempre.»

—Todo lo que hago es por gracia de Su Oscura Majestad. Todo lo que hago es voluntad de Su Oscura Majestad.

«Mentiras... No son más que mentiras —pensó Raistlin—. El miedo, ésa es su voluntad.»

Raistlin se detuvo. Miró fijamente la oscuridad. Y le pareció que la oscuridad parpadeaba.

Cuando por fin terminó la hora de oración y meditación, los peregrinos oscuros se levantaron con el cuerpo entumecido después de haber estado de rodillas y comenzaron a dirigirse a la salida. El hechizo de oscuridad seguía envolviéndolos y tenían que caminar despacio, palpando las paredes. Raistlin encontró la salida sin problemas. Había estado justo a su lado todo el rato.

Cuando llegó de nuevo a la zona principal del templo, dejó escapar un suspiro de alivio. Aunque la iluminación era tenue, al menos había luz.

—Ahora debo cumplir con mis obligaciones —le comunicó su guía con tono de disculpa—, ¿Estaréis bien solo?

Raistlin le aseguró que estaría perfectamente. Ella le explicó cómo llegar al comedor y le dijo que disfrutaba de total libertad para contemplar las maravillas del resto del templo.

—Son pocas las zonas prohibidas. Los aposentos de los Señores de los Dragones, que se encuentran en la torre, y la sala del consejo.

—¿Y las mazmorras? —preguntó Raistlin.

La guía frunció el entrecejo.

—¿Por qué queríais ir allí?

—Soy seguidor de Morgion —contestó Raistlin con su voz más aterciopelada—. Tengo la obligación de llevar nuevos devotos a mi dios. Suele suceder que aquellos que se pudren en las celdas se muestran más receptivos a su llamada.

La guía puso una mueca de repugnancia. La mayoría de los peregrinos oscuros detestaban a Morgion y a sus sacerdotes, y su forma de engatusar a los enfermos. Los atraían con falsas promesas de que recobrarían la salud y les forzaban a llegar a tratos atroces de los que ni siquiera la muerte podía liberarles. La guía de Raistlin repuso en un tono cáustico que podía visitar las mazmorras, si eso era lo que deseaba. Lo previno de que no se perdiera.

—El Señor de la Noche y los demás dignatarios se reunirán aquí una hora antes del comienzo del consejo. Deberíais estar aquí si queréis uniros a ellos.

Raistlin repuso que nada podría hacerle más feliz y prometió estar de vuelta dos horas antes de lo necesario. Su guía lo dejó solo y Raistlin encontró el camino para bajar del nivel superior del templo al inferior. Contó los peldaños mientras bajaba y mentalmente fue haciendo un mapa.

Raistlin encontró a sus amigos en una celda. No se acercó, si no que los observó desde cierta distancia. Los pasadizos de las mazmorras eran angostos y oscuros. En las paredes había unas estructuras de hierro de las que colgaban las antorchas, que proyectaban unos charcos de luz sobre el suelo. El olor era insoportable, una mezcla de sangre, carne putrefacta (normalmente los cadáveres se quedaban varios días encadenados a las paredes antes de que se los llevarsen) y desperdicios.

El carcelero era un hobgoblin aburrido repantigado en una silla que se entretenía lanzando su cuchillo a las ratas. Sujetaba el puñal en la mano y, en cuanto una rata asomaba entre las sombras, se lo lanzaba. Si acertaba, marcaba una rayita en la pared de piedra. Si fallaba, fruncía el entrecejo, gruñía y hacía una marca en otra parte de la pared. No tenía muy buena puntería y, a juzgar por el número de marcas, las ratas iban ganando.

Absorto en su competición, el hobgoblin no prestaba atención a sus prisioneros. Tampoco había razones para que lo hiciera. Era evidente que no iban a ir a ningún sitio, e incluso si lograban escapar, se perderían en el laberinto de túneles que se movían entre diferentes planos, o caerían en un charco de ácido o en cualquier otra trampa de las que estaban repartidas por los pasadizos.

Bajo la luz tenue, Raistlin distinguió a Caramon desplomado sobre un banco, en el extremo más alejado de la celda. Fingía que estaba dormido, pero los resultados demostraban que no era un buen actor. Tika, que estaba sentada enfrente, sostenía la cabeza de Tas en su regazo. El kender seguía inconsciente pero, por sus gemidos, al menos seguía vivo. Berem estaba sentado en otro banco, con sus ojos inexpresivos clavados en la oscuridad. Tenía la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando la voz de alguien muy querido. Respondía en voz baja.

—Ya voy, Jasla. No me dejes.

Raistlin sopesó la idea de liberar a Berem. La descartó casi de inmediato. Aquél no era el momento. Takhisis estaba observando. Sería mejor esperar al anochecer, cuando estuviera concentrada en la lucha por el poder que se desataría entre sus Señores de los Dragones.

El único problema con ese plan radicaba en que era probable que Berem fuera descubierto mucho antes de que llegara la noche. La barba falsa, hecha con lana, estaba empezando a caérsele. Llevaba un jubón cerrado con cordones que se le abría un poco, y Raistlin vio el leve resplandor verde de la esmeralda de su pecho. Si Raistlin podía verlo, también lo vería el carcelero hobgoblin. Lo único que tenía que hacer era dejar de preocuparse por las ratas...

«Estás en peligro, Caramon —le advirtió Raistlin en silencio—. ¡Abre los ojos!»

En ese mismo momento, como si hubiese oído la voz de su hermano, Caramon abrió los ojos y vio el brillo verde. Bostezó y se puso de pie pesadamente, estirando los brazos como si los tuviera entumecidos por estar tanto tiempo sentado.

Echó un vistazo al carcelero. El hobgoblin observaba una rata que se debatía entre si era seguro salir de su agujero o no. Caramon se acercó a Berem con aire despreocupado y, sin dejar de mirar al hobgoblin, le cerró los cordones de la pechera del jubón. El brillo esmeralda desapareció. Caramon iba a pegar bien la barba falsa cuando el hobgoblin lanzó el cuchillo, falló y soltó un juramento. El puñal chocó contra la pared con un sonido metálico. La rata, haciendo un ruidito de alegría, se fue. Caramon se

sentó rápidamente, cruzó los brazos sobre el pecho y fingió que dormía de nuevo.

Raistlin concentró su mirada y sus pensamientos en Caramon. «Puedes hacerlo, hermano. Te he llamado tonto muchas veces, pero no lo eres. Eres más listo de lo que crees. Tú solo puedes ponerte en pie. No me necesitas a mí. No necesitas a Tanis. Yo me ocuparé de distraerlos y tú actuarás.»

Caramon pegó un respingo en el banco.

—¿Raist? —llamó en voz alta—. ¿Raist? ¿Dónde estás?

Tika estaba dando golpecitos a Tas en las mejillas para despertarlo. El grito de Caramon la sobresaltó. Lo miró con expresión reprobadora.

—¡Déjalo ya, Caramon! —dijo con voz cansada, los ojos anegados en lágrimas—. Raistlin se ha ido. Métetelo en la cabeza.

Caramon se sonrojó.

—Debía de estar soñando —balbuceó.

Tika suspiró con aire sombrío y volvió a intentar despertar a Tas. Caramon se tiró sobre el banco, pero no cerró los ojos.

—Supongo que todo depende de mí —dijo con un suspiro.

—Jasla está llamándome —dijo Berem.

—Sí —contestó Caramon—. Ya lo sé. Pero ahora no puedes ir con ella. Tenemos que esperar. —Apoyó la mano en el brazo de Berem, en un gesto tranquilizador y protector.

Raistlin pensó en todas las veces que le había molestado esa mano reconfortante. Dio media vuelta, desanduvo sus pasos por el pasillo y, alejándose, se adentró en la oscuridad. No estaba seguro de adonde iría a parar, pero tenía cierta idea. Cuando llegó al lugar donde el pasadizo se dividía en dos, eligió el corredor que bajaba, el que estaba más oscuro. El aire estaba frío y apestaba. Las paredes rezumaban humedad y una capa de limo cubría el suelo.

Unas antorchas trataban de iluminar el camino, pero su luz era muy débil, como si a ellas también les costase sobrevivir en aquella oscuridad opresiva. Raistlin pronunció la palabra que encendía su bastón y el brillo del globo de cristal se iluminó tan vacilante que apenas le servía para ver. Avanzó sigilosamente, pisando con sumo cuidado, atento a cualquier

sonido. Al llegar a una escalera, se detuvo para escuchar. Desde abajo subían las voces guturales y sibilantes de los guardias draconianos.

Oculto entre las sombras, Raistlin se quitó el medallón dorado que llevaba al cuello y lo metió en su bolsillo. Cogió las bolsitas que llevaba colgadas de un cordel y se las ató en el cinturón de la túnica negra. Después, apagó la luz de su bastón y bajó la escalera sin hacer ruido.

Al girar un recodo, encontró la sala de los guardias. Allí había varios draconianos baaz sentados a la mesa con un oficial bozak, jugando a los huesos bajo la luz de una única antorcha.

Dos baaz más hacían guardia delante de un arco de piedra lleno de telarañas. Detrás del arco se abría una oscuridad más vasta y profunda que las sombras de la muerte.

Raistlin se quedó donde estaba, escuchando la conversación de los draconianos. Lo que oyó confirmaba su teoría. Anunció su presencia con un «ejem» bien alto y bajó los últimos escalones haciendo mucho ruido, con sus pisadas resonando sobre la piedra.

Los draconianos se pusieron de pie de un salto, con las espadas desenvainadas. Raistlin apareció ante ellos, y los guardias, cuando vieron la túnica de hechicero, se relajaron. De todos modos, no soltaron sus espadas.

—¿Qué quieres, Túnica Negra? —preguntó el bozak.

—Me han ordenado que renueve las trampas mágicas que protegen la Piedra Fundamental —contestó Raistlin.

Estaba corriendo un riesgo enorme con sólo nombrar la Piedra Angular. Si su hipótesis era falsa y aquellos draconianos estaban vigilando cualquier otra cosa, tendría que luchar por su vida de un momento a otro.

El oficial estudió a Raistlin con recelo.

—Tú no eres el hechicero que suele venir —respondió—. ¿Dónde está él esta noche?

Raistlin se dio cuenta de que había remarcado mucho el «él» y descubrió que se trataba de una prueba. Resopló.

—Debes de tener muy mala vista, oficial, si confundes a la señora Iolanthe con un hombre.

Los draconianos baaz soltaron varias risotadas e hicieron comentarios groseros a costa de su oficial. Éste les hizo callar con un gruñido y volvió a envainar la espada.

—Pues ponte a ello.

Raistlin cruzó la sala hacia el arco con telarañas. Levantó el bastón y dejó que su luz mágica jugara con las telas de seda. Pronunció varias palabras mágicas. Los hilos destellaron con un débil resplandor que murió casi en el mismo instante. Los draconianos volvieron a su juego.

—Menos mal que he venido —dijo Raistlin—. La magia estaba empezando a fallar.

—¿Dónde está la bruja esta noche? —preguntó el oficial con un tono de voz demasiado despreocupado para serlo.

—He oído que está muerta —repuso Raistlin—. Intentó asesinar al emperador.

Con el rabillo del ojo, vio que el oficial y los baaz se miraban entre sí. El oficial murmuró al oír la noticia, algo así como que su muerte era «desperdiciar una hembra de primera calidad».

Raistlin echó a andar hacia el otro lado del arco.

—No des ni un paso más, Túnica Negra —le ordenó el oficial—. Nadie puede pasar de ahí.

—¿Por qué no? —preguntó Raistlin, fingiendo sorpresa—. Tengo que comprobar el resto de las trampas.

—Son órdenes —dijo el oficial.

—¿Qué hay ahí? —quiso saber Raistlin, intrigado.

El oficial se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa.

Los guardias no se ponían para no guardar nada. Raistlin estaba convencido de que la Piedra Fundamental estaba al otro lado del arco. Intentó ver, aunque fuera de pasada, aquella piedra legendaria, pero no lo consiguió, si es que realmente estaba ahí.

Levantó la vista hacia el arco. Sintió algo extraño. Se le erizó la piel; le recorrió un escalofrío. No sabía explicar por qué, pero tenía la extraña sensación de que ya había visto ese arco antes.

La mampostería era antigua, muy anterior a la sala donde estaban los guardias, que parecía de construcción moderna. Raistlin podía distinguir los bordes borrosos de las tallas sobre los bloques de mármol que formaban el arco y, a pesar de que las tallas estaban dañadas y muy borradas, las reconoció. Cada trozo de mármol estaba tallado con un símbolo de los dioses. Raistlin miró la piedra angular, en el punto central, y en las tenues líneas distinguió el símbolo de Paladine.

Cerró los ojos y ante él apareció el Templo de Istar, bello, elegante, con el mármol blanco reluciente bajo el sol. Abrió los ojos y éstos se sumergieron en la oscuridad maligna del Templo de Takhisis, y supo con una certidumbre absoluta lo que había al otro lado: El pasado y el presente.

—¿Por qué estás tardando tanto? —preguntó el oficial.

—No logro descubrir el tipo de hechizo que la señora Iolanthe ha conjurado —contestó Raistlin, frunciendo el ceño como si estuviera muy confuso—. Dime, ¿qué pasaría si alguien pasara por debajo del arco?

—Se desata un verdadero infierno —respondió el oficial alegremente—. Las trompetas dan la alarma, o eso me han contado. Yo no lo sé. Nunca ha pasado. Nadie ha cruzado el arco.

—Esas trompetas —dijo Raistlin—, ¿se oyen desde todas partes del templo? ¿Incluso en el salón del consejo?

El draconiano gruñó.

—Por lo que me han contado, hasta los muertos podrían oírlas. El estruendo sería el mismo que si se acabara el mundo.

Raistlin conjuró un hechizo sencillo sobre las telarañas y después se dispuso a irse. Pero se detuvo como si se lo hubiera pensado mejor.

—¿Alguno de vosotros sabrá, por casualidad, dónde han llevado a la elfa que llaman Áureo General? Se supone que tengo que interrogarla. Pensaba que estaría en las mazmorras, pero no la encuentro.

El draconiano no sabía nada. Raistlin suspiró y se encogió de hombros. Bueno, por lo menos lo había intentado. Volvió a subir la escalera, pensando por el camino que la trampa que había dispuesto era tan tosca que había que ser un completo imbécil para caer en ella.

El Señor de la Noche
Saldando deudas

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Las campanas del templo dieron la hora. Cada vez faltaba menos para el inicio del consejo y Raistlin todavía tenía que volver al piso superior. En cuanto estuvo fuera del alcance de las miradas de los guardias, volvió a esconder las bolsas debajo de la túnica. Se colgó al cuello la cadena de oro con el medallón de fe y así pasó de ser un hechicero a convertirse en un clérigo, y abandonó las mazmorras. Fue contando los escalones para encontrar el camino hasta los niveles más altos del templo, donde ya estaba reuniéndose el séquito del Señor de la Noche.

Raistlin se unió al grupo de Espirituales en una antecámara fuera de la sala del consejo. Se mantuvo apartado, intentando no llamar la atención. No hablaba con nadie y se quedó entre las sombras, con la cabeza agachada y la capucha cubriéndole el rostro. Su cojera era muy pronunciada. Se apoyaba pesadamente en el bastón. Unos cuantos Espirituales lo miraron, y uno parecía dispuesto a acercarse a él.

—Es un seguidor de Morgion —le advirtió otro, y el clérigo cambió de idea.

A partir de ese momento, todos dejaron a Raistlin en la soledad más absoluta.

El Señor de la Noche hizo su aparición, acompañado por un asistente. El Señor de la Noche vestía una túnica negra de terciopelo y sobre ella una sotana bordada con los cinco colores de las cinco cabezas del dragón, Takhisis. Los Espirituales, que también lucían su ropa de gala, se agolparon alrededor. El Señor de la Noche estaba de un humor excelente. Saludó a todos los Espirituales uno a uno y, al final, sus ojos vacíos e inexpresivos se detuvieron en Raistlin.

—Me han dicho que eres devoto de Morgion —dijo el Señor de la Noche—. En muy pocas ocasiones contamos con uno de sus seguidores entre nosotros, sobre todo uno de rango tan alto. Sed bienvenido, Espiritual...

El Señor de la Noche se quedó callado. Entrecerró los ojos. Observó a Raistlin.

—¿Nos hemos visto antes, Espiritual? —preguntó el Señor de la Noche; aunque su voz era agradable, la mirada de sus ojos no lo era—. Hay algo en ti que me resulta familiar. Quítate la capucha. Deja que te vea la cara.

—Mi cara no es muy agradable de ver, Señor de la Noche —contestó Raistlin con voz áspera, lo más diferente de la suya que pudo fingir.

—No soy fácil de impresionar. Esta misma mañana le corté la nariz a un hombre y después le arranqué los ojos —repuso el Señor de la Noche con una sonrisa—. Era un espía y eso es lo que yo hago con los espías.

Raistlin se puso en tensión, maldiciendo su mala suerte. No debería haber acudido. Tendría que haber previsto que corría el riesgo de que el Señor de la Noche lo reconociera. Ni siquiera se molestarían en llevarlo a las mazmorras. El Señor de la Noche lo mataría allí mismo, donde estaba.

«*¡Quítate la capucha! Muéstrale tu rostro*», dijo Fistandantilus.

—¡Cállate! —ordenó Raistlin por lo bajo. En voz alta, dijo—: Mi señor, he hecho una promesa a Morgion...

—¡Quiero verte la cara! —El Señor de la Noche cogió su medallón de la fe y empezó a rezar—. Takhisis, escucha mi oración...

«¡Te matará aquí mismo! ¡Quítate la capucha! Como tú mismo dijiste, estamos juntos en esto. Por el momento...»

Lentamente, con movimientos vacilantes, Raistlin se llevó las manos a la capucha y empezó a retirarla.

Una mujer del grupo de Espirituales se cubrió la boca con la mano y reprimió una arcada. Los demás apartaron los ojos y se alejaron de él. El Señor de la Noche miró hacia otro lado, no porque sintiera repugnancia, sino porque ya había perdido todo el interés. No había desenmascarado a un espía, sino a un seguidor enfermo de un dios repugnante.

—Cúbrete —ordenó el Señor de la Noche, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Mis disculpas a Morgion si le he ofendido en algo.

Raistlin se echó la capucha sobre la cabeza.

«Una vez más, te he salvado, jovencito.»

Raistlin se apretó una sien. Querría atravesarse el cráneo y arrancarse esa voz de la cabeza.

Fistandantilus se echó a reír. *«Me debes una. Y siempre te enorgulleces de pagar tus deudas.»*

Una mano apretó el corazón de Raistlin. Sintió un dolor intenso en el pecho. Le costaba respirar y le sobrevino un ataque de tos que lo dobló. Se llevó la mano a la boca y los dedos se le cubrieron de sangre. Raistlin maldijo para sí, invadido por la impotencia. Maldijo y tosió hasta que se sintió mareado y se dejó caer contra una pared.

Los Espirituales lo miraban asustados. Todos tenían la palabra «contagio» en los labios y estaban dispuestos a pegarse para poder apartarse de él lo antes posible. En ese momento, el sonido de una campanilla resonó en todo el templo. El nerviosismo hizo que los Espirituales se olvidaran de Raistlin.

—La campana nos está llamando, mi señor —anunció el asistente, y abrió la puerta de doble hoja que comunicaba la cámara con el salón del consejo.

Los Espirituales se arremolinaron alrededor de la puerta, ansiosos por presenciar la procesión del Señor de la Muerte y la llegada del emperador.

—¿Tenéis que quedaros ahí, embobados como paletos? —dijo el Señor de la Noche.

Los Espirituales, con expresión avergonzada, volvieron a la antecámara.

—Las tropas del emperador están reuniéndose alrededor de su trono —informó el asistente desde su posición junto a la puerta—. Están preparándose para recibir al emperador.

—Nosotros entramos después de Ariakas —anunció el Señor de la Noche—. En fila.

El asistente corría de un lado a otro, colocando a los Espirituales en dos hileras. El Señor de la Noche ocupó su puesto al final. Nadie prestaba atención a Raistlin, que seguía apoyado en su bastón, intentando recuperar el aliento y despejar su mente. El suelo temblaba bajo el estruendo de centenares de pies, marchando al mismo tiempo al ritmo de un tambor y de las órdenes que gritaban los oficiales.

—Primero saldrá el cortejo de peregrinos —explicó el Señor de la Noche a sus Espirituales—. Cuando os hayáis reunido todos en la plataforma, entraré yo y me situaré en el lugar de honor junto a Su Oscura Majestad.

Los soldados empezaron a vitorear en el salón.

—Vete a ver qué está pasando —ordenó el Señor de la Noche a su asistente.

—El emperador ha entrado en la sala —informó el ayudante.

—¿Lleva la Corona del Poder? —preguntó el Señor de la Noche, nervioso.

—Lleva la armadura propia de un Señor del Dragón —dijo su asistente—, una capa de color morado y la Corona del Poder.

El rostro del Señor de la Noche se contrajo en una mueca airada.

—La corona es un objeto sagrado. Cuando la reina Takhisis haya conquistado el mundo, ya veremos quién lleva la corona. —La furia hacía que su voz se elevase chillona sobre las ensordecedoras ovaciones.

Los Espirituales permanecían en fila, expectantes, nerviosos, aguardando la señal y la llegada de su reina. Raistlin se puso en último

lugar. Empezó a toser. El clérigo que estaba delante de él se volvió para mirarlo con odio.

Las tropas de Ariakas lo vitoreaban una y otra vez. No parecía que Ariakas tuviera mucha prisa por hacerles callar, pues los vítores eran cada vez más altos y escandalosos. Los soldados golpeaban el suelo con las lanzas, entrechocaban las espadas y los escudos, y bramaban su nombre. Los Espirituales empezaban a cansarse de esperar. Murmuraban entre sí y pasaban el peso del cuerpo de un pie a otro, impacientes. El Señor de la Noche fruncía el ceño y quiso saber qué estaba pasando.

—Ariakas está haciendo reverencias al trono de la Reina Oscura —informó el asistente desde su puesto junto a la puerta. Tenía que gritar para que lo oyeran.

—¿Ya ha llegado Su Oscura Majestad? —preguntó el Señor de la Noche.

—No, mi señor. Su trono sigue vacío.

—Perfecto. Estaremos allí para darle la bienvenida.

Los Espirituales se movían nerviosamente. El Señor de la Noche daba golpecitos con el pie sobre el suelo. Por fin, los vítores empezaron a apagarse. El silencio empezó a extenderse entre las tropas. Se oyó el sonido de otra campanilla.

—Esa es nuestra señal —dijo el Señor de la Noche—. Preparaos.

Los Espirituales se colocaron bien las capuchas y se alisaron las túnicas. Se oyó una trompeta y volvieron a extenderse los vítores por toda la sala, tan ensordecedores o más aún que los dedicados al emperador. El Señor de la Noche se sentía satisfecho. Hizo un gesto y la hilera de Espirituales empezó a avanzar hacia la puerta. Saldrían al estrecho puente de piedra que llevaba desde la antecámara al trono de la Reina Oscura. Los dos primeros Espirituales ya estaban en la puerta cuando, de pronto, el asistente lanzó un grito para que se detuvieran.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó el Señor de la Noche, frunciendo el entrecejo otra vez por la contrariedad.

—¡La señal era para la Señora del Dragón Kitiara, mi señor! —contestó el asistente, tembloroso—. La Dama Azul y sus tropas están entrando en la

sala ahora mismo.

El Señor de la Noche palideció de furia. Los Espirituales abandonaron la fila y se arremolinaron enfadados alrededor de su líder. Todos querían ser escuchados. La aparición de un draconiano que lucía el emblema de la guardia del emperador trajo consigo un silencio cortante y repentino.

—¿Qué quieres? —preguntó el Señor de la Noche, furibundo.

—Su Majestad Imperial Ariakas transmite sus respetos al Señor de la Noche de la reina Takhisis —dijo el draconiano—. El emperador me envía para informar a vuestra señoría de que ha habido un cambio de planes. Vuestra señoría y sus respetados clérigos entrarán en el salón detrás del Señor del Dragón del Ejército de los Dragones Blancos, lord Toede. El emperador...

—Me niego —repuso el Señor de la Noche con una tranquilidad que resultaba inquietante.

—Ruego que me perdonéis, vuestra señoría —dijo el draconiano.

—Ya me has oído. No voy a entrar el último. De hecho, no voy a entrar. Puedes decírselo a Ariakas.

—Se lo diré al emperador —repuso el draconiano, antes de retirarse con una reverencia y un movimiento desdeñoso de la cola.

El Señor de la Noche paseó su mirada lúgubre por los clérigos.

—Ariakas me insulta y, al insultarme, está insultando a nuestra reina. ¡No estoy dispuesto a aceptarlo, y nuestra diosa tampoco! Iremos al Santuario y desde allí le dedicaremos nuestras oraciones.

Los Espirituales salieron presurosos de la habitación, haciendo gala de una justificada indignación. Raistlin iba a unirse a ellos. Dio un paso, se llevó la mano al pecho y lanzó un grito de dolor desgarrador. Se le cayó el bastón de la mano. Tropezó, se tambaleó y cayó de rodillas, entre toses y escupitajos sanguinolentos. Con un gemido, cayó de bruces y se quedó tendido en el suelo, retorciéndose entre terribles dolores.

Los Espirituales se detuvieron y lo miraron preocupados. Varios dirigieron sus miradas dubitativas hacia el Señor de la Noche.

—¿Deberíamos ayudarlo? —preguntó uno de ellos.

—Dejadlo. Morgion se ocupará de su clérigo —repuso el Señor de la Noche, hizo un gesto desdeñoso con la mano y salió apresuradamente de la antecámara.

Los Espirituales no necesitaban que se lo dijeran dos veces. Cubriéndose la boca y la nariz con la manga de sus túnicas negras, pasaban al lado de Raistlin lo más rápido posible.

En cuanto estuvo seguro de que se hallaba solo, Raistlin se puso de pie. Recogió el Bastón de Mago, se acercó a la puerta y se asomó al salón.

Ante él se extendía un puente estrecho de piedra negra. Al final se abría la tribuna envuelta en sombras donde se encontraba el trono de la Reina Oscura. La diosa todavía no había hecho su entrada. Quizá estuviera en el Santuario, escuchando las quejas de su Señor de la Noche. En el salón, retumbaban los tambores y vitoreaban los soldados. Otro Señor del Dragón entraba grandiosamente. Raistlin se aventuró un par de pasos por el puente. Pero no fue muy lejos, pues quería ver, pero no ser visto.

El puente no tenía barandilla, ni pretil. Raistlin se asomó por el borde y vio las cabezas de la multitud que estaba mucho más abajo. Los soldados se elevaban, se retorcían y se agitaban, y a Raistlin le hicieron pensar en un montón de gusanos alimentándose de un cadáver putrefacto. Las plataformas en las que se situaban los tronos de los Señores de los Dragones estaban muy altas sobre el suelo. Unos puentes estrechos de piedra unían las antecámaras de cada Señor con su trono. De esa forma, los Señores de los Dragones no tenían que abrirse paso entre la muchedumbre.

El trono de Ariakas se elevaba sobre los demás. Ocupaba el lugar de honor, justo debajo de la tribuna de la Reina Oscura.

El trono del emperador era de ónice y carente de adornos. Por el contrario, el trono de Takhisis era terriblemente hermoso. El respaldo estaba formado por los cuellos graciosamente curvos de las cinco cabezas de dragón: dos a la derecha, dos a la izquierda y una en el centro. Los brazos del trono eran las patas del dragón; el asiento, el pecho de la bestia. Todo el trono estaba hecho de piedras preciosas: esmeraldas, rubíes, zafiros, perlas y diamantes negros.

Desde su ventajosa posición en el puente, Raistlin podía ver a dos de los Señores de los Dragones. Allí estaba el rostro bello y desdeñoso de Salah-Kahn y los rasgos feos y astutos del semiogro Lucien de Takar. El trono blanco estaba vacío. Ariakas había gritado varias veces llamando a lord Toede, el Señor del Dragón Blanco, pero nadie había respondido.

El mismo Toede que había sido Fewmaster en Solace. El mismo Toede cuya búsqueda del bastón de cristal azul había arrastrado a Raistlin y a sus amigos a terribles peligros y les había hecho emprender el camino brillante e intenso, oscuro y tortuoso que ahora recorrían.

Desde donde estaba, Raistlin no podía ver a Kitiara. Debía de estar sentada en el trono que había a la derecha de Ariakas. Raistlin avanzó un poco más por el puente. Ya no le preocupaba que alguien lo viera desde abajo. La bóveda del salón estaba envuelta en nubes de humo. Esas nubes las emitían los dragones, que lo observaban todo desde sus perchas elevadas, así como las antorchas repartidas por las paredes y las llamas que crepitaban en los braseros de hierro. Con su túnica negra, Raistlin no era más que otra sombra en una sala repleta de sombras.

Takhisis lo estaría observando, como observaría con ávido interés todo lo que estaba sucediendo. El ambiente estaba cargado del olor a humo y a acero, a piel y a intrigas. Seguro que Ariakas también había percibido la pestilencia. Y, sin embargo, permanecía sentado en su trono solo, aislado, apartado, seguro de su invulnerabilidad. No había apostado guardias armados, sólo contaba con la Corona del Poder. Que sus vasallos se preocupasen de las espadas. Ariakas no temía nada ni a nadie. Contaba con el respaldo de su reina.

«Pero ¿sigue siendo eso cierto?», se preguntaba Raistlin.

De los gobernantes se espera una actitud segura. Incluso la arrogancia se permite en un trono. Pero los dioses no perdonaban la soberbia. El último hombre vivo que había llevado la corona se había visto aquejado de esa enfermedad. El Príncipe de los Sacerdotes de Istar se había creído tan poderoso como un dios. Los dioses de Krynn le habían enseñado lo que era realmente el poder, y una montaña abrasadora había caído sobre su cabeza.

Ariakas había cometido el error de tener un concepto demasiado alto de sí mismo.

Desde donde estaba, por fin Raistlin podía ver a Kitiara. Y con ella estaba Tanis, el semielfo.

La Corona del Amor
La Corona del Poder

DÍA DECIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin no esperaba encontrar allí a Tanis, y no se lo tomó como una sorpresa agradable. La presencia del semielfo podía trastocar seriamente su plan. Tanis no estaba junto a su hermana, pues únicamente el Señor del Dragón podía acceder a la plataforma. No obstante, estaba lo más cerca posible de ella, en el último escalón que llevaba al trono.

Raistlin frunció los labios. Tanis había ido a Neraka a salvar a la mujer que amaba. Pero ¿sabía acaso qué mujer era ésa?

El consejo proseguía su marcha. Raistlin estaba mucho más alto que los tronos de los Señores de los Dragones y, aunque hasta él llegaba la voz profunda de Ariakas, la mayor parte de lo que decía se perdía en la vastedad de la cámara. Por lo que entendió, el Señor del Dragón Toede no había acudido porque lo había matado un kender. La noticia provocó un sonido que Raistlin sí distinguió perfectamente: la carcajada burlona de Kitiara.

Ariakas estaba furioso. Se puso de pie y empezó a descender de su tribuna. Kitiara no se movió. Sus soldados echaron mano de sus armas.

Raistlin observó, divertido, cómo Tanis daba un paso hacia Kitiara, con actitud protectora, mientras ella permanecía sentada en su trono, mirando a

Ariakas con expresión claramente burlona. Los otros dos Señores de los Dragones se habían levantado y observaban la escena interesados. Seguramente ambos albergaban la esperanza de que Ariakas y Kitiara se matasen entre sí.

Raistlin se acercó al borde del puente y bajó la vista hacia Ariakas, que estaba justo debajo de él. Ese era el momento perfecto para atacar. Nadie le prestaba atención. Todos los ojos estaban clavados en los Señores de los Dragones. Raistlin preparó su magia.

Y entonces se quedó ciego. La oscuridad borró su visión, cubrió su mente, su corazón y sus pulmones. Se quedó inmóvil, pues estaba al borde del puente. Un mal paso y caería al vacío. Siempre le quedaba la posibilidad de utilizar la magia del bastón y flotar como una pluma, pero eso significaría que todos los presentes en el salón lo verían, incluido Ariakas, a no ser que estuvieran tan ciegos como él en ese momento. Como si le leyera el pensamiento, una mano invisible le arrebató el bastón y lo golpeó en la espalda. Se le desbocó el corazón, aterrorizado, y se tambaleó hacia delante. Cayó pesadamente y, aunque le dolían las muñecas y se había magullado las rodillas, temblaba aliviado, pues al menos no se había precipitado al vacío.

Alargó una mano vacilante y delante de él sólo palpó la nada. El final había estado muy cerca. Ojalá pudiera gatear hasta un lugar seguro, pero la caída lo había desorientado y tenía miedo de avanzar en el sentido equivocado. La mano lo golpeaba, lo aplastaba, lo apretaba contra la piedra. Entonces, sin previo aviso, cuando el corazón ya estaba a punto de explotarle, la mano lo liberó y el velo de oscuridad se apartó de sus ojos. Raistlin retrocedió arrastrándose hasta que chocó contra algo sólido: el trono de la Reina Oscura.

Raistlin se volvió a mirarla no porque ése fuera su deseo, sino porque ella lo obligó. Y ése fue el error de la diosa.

Era una sombra, y Raistlin no tenía miedo de las sombras.

Miró hacia abajo y vio a su hermana y a todos los demás postrados, presas del pánico. Kitiara se encogía en su trono. Tanis el semielfo había caído de hinojos. Ariakas se arrodillaba ante su reina. Ellos no eran nada y ella lo era todo. Takhisis los aplastaba con el pie. Cuando estuvo segura de

su sumisión, una vez convencida de que eran conscientes de que le pertenecían sólo a ella, levantó el pie y les permitió levantarse.

Su mirada se paseó sobre Raistlin, y el hechicero supo que ya se había olvidado de él. Él era algo insignificante, un grano de arena, una partícula de polvo, una gota de agua, una mancha de ceniza. Toda su atención se centraba en aquellos que ostentaban el poder, en aquellos importantes para ella: sus Señores de los Dragones y la lucha que mantenían, tras la cual el más poderoso de ellos ascendería al trono y propinaría el golpe mortal a las fuerzas de la luz. Raistlin se mezcló con las sombras. Se convirtió en una de ellas. Observaba y esperaba su oportunidad.

Takhisis empezó a orar. Kitiara parecía satisfecha, mientras que la expresión de Ariakas era torva. Raistlin no podía oír lo que decía la reina. La diosa sólo hablaba a aquellos que eran importantes. Presenció todo lo que ocurría como si contemplara una representación desde la última fila.

Kitiara abandonó su trono e hizo una señal a Tanis. La Señora del Dragón bajó la escalera hacia la planta del salón. Los soldados se apartaban para dejarle pasar. Tanis seguía sus pasos como un perro que ha aprendido a base de palos.

En el centro del salón se elevó una plataforma, elegante como una serpiente dispuesta a atacar. Kitiara ascendió por los escalones, que, por lo visto, eran difíciles de subir, pues Tanis no dejaba de resbalar. Eso divertía enormemente a los espectadores. Como si realmente se tratara de una representación, Tanis parecía el suplente llamado a última hora. No había ensayado y no se sabía su papel.

Kitiara hizo un gesto grandilocuente y entró lord Soth. Su presencia abrumadora se impuso sobre todos los demás actores de la obra. El Caballero de la Muerte llevaba en sus brazos un cuerpo envuelto en una tela blanca. Depositó el bulto a los pies de Kitiara y desapareció, con un efecto muy teatral. Kitiara se agachó y desenvolvió la tela. La luz se reflejó en los cabellos dorados. Raistlin se acercó más al borde del puente para poder ver mejor a Laurana, que se revolvía bajo la tira de tela que la aprisionaba. El impulso de Tanis fue acercarse a ella para ayudarla. Kitiara lo detuvo con

una sola mirada. Cuando la obedeció, ésta lo recompensó con su sonrisa maliciosa.

Raistlin observaba la escena sumamente interesado. Por fin se reunían los tres personajes que lo habían empezado todo. Los tres elementos que simbolizaban la lucha. La oscuridad, la luz y el alma que se debatía entre ambas.

Laurana se erguía esbelta y orgullosa con su armadura plateada. Toda la hermosura que Raistlin recordaba se concentraba en su figura. Bajó la vista hacia ella y apretó los labios. En ese momento conoció el sentimiento de pérdida, pero también sabía que no había sido su pérdida.

Tanis miró a Laurana y Raistlin supo que el alma dubitativa por fin había tomado su decisión. O quizá el alma de Tanis lo había decidido mucho tiempo atrás pero su corazón no se había dado cuenta hasta entonces. El brillo del amor los envolvió a los dos y dejó fuera a Kitiara, sola en medio de la oscuridad.

Kitiara lo comprendió, y fue una certeza amarga. Raistlin vio torcerse y endurecerse aquella sonrisa maliciosa.

—Así que sí eres capaz de amar, hermana —dijo Raistlin. Y entonces supo que él también tendría una oportunidad.

Kitiara ordenó a Tanis que dejara su espada a los pies del emperador y jurara lealtad a Ariakas. Tanis obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer si la mujer a la que amaba era prisionera de la mujer que una vez había creído amar?

Era extraño que Laurana, la prisionera, fuera la única realmente libre de los tres. Amaba a Tanis con todo su ser. Su amor la había llevado hasta aquel lugar perteneciente a la oscuridad, y su luz brillaba aún con más fuerza. Su amor le pertenecía, y que Tanis la correspondiera o no ya no importaba. El amor la fortalecía, la ennoblecía. Su amor por un ser abría su corazón al amor por todos.

Por el contrario, Kitiara estaba atrapada en el laberinto de sus propias pasiones, siempre ansiando la recompensa que estaba fuera de su alcance. Para ella, el amor por un ser significaba dominarlo, y esos deseos de dominación se extendían a todos. Tanis ascendió la escalera que llevaba al

trono de Ariakas. Raistlin se percató de que los ojos del semielfo se clavaban en la corona. Sus labios se movían, repitiendo sin darse cuenta: «¡Quien lleva la corona, ostenta el poder!» Su rostro se endureció, su puño se cerró alrededor de la empuñadura de la espada.

Raistlin comprendió el plan de Tanis como si hubiera dedicado años enteros a prepararlo con él. En cierto sentido, quizá había sido así. Ambos habían estado siempre unidos de una forma que ninguno de sus amigos había logrado entender nunca. La oscuridad hablando a lo oscuro, tal vez.

¿Qué pasaba con Takhisis? ¿Sabía la reina que el semielfo ascendía hacia su destino, dispuesto a sacrificar su vida por los demás? ¿Sabía que en el corazón de su oscuridad, en lo más profundo de las mazmorras, un kender, una camarera y un guerrero estaban dispuestos a hacer lo mismo? ¿Se daba cuenta Takhisis de que el hechicero de la túnica negra, que pregonaba que su lealtad sólo estaba con su propia ambición, estaba dispuesto a sacrificar su vida a cambio de la libertad de elegir su propio camino?

Raistlin levantó una mano. Las palabras del hechizo que había memorizado la noche anterior ardían en su mente como las palabras que había escrito con sangre en la piel de cordero.

Tanis subía la escalera, aferrado a la empuñadura de su espada. Raistlin reconoció el arma. Alhana Starbreeze se la había dado a Tanis en Silvanesti. Esa espada era *Wyrmbane*, compañera de la espada que Tanis había recibido del difunto rey elfo Kith-Kanan, en Pax Tharkas. Raistlin recordaba que era una espada mágica, aunque no se acordaba del tipo de magia que poseía. Daba igual. La magia de la espada no tendría el poder suficiente para atravesar el campo mágico que emitía la Corona del Poder. Cuando la espada chocara contra él, la explosión mataría al semielfo. Ariakas seguiría sano y salvo detrás de su escudo. Su único problema sería la mancha de sangre que ensuciaría su armadura.

Tanis llegó al final de la escalera y empezó a desenvainar lentamente la espada. Estaba nervioso y le temblaba la mano.

Ariakas se levantó. Quedó plantado sobre sus piernas como troncos y cruzó los brazos musculosos sobre el pecho. No miraba a Tanis. Su mirada

se dirigía al otro extremo del salón, a Kitiara, que también tenía los brazos cruzados y le devolvía la mirada, desafiante. De la corona salía una luz de múltiples colores que envolvía a Ariakas con su resplandor titilante. Parecía que un escudo con los colores del arco iris protegiera al emperador.

Tanis deslizó la espada por su funda y, al oír ese sonido, Ariakas volvió a concentrarse en el semielfo. Lo miró con aire arrogante y le sopló a la cara, con la intención de intimidarlo. Tanis no se dio cuenta. Estaba mirando fijamente la corona. En sus ojos se adivinaba la consternación. En ese preciso momento se había dado cuenta de que su plan de matar a Ariakas estaba condenado al fracaso.

El hechizo de Raistlin le quemaba en los labios, la magia le hervía en la sangre. No tenía tiempo para las dudas eternas de Tanis.

—¡Golpea, Tanis! —lo apremió Raistlin—. ¡No temas la magia! ¡Yo te ayudaré!

Tanis se sobresaltó y miró hacia donde provenía ese sonido, que debía de haber escuchado más con el corazón que con los oídos, pues Raistlin había hablado en voz baja.

Ariakas empezaba a impacientarse. Él era un hombre de acción y las ceremonias lo aburrían. Desde su punto de vista, el consejo era una pérdida de tiempo que podía aprovechar mucho mejor dirigiendo la guerra. Lanzó un gruñido e hizo un gesto perentorio para indicar a Tanis que le jurara lealtad y acabara de una vez.

Sin embargo, Tanis vacilaba.

—¡Golpea, Tanis! ¡Rápido! —lo urgió Raistlin.

Tanis miró directamente hacia Raistlin, pero el hechicero no sabía si lo veía o no, si actuaría o no. Tanis se disponía a dejar la espada en el suelo. Acto seguido con una expresión resuelta y dura en el rostro, cambió de postura y lanzó un golpe a Ariakas.

Raistlin y Caramon habían combatido juntos muchas veces, combinando la hechicería con las armas. Al mismo tiempo que Tanis levantaba el brazo, Raistlin conjuró su hechizo.

—*¡Bentuk-nir doy a sibir, colang semua pesona dalam! ¡Perubahan ke sibirnir!* —exclamó Raistlin mientras trazaba una runa en el aire. Lanzó el

hechizo contra Ariakas.

La magia fluyó por Raistlin y estalló en la yema de sus dedos. Abrasadora, cruzó el aire. El hechizo golpeó el escudo del arco iris y lo deshizo. La espada de Tanis no encontró obstáculo alguno. *Wyrmsbane* atravesó el peto negro hecho de escamas de dragón de Ariakas, se hundió en la carne y arañó el hueso. La hoja atravesó el pecho del emperador.

Ariakas rugió, más por la sorpresa que por el dolor. La agonía de la muerte y la conciencia de que iba a morir acompañaron su último aliento. Raistlin no se quedó a ver el final. No le importaba quién conseguía la Corona del Poder. Por el momento, la Reina Oscura estaba concentrada en la batalla. Tenía que escapar en ese mismo momento.

Pero el potente hechizo que acababa de conjurar lo había dejado muy débil. Ahogó un ataque de tos con la manga de la túnica, agarró el bastón y cruzó el puente, corriendo hacia la antecámara. Casi había llegado a la puerta cuando un grupo de guardias draconianos se interpuso en su camino.

—¡Id a por el asesino! —gritó Raistlin, haciendo gestos—. Un hechicero. Intenté detenerle pero...

Los draconianos no perdieron un instante y empujaron a Raistlin a un lado, estrellándolo contra la pared.

No tardarían en darse cuenta de que los habían engañado y volverían. Raistlin, en pleno ataque de tos, revolvió en la bolsa hasta que sacó el Orbe de los Dragones. Apenas le quedaban fuerzas para recitar las palabras.

Lo siguiente que sabía era que estaba delante de la celda de Caramon. La puerta estaba abierta y la celda vacía. Una mancha chamuscada en el suelo era todo lo que quedaba de un draconiano bozak. Un montón de cenizas grasientas anunciaba el final de un draconiano baaz. Caramon y Berem, Tika y Tas habían desaparecido. Raistlin oyó unas voces guturales gritando que los prisioneros habían escapado.

Pero ¿adonde habían ido?

Raistlin maldijo para sí y miró en derredor, en busca de alguna pista. Al final del pasadizo, una puerta de hierro había sido sacada de sus goznes.

Jasla seguía llamando a su hermano, Berem respondía.

Raistlin se apoyó en su bastón y tomó aire trabajosamente. Al momento sintió que respiraba mejor y que iba recobrando las fuerzas. Estaba a punto de ponerse a seguir a Berem cuando una mano salió de entre las sombras. Unos dedos gélidos se aferraron a su muñeca. Unas uñas largas le arañaron la piel y se le clavaron en la carne.

—No tan rápido, joven mago —dijo Fistandantilus—. Tú y yo tenemos un asunto pendiente.

La voz era real y resonaba junto a él, no en su cabeza. Raistlin sintió el aliento cálido del viejo en su mejilla. Era la respiración de un cuerpo vivo, no la de un cadáver viviente.

La mano lo sujetaba con firmeza. Los dedos huesudos coronados por las largas uñas amarillentas se aferraban a su presa. No necesitaba verlo. Conocía su rostro tan bien como el suyo propio, o incluso mejor. En cierto sentido, aquél era su propio rostro.

—Sólo uno de los dos puede ser el señor —dijo Fistandantilus.

La piedra de fondo verdoso y vetas rojas brilló bañada por el Bastón de Mago.

35

La última batalla El heliotropo

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin estaba completamente desprevenido. Un segundo antes estaba celebrando su victoria sobre Ariakas. Apenas le había dado tiempo a tomar aire y había caído en las garras de su enemigo más implacable, un hechicero al que Raistlin había engañado, atacado e intentado destruir.

Raistlin se quedó embobado mirando el colgante que la mano cadavérica sujetaba. Cuando Fistandantilus estaba vivo había asesinado a numerosos magos jóvenes. Les absorbía la vida con el heliotropo y así obtenía su propia fuerza vital. Atenazado por la desesperación, Raistlin conjuró el único hechizo que se le ocurrió en ese momento. Era muy sencillo, de los primeros que había aprendido.

—*¡Kair tangus miopiar!*

En su mano estallaron las llamas. En el mismo momento en que recitaba las palabras, Raistlin se dio cuenta de que el hechizo no tendría ningún efecto contra Fistandantilus. El fuego mágico sólo quemaba a los seres vivos. Se sentía desesperado, se maldecía a sí mismo pero, para su asombro, Fistandantilus gritó y apartó rápidamente la mano.

—¡Eres de carne y hueso! —exclamó Raistlin, y sintió que recuperaba la esperanza. Se enfrentaba a un enemigo vivo. Tal vez fuera muy poderoso, pero podía morir.

Raistlin retrocedió y asió el Bastón de Mago con las dos manos. Le serviría de arma y de escudo. Recordó todas las veces que Caramon le había insistido para que aprendiera a defenderse con el bastón, y que él quería librarse siempre de las lecciones.

—¡Pronto seré tu carne y tu hueso! —repuso Fistantilus, esbozando una sonrisa terrible con sus labios descarnados—. La recompensa de mi reina.

—¡Tu reina! —Raistlin apenas podía contener la risa—. La misma reina a la que planeabas derrocar.

—Nos lo hemos perdonado todo —dijo Fistantilus—. Con una condición: que te destruya. ¿De verdad creías que se me pasaría por alto todo lo que hacías, todos tus planes? A cambio de tu muerte, me convertiré en ti. O sería más adecuado decir que habitaré tu joven cuerpo.

Observó con desdén la frágil figura de Raistlin y dejó escapar un resoplido.

»No es que sea el mejor cuerpo que he habitado, pero tiene un gran poder mágico. Y con mis conocimientos y mi sabiduría, te harás más poderoso aún. Espero que eso te sirva de consuelo en tus últimos momentos de vida.

Raistlin lanzó un golpe con el Bastón de Mago, con la intención de acertarle al hechicero en la cabeza encapuchada. Pero no era un guerrero demasiado hábil, al contrario de Caramon. El suyo fue un golpe torpe y lento. Fistantilus esquivó el ataque. Agarró el bastón y tiró de él.

La magia del bastón crepitó. Fistantilus lanzó un grito airado y el bastón salió disparado hasta el medio del pasadizo. Raistlin oyó el chasquido de la bola de cristal cuando el bastón golpeó el suelo de piedra. El resplandor de la magia perdió intensidad.

Raistlin giró la cabeza para ver dónde había caído el bastón. Retrocedió un paso, mientras buscaba bajo la túnica las bolsas donde guardaba el Orbe de los Dragones y los componentes de los hechizos. Fistantilus

descubrió sus intenciones. Señaló las bolsas y pronunció unas palabras mágicas. Como el hierro hacia el imán, así salieron disparadas las bolsas de las manos de Raistlin a las manos del viejo.

—¡Guano de murciélago y pétalos de rosa! —Fistandantilus tiró al suelo las bolsas con un gesto desdeñoso—. Cuando yo sea tú, no necesitarás ingredientes de éstos. El Señor del Pasado y el Presente será el creador de una magia sin igual. Qué pena que no vayas a vivir para verlo.

Fistandantilus extendió las manos, con los dedos abiertos, y entonó su hechizo.

—*Kalith karan, tobanis-kar...*

Raistlin reconoció el hechizo y se tiró al suelo. De las yemas de los dedos del viejo salieron disparadas flechas de fuego que pasaron siseantes por encima de la cabeza de Raistlin. El calor que irradiaban le chamuscó el pelo.

El Bastón de Mago no estaba muy lejos, pero no lo alcanzaba. El globo de cristal se había resquebrajado, pero seguía emitiendo la luz mágica. Raistlin vio que algo centelleaba.

Estaba a punto de estirarse para cogerlo, cuando oyó unos pasos detrás de él. Era Fistandantilus, que se acercaba para rematarlo. Raistlin gimió y trató de levantarse, pero volvió a derrumbarse en el suelo.

Fistandantilus se echó a reír, parecían divertirle sus penosos esfuerzos.

—Cuando yo ocupe tu cuerpo, Majere, perseguiré y mataré al imbécil de tu hermano, que ahora mismo está intentando llegar a la Piedra Fundamental. En sus últimos momentos desesperados de vida, Caramon creerá que su amado gemelo es su asesino. Pero eso ya no sorprenderá al pobre Caramon, ¿verdad? ¡Ya ha visto cómo lo matabas!

Fistandantilus empezó a recitar un hechizo. Raistlin no conocía las palabras y no tenía la menor idea de qué efecto tendría la magia que invocaban. Algo espantoso, de eso no le cabía ninguna duda. Volvió a gemir y miró disimuladamente hacia atrás. Cuando Fistandantilus estuvo cerca, Raistlin estiró rápidamente las piernas y propinó una patada al viejo en las espinillas que lo mandó al suelo. El hechizo terminó en un grito incomprensible y un golpe seco.

Raistlin se echó hacia delante para apoderarse del pequeño objeto reluciente. Cerró el puño alrededor del Orbe de los Dragones y, tambaleante, logró ponerse de pie.

El sonido de una trompeta resonó por todo el pasadizo.

Fistandantilus no se molestó en levantarse. Se sentó en el suelo, se sacudió las manos en las rodillas y sonrió.

—Algún idiota ha tropezado con tu trampa mágica.

El viejo se sujetó la túnica negra con una mano y se levantó. Dio un paso hacia Raistlin y éste abrió el puño. Los colores del Orbe de los Dragones danzaron y se iluminaron, bañando con su luz todo el pasadizo.

—Bien, adelante, joven mago —dijo Fistandantilus—. Tienes el orbe. Utilízalo. Invoca el poder de los dragones para convertirme en un amasijo de carne sanguinolenta.

Raistlin miró el orbe y los colores que giraban en su interior. Torció la boca y desvió la mirada.

Fistandantilus esbozó una sonrisa macabra.

—No te atreves a utilizarlo. Estás demasiado débil. Temes que el orbe te atrape y acabe convirtiéndote en un loco baboso como el pobre Lorac. —Levantó el colgante de heliotropo.

»Te prometo, Majere, que no permitiré que eso pase. Tu final será rápido, aunque no puedo decir que no sentirás dolor. Y ahora, por mucho que haya disfrutado con nuestra pequeña pelea, mi reina necesita mis servicios en otro lugar.

Fistandantilus empezó a recitar su hechizo.

Raistlin apretó el orbe con fuerza. Los rayos de luz se colaban entre sus dedos: cinco rayos, cinco colores, cinco direcciones. Raistlin levantó la cabeza.

—Deja de conjurar tu hechizo, viejo, o estrellaré el orbe contra el suelo. El orbe es de cristal. Puede romperse.

Fistandantilus frunció el entrecejo. El hechizo murió en sus labios. Levantó el colgante y giró la mano.

A Raistlin se le encogió el corazón en el pecho. Lanzó un grito ahogado, pues le faltaba el aire. Fistandantilus apretó con más fuerza y el corazón de

Raistlin dejó de latir. No podía respirar. Empezó a ver unos puntos negros cegadores y sintió que se caía.

Fistandantilus aflojó un momento la presión.

El corazón de Raistlin dio un salto, transido de dolor, y el hechicero pudo tomar aire. Fistandantilus volvió a apretar el puño y Raistlin lanzó un grito de dolor, antes de caer al suelo. El viejo se arrodilló a su lado y apretó el colgante contra su corazón.

El miedo, puro y amargo, se apoderó de Raistlin. Se le secó la boca, se le agarrotaron los músculos de los brazos, sintió un líquido caliente y desagradable en la garganta. El miedo lo aplastaba, le arrebatava las fuerzas y lo dejaba confundido y tembloroso. No temía la muerte. De naturaleza débil y delicada, había luchado contra la muerte desde el mismo momento en que había nacido. La muerte no le parecía digna de temer. Ni siquiera en ese momento, pues sería mucho más fácil cerrar los ojos sin más y dejar que la oscuridad apaciguadora se posase sobre él.

No temía la muerte. Temía el olvido.

Fistandantilus se apoderaría de él. Devoraría su alma, la tragaría y la digeriría. Su cuerpo seguiría viviendo, pero él no lo haría. Y nadie notaría la diferencia. Al final, sería como si él jamás hubiera existido.

—Adió, Raistlin Majere...

Raistlin nadaba en un océano, luchaba por mantenerse a flote, pero estaba atrapado en El Remolino y no había escapatoria posible. Las aguas encarnadas como la sangre lo arrastraban, lo hundían.

—¡Caramon! ¿Dónde estás? —gritó Raistlin—. ¡Caramon, te necesito!

Sintió que unos brazos lo agarraban y, por un instante, se sintió aliviado. Entonces se dio cuenta de que aquel brazo no era el brazo musculoso de su hermano. Era el brazo huesudo de Fistandantilus, que agarraba a su víctima para acercársela, preparado para chuparle la última gota de vida. Fistandantilus abrió los dedos de Raistlin y cogió el orbe. Lo sostuvo delante de sí y se echó a reír.

Horrorizado, Raistlin vio que su propio rostro reía delante de él. Los ojos eran sus ojos, las pupilas tenían forma de reloj de arena. La mano que sujetaba el Orbe de los Dragones era su mano. La luz del bastón, que cada

vez brillaba con menos intensidad, bañaba su piel dorada. Los huesos delicados, las líneas azules de sus venas; todo era suyo.

Estaba perdiéndose a sí mismo, desapareciendo en la nada.

La furia estalló en el interior de Raistlin. Estaba demasiado débil para utilizar su magia. Los hechizos se retorcían como serpientes en su cabeza y huían sin que él pudiera atraparlos. Pero contaba con otra arma, el arma que todo mago podía utilizar cuando todas las demás le han fallado.

Raistlin dio un golpe de muñeca y la daga de plata que llevaba sujeta al antebrazo se deslizó en su palma. Cerró el puño tembloroso alrededor del mango y, con las últimas fuerzas que le quedaban, rodeó a Fistandantilus con el brazo y lo atrajo hacia sí. Le clavó la daga. Raistlin sintió que la hoja se hundía en la carne y arañaba el hueso con un sonido estremecedor. Había tocado una costilla. Sacó la daga. La sangre, cálida y viscosa, le pringaba los dedos.

Fistandantilus se estremeció y lanzó un gruñido de sorpresa, pues en un primer momento no comprendió qué pasaba. Cuando el dolor lo golpeó con toda su fuerza, se dio cuenta de lo que sucedía. Su rostro, que era el rostro de Raistlin, se deformó en una mueca agónica. Los ojos del reloj de arena se oscurecieron, velados por el dolor y la ira. Raistlin no le había dado un golpe mortal a su enemigo, pero había ganado un tiempo precioso. Apenas le quedaban fuerzas. Tenía una oportunidad más y ésta sería la última. Sin saberlo, Fistandantilus lo ayudó, pues torció el cuerpo para arrebatarse la daga.

Raistlin volvió a clavar la hoja. Fistandantilus lanzó un grito, pero era la voz de Raistlin la que gritaba. Raistlin vio su propio rostro deformado por la cercanía de la muerte. Se estremeció y cerró los ojos antes de hundir más la daga. Giró la hoja en las profundidades de la carne.

Fistandantilus se desplomó entre espasmos. Raistlin soltó la daga, sentía la mano demasiado débil y temblorosa para seguir sosteniéndola. El arma se quedó hundida en la túnica negra hasta la empuñadura.

Raistlin tomó aire con esfuerzo y se vio morir a sí mismo. De repente se dio cuenta de que apenas le quedaba tiempo para actuar. Cogió el colgante

de piedra que todavía descansaba sobre su pecho y lo apretó sobre el corazón del hechicero moribundo.

Raistlin sintió algo extraño, la sensación de que ya había hecho eso antes. Era una sensación poderosa e inquietante. Desechó ese sentimiento y siguió apretando la piedra contra el corazón. Notó que sus propias fuerzas volvían a él, que su propio ser regresaba a su cuerpo y, junto a él, los conocimientos, la sabiduría y el poder del archimago.

Fistandantilus abrió la boca en un último intento por conjurar un hechizo. Tosió y fue sangre lo que acudió a sus labios, no palabra mágicas. Se estremeció. Su cuerpo se puso rígido. Unas gotas de sangre burbujearon en su boca. Las pupilas de reloj de arena quedaron clavadas en la cabeza de Raistlin y ya no se movió. La mano perdió su fuerza, y el Orbe de los Dragones rodó por el suelo. Los ojos, oscurecidos por el odio y la ira, no se separaban de Raistlin. Este bajó la vista y contempló su propio cadáver. De repente se apoderó de él la terrible duda de si sería él quien había muerto y era Fistandantilus quien lo contemplaba.

Asustado, arrancó el colgante del cadáver y la transmisión de conocimiento se interrumpió bruscamente. No sabía qué había absorbido, y en su mente bailaban hechizos desconocidos y arcanos conocimientos. Le recordó al caos que reinaba en la biblioteca de la desgraciada Torre de la Alta Hechicería de Neraka.

Se levantó, tembloroso, y de repente se dio cuenta de que no estaba solo. La luz del Bastón de Mago, que volvía a brillar intensamente, proyectaba sobre la pared una sombra; las cinco cabezas de la Reina Oscura.

«¡Bien hecho, Fistandantilus!»

Raistlin contuvo el aliento y alzó la vista con recelo.

«¡Raistlin Majere está muerto! ¡Lo has matado!»

Los ojos umbrosos de las cabezas umbrosas miraban fijamente algo en su mano. Bajó la vista y se dio cuenta de que sostenía el colgante de heliotropo.

—Sí, mi reina —contestó el hechicero—. Raistlin Majere está muerto. Yo lo he matado.

«¡Perfecto! Ahora corre a la Piedra Fundamental. Tú eres su último guardián.»

Las cabezas desaparecieron. La Reina Oscura, concentrada en otros peligros, se había ido.

—Ni siquiera los dioses perciben la diferencia —murmuró Raistlin.

Miró el colgante de heliotropo. Cuando el alma oscura del hechicero se había unido a la suya, Raistlin había vislumbrado actos indescriptibles, un sinfín de asesinatos y otros crímenes demasiado atroces para ser nombrados.

Cerró el puño alrededor del colgante y después lo lanzó a un charco de ácido. Vio que el líquido devoraba el colgante como el colgante había estado a punto de devorarlo a él. Le parecía oír su rabia siseante.

Raistlin levantó el Orbe de los Dragones. Contempló El Remolino de colores y entonó las palabras que le hicieron desaparecer de los túneles. Detrás quedó el cuerpo sin vida de Raistlin Majere.

36

Dos hermanos

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

Raistlin se encontraba ante una columna caída con incrustaciones de piedras preciosas. El brillo de su seductor resplandor atraía a los incautos hacia su terrible destino. Murmuró las palabras de un hechizo que hasta entonces no sabía que conocía y dibujó una runa en el aire. En el interior de la piedra apareció la figura de una mujer. Era una joven, de expresión dulce y agradable, pálida por el dolor y suavizada por el anhelo. Los ojos de la mujer escudriñaron la oscuridad.

Vio moverse sus labios y oyó su grito espectral y angustiado.

—Berem ya viene, Jasla —dijo Raistlin.

Tuvo cuidado para no caer en una corriente subterránea, en la que gateaban, se revolvían y agitaban unos cachorros de dragón. Se subió a un alerón de piedra que avanzaba a lo largo de las temibles aguas y llegó hasta un lugar a cierta distancia de la piedra, desde donde podía observarlo todo. Pronunció la palabra «*Dulak*» y la luz del bastón se apagó.

Raistlin aguardó en la oscuridad a la persona que había sido lo suficientemente idiota —o quizá lo suficientemente valiente— para cruzar su trampa mágica. Raistlin sabía de quién se trataba: su otra mitad. Oyó a

dos personas chapoteando por el arroyo teñido de sangre e infestado de dragones. Los reconoció a pesar de la oscuridad.

Uno de ellos era Caramon, un buen hombre, un buen hermano, mejor de lo que él se merecía. El otro era Berem, el Hombre Eterno. La esmeralda relucía y, como si le respondieran, las piedras preciosas de la Piedra Angular empezaron a brillar con una miríada de colores.

Caramon caminaba junto a Berem con actitud protectora. Llevaba la espada en una mano y la hoja estaba manchada de sangre. La negra armadura estaba abollada. Le sangraban varias heridas en los brazos y las piernas. En la cabeza tenía una brecha profunda. Su rostro, normalmente risueño, había perdido el color, estaba demacrado, consumido por el dolor. El dolor lo había marcado. La oscuridad había cambiado. La oscuridad lo había cambiado.

Un hermano perdido.

Raistlin miró hacia el futuro y vio el final. Vio el amor y el perdón de una hermana al hermano redimido. Un hermano encontrado.

Vio la caída del templo. Las piedras se resquebrajaban mientras la Reina Oscura aullaba su rabia y luchaba por mantener su poder sobre el mundo. Vio un dragón verde esperando sus órdenes para llevarlo a la Torre de Palanthas. Las puertas de la torre por fin se abrirían.

—*Shirak* —dijo Raistlin, y la luz del Bastón de Mago alumbró la oscuridad.

El final de un viaje

DÍA VIGESIMOSEXTO, MES DE MISHAMONT, AÑO 352 DC

La oscuridad del templo se iluminará como el día con el poder de mi magia. Caramon, con la espada en la mano, sólo puede permanecer a mi lado y observar con asombro cómo un enemigo tras otro cae víctima de mis hechizos. Los rayos sisean en mis dedos, las llamas estallan en mis manos, aparecen los espectros, tan atterradoramente reales que, al verlos, se puede morir únicamente de miedo.

Los goblins mueren entre gritos, atravesados por las lanzas de legiones de caballeros que llenan la cueva con sus cánticos de guerra cuando yo lo ordeno y desaparecen tras una palabra mía. Las crías de dragones huyeron despavoridas hacia los lugares oscuros y secretos donde fueron incubadas; los draconianos se retuercen entre las llamas. Los clérigos oscuros, que bajaron atropelladamente la escalera siguiendo la última orden de su reina, fueron recibidos por una lluvia de lanzas cegadoras y sus últimas oraciones se convirtieron en gemidos agónicos.

Por fin acuden los Túnica Negras, los más ancianos de la orden, para acabar conmigo, el joven advenedizo. Pero se desesperan al darse cuenta de que, por muy viejos que ellos sean, yo, de alguna forma extraña, soy más viejo aún. Mi poder es increíble. Se dan cuenta de inmediato que no pueden

derrotarme. En el aire flotan los sonidos de los hechizos y, uno a uno, desaparecen tan rápido como han surgido. Muchos son los que me hacen respetuosas reverencias antes de partir sobre las alas de sus hechizos... Se inclinan ante mí.

Raistlin Majere. Señor del Pasado y el Presente.

Yo, mago.